Crónicas de Clavering 2
Intrigas del Corazón
Jennie Goutet

Intrigas del Corazón

Crónicas de Clavering 2

Jennie Goutet

Copyright © 2024 por Jennie Goutet

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Original Title: Philippa Holds Court, 2021

Traducido por L.M. Gutez

Diseño de portada por Shaela Odd de Blue Water Books

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Agradecimientos
Otras Obras de Jennie Goutet
Acerca del Autor

Dedicado a mi querida amiga Emma Le Noan, sin la cual nunca habría descubierto el placer de leer a Georgette Heyer. Gracias por apoyarme en la vida y en la ficción

1

Londres, 1819

Philippa Clavering se quitó la capota de paja con lazos rojos y entregó la prenda al mayordomo, seguida de su capa color marfil de lana clara. Hacía dos años que no veía el pasillo bien iluminado de la casa de su hermano, y se alegró de que le resultara familiar. Una sensación de satisfacción hizo que se animara por primera vez desde que había llegado a Londres.

—Sir Lucius y Lady Clavering están en la habitación del bebé, señorita —Briggs esbozó una sonrisa de bienvenida y se echó la capa de Philippa al brazo.

Su dama de compañía desató su propia capota mientras avanzaba.

—Estaré en la cocina, señorita, para cuando me necesite.

—No te preocupes. No nos quedaremos mucho tiempo —ninguna madre de un recién nacido apreciaría una visita prolongada, y Philippa no estaba dispuesta a imponérsela a su cuñada. Además, su amiga Susan le había enviado un mensaje esa mañana pidiéndole que fuera a Carnaby Street en cuanto pudiera—. Me anunciaré —asintió hacia el mayordomo, se dio la vuelta y subió las escaleras hasta el cuarto de los niños y abrió la puerta. En el interior, un intrépido rayo de sol de principios de primavera se colaba entre las cortinas y recorría la habitación blanca y dorada hasta posarse en el rostro de un bebé de unas semanas, acurrucado en los brazos protectores de su orgullosa y cansada madre. Lucius estaba sentado en una silla cercana.

Philippa intercambió una sonrisa silenciosa con Selena Clavering y se acercó al lado de su cuñada, arrodillándose junto al bebé dormido, quien se sacudió de repente como si un mal sueño lo atormentara.

—Cómo frunce el ceño —observó, metiendo el dedo bajo la mano inmóvil de su sobrino dormido. Con una expresión inocente, se volvió hacia su hermano con los ojos muy abiertos—. Es tu mismo retrato, Lucius.

A Selena se le escapó una risita y le dedicó una mirada divertida a

Philippa antes de volver la vista hacia el objeto de su adoración. Selena tenía la capacidad de compartir el humor de uno, un atributo inesperado y muy apreciado en una cuñada, descubrió Philippa.

—Necesitará ese ceño fruncido para mantener a sus futuras hermanas en su sitio —respondió Lucius, ahogando un bostezo. Nunca había visto así a su hermano. Que Lucius apareciera en compañía, incluso en compañía de una hermana menor, sin afeitar y sin corbata, encorvado en su silla con un brazo echado a un lado, mostraba de manera más clara que cualquier otra cosa cómo la llegada de su heredero había alterado su existencia cuidadosamente planeada. No es que enamorarse de Selena no lo hubiera hecho ya, pero al menos con la incorporación de Selena a su vida, Lucius había sido capaz de arreglarse.

Philippa apretó los labios, acariciando los diminutos dedos de su sobrino.

—Dudo mucho que cualquier futura sobrina mía se asuste por un simple ceño fruncido.

—No si yo tengo algo que decir al respecto —murmuró Selena, espiando a Lucius por el rabillo del ojo, con los labios curvados. Philippa observó con satisfacción el afecto tácito que fluía entre la pareja. Procedente de una familia que no concedía gran valor a los lazos matrimoniales ni filiales, Lucius había hecho muy bien en casarse con Selena. La propensión a entregar su corazón por el bienestar de su familia, un rasgo hasta entonces latente en Lucius, había surgido con la incorporación de una esposa, y ahora un hijo, a su vida.

Philippa arropó con la manta la pierna del bebé dormido, quien se sobresaltó al oír el ruido de las ruedas del carruaje sobre los adoquines bajo la ventana. Aunque seguía dormido, sus brazos permanecían inmóviles en el aire, y Philippa se rio mientras Selena lo tranquilizaba y le colocaba suavemente las manos en su sitio.

—No temas, Hugh —le dijo su madre—, sólo son las vistas y los sonidos de Londres. Pronto te acostumbrarás.

—Eso plantea la pregunta —dijo Philippa—. Aunque me complace enormemente veros a ambos aquí, ¿por qué vinisteis a Londres tan pronto después de la llegada de Hugh? —se giró para mirar a Lucius —. Pensé que te quedarías en Mardley. No pude sonsacarle nada a María.

—Eso es porque no confío en María, cosa que tú sabes muy bien —respondió Lucius, dirigiéndole una mirada sardónica. No había un gran amor entre él y su hermana mayor, María Holbeck—. Tengo cierto interés en una comisión que se está planeando en los Comunes para discutir la derogación de un proyecto de ley que, sin entrar en política demasiado complicada para que tú la entiendas, mantiene los

precios del pan demasiado altos para que los obreros puedan comprarlo.

Ignorando su insinuación de que era demasiado torpe para comprender los conceptos rudimentarios de un proyecto de ley parlamentario, Philippa le miró sorprendida.

—¿Estás pensando en postularte para las elecciones? —sería impensable que Lucius tomara acción de tal manera.

Su hermano desechó la idea con una mirada fulminante.

—Holbeck me anima lo suficiente en caso de que alguna vez deseara tal cosa, que no es el caso. Sólo me interesa esta comisión, pero no quería dejar atrás a Selena.

—Si hubiera sabido que estarías aquí para la Temporada, habría insistido en que me apadrinaras —dijo Philippa en tono burlón—, casi me diste tu palabra de hacerlo el año pasado, después de haberme dejado soportar mi primera Temporada con María como guía. Una simple luna de miel fue tu pobre excusa.

—Sí, descarada. Y casi me prometiste que te casarías después de una Temporada, y considera, si te place, lo que resultó de *esa* promesa —se puso de pie—. Debo prepararme para salir. Selena, insisto en que le dejes el bebé a la enfermera unas horas esta tarde para que puedas dormir. Dame tu palabra.

—Te daré mi mano, querido, para que puedas besarla —Selena extendió la mano y Lucius la tomó entre las suyas, besando a su esposa en los labios, antes de marcharse sin dedicarle otra palabra a Philippa.

El hecho de que Lucius le recordara que no había conseguido marido en su primera Temporada no le molestó. En realidad, no tenía prisa por casarse. En todo caso, más bien pensaba que podría encontrar a su marido escondido en algún pueblo, ya fuera en casa de Lucius y Selena en St. Albans o donde vivía su madre, recién vuelta a casar, en Watford. Sin embargo, la triste realidad era que, por poco que le gustara la idea de precipitarse en el matrimonio, ninguna de las alternativas que se le presentaban era ideal.

No se sentía capaz de abusar de su hermano de tal manera que tuviera que residir permanentemente con él, aunque sospechaba que Selena la acogería en su casa. Y vivir con su madre no le inspiraba más entusiasmo que vivir con María. Su madre era igual de egocéntrica y, por desgracia, mucho menos práctica. Philippa tampoco sentía un gran apego por sus hermanos pequeños. Esto, suponía, no decía nada muy halagador sobre su sentido de las obligaciones familiares, pero dado que sus hermanos aún eran muy pequeños y pasaban más tiempo con su nana que con ella, no podía pretender tenerles verdadero afecto. En conjunto, la vida familiar de Philippa dejaba mucho que desear, pero no era tan tonta como para pensar que

el matrimonio era el remedio.

Cuando la puerta se cerró tras Lucius, Selena se encontró con la mirada de Philippa.

—Dejando las bromas aparte, siento que no hayamos podido apadrinarte esta temporada. Era precisamente lo que deseaba hacer.

Philippa sonrió y negó con la cabeza.

—Sólo estaba molestando a Lucius. Por supuesto que no podéis acogerme cuando el señorito Hugh os necesita. Me irá muy bien con María y Charles, como el año pasado. Simplemente debo acceder a todo lo que ella diga y luego hacer lo que sea que desee.

Selena se rio.

—¿Nunca se da cuenta de que no has hecho *precisamente* lo que ella te pide?

— "Ordena" es lo que quieres decir. Apuesto a que sí se da cuenta, pero cuando ve que sus regaños caen en saco roto, se convence a sí misma de que lo que he decidido hacer es precisamente lo que ella tenía en mente. Convence a mamá de que piense lo mismo, así que todos piensan que soy una chica muy bien educada.

—*Eres* una chica muy bien educada —respondió al instante y miró hacia abajo mientras Hugh empezaba a moverse—, sencillamente tienes opiniones muy firmes para ser una mujer joven —alzó sus expresivos ojos hacia los de Philippa—, lo cual yo valoro, como sabes. Tal vez no necesites tanto una mano que te guíe como un oído que te escuche. Y si viene de alguien que ha pasado más años en la *alta sociedad* y puede ignorar los chismes, tanto mejor.

—María cree firmemente que necesito una mano que me guíe, al igual que Lucius. Pero te aseguro que puedo manejar los chismes y cualquier otro reto que una Temporada londinense pueda poner en mi camino —vio que Selena deseaba sentarse y se levantó para acomodar los cojines más firmemente detrás de ella.

—Bueno, no se me ocurriría ofrecer una opinión que mi marido no comparte —murmuró Selena, con una sonrisa curvando sus labios—. ¿No es así, señorito Hugh? Tu padre tiene razón en todo.

—No lo pienses, Hugh. Eso es una farsa si alguna vez he oído una —dijo, jugando con9 el pie de su sobrino bajo la manta—. Debo irme. En verdad, sólo vine a ver cómo había crecido Hugh en las tres semanas desde que lo vi. Tienes cosas más importantes que atender que mis tontas preocupaciones.

—¿Adónde vas? —levantó al bebé para que estuviera quedara apoyado contra su pecho, con la cabeza metida en su cuello.

—He prometido visitar a Susan Blythefield. Envió una nota esta mañana, diciendo que está llena de noticias y que debo ir de inmediato.

Selena frunció el ceño.

—¿Te acompaña alguien? No digas que irás sola, porque una cosa es visitar a tu hermano sin que nadie te acompañe y otra muy distinta es ir a una casa extraña sin compañía.

Hugh empezó a retorcerse en los brazos de Selena, emitiendo pequeños gruñidos de insatisfacción mientras Philippa recogía su reticule de tela.

—No te preocupes por mí. Tengo a Fernsby, quien está disfrutando de un cómodo cotilleo en la cocina con las otras criadas hasta que la llame. Debes alimentar a Hugh antes de que empiece a llorar.

—Sí, mi hombrecito. Te daré de comer —volvió a dejarlo en su regazo y empezó a desatar el cordón que sujetaba el escote de su vestido. Miró a Philippa, quien se había detenido en su camino hacia la puerta.

—No me mires así, querida. No deseaba una nana, no podría seguir esa tendencia popular de entregar a mi bebé a otra persona para que lo alimentara. Dale mis saludos a tu hermana.

Philippa sonrió. Su sobrino se convertiría en un niño feliz y robusto con unos padres como Lucio y Selena.

—Estoy segura de que María también hubiera querido que te enviara sus saludos.

Ya en la puerta, recordó el poco cariño que su hermana *tenía* hacia Selena, y se volvió para encontrar a Selena mirándola divertida. Philippa curvó los labios en una sonrisa malévola.

—Por pura cortesía.

EL TRAYECTO entre la casa de su hermano y la de su amiga duró media hora. Dos carruajes se habían cruzado delante del suyo, trabando sus ruedas en la carretera y haciendo que una de las ruedas del carruaje se soltara. Philippa, que viajaba detrás del desafortunado vehículo, pudo oír los desdeñosos gritos que incluyeron las palabras *avergonzado* e *idiota* y la apenada disculpa que fue devuelta. Puso una mano enguantada sobre la otra dentro del carruaje y esperó.

No tenía ninguna prisa. Después de visitar a Susan, simplemente regresaría a casa de los Holbeck, donde estaba pasando su segunda Temporada londinense. Una vez que entrara por esas puertas sagradas, retomaría el papel de la obediente hermanita que era demasiado inocente para conocer su propia mente y que, por lo tanto, debía confiar en su cuñado en lo referente al matrimonio, especialmente en lo que se refería a las indeseables atenciones de Theodore Thackery. Un hombre presuntuoso, arrogante y sin corazón.

Sin embargo, Philippa *conocía* su propia mente y también tenía una idea bastante clara de cómo funcionaban las mentes de los demás.

Precisamente por eso le satisfacía tanto ayudar a sus amigos en *sus* relaciones en lugar de dejarse llevar dócilmente hacia una trampa tendida para ella misma. Al menos, sus intenciones eran puras.

Susan apenas permitió que el mayordomo dejara entrar a Philippa y Fernsby antes de salir corriendo del salón y coger a su amiga de la mano. Los ojos de Susan rebosaban de emoción y Philippa se dejó conducir al sombrío salón principal, separando sus manos de las de Susan sólo para quitarse la cofia una vez cerrada la puerta. Aunque su amiga a veces podía ser tonta, era poco probable que Philippa encontrara a alguien más leal y dulce.

—Mi querida Susan —dijo riendo—. ¿Qué puede ser tan emocionante? La Temporada acaba de empezar ¡Seguro que no has recibido ya una propuesta!

Lo había dicho en broma, pero los ojos de Susan se abrieron de par en par.

—¿Cómo lo has sabido?

Philippa se detuvo mientras se quitaba los guantes. Era terriblemente repentino, pero quizás no imposible.

—¿Podría ser… el señor Evans?

Una expresión de confusión se dibujó en sus facciones y negó con la cabeza.

—Sé que el señor Evans es amigo tuyo, pero no ha mostrado ningún interés notable por mí.

Philippa se abstuvo de protestar. Matthew no había mostrado interés por Susan porque estaba paralizado por la timidez. Además, aún no había venido a Londres para cortejarla en serio, cosa que tendría que hacer si quería que su oferta prosperara. Susan no podía encontrar a nadie más digno que Matthew Evans, un hombre al que Philippa conocía desde que era una niña.

Frunció el ceño. *¿Quién más podría habérselo propuesto?*

—No es señor Browne, espero —las cartas de Susan desde la última Temporada habían estado llenas del ya olvidado Ambrose Browne, quien había suscitado todas las esperanzas de Susan con un decidido cortejo antes de volver sus atenciones hacia otra parte… y sin siquiera una explicación.

Cuando Susan volvió a negar con la cabeza, Philippa exhaló un tranquilo suspiro de alivio. Sin embargo, no estaba más cerca de saber quién podía ser este hombre misterioso.

—Pero has llegado en Londres apenas una semana antes que yo. Seguramente un hombre no pudo haber captado tu afecto en tan poco tiempo. ¿Cómo ocurrió esto?

—Fue amor a primera vista —se dejó caer en el sofá y arrastró a Philippa a su lado—. Christopher me dijo que sólo podía ser eso o el señor Merrick no habría actuado tan embobado —su mirada soñadora

se dirigió al techo.

—¿Christopher? ¿Te refieres a tu hermano Christopher? —preguntó, apretando las manos de Susan para llamar su atención. Era un comportamiento caprichoso, incluso para ella.

—Sí. Christopher conoce al señor Merrick de White's —suspiró y volvió a mirar a su amiga—. Salía de Hookham's cuando el señor Merrick se cruzó en mi camino. Se detuvo y se llevó la mano al corazón *así*… —hizo una demostración, con una expresión muy seria.

—Un gesto que dice mucho, sin duda —dijo al notar que su amiga esperaba una reacción. Susan se había sumido de nuevo en sus ensoñaciones, así que Philippa se armó de paciencia y le dio un golpecito en la rodilla—. Debes contarme más. ¿Lo conociste la Temporada pasada? El nombre del señor Merrick no me es familiar. ¿Qué aspecto tiene?

—Tiene la mirada de un ángel —suspiró.

—Un dechado, entonces —respondió secamente, perdiendo rápidamente la paciencia ante la escasez de información realmente útil. Nunca sería tan tonta como para enamorarse de un hombre por un simple gesto. Tendría que ser un hombre al que pudiera respetar y que a su vez la respetara a ella—. En una semana, ¿ha tenido tiempo de ganarse tu afecto y hablar con tu padre para pedir tu mano? Debe de estar muy decidido.

Se apartó para examinar a Susan, que había bajado la mirada. Aunque se habían hecho íntimas, su amistad no databa de mucho tiempo. Se habían conocido al final de la temporada del año pasado, cuando Matthew Evans le rogó a Philippa que lo presentara con la joven. Matthew era el más tímido de todos los amigos de su hermano George, y era el que más le agradaba, lo suficiente como para llamarlo por su nombre de pila como haría con un hermano.

Así que, cuando el callado y constante Matthew Evans fue alcanzado por fin por la flecha de Cupido, Philippa decidió ayudarlo con su cortejo. El único problema era que se le había trabado demasiado la lengua para hacer algo más que pedir la mano de Susan para dos bailes y no le había revelado a nadie que sufría el dolor de un amor tácito hasta que casi toda la *alta sociedad* había abandonado Londres. Casi había sido demasiado tarde.

Tras el arrebato de euforia inicial de Susan, se quedó en un silencio antinatural, y Philippa la estudió con más detenimiento. Su expresión de éxtasis había sido sustituida por otra de preocupación.

—¿Qué ocurre, Susan?

—El señor Merrick aún no ha hablado con mi padre —confesó—, pero Christopher cree que el señor Merrick posee una fortuna respetable y dijo que cualquier hombre bien vestido no podría negarse. Cree que padre no puede desaprobarlo.

Los engranajes de la mente de Philippa estaban girando. No podía soportar pensar que el pobre Matthew pudiera perder el deseo de su corazón antes incluso de haber tenido tiempo de conquistarla.

—¿Cómo supo tu hermano del interés del señor Merrick? ¿Habló con él?

Susan negó con la cabeza.

—No lo creo. Por lo menos, Christopher no me ha dicho si el señor Merrick ha hablado *particularmente* de mí. Verás, Christopher había sido retenido dentro de Hookham's, y se encontró con nosotros en la calle antes de que el señor Merrick se despidiera. Dijo que no le sorprendería que el señor Merrick asistiera al baile de Yardmouth mañana por la noche. Y mi madre ha prometido que esta vez me acompañará.

Philippa había conocido brevemente a la madre de Susan de camino a otra causa social antes de que sus respectivas familias hubieran abandonado la ciudad durante el verano. La señora Blythefield, una versión mayor de Susan, de tez pálida y grandes ojos azules hundidos en los suaves pliegues de su rostro, había aprobado de manera un tanto distraída que Philippa fuera amiga por correspondencia de su hija. Pensó en aquel momento que le convenía mantener la amistad por el bien de Matthew, mencionarlo en sus cartas y ver si su cortejo prosperaba. Y más bien había pensado que así sería, ya que, aunque no podía calificar la inteligencia de Susan como particularmente alta, por mucho que la apreciara, nada en las cartas de su amiga la había llevado a creer que su corazón pudiera ser ganado tan fácilmente por un extraño.

El lacayo llevó el juego de té y lo colocó en la mesa frente a ellas. Abandonando su postura dramática para dedicarse a la más seria tarea de preparar el té, Susan cogió uno de los platillos y lo examinó con el ceño fruncido.

—Dile a la señora Hart que empiece a usar el juego rojo y dorado cuando tengamos compañía. Este juego está demasiado gastado para usarlo fuera de la familia.

Cruzó la habitación para sacar las hojas de té y el azúcar del amplio armario de caoba que había junto a la pared. Los débiles rayos de sol que entraban por las ventanas traspasaban las oscuras tapicerías del salón y caían sobre Susan cuando se cruzaba en su camino. Los rayos iluminaron su tez cremosa, sus párpados translúcidos y sus labios rosados, que le conferían una belleza poco común al combinarlos con su espesa cabellera ambarina.

Philippa reflexionó sobre este nuevo pretendiente y tuvo que reconocer que Susan, presa, como había sido, de cualquier cazafortunas, no era una chica que pasara desapercibida durante mucho tiempo. Con un carácter naturalmente tímido y dispuesta a

ceder ante quienes tenían una naturaleza más fuerte, sería el ideal de muchos hombres. Philippa podía creer perfectamente que el misterioso señor Merrick se hubiera topado con una criatura así y se hubiera enamorado perdidamente de ella. Y si el hermano de Susan apoyaba el matrimonio, Matthew corría el riesgo de perder su conquista, lo que sería una lástima, ya que Matthew Evans, sencillo como era, sería un marido devoto. ¿Qué posibilidades había de que ocurriera lo mismo con el señor Merrick?

No sería bueno abandonar la causa demasiado pronto.

—Entonces no se ha acercado a tu padre —musitó cuando Susan volvió a sentarse. Así que aún no hay propuesta. El caso estaba lejos de ser desolador, como había temido al principio. De hecho, parecía que todo el encuentro era un capricho de Susan y una sugerencia de su hermano— ¿Crees que tu padre estará de acuerdo?

Philippa había conocido una vez al anciano señor Blythefield, y no parecía ser un hombre demasiado escrupuloso acerca de con quién se casaba su hija, siempre y cuando no fuera molestado por un exceso de emociones femeninas. Al menos, eso fue lo que dedujo de su breve presentación, cuando él se había apresurado a entrar en el salón principal para coger papel y había huido con la misma rapidez.

—Christopher dijo que hablaría con nuestro padre si surgía la necesidad. Pero si Jack se opone a la boda, puede que mi padre lo escuche a él en su lugar —hizo un pequeño mohín—. No tiene sentido que mi padre lo haga, en realidad, considerando que Christopher es su heredero. Pero Jack suele conseguir lo que quiere.

Las hojas de té estaban ahora remojándose, y Susan colocó la tapa sobre la tetera mientras Philippa trataba de seguir este discurso ambulante.

—¿Quién es Jack?

Susan se rio y se echó hacia atrás, adoptando una postura reclinada en el sofá que María, la hermana de Philippa, habría declarado muy mal educada.

—Qué tonta. Jack es mi hermano mayor. He escrito sobre él. Estoy segura de ello.

—Has escrito sobre Christopher, seguro, pero no sabía que tenías otro hermano. ¿Es tu segundo hermano mayor, entonces? —rara vez se había cruzado otro nombre en las cartas de Susan que no fuera el del señor Browne. Habría recordado a un Jack.

—Oh —con los labios fruncidos, exhaló la palabra—. Sí. Es mi hermano mayor, pero el segundo hijo. Debo haber olvidado mencionarlo. Christopher estaba conmigo en el campo. Tenía un contrato de reparación, y debo decir que no me sorprendió. Christopher es una persona con gustos terriblemente caros. Jack estaba atendiendo su otra propiedad, así que no lo vi en todo el

verano. Luego pasó el invierno en Londres, que debe ser la razón por la que no hice mención de él.

—Ya veo —estaba ligeramente sorprendida de que hubiera no hubiera mencionado a un segundo hermano al menos una vez en sus conversaciones o en todas sus cartas. Pero después de todo, era un segundo hijo. Descartó a Jack como persona de interés. Seguramente su influencia sobre su padre era exagerada, ya que ¿qué peso podía tener un segundo hijo para aprobar o rechazar la propuesta de su hermana?

Philippa aceptó una taza de té y la puso frente a ella, luego seleccionó un pequeño pastel para ponerlo en su plato.

—Preséntame al señor Merrick, entonces, si quieres. Estaré encantada de conocerlo por tu bien —*y tal vez por el de Matthew, si el tal señor Merrick resulta ser una mala elección*. Sorbió su té y sonrió—. Hablemos de lo que te pondrás.

—¡Oh! —la exclamación fue algo mascullada ya que Susan le había dado un gran mordisco a la tarta, pero tragó y procedió a describir su vestido, el cual probablemente sería de un color favorecedor pero con más lazos de los que ella habría permitido en uno de los suyos.

Philippa sonrió por encima de su taza, escuchando a medias y reflexionando sobre la evolución en el futuro de su amiga. Aunque no hubiera tenido interés en el asunto por el bien de Matthew, temía que Susan se dejara engañar por su naturaleza dulce y confiada. Tendría que ver si este segundo hermano tenía algo que decir en contra de una unión con el señor Merrick, un hombre que aparentemente reclamaba el afecto de una mujer sin buscar un diálogo con el padre de la joven. Philippa tendría que ser la voz de la razón para evitar que Susan hiciera algo precipitado.

Tomó otro sorbo de té y asintió para demostrar que estaba escuchando. Era bueno que supiera manejar sus propios asuntos. Su hermano George era entretenido pero caprichoso, y Lucius y Selena estaban preocupados. María era autoritaria y su madre no le inspiraba confianza. Entre su propia familia, no se le ocurría nadie de quien pudiera depender.

2

Jack Blythefield salió de la Cámara de los Comunes tras una tarde de discursos que se había prolongado al menos dos horas más de lo esperado, debido al amor de Robert Laine sentía por su propia voz. En la mayoría de las ocasiones, Jack salía del Parlamento flanqueado por otros Miembros que trataban de hacerse oír sobre diversos temas, lo que no era de extrañar en un hombre al que los Whigs más veteranos estaban considerando para el puesto de Líder de la Oposición.

Hoy, sin embargo, Jack estaba solo y deseoso de llegar rápidamente a casa. Había aceptado una invitación para asistir a una fiesta informal esa noche, organizada por la madre de una atractiva mujer sensata en la que Jack había puesto sus ojos, por lo que le quedaba poco tiempo. Cruzó Parliament Street, esquivando tanto a un vendedor de sal como a un faetón siendo tirado por un par de caballos alazanes, cuando una visión familiar, y no del todo bienvenida, se cruzó con su mirada. De manera renuente, se detuvo.

—¡Christopher! Supongo que no me estarás esperando —Jack no podía imaginar qué podía llevar a su indolente hermano tan lejos de sus lugares habituales, ya fueran los clubes, los infiernos de las apuestas o el hipódromo.

Christopher se volvió, revelando el cuello perfectamente doblado de su camisa y su habitual expresión de ironía y pereza.

—Pues no, querido hermano. Tuve un juego amistoso en Cecil's, mientras tú te pasabas horas escuchando discursos, haciendo lo posible por no dormirte para que no te pillaran babeando. Y ahora, déjame adivinar: ¿vas de camino al baile de Yardmouth?

—Algunos de nosotros no nos conformamos con desperdiciar nuestro día y jugar cada noche, ni con llevar esos abominables chalecos. ¿Esas cosas amarillas son… patos? —dirigió su mirada hacia la concurrida calle, con la esperanza de ver un carruaje desocupado incluso a estas horas—. Tengo un compromiso para cenar con la señora Sommers, y debo coger a un carruaje. ¿Me acompañas? —un conductor vio su mano levantada, se detuvo y Jack negoció el precio antes de subir.

Christopher subió tras él.

—¿Por qué no vas a Yardmouth's? —se recostó en el grueso respaldo y apoyó las botas en el asiento de adelante—. Ah, ya veo. No hay necesidad de adular a tus amigos y enemigos políticos. Derogaste las Leyes de Cereales, ¿verdad?

—No tienes por qué mofarte de nuestros proyectos de ley cuando no has asistido al Parlamento en no sé cuánto tiempo. Ese proyecto de ley aún no se ha sometido a votación —bajó la mirada y rozó el ala de su sombrero—. Tengo mis propias razones para preferir asistir a la fiesta de la señora Sommers.

—Supongo que sí, si la *señorita* Sommers es tu objetivo. Es una chica atractiva, aunque un poco estirada para ser mujer. En cuanto a mí, tengo un compromiso previo al que no puedo faltar —miró a Jack bajo sus espesas cejas—. O mejor dicho, debería decir al que no *faltaré*. Ella es un artículo de primera.

Jack negó con la cabeza.

—¿Crees que alguna vez dejarás de hablar de las mujeres de una forma tan grosera y por fin sentarás cabeza? Papá tiene razón al decir que ya es hora de que produzcas…

—No más sermones, por favor. Por cierto, podría preguntarte lo mismo. ¿Por qué no te casas si eres tan partidario del estado?

—Teniendo en cuenta lo poco que se cruzan nuestros caminos, supongo que ahora es tan buen momento para decírtelo como cualquier otro. De hecho, me he decidido por tomar ese camino — apartó la cortina para mirar por la ventana. No les quedaba mucho tiempo y tendría que vestirse deprisa.

Christopher se giró en su asiento para mirarlo fijamente.

—*¡Vaya!* Esto sí que son noticias. ¿Y quién es la afortunada dama que tomará el apellido Blythefield? ¿Te has fijado en la señorita Sommers, entonces?

Jack cruzó los brazos sobre su pecho.

—La señorita Sommers es ciertamente de mi interés, pero no me he decidido por quién. Sin embargo, ahora que he decidido seguir este rumbo, me limitaré a buscar a la joven más atractiva, tranquila y dócil —bajó la mirada y añadió con suave cinismo—, con las caderas lo suficientemente anchas como para soportar un legado de herederos sin problemas.

—Te recomiendo que empieces con esa frase —dijo secamente—, eso debería despertar su interés.

Jack tenía ganas de reír, y Dios sabía que el impulso era bastante raro.

—Bueno, hemos llegado, y no tengo mucho tiempo. No me gusta llegar tarde —bajó del carruaje y le entregó su paga al conductor, luego subió las escaleras con su hermano mayor por detrás.

Christopher golpeaba el camino con su bastón mientras caminaba.

—A veces, Jack, pienso que el legado de tu madrina fue lo peor que pudo pasarte.

Jack nunca hubiera pensado escuchar esa opinión siendo expresada. Su legado tras la muerte de su madrina dos años antes había salvado a su familia de la ruina. Su madrina no podría haber sido elegida con alguna esperanza de ser una bendición material, ya que seguía siendo esposa de un rico comerciante y madre de dos hijos al nacer Jack. Pero Jack se había encariñado con ella, sobre todo después de haber perdido a su marido por enfermedad y luego a dos hijos: uno en la guerra y el otro de forma menos noble, ya que fue asesinado en un duelo de venganza por el marido de una mujer infiel. Con la fortuna que la señora Rutland le dejó pudo pagar la mayor parte de las deudas de la familia e incluso establecer su propia finca cerca de donde estaban las tierras de su familia.

Jack se detuvo y miró hacia atrás, apoyando la mano en la barandilla de hierro.

—¿Por qué?

Christopher también se detuvo y clavó su mirada en Jack.

—Estás en peligro de convertirte en un aburrido muerto.

Jack se sintió molesto. No era como si hubiera tenido elección para comportarse como lo hacía, teniendo en cuenta la familia con la que había sido bendecido.

—Y tú… tú te has vuelto tan disipado como para ser total irresponsable —atravesaron la puerta principal y Jack bajó la voz—. Entre las 'inversiones' de padre y tu…

—Ah, sermones de nuevo —lo empujó—. Corta el rollo, no sé por qué lo he mencionado.

Susan apareció en lo alto de la barandilla mientras el sonido de sus voces resonaba en el hueco de la escalera.

—Christopher. *Estás* aquí. Qué divino golpe de suerte —se apresuró a bajar las escaleras—. ¿Irás al baile de Yardmouth esta noche? ¿Crees que el señor Merrick estará allí?

Jack metió sus guantes en el bolsillo de su capa.

—¿Quién es el señor Merrick? —arrugó los ojos, pensativo. Si era el Merrick que conocía de los Comunes, lacayo del parlamentario, el señor Thackery, no estaba tan seguro de aprobarlo.

Su hermana juntó las manos en un gesto que puso a Jack en guardia. Era probable que un drama se aproximara. Ella se apresuró a bajar las escaleras.

—El señor Merrick es un caballero *muy* respetable, que se ha enamorado apasionadamente de mí. Christopher dice que es un buen partido.

Christopher giró sobre sus talones como si deseara escapar antes de que Jack pudiera interrogarlo más a fondo, pero no lo dejaría escapar

tan fácilmente.

—¿Y qué hace del señor Merrick un partido tan digno? Christopher, no tenía ni idea de que estuvieras tan ocupado haciendo de casamentero.

Susan apoyó la mano en la barandilla y, con una voz palpitante de pasión, dijo:

—El señor Merrick ha tenido un *coup de foudre* desde el primer momento en que puso sus ojos en mí.

Christopher se volvió y se encontró con la mirada de Jack, con una sonrisa irónica.

—Y sus abrigos son hechos en Weston's. ¿Qué más necesita un hombre para ser recomendado?

—No le debes dinero, ¿verdad? —preguntó Jack con repentina suspicacia.

—Por supuesto que no —se echó hacia atrás, ofendido—. Si quieres saberlo, lo conocí en White's. Supongo que ni siquiera tú podrías encontrarle defectos. De hecho tiene un lugar en el Parlamento.

—Si se reúne en White's, entonces es el conservador en el que estaba pensando —tendría que investigar ese asunto para asegurarse de que a su hermana no le impusieran nada.

Shanks, su mayordomo, avanzó arrastrando los pies por el pasillo hasta donde se encontraban. Había trabajado para el abuelo de Jack y luego para su padre, y no deseaba jubilarse, ni el padre de Jack podía soportar la idea de jubilarlo. Jack se había acostumbrado a quitarse la capa él mismo desde su juventud. Ahora le entregó la prenda a su mayordomo y añadió:

—Dudo que el señor Merrick y yo coincidamos en algo.

Susan soltó un chillido de protesta pero fue interrumpida por el ruido de su madre llegando por el pasillo, vestida para salir.

—Christopher, Jack, Susan. Qué alegría encontraros a todos aquí a la vez —la señora Blythefield no había conservado su figura, ni había envejecido bien. Lo que poseía en abundancia, sin embargo, era entusiasmo—. Deseo invitaros particularmente al evento de esta noche. Se podría decir que es providencial que estén todos aquí para que no se pierdan esta extraordinaria oportunidad.

Jack y su hermano se volvieron para mirar al final del pasillo mientras su padre salía de la biblioteca. Con una rápida mirada a su esposa, el señor Blythefield se escabulló hacia la sala de billar. Christopher murmuró:

—Veo que padre ha tenido el repentino deseo de mejorar su juego.

Jack volvió a centrar su atención en su madre, sumamente suspicaz.

—¿Qué extraordinaria oportunidad es esa, madre?

—Es lo que le digo constantemente a tu padre —dijo la señora Blythefield—. Es una oportunidad de marcar una verdadera diferencia en este mundo. ¡Una reunión! Creo que ya es hora de que cumplas con tu responsabilidad como corresponde en tu posición en la vida — metió en su reticule un gran montón de lo que Jack reconoció como folletos metodistas que había empezado a distribuir últimamente.

—Una reunión. ¿Otra vez los huérfanos de la parroquia? — preguntó Christopher, con una pizca de temor en su voz.

—No, querido. Esta noche no. Qué tontería pensar que íbamos a visitar a los huérfanos por la noche —respondió, una sonrisa benigna iluminando los pliegues arrugados de su rostro—. He descubierto esta encantadora congregación llamada La Sociedad para la Supresión del Vicio y me he propuesto unirme a ellos. ¿No le parece emocionante? Lo próximo que haremos será abordar las tabernas de ginebra.

—Que Dios nos proteja —Christopher se volvió bruscamente hacia el estudio.

—Madre, te has olvidado —Susan sacudió la cabeza ante los folletos que su madre intentaba entregarle— estás prometida en el baile de Yardmouth esta noche. Tienes que acompañarme.

Su madre levantó una mano enguantada hacia su mejilla y le dio una cariñosa palmadita.

—Así es. Pero no puedo ir. Jack, tendrás que llevarla en mi lugar.

Susan juntó las manos y se volvió hacia él.

—Qué espléndido, Jack. Será mejor que te des prisa. No tienes mucho tiempo para vestirte.

—De hecho tengo un compromiso… —empezó Jack.

Su madre le besó en la mejilla.

—Eres un encanto. Tu hermana no puede perderse el baile de apertura, por supuesto. Toma —sacó un puñado de folletos de su reticule—. Mientras estés allí, puedes repartirlos a quien quieras. Te daré más cuando se te acaben. Bueno, debo irme —hizo un gesto con la mano mientras salía por la puerta.

Jack se volvió hacia Susan, presa de una sensación familiar de que sus planes meticulosamente elaborados estaban a punto de verse obstaculizados y de que su velada iba a ser robada.

—Christopher debe llevarte —le gritó a su hermano—, tus planes no están decididos, mientras que los míos no pueden alterarse. Ten la bondad de llevar a Susan.

Christopher habló por encima del hombro mientras entraba en el estudio.

—Imposible. Si voy, no asistiré hasta mucho más tarde. Jack, tendrás que acompañarla.

Susan cogió las manos de Jack impulsivamente.

—Oh, di que lo harás.

—¡Absolutamente, no! —Jack respondió.

UNA HORA MÁS TARDE, el mayordomo le avisó de que el carruaje se había detenido en la entrada, y Jack dio unos golpecitos con el pie, esperando. Teniendo en cuenta que Susan ya estaba vestida para el baile de Yardmouth cuando él llegó a casa, no podía imaginar qué la retenía. Finalmente apareció y sonrió beatíficamente, sin molestarse en explicar su tardanza. La ayudó con su pelliza antes de salir y subir al carruaje.

Mientras avanzaban por la atestada carretera, Jack dejó que su mirada se perdiera en las casas adosadas por las que pasaban, algunas de las cuales estaban iluminadas con velas en su interior y otras que aún no habían cerrado sus persianas. Se preguntó si los Sommers notarían su ausencia. Era probable, ya que la señorita Sommers había parecido indicar que sería un invitado especial. Estaba deseando tener la oportunidad de seguir conociéndose. Era una pena que eso tuviera que retrasarse. Ya era hora de que se buscara una esposa y montara su propio establecimiento para no tener que acompañar a su hermana a todas partes. Eso era algo que podría estar haciendo su mujer.

Con los pensamientos en esa dirección, se volvió hacia Susan y le anunció:

—He decidido casarme —no estaba acostumbrado a hablar con tanta espontaneidad, pero habiéndoselo dicho a Christopher, tendría que informárselo a cada uno de los miembros de su familia. Tal vez le concedieran por una vez un respiro de sus peticiones y la libertad de llevar a cabo su misión.

—Excelente —juntó sus manos enguantadas—. Conozco a la chica perfecta para ti.

—Chica —negó rotundamente la cabeza. No era una chica lo que necesitaba, sino una mujer sensata que pudiera dirigir una casa y mantener un discurso inteligente con sus aliados políticos, pero que supiera cuándo retroceder en sumisión—. No quiero una *chica* que tenga la cabeza en las nubes o que viva en sus sueños de romance y fantasías. Quiero una mujer racional y tranquila que sepa dirigir una casa.

—Oh —sus hombros se desplomaron y acarició con los dedos las cintas de su reticule.

Jack no había esperado una capitulación tan fácil. Después de un momento, su curiosidad pudo más que él.

—¿Y quién es esta chica?

Susan volvió a sonreír.

—Philippa Clavering. Mi más querida amiga.

Jack hizo girar la cinta negra de su monóculo alrededor de su dedo.

—Nunca había oído hablar de la señorita Clavering. ¿Cómo puede ser tu amiga más querida?

—Bueno… no hace mucho que nos conocemos, pero llevamos escribiéndonos desde la Temporada pasada y nos hemos hecho muy cercanas. Es mi confidente y sabe todo sobre el señor Browne…

—Espero que no sigas pensando en el señor Browne —se volvió y la estudió con el ceño fruncido.

—Pero le he informado del cambio de mis sentimientos esta misma tarde —Susan continuó como si no la hubiera interrumpido—. Ya me ha visitado, pues acaba de llegar a Londres esta semana. Philippa es un *ángel*. Ya lo verás.

—Tal vez —no vio la necesidad de explayarse, pero la idea empezó a arraigarse. Si esta señorita Clavering era parecida a su hermana en temperamento, podría convenirle, si su interés por la señorita Sommers resultaba poco gratificante. Susan era, en general, una chica dócil. Aunque, si la señorita Clavering era incluso la mitad de tonta, no serviría.

Frunció el ceño. No es que deseara pensar en su futura esposa y en su hermana al mismo tiempo, pero sería conveniente que fueran amigas. Así, cuando él pasara el tiempo en el Parlamento y en el club, su esposa tendría alguien con quien hablar. Una esposa con amigas no le causaría un exceso de sensibilidad. Era un asunto que valía la pena considerar.

—Puedes presentármela. La examinaré.

—Jack, dices las cosas más graciosas —dijo—. No es un caballo.

Miró de reojo a su hermana. Susan estaba mostrando un ánimo inusual, pero dejó pasar el comentario.

Llegaban tarde al baile, y Jack llevó a Susan ante el anfitrión y la anfitriona para presentarles sus respetos antes de evaluar a los demás invitados reunidos en la sala. No había nadie con quien tuviera que hablar que no pudiera esperar. Susan se alisó la parte delantera del vestido y abrió y cerró su abanico hasta que Jack no pudo soportarlo más. Se inclinó para murmurar:

—Susan, estás inquieta. No debes mostrar tan abiertamente tus emociones.

Susan inhaló bruscamente y le cogió del brazo.

—¡Ahí está Philippa! —se puso de puntillas y levantó la mano hasta que la mujer en cuestión sonrió y se volvió para caminar hacia ellos.

Jack estaba a punto de decirle a Susan que no hiciera el ridículo, pero se detuvo en seco al ver a la señorita Clavering, que, de hecho, parecía un ser celestial. En términos de apariencias, la suya

ciertamente podría tentar a un hombre a presionar su traje. Rostro angelical, halo de rizos dorados, sonrisa fresca como el rocío, cintura ceñida de forma muy atractiva, pero caderas lo bastante amplias como para cargar con un heredero, e incluso con uno de repuesto. Sin duda reunía los requisitos para el puesto que tenía en mente. La señorita Clavering cruzó la sala mientras Jack se preparaba para honrarla con su atención.

Susan hizo la presentación.

—Jack, permíteme presentarte a mi amiga, la señorita Philippa Clavering. Philippa, este es el señor Jack Blythefield.

Jack hizo una reverencia.

—Su servidor —aunque no era muy aficionado al baile, había decidido ceder lo suficiente como para invitar a la señorita Clavering a bailar una pieza, ya que de otro modo sería difícil entablar conversación. Y necesitaba evaluar si era tan dócil como parecía. Si lo era, entonces podría responder muy bien. La señorita Sommers era, en efecto, una mujer atractiva, pero la señorita Clavering era simplemente impresionante, el tipo de rostro que un hombre podría mirar sin perder el apetito.

—Encantada, señor Blythefield —respondió. Su voz clara y su asentimiento en respuesta revelaron más carácter del que él tal vez pudiera desear, pero con sus ojos evaluándolo, Jack tuvo la desconcertante sensación de ser él quien estaba encantado.

Se apartó de él y lo liberó de su hechizo, enlazando su brazo con el de Susan.

—Llevo una eternidad esperándote —la señorita Clavering se llevó a su hermana, ambas inclinaron sus cabezas hacia la otra y no le dedicó ni una mirada más.

Jack sintió cierta irritación. Esta mujer había perdido la oportunidad de tentarlo para llevarlo al altar, y no había tenido ni idea.

3

Philippa había estado buscando a Susan desde que había llegado, ansiosa por evaluar qué clase de rival sería el señor Merrick. Una vez que Susan hubo presentado a su hermano (el señor Blythefield era un hombre apuesto, pero su semblante serio no alentó a Philippa a quedarse) se cogió del brazo de su amiga y avanzaron entre los grupos de gente congregada en los alrededores hacia un lugar más espacioso. Se detuvieron entre dos mesas de refrigerios que contenían cuencos de ponche helado. El chillido de los violines y el sonido más suave de los violonchelos llenaban la sala. Parejas vestidas de colores brillantes bailaban, se agachaban y giraban entre los grupos de gente, y el torbellino de colores llamó la atención de Philippa.

—Es todo un evento, ¿verdad? —observó alegremente. Había suficiente gente como para que se hubiera librado de la mirada demasiado protectora de María. A su hermana no le parecía que la única Temporada londinense de Philippa hubiera sido preparación suficiente para permitir dejarla sin vigilancia ya que en cualquier momento podría ser arrastrada a una alcoba por un libertino empeñado en seducirla. Abrió su abanico y se inclinó hacia Susan.

—Bueno, ¿está aquí el señor Merrick?

Susan estaba pálida, a pesar de las manchas de color en sus mejillas provocadas por el calor. Se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Me parece que no. Llegamos tarde, y si aún no ha venido, empiezo a temer que no aparezca en toda la noche.

Philippa agitó su abanico de un lado a otro con vigor. Entre más, mejor. Si no estaba aquí, tal vez eso indicara que su propuesta no era algo serio y que el caso de Matthew no era tan desesperado. Tendría que actuar con cautela. Philippa sólo había mencionado al señor Evans una o dos veces en sus cartas desde la última temporada, y no deseaba molestar a Susan insistiendo en el asunto cuando su corazón aún no estaba comprometido. Por otra parte, tampoco quería permitir que el tal señor Merrick se atribuyera una victoria tan fácil.

Apretó la mano de Susan.

—Si es un pretendiente que se precie, estará aquí, pues no se

perdería la oportunidad de verte. Sin embargo, no te lo tomes a pecho si no viene. El afecto de un pretendiente digno no decae tan fácilmente, y si lo hace, es mejor que lo sepas ahora. Después de todo, *hay* caballeros en cuyos corazones se puede confiar que permanecerán fieles, así que ¿por qué tirar el nuestro por la borda ante el primer rostro apuesto?

Philippa podría haber estrangulado gustosamente a Matthew por mostrarse tan tímido la última Temporada. Si hubiera sido más sincero sobre sus sentimientos, su tierna amiga ya estaría comprometida con él y no a la merced como el señor Merrick.

De cualquier manera, ¿dónde *estaba* Matthew Evans? Philippa miró a su alrededor, sin esperar verlo ahí, pues no había tenido noticias de él, pero se sorprendió de todos modos. Pensó que no tardaría en venir a Londres con tanto en juego.

Sus palabras parecían haberla animado, aunque tal vez no en el mejor de los sentidos, porque respiró hondo y se irguió, sonriéndole a un caballero que se inclinó ante ella al pasar. Un movimiento brusco a la izquierda de Philippa llamó su atención, y una mirada reveló la silueta del señor Lloyd, uno de sus insistentes pretendientes. Su inoportuno interés por ella se arraigó al final de la última Temporada, en la que intentó con frecuencia conseguir una conversación privada. La aburría hasta las lágrimas.

Susan respiró hondo y cogió el brazo de Philippa.

—Ha venido. Y me ha visto.

—¿El señor Evans? —levantó la cabeza. No sabía cuándo había tenido previsto llegar a Londres, pero él llevaría a cabo su conquista con más éxito que ella.

—No —se volvió hacia ella, con el ceño ligeramente fruncido—. El señor Merrick.

Philippa se reprendió a sí misma por haber sacado el tema de Matthew justo ahora. Todo era culpa del señor Lloyd por distraerla. Miró alrededor de la habitación en busca de un caballero que pudiera atraer a su lado para protegerla de las atenciones del señor Lloyd. Susan no sería ni el menor impedimento.

—Señorita Clavering —la voz grave que provenía de su derecha pertenecía al señor Blythefield, quien ahora se encontraba a su lado. Se sobresaltó ante su inesperada cercanía y se encontró mirando unos ojos cuya mezcla de marrones y verdes eran tan bonitos como el mármol. Le hizo una pequeña reverencia—. Tenía la intención de invitarla a bailar cuando nos presentaron antes, pero no tuve la oportunidad.

Philippa miró a Susan, quien no estaba prestando la menor atención a su hermano y parecía estar buscando al señor Merrick, quien no había venido directo hacia ella.

—Es muy amable por su parte —levantó la vista a tiempo para ver al señor Lloyd desviarse en otra dirección. La llegada del señor Blythefield había sido oportuna. Sin embargo, no se sintió tentada por su tono cordial y su actitud rígida. No era como si necesitara ningún favor de su parte. Y si dejaba sola a Susan, tal vez no tendría oportunidad de conocer al señor Merrick.

—*Mm* —su falta de aceptación inmediata rozaba la incivilidad. Ciertamente no tenía intención de bailar con un hombre que no se esforzaba por complacerla, pero difícilmente podía rechazar al señor Blythefield, a menos que…

Philippa le sonrió.

—Me encantaría, pero ahora estoy ocupada. ¿Puedo sugerirle a la señorita Percy como pareja para este baile? Está parada cerca de la columna y resulta que está libre —para calmar el desaire, añadió en tono burlón—. Ella da pie a una animada conversación y no lo aburrirá esperando una proposición al final del baile.

El señor Blythefield se apartó para mirarla.

—¿Está diciendo que *usted*, señorita Clavering, esperaría una proposición al final de un baile?

—¿De usted? Oh, cielos, no —se rio y volvió a mirarle, pero su risa se apagó rápidamente. No importaba que el señor Blythefield tuviera el tipo de aspecto que la atraía, no estaba interesada en el hermano de su amiga… o, en realidad, en apegarse a cualquier hombre en este momento. Su libertad, tal como era, era demasiado valiosa.

—Jack, quiero presentarte a alguien —Susan apoyó la mano en el brazo de su hermano, interrumpiendo una conversación que se estaba volviendo rápidamente incómoda—. Venía hacia aquí hace un minuto, pero se ha detenido a conversar con alguien. Estoy segura de que no se demorará.

El señor Blythefield apartó la mirada de ella y recorrió la habitación.

—¿Un *pretendiente*? No será ese señor Browne, ¿verdad? ¿El que arruinó muchos de tus pañuelos y el mío propio? —le lanzó una mirada a Philippa y se contuvo de seguir hablando.

Ella se sorprendió, aunque no pareció que Susan se sintiera afectada. No esperaba que él fuera consciente de las penas amorosas de su hermana. Debían de tener una relación más estrecha de lo que había pensado, teniendo en cuenta que Susan ni siquiera había mencionado la existencia de su hermano.

Susan negó con la cabeza.

—No, tenías mucha razón sobre él. He renunciado por completo al señor Browne. El señor Merrick es quien está aquí, de quien te hablé antes.

El señor Blythefield siguió su mirada, recorriendo la multitud hasta

que sus ojos se fijaron en la persona en cuestión.

—Ah, sí. *Ese* señor Merrick, cuyas ideas políticas son cuestionables. Lo conozco. Por supuesto, puedes presentármelo. Me ahorrará la molestia de tener que buscarlo y advertirle que se vaya.

Susan jadeó e hizo una mueca, indignada.

—¿Cómo te atreves? Creía que te importaba mi felicidad.

Philippa envió al señor Blythefield una mirada represiva.

—Ya basta, señor Blythefield. Ha llevado a su bella hermana hasta abismo de sentimientos sobre el que pueden especular todos los reunidos esta noche. No se lo agradecerá cuando mañana tenga que enfrentarse a los murmullos en los salones.

Le hizo una reverencia y enlazó su brazo con el de Susan.

—Ven. Esta parte del salón de baile se ha vuelto sofocante. Veo un rincón que promete aire fresco cerca del salón de descanso.

Para cuando habían avanzado lentamente alrededor de la multitud que rodeaba la pista de baile, y mientras Philippa hablaba de temas indiferentes para distraer a su amiga, el color de Susan había recuperado su tono normal. Su atención, sin embargo, no había cambiado de objetivo.

—Jack es tan insensible.

—Los hermanos mayores generalmente lo son —respondió, aunque su mente estaba ocupada. ¿Cómo podría aprovechar la desaprobación del señor Blythefield para menguar el repentino apego que Susan sentía por el señor Merrick?—. Pero si lo que dijo tu hermano es cierto, que el señor Merrick posee ideas desagradables… Es posible que estuviera tratando de protegerte, y no precisamente de su *ideología política*.

Susan negó con la cabeza.

—Estoy de acuerdo pero, Jack sólo dijo eso porque el señor Merrick es un conservador y Jack es un Whig. Cree que todos los conservadores tienen una política cuestionable.

Philippa enarcó las cejas. Aparte del hecho de que estaba de acuerdo con él, esta información era útil. Si el señor Blythefield estaba dispuesto a descartar a un posible pretendiente por el mero hecho de que estaba afiliado al partido opuesto, sus próximos pasos estaban claros. Sólo necesitaba reforzar su desaprobación. Tal vez fingiría tener ideas conservadoras también. Nada como una opinión contraria para reforzar la antipatía de un hombre.

—Bueno, en general los hombres entienden mucho mejor los temas políticos que nosotras las mujeres —dijo con mendacidad—. Yo no descartaría del todo la valoración que tu hermano hace del señor Merrick antes de que te enamores por completo de él.

Susan apenas estaba escuchando y respiraba entrecortadamente.

—Creo que viene hacia aquí.

Y así era. Los rizos castaños del señor Merrick caían en cascada hasta el cuello de su abrigo verde bronceado, y su pañoleta de color crema ocultaba lo que posiblemente era una barbilla débil. A pesar de ello, era un hombre apuesto y, mientras recorría la sala con aire señorial, se inclinaba ante las damas y saludaba a los caballeros. Parecía saber qué decirle a todo el mundo, pues le seguían las risas de aquellos a los que se dignaba dedicar unas palabras.

Entonces, el hombre en cuestión estaba delante de ellas, y se inclinó ante las dos damas.

—Señorita Blythefield, esperaba encontrarla aquí esta noche —se inclinó ante Philippa—. Y está en tan encantadora compañía.

Ella sonrió e inclinó la cabeza, pero no procuró buscar una introducción. El señor Merrick era un hombre de prestigio, y si realmente estaba enamorado de Susan, el pobre Matthew no tenía ninguna posibilidad.

—¿Cómo está usted, señor Merrick? —Susan le sonrió tímidamente.

Al no presentarle a Philippa, él carraspeó y miró hacia ella. Parecía como si todos los pensamientos de Susan se hubieran esfumado, pues seguía sin presentarlos. *Es demasiado inocente*. No era de extrañar que el señor Browne la hubiera dejado por una presa más digna. El señor Merrick tendría su oportunidad de hacer lo mismo, si Philippa tenía algo que decir al respecto. Se aseguraría de que lo hiciera antes de que rompiera el corazón de Susan.

Cuando él no recibió ninguna presentación, se volvió hacia Susan.

—Señorita Blythefield, si alguien más no lo ha hecho, ¿podría solicitar el honor de bailar con usted la próxima pieza?

El rostro de Susan se iluminó por su atención y sus mejillas se sonrosaron.

—Puede hacerlo —puso su mano en el brazo extendido del señor Merrick, y él se inclinó ante Philippa—. Buenas noches, señorita…

Susan se llevó la mano que tenía libre a la boca.

—Le ruego me disculpe, señor Merrick. Le presento a mi querida amiga, la señorita Clavering.

—Señorita Clavering —frunció las cejas como si hubiera reconocido algo en ella, pero rápidamente suavizó su reacción y la sustituyó por una sonrisa—. ¿Me permitirá acompañarla hasta alguien, ahora que me estoy llevando a su acompañante?

—Es usted muy amable, señor Merrick. No es necesario, ya que… —hizo una pausa, golpeada por una idea. Tal vez aprendiera más sobre él si aparentemente tuvieran algo en común—. Mi cuñado, el señor Holbeck, tiene a alguien que le gustaría que conociera. Simplemente volveré con él.

El señor Merrick se había movido para darse la vuelta, llevando a

Susan del brazo, pero ante las palabras de Philippa, se volvió.

—¿Es usted pariente de Charles Holbeck?

—Está casado con mi hermana. Entonces, ¿lo conoce?

—De hecho, sí. Debe ser por eso… —se interrumpió y puso su mano sobre la de Susan—. Él y yo coincidimos en muchas ocasiones.

Philippa se preguntó qué había estado a punto de decir.

—Qué maravilla. Veo que es usted un hombre sensato —la mentira salió fácilmente de sus labios. Con los hombres que no le importaban un comino, había descubierto que era mejor darles la razón; normalmente se iban más rápido. La miró fijamente antes de llevar a Susan a la pista de baile.

Era hora de averiguar qué pensaba el señor Blythefield del pretendiente de su hermana.

La sala se llenaba cada vez más y Philippa era de baja estatura. No podía ver por encima de los hombros a la mayoría de los hombres allí presentes, y el señor Blythefield no estaba a la vista. Sintió un roce en su codo y la hizo detenerse en seco. ¿El señor Lloyd?

—Señorita Clavering, no es propio de usted estar sola. ¿Cómo se deshizo de su grupo de pretendientes?

Philippa se volvió aliviada para ver a Robert Whitmore, uno de los mejores amigos de su hermano George, cuya grata presencia le sacó una pequeña carcajada. La risa se interrumpió cuando vio al otro lado del hombro del señor Whitmore el paso decidido del señor Lloyd.

—No me dejes, te lo ruego —dijo—, Creía haberme librado antes del señor Lloyd, pero ahora viene a hablar conmigo.

—¿Ese aburrido fastidioso? —Whitmore les hizo una seña a otros dos amigos, que acudieron inmediatamente a su lado—. Duck, me parece que habías deseado bailar con la señorita Clavering —dijo en voz alta, enviando al señor Lloyd en otra dirección.

El señor Oswald Duckworth, conocido como Duck, era la incorporación más reciente al círculo de amigos de George. Era el más coqueto de todos y el menos serio.

—Por supuesto que debo bailar con la señorita Clavering, aunque sea famosa por dejar un séquito de corazones rotos —tomó la mano de Philippa entre las suyas, se la llevó a la mejilla y luego le plantó un beso directamente en el guante mientras se inclinaba sobre ella, citando—. “El que sonríe cuando le roban, le roba algo al ladrón.”

Philippa negó con la cabeza y le dirigió una sonrisa indulgente. Por tentador que fuera su coqueteo, nadie era tan tonta como para tomárselo en serio. Las matronas de la alta sociedad solían mirarlo con indulgencia, pues lo consideraban inofensivo. Y aunque el escandaloso comportamiento de Duck no fuera conocido, Philippa no se habría dejado engañar. Los amigos de George siempre la habían tratado como si también fuera su hermana, excepto por el flirteo.

Nicholas Amos, un hombre corpulento en altura y anchura, poseía un sentido del humor más tranquilo, en contradicción con su físico. También se inclinó y, cuando levantó la cabeza, bromeó:

—Un rostro tan encantador podría tentar al hombre más valiente a renunciar a su libertad, si no fuera por un hermano de lo más protector. Yo, por mi parte, no soy tan insensato como para intentarlo.

—Ni siquiera me atrevo a pedirte que bailes conmigo —dijo Duck, para no dejarse superar—. Pero te diré algo. *Moriré* si me dices que mi cortejo es en vano.

Philippa soltó una risita.

—Como si cada uno de vosotros no hiciera precisamente lo que deseáis. Sin embargo, no es el miedo a mi hermano lo que os lo impide, admitidlo. Si os parecéis a George, pasarán muchos años antes de que estéis listos para sentar cabeza.

—Sólo dije que nos tientas a llevarte al altar. No dije que nos plantearíamos dar un paso tan drástico —dijo Amos con un guiño.

—Caballeros, sólo os he convocado para proteger a nuestra Philippa de las indeseadas insinuaciones de Perceval Lloyd —dijo Whitmore, con un brillo burlón en los ojos—. ¡No esperaba tener que protegerla de vosotros! —cogió una copa de champán de un sirviente y luego apartó a un caballero que pasaba por allí para conversar con él.

Philippa centró su mirada en las parejas que bailaban, sin arrepentirse de no haber aceptado bailar esta pieza. Los amigos de George eran más divertidos.

—¿Alguno de vosotros conoce al señor Merrick? El hombre que está bailando con mi amiga.

Duck sacó su monóculo y examinó a las parejas que bailaban la cuadrilla, luego dejó caer su lente.

—Como soy incapaz de discernir quién es tu amigo en esta multitud de personas danzantes, no puedo decirte si conozco o no al señor Merrick.

Amos puso una mano en el brazo de Duck.

—¿Cómo has podido olvidarlo? ¿El tipo con el fino saco verde, bailando con esa pelirroja? Merrick fue por el que apostaron en White's después de que presumiera ser capaz de conseguir una heredera.

Philippa abrió ligeramente la boca y lo miró fijamente.

—Pero mi amiga no es una heredera.

—Digamos que los que apostamos a su favor no nos quedamos con los bolsillos llenos después de todo—se mostró consciente de repente —, pero no deberíamos hablar de esto delante de ti.

—Eso no importa —Philippa rechazó la objeción haciendo un gesto con la mano—, pero, ¿cuándo ocurrió esto?

—Fue al final de la Temporada pasada, ¿no? —dijo Duck.

—Efectivamente. Casi a finales de junio. Es hombre es un canalla —Duck levantó su monóculo y miró a una chica atractiva que pasaba junto a su madre. La joven se sonrojó y bajó la mirada.

—Duck, deja de flirtear, ¿quieres? —dijo Philippa—. Este es un asunto serio. Susan no puede enamorarse de alguien que no se preocupará por ella —Whitmore volvió a unirse a su círculo, y Philippa intentó lucir despreocupada mientras observaba a la multitud —. ¿Dónde está el señor Evans? Debes decirle que se apresure a venir a Londres, porque lo necesito.

Duck levantó un hombro, perdiendo ya el interés.

—No tengo ni idea de dónde está Evans, así que sería un esfuerzo infructuoso de mi parte intentar localizarlo.

—Es cierto —dijo Whitmore—, es más probable que George sepa dónde está. ¿Por qué lo buscas?

—Mi amiga, la señorita Blythefield, está bailando con el señor Merrick, de quien acabo de enterarme que no es precisamente *el mejor* hombre —Whitmore se aclaró la garganta, y Philippa volvió su mirada hacia él—. ¿Así que tú también lo crees? Soy muy unida a Susan y no puedo evitar sentir que necesita una mano que la guíe. Necesitaré que el señor Evans esté en Londres para lograr lo que tengo en mente.

—Que Dios ayude a la chica —murmuró Duck—. Philippa ha decidido abordar un proyecto.

Amos dirigió su mirada hacia ella.

—Y dime, ¿por qué necesitas a Evans aquí? Si no fuera porque estás haciendo de casamentera, podría pensar que tú misma tienes algún interés por él.

Philippa se rio.

—¿Por Matthew Evans? Por Dios, no. Bien podría ser mi hermano, ya que se quedaba con nosotros las primeras dos semanas de cada verano. Lo conozco desde que usaba cuerdas delanteras. Es sólo que no creo que el señor Merrick sea un pretendiente digno de la señorita Blythefield —recapacitó sobre que podía expresar su urgencia de que Matthew regresara sin romper *precisamente* su confianza. —Quizás el señor Evans desee fijar su interés con la señorita Blythefield. Por eso necesita volver. Para hacer precisamente eso.

Los tres caballeros se volvieron para mirarla, y fue Whitmore quien dijo:

—Difícilmente podemos involucrarnos, querida.

Su respuesta no la sorprendió, ya que, en general, le parecía que la raza masculina tendía a abandonar cualquier desafío al primer contratiempo. La discusión terminó rápidamente, y menos mal, porque Philippa había visto al señor Blythefield. Estaba apartado de todos, y quién sabía cuánto tiempo más se quedaría ahí. Vio que su mirada

recorría la multitud como si buscara a alguien.

Éste, decidió Philippa, sería el momento ideal para averiguar qué pensaba exactamente el señor Blythefield del señor Merrick. Tal vez sólo necesitara un pequeño empujoncito para ayudarlo a reafirmar su decisión en contra de la pareja.

—Caballeros —dijo—, debéis disculparme.

4

Jack no llevaba ni una hora en el baile cuando lamentó haberse perdido el compromiso de los Sommers. No había nada que le interesara aquí, ahora que había visto a su hermana pasar de su primera pareja de baile cuestionable, el señor Merrick, a parejas más adecuadas. Tendría que hablar con Christopher para averiguar por qué su hermano pensaba que el hombre era un pretendiente aceptable para casarse con su hermana. Aunque no tenía nada específico contra el señor Merrick, siempre le había parecido un hombre de convicciones superficiales cuyo voto estaba a la venta al mejor postor. No había ninguna promesa de que se comportaría de manera diferente en asuntos matrimoniales, y Susan se merecía algo mejor.

Se había propuesto saludar a todos los hombres que probablemente apoyarían su candidatura como Líder de la Oposición, pero fue lo bastante inteligente como para dejarlos disfrutar de su velada libres de asuntos políticos. También aceptó bailar con una joven después de que la señora Yardmouth se le acercara para presentarlos, pero su nivel de timidez iba más allá de la docilidad que él buscaba en una esposa y rayaba en la estupidez. Evidentemente, la señorita Clavering no se había dado cuenta de la gran condescendencia que le había demostrado al invitarla a bailar. No volvería a cometer ese error.

Miró al otro lado de la sala y vio a aquella criatura angelical y menuda de adorables rizos rubios y notó que estaba siendo cortejada por tres elegantes hombres que la rodeaban. *Siendo cortejada, en efecto*. Jack curvó los labios. Ahí estaba. La señorita Clavering sólo traería problemas. Probablemente coqueteaba, persuadía y exigía, manteniendo a sus pretendientes a la distancia. Él estaba lejos de querer unirse a eso. Vio cómo levantaba un delgado brazo envuelto en un guante blanco y tocaba la mejilla de uno de los hombres. Este le cogió la mano y la besó. Jack se dio la vuelta, disgustado.

Si hubiera ido a casa de los Sommers como había planeado, la señorita Sommers se habría esmerado en que Jack estuviera cómodo desde el momento en que hubiera entrado por la puerta. Lo había hecho desde que habían sido presentados hacía dos años, pero la manera en que ella quería llamar su atención era tan sutil que no

había suscitado ningún deseo de una conexión más íntima. Él se había limitado a fijarse en lo hábil que era presidiendo las cenas políticas de su madre. Fue sólo cuando se marchó a su finca al cierre del Parlamento cuando la intrusión de la señorita Sommers en sus pensamientos lo hizo preguntarse si en realidad le estaba mostrando un interés especial. Eso lo llevo a preguntarse si él estaba igualmente interesado o no.

Después de todo, cuando un hombre decide que ha llegado el momento de encontrar esposa, naturalmente busca la opción más adecuada. Y la señorita Sommers lo era. Si había algún defecto en su aspecto, sería difícil de encontrar. Tal vez fuera que sus labios finos no mostraban una sonrisa espontánea, y su tez era más bien demasiado incolora para emitir un rubor. Pero su cabello oscuro contrastaba bellamente con sus ojos azul pálido, y nunca incomodaba a un hombre con una charla innecesaria. Ya era hora de que empezara a cortejarla en serio.

Jack se cruzó de brazos, reprimiendo un suspiro mientras miraba a su alrededor. Tendría que permanecer en el baile durante un rato hasta que su hermana estuviera lista para regresar a casa. Más le valía prepararse para una velada de lo más insípida. Y, se recordó a sí mismo, más le valía darse prisa mañana para ir a pedirle perdón a la señorita Sommers por no haberse presentado esta noche.

—Señor Blythefield.

Jack se volvió al oír su nombre siendo pronunciado por una voz melodiosa y se sorprendió de nuevo cuando su mirada cayó en la señorita Clavering. No era alta como la señorita Sommers ni tenía rasgos tan contrastantes como cabello oscuro sobre una tez cremosa. Ella le obsequió con una sonrisa natural, marcada a ambos lados por profundos hoyuelos en sus hermosas mejillas. Sus ojos brillantes lo cautivaron con su inteligencia. Sólo tuvo tiempo de recuperarse de la sorpresa inicial antes de que ella abriera los labios para hablar.

—Quería saber qué pensaba del señor Merrick. ¿Cree que es un hombre digno?

—No sabría decirle —sorprendido por el carácter de su pregunta, Jack adoptó una voz desinteresada—, apenas conozco al hombre. Tendré que examinarlo más de cerca antes de decidirme. Sin embargo, no quisiera que se preocupara por los asuntos personales de otra familia.

Había querido decir eso como una fuerte reprimenda, y una mujer de mayor sensibilidad se habría tomado las palabras a pecho y le habría pedido perdón. La señorita Clavering no parecía ser una mujer así.

—No es ninguna molestia, se lo aseguro. Después de haber apoyado a Susan durante su angustia del año pasado, sólo puedo

alegrarme de que otro hombre la haya considerado digna de su afecto —se detuvo y le dirigió a Jack una mirada que él no pudo descifrar del todo antes de añadir—. Y, por supuesto, es un conservador, lo que habla en su favor.

—Señorita Clavering —la miró con el ceño fruncido. Realmente era menuda, pero cuando volvió la cara para mirarlo, pensó que no sería demasiado pequeña para… *Basta*, se reprendió—. *Soy* un Whig. Eso no es precisamente buena referencia.

Ella resopló.

—Lamento oírlo.

Jack abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiera pronunciar la apresurada respuesta que había llegado a sus labios, ella señaló hacia donde estaba el señor Merrick, a la entrada de la sala de cartas.

—Antes de ahuyentarlo precipitadamente, debería pensar en el futuro de su hermana. Especialmente su futuro *inmediato*, y el suyo. Estoy seguro de que no querrá sentarse con Susan durante horas y horas, pasándole sus pañuelos cuando los de ella estén demasiado mojados de lágrimas mientras intenta comprender por qué el señor Merrick ya no viene a visitarla. Los hombres no suelen estar preparados para estas cosas, y usted no tienes otras hermanas que asuman la carga.

Jack no sabía si reírse de su perspicacia o estremecerse ante la imagen que le presentó.

—Susan tiene una madre —consiguió decir, aunque careció de convicción.

Al parecer, la señorita Clavering estaba más familiarizada con su situación familiar de lo que él pensaba, porque ladeó la cabeza y enarcó una ceja.

—Así es, la tiene. Sin embargo, si no me equivoco mucho, a la señora Blythefield le apasionan las causas sociales, y algunos de los asuntos más prácticos de la casa deben caer naturalmente en otras manos, entre ellas la de impartir sabios consejos.

Él estudió su rostro con recelo. La expresión de la señorita Clavering era sumamente agradable, y no había ni una pizca de juicio que leer allí, pero Jack tendría que hablar con su hermana. Definitivamente *no* necesitaba que se divulgaran los secretos de su familia. Ya era bastante difícil mantener cierta apariencia de normalidad en su extraña familia, lo que le permitía continuar su carrera en la política, la cual se perfilaba para ser brillante, sin que su propia hermana saboteara inadvertidamente sus esfuerzos.

Frunció las cejas.

—Si mi madre se dedica a las causas sociales…

—Entonces es una mujer digna cuyo tiempo exige más que

escuchar el dolor de una hija —terminó por él—. Si como hermano de Susan tiene el deber de ahuyentar al pobre señor Merrick, le aconsejo que no lo haga tan deprisa. Sólo conseguirá poner a su hermana en su contra y tal vez hacer que se apegue aún más a él. Aborde el asunto de una manera más sutil, para que ella no sienta que está en su contra. Si llega el momento de las lágrimas, estaré encantada de desempeñar el papel de confidente.

La cabeza de Jack daba vueltas con la idea de que la señorita Clavering no parecía despreciar en secreto a su madre como hacía la mayoría de la gente que se enteraba de sus proyectos. Luego, estaba la forma en que se atrevía a instruirlo, por no hablar de sus consejos sobre el señor Merrick como pretendiente, los cuales tenían una pizca de sentido. Era demasiado para asimilarlo y Jack buscó la manera de responder.

—La verdad es, señor Blythefield, que si usted encuentra la propuesta del señor Merrick demasiado objetable para aceptarla, tengo a alguien más en mente para su hermana, a quien creo que no puede rechazar. Si decide no aceptar esta pareja, él es lo suficientemente caballeroso como para retirarse de la lista. Pero imagino que su oferta prosperará, pues viene con una atractiva fortuna.

Jack se volvió para examinar detenidamente su rostro. Realmente era una criatura desconcertante

—¿Por qué le importa tanto quién pretende a mi hermana? Primero el señor Merrick, ¿ahora otro caballero? Si se me permite hablar sin rodeos, nunca le he visto antes y sólo he sabido de su existencia en el trayecto en carruaje hasta el baile. Me parece que su interés está fuera de lugar, ya que no es alguien de la familia ni conocido desde hace mucho tiempo.

Philippa levantó la barbilla y se encontró con su mirada. Sonrió antes de hablar.

—Lo comprendo. Debe parecerle extraño, y le aseguro que no tengo por costumbre inmiscuirme en lo que no me concierne —hizo una pausa y luego contuvo una sonrisa—. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto. Pero sólo me entrometo en lo que *sé* que es por una buena causa. Puede que no conozca a su hermana desde hace años, pero conozco al señor Evans…

—Y este señor Evans es el inobjetable pretendiente del que hablaba, el que viene con una bonita fortuna —aclaró.

—El mismo —puntualizó su afirmación con un movimiento de cabeza—. Estaba presente cuando Susan recibió el último desaire del señor Browne, y me envió a la habitación de descanso tras ella para asegurarme de que estuviera bien. Como ve, se *preocupa* por ella. No sólo su fortuna lo hace respetable, sino que su preocupación lo hace

ideal. Estoy decidida a que al menos tenga su oportunidad con Susan antes de que ella se deje llevar por las bonitas palabras de un hombre de moral inferior.

—Y con eso, sólo puedo suponer que se refieres al señor Merrick —concluyó. Entrecerró los ojos, confundido—. Pensé que usted alentaría a la pareja.

—Y así lo hago… pero sólo lo suficiente para evitar dar la impresión de que me opongo a ellos, lo que podría llevar a Susan a hacer algo desesperado. Siento decirle esto, señor Blythefield, pero intente seguirme el ritmo. Ya le he explicado todo esto. Además —lo evaluó con una sonrisa maliciosa—, pensé que mi aceptación del señor Merrick provocaría que usted lo desaprobara, dejando el camino libre para el señor Evans. Sé lo mucho que les gusta oponerse a los whigs.

Jack aspiró profundamente. Ni siquiera los hombres que se congregaban antes de los debates eran tan intrigantes como ella.

—No hay necesidad de hacer una demostración de apoyo u oposición para que yo cuestione la idoneidad del señor Merrick. Pero en cuanto a este otro hombre, estoy lejos de estar convencido. ¿Dónde *está* ese señor Evans del que usted habla y por qué no se ha presentado ante mí si está tan empeñado en conquistarla?

Ella le dirigió una mirada de complicidad.

—¿Quiere decir, por supuesto, por qué el señor Evans no se ha presentado ante su *padre*?

Jack se detuvo, invadido por la embarazosa comprensión de que había permitido que se filtrara un atisbo de su extraña dinámica familiar. No se podía confiar en que su padre filtrara nada, ya fuera una propuesta de negocios o la idoneidad de un caballero para ser esposo de Susan. Por lo general, Jack no se veía arrastrado a decir algo tan delicado sobre su vida hogareña; él, que era un político hasta la médula. Al mismo tiempo, no estaba acostumbrado a discutir cualquier aspecto familiar con un completo desconocido, y esto en medio de un baile muy público. Permaneció inmóvil durante unos instantes, y los ojos azul oscuro de la señorita Clavering, tan diferentes de los de la señorita Sommers, le sostuvieron la mirada de una manera tan firme que sólo consiguieron aumentar su incomodidad. Después de un momento recobró la compostura.

—Así es, madame. Cualquier pretendiente con intenciones serias debe, por supuesto, presentarse ante mi padre. Como este señor Evans aún no lo ha hecho, sólo puedo suponer que su interés no es tan fuerte como usted lo ha imaginado. Ahora, si me disculpa, veo a un caballero con el que debo conversar.

Se dio la vuelta sin esperar su respuesta y, con una respuesta que solo podía acusarse a sí mismo de ser de lo más cobarde, huyo de la presencia de la señorita Clavering. Si ella fuera un hombre, él sabría

exactamente cómo callarla. Pero los adversarios no solían tener la piel tan blanca como un lirio y los labios tan suaves como capullos de rosa, y *eso* no era algo con lo que él supiera lidiar.

AL DÍA SIGUIENTE, Jack se presentó en la residencia de la señorita Sommers con un gran ramo de flores y le pidió al mayordomo tener una conversación privada con ella. Su dignidad aún estaba resentida por la incómoda conversación de la noche anterior con la señorita Clavering. Ella parecía saber mucho sobre su familia, cosas que él prefería mantener en secreto y, aunque no parecía despreciarlo a él o a su hermana por ello, tenía una extraña percepción del ambiente de su hogar, algo que él nunca había permitido por parte de ninguno de sus amigos.

Si sus colegas habían permanecido en absoluta ignorancia de la extraña vida familiar de Jack, era sólo porque su madre no se relacionaba con la misma Sociedad que él y se contentaba con su cruzada para transformar el mundo. Su hermano sí se relacionaba con la misma gente, pero se le consideraba, en el mejor de los casos, un dandi, y en el peor, un vanidoso, y en general se le consideraba inofensivo. Y Jack se las había arreglado hasta ahora para ocultar la desafortunada predilección de su padre por las malas inversiones empresariales cubriendo las deudas, desviando las intrigantes nuevas empresas que se presentaban ante las narices de su padre y fabricando una versión mejorada de las empresas que su padre intentaba traspasar a otros caballeros con medios. En todos los ámbitos, Jack movía las piezas para presentarle al mundo un juego ganador y enmascarar el sentimiento de vergüenza que lo acosaba.

Bueno, lo había hecho hasta anoche.

Hoy calmaría su agitado espíritu con la serena sensatez de la señorita Sommers, y tenía la oportunidad perfecta para hacerle una visita. Estaba aquí para disculparse.

—Señor Blythefield —la señorita Sommers se deslizó dentro de la habitación, su aspecto escultural acentuado por un estilizado vestido de color canela—. Qué alegría recibir su visita. Mi madre llegará enseguida. Todavía se está recuperando de la velada de anoche.

Jack hizo una reverencia.

—Perdóneme. Quizás debería haber venido más tarde. Por supuesto, ambas estáis comprensiblemente cansadas.

La señorita Sommers sonrió y extendió las manos para coger las flores.

—¿Son para mí? Qué amable.

—Lo son, junto con mil perdones por haberme perdido su fiesta

anoche —le entregó el gran ramo de calas blancas. Le habían recordado a ella en cuando las vio en la floristería. Flores altas y elegantes.

Examinó las flores antes de dejar el ramo en una mesa cercana.

—No era necesario que hiciera tal cosa, aunque echamos de menos su presencia… —terminó sus palabras bruscamente y su mirada se desvió. Señaló la silla—. ¿Quiere sentarse, por favor?

La puerta se abrió y entró la señora Sommers, una mujer alta con la parte superior del cuerpo propia de un sargento instructor, cuyo vestido se ceñía a sus piernas más delgadas como un tulipán invertido. A pesar de su aspecto formidable, no era una mujer enérgica y prefería organizar fiestas escabulléndose en un segundo plano y dejando que su hija se encargara de los asistentes. La señora Sommers había sido la esposa de un notable político hasta que su marido se retiró por problemas de salud y acabó sucumbiendo ante la enfermedad un año antes de que Jack los conociera.

—Es un placer verlo, señor Blythefield.

Jack hizo otra reverencia y esperó a que ambas damas se sentaran antes de tomar asiento.

—Como le estaba explicando a la señorita Sommers, he venido a pedirle perdón por haberme perdido su fiesta de anoche. Mi madre se sintió indispuesta de repente y me pidió que llevara a mi hermana al baile de Yardmouth. Difícilmente podía negarme ya que mi hermana estaba lista y deseando ir.

—Pensé que debía haber una explicación sencilla —respondió la señora Sommers con un tono plácido—. Algunos de los invitados que llegaron muy tarde venían del baile del Yardmouth y mencionaron haberlo visto allí. Sólo pudimos suponer que las atracciones del baile habían superado a nuestra humilde fiesta.

Jack apoyó las manos en las rodillas y se sentó erguido.

—Le aseguro que no. Esperaba con impaciencia la interesante conversación que me habría proporcionado su fiesta y no me agradó del todo verme forzado a asistir a un baile atestado en su lugar —sonrió, con la esperanza de dejar atrás la discusión. Aunque había venido planeando disculparse, no quería darle una excesiva atención a la señorita Sommers hasta que estuviera completamente seguro de su propio interés. Esperaba que las flores no fueran demasiado extravagantes.

Se hizo el silencio mientras Jack pensaba qué decir que estuviera menos abierto a la interpretación. Las dos mujeres Sommers miraron en distintas direcciones en lugar de intentar seguir con la conversación. Por fin, se oyó un suave golpecito cuando el lacayo llevó el juego de té y la señora Sommers le hizo un gesto para que lo pusiera en la mesa frente a ella. Se levantó, cogió las hojas de té y

preparó la tetera, dejándola reposar.

Todo esto se hizo en un silencio majestuoso que Jack sintió que debía apreciar, ya que era exactamente el tono que buscaba instaurar en su propia casa. En cambio, empezó a agobiarse al ver que era él quien llevaba toda la conversación. Nunca antes había le hecho una visita matutina a la señorita Sommers y sólo la conocía por su habilidad para facilitar el debate, incluso eludiendo puntos de vista divergentes con delicadeza, en sus cenas. Al parecer, su habilidad se limitaba a las fiestas nocturnas de las que era anfitriona y no la acompañaba al desayuno.

—A pesar de haber lamentado mi ausencia, ¿quedasteis satisfechas con su asistencia de anoche? —preguntó, ofreciendo una agradable sonrisa mientras aceptaba el té que le ofreció la señora Sommers.

La señorita Sommers asintió y abrió la boca para hablar, pero su madre respondió en su lugar.

—No era lo que hubiéramos deseado, pues la compañía fue escasa —suspiró mientras tomaba asiento—. Y pensar que enviamos nuestras invitaciones antes que la señora Yardmouth. Esperábamos que el atractivo de tener a Lord Sherwood en nuestra reunión atrajera a más gente, pero no pudo quedarse mucho tiempo.

Lord Sherwood. Ese era alguien a quien Jack pensó que podría ganar en la revocación del Proyecto de Ley. Lástima que hubiera perdido la oportunidad de hablar con él en un ambiente informal.

—Ah. Siento mucho oír eso —le dio un sorbo a su té—. Es de esperar que la próxima vez no me vuelvan a requerir en el último minuto —se había comprometido más de lo que hubiera deseado, pero no parecía haber otra forma de responder.

—No, desde luego —la sonrisa de la señorita Sommers se iluminó al posar su mirada en él—. Tal vez la próxima vez su agenda le permita asistir.

El silencio se hizo de nuevo cuando el lacayo volvió a entrar para llevar un segundo plato de pastelillos para acompañar el té. Jack se sirvió dos e intentó seguir conversando mientras comían y bebían. *Si la señorita Clavering hubiese estado aquí, habría monopolizado la conversación*, pensó con cierta ironía. Cuando el mayordomo abrió la puerta del salón principal para anunciar más visitas, Jack se levantó.

—No me quedare demasiado tiempo, ya que veo que hay otros compitiendo por vuestra compañía, así pues me retiraré.

El pequeño grupo de recién llegados lo miro mientras se despedía de sus anfitrionas, y noto que la señora Rainfair, una notoria cotilla, se encontraba entre ellos. Sin duda, una visita a una mujer y a su madre en horario de visita no le daría nada de lo que cotillear. Esperaba que no. Salió al aire fresco de la primavera y respiró hondo. La visita no había disminuido su interés por la señorita Sommers, pero tampoco lo

había aumentado. Estaba tan inseguro de sí mismo en lo que se refería a la señorita Sommers como lo había estado antes de venir.

Sin embargo, había una mujer con la que se había decidido. La señorita Clavering no recibiría más muestras de atención.

5

Philippa picoteó su desayuno y por fin soltó el tenedor antes de servirse más té. Los recuerdos del señor Merrick bailando con Susan la llenaban de inquietud, sobre todo porque ella no había hablado de otra cosa el resto de la noche. La primera impresión que había tenido de él no había sido favorable. Seguramente sus sonrisas eran demasiado practicadas como para ser fiables. Mientras tanto, Matthew tendría que admitir su derrota si no se apresuraba a hacer acto de presencia.

Sus pensamientos se dirigieron hacia el señor Blythefield, quien la había sorprendido por lo diferente que era de Susan. Para ser el segundo hijo, poseía ideas firmes sobre cómo deberían hacerse las cosas. La tentación de cambiar esas ideas había sido demasiado grande para resistirla, y tuvo que morderse el labio ante el repentino impulso de reírse de su expresión cuando le había dicho que le siguiera el ritmo. *Eso fue muy malo de tu parte*, se reprendió a sí misma. Pero no hizo que disminuyera su diversión.

En apariencia, era moreno comparado con Susan, su cabello castaño con toques dorados combinaba muy bien con sus ojos. O tal vez lo inusual era su particular color castaño. Mientras Susan tenía una expresión de profunda dulzura, su hermano parecía fruncir el ceño con suficiente regularidad como para formar largas arrugas a ambos lados de su boca. Philippa jugaba con el trozo de huevo en su plato y apoyaba la barbilla en su mano. El señor Blythefield, aunque se resistiera a reconocerlo, era extraordinariamente atractivo.

Su hermana María entró en la habitación.

—Philippa, siéntate derecha. Sabes muy bien que no debes inclinarte con la barbilla en la mano como si fueras un golfillo —ella obedeció mientras María iba al aparador y elegía dos panecillos antes de sentarse a la mesa—. Anoche estabas muy distraída en casa de los Yardmouth. Apenas hablaste en el camino de vuelta a casa. Diré que el baile fue un éxito, a pesar de que es bastante pronto para inaugurar la Temporada.

—Todo un éxito —se limpió los dedos en la servilleta—. Por supuesto, cuando uno recibe una invitación de la señora Yardmouth,

no se atreve a rechazarla.

—No, desde luego. Sólo lamento que tuviéramos que irnos tan pronto, pero ¿qué se podía hacer? Con lo tarde que terminan los discursos cada noche, Charles estaba acabado —suspiró mientras cogía la tetera—. Y sin ninguno de sus amigos allí, no se pudo tener ninguna conversación interesante. No se puede esperar que Charles dedique su tiempo a cosas tan vanas como bailes nocturnos cuando hay asuntos más importantes que atender.

—Desde luego que no. Estoy convencida de que la contribución de tu marido en el Parlamento es indispensable. Debe conservar su energía para actividades más valiosas —le dedicó a su hermana una sonrisa benigna. Aunque Charles fuera tan importante como él mismo, y María, pensaban que era, a ella no le impresionaba el enfoque conservador de su cuñado. Lucius y George no tenían tolerancia con los puntos de vista conservadores, y después de averiguar el meollo de los debates, Philippa tuvo que darles la razón.

—¿Dónde está la mermelada de albaricoque? —le hizo un gesto al lacayo para que trajera un poco antes de volverse hacia Philippa—. Sin duda. Charles es muy apreciado en los Comunes. Ahora, querida. Es hora de que pensemos en tu propio futuro. Madre te dejó a mi cuidado…

—Madre —intervino con una ira contenida—, no me encomendó precisamente a tu cuidado. Simplemente no le pareció conveniente venir a Londres, teniendo en cuenta que acaba de volver a casarse.

—Philippa —la reprendió con voz cortante—, no debes interrumpir. Es de *mala educación*.

Philippa puso una expresión de indiferencia mientras María permanecía en silencio, poniendo a prueba su arrepentimiento, seguramente, al negarse a completar su idea hasta estar segura de que se comportaría. El lacayo llegó con la mermelada de albaricoque, María la untó en el pan y continuó.

—Aunque es cierto que nuestra madre habría hecho bien en venir ella misma a Londres, a pesar de estar recién casada, ha depositado toda su confianza en mí para que cuide de ti, como he hecho desde que eras una niña. Ahora sólo nos queda encontrarte un marido y asegurar tu futuro —dio un gran bocado de pan y lo tragó antes de añadir—. Sólo puedo esperar que encuentres tanta felicidad en el matrimonio como Charles y yo lo hemos hecho.

El tipo de matrimonio que tenían María y Charles no la inspiraba en lo más mínimo. Sonrió inocentemente y añadió con una pizca de picardía:

—Y como Lucius y Selena lo han hecho.

Le encantaba recordarle que Lucius también se había casado. El escándalo que había provocado el apellido de Selena no había hecho

que María se encariñara con ella como cuñada. Pero eso no era culpa de Selena, cuyo noble carácter había brillado en sus trials. Philippa la apreciaba incluso más que a su propia hermana, cuya misma sangre corría por sus venas.

María frunció los labios.

—Como digas. Hay una norma que cumplir en lo que respecta a los asuntos matrimoniales, y no debemos perder tiempo en asegurar tu futuro. Después de todo, ahora tienes diecinueve años, y si esperas mucho más te quedarás para vestir santos. Cuando me enteré de que habías rechazado *dos* candidatos perfectamente elegibles, le dije a Charles que había sido demasiado blando contigo. Yo te habría ordenado que las aceptaras.

—Seguro que no a ambos —dijo, parpadeando ante su hermana.

—Oh, no, no. Claro que no podrías haber aceptado a ambos. Pero al menos a uno. Rechazar al señor Gerson, supongo que puedo entenderlo, aunque si no hubiera habido nadie más… Pero fue el colmo de la insensatez haber rechazado al señor Thackery, quien es el *Parlamentario*, Philippa —hizo gran hincapié en esas palabras, añadiendo—. Aunque parece dispuesto a renovar su oferta, lo cual debo decir que es muy generoso por su parte. Si lo rechazas, no hay garantía de que recibas otra oferta.

María untó el resto de su pan enérgicamente.

—No quiero decir que no seas una chica atractiva. Vienes de una buena familia con una fortuna respetable. Sería una tontería desperdiciar esas cosas. Pero si tienes la reputación de ser una coqueta… —levantó su cuchillo de mantequilla y lo apuntó en dirección a Philippa—. Hay otras jóvenes atractivas debutando, así que no puedes ser demasiado exigente. La situación te deja con una competencia muy indeseable. No hay nada que hacer. Debes trabajar para asegurarte de llamar la atención de un hombre adecuado, y qué mejor que fuera el señor Thackery.

Philippa escuchó este discurso sólo a medias. Teniendo en cuenta que el señor Gerson no había inspirado en absoluto ninguna fantasía romántica en su joven pecho y que María había unido a la promesa de la proposición del señor Thackery la advertencia de que no debía molestarlo con sus opiniones, sabía que sería imposible encontrar un terreno común con su hermana en lo que al matrimonio se refería. Sin embargo, no le serviría de nada argumentar en su contra. Si algo era María, era implacable. Tan pronto como pudiera, se escaparía a casa de Susan, donde no habría nadie respirándole en la nuca, una idea que le iba a la perfección.

Charles entró en la habitación.

—¿Ya estás despierta? —se inclinó para besar a su mujer en la mejilla—. Buenos días, Philippa.

Ella murmuró una respuesta mientras Charles llenaba su plato y se sentaba a ocuparse su desayuno. El marido de María tampoco le inspiraba fantasías románticas, a pesar del *feliz* estado matrimonial del que su hermana había presumido. Con unos bigotes que le crecían de forma rebelde casi hasta la nariz y una tendencia a la corpulencia y la pomposidad, Philippa estaba perfectamente conforme con esperar antes de casarse, al menos si prometía ser con un hombre cortado por el mismo patrón.

—Anoche estuviste como uña y mugre con tu joven amiga la señorita Blythefield. ¿Cómo le va? —le pregunto María antes de volverse hacia su marido—. Se trata de una conexión familiar de la que creo que no debe avergonzarse. Tengo entendido que el señor Blythefield también es miembro del Parlamento.

Charles levantó la vista, contestando con la boca llena de comida.

—Blythefield es un Whig. Él y yo no podemos tener nada en común.

Philippa no pudo soportar oír más opiniones dichas a través de bocados de comida

—Si tú lo dices, debe ser un Whig, entonces. No hemos intercambiado suficientes palabras como para saberlo —se puso de pie, la atmósfera opresiva de su casa la expulsó de la habitación con más rapidez de lo habitual—. De hecho, le he prometido a Susan que iría a visitarla hoy, y no debo demorarme.

—No puedo aprobar tu tendencia a ir de un lado a otro sin que nadie te acompañe.

Philippa se quedó inmóvil. Si le prohibía ir con los Blythefields, se volvería loca. A pesar de que Susan era una nueva amiga, era la única que tenía. Nunca había ido a la escuela ni había tenido vecinas con hijas de su edad ni había vivido en un hogar donde la gente fomentara de verdad las reuniones sociales.

Justo cuando empezó a temer que no la dejara ir, su hermana cedió.

—Aunque, supongo que es permisible que visites a otra jovencita, acompañada de tu dama de compañía. De acuerdo. Lleva a Fernsby contigo. En Londres, las jóvenes no deben ser vistas sin compañía.

—Por supuesto que no, María. No se me ocurriría ir a ningún sitio de Londres sin al menos una criada como compañía —se escapó de la sala de desayunos y, tras esperar un tiempo prudencial en su dormitorio, pues sabía que Susan no era madrugadora, bajó y pidió un carruaje.

No habló con Fernsby mientras se dirigían a la residencia de los Blythefield, no porque no permitiera que su dama de compañía se inmiscuyera al menos en parte en sus asuntos, sino más bien porque la perspectiva de la Temporada se abría de repente ante ella. El año

pasado, la atracción de Londres y la emoción por los bailes y las fiestas habían compensado la rigidez de la atmosfera de la casa de los Holbeck. Pero la comida de esta mañana fue un duro recordatorio de lo que tendría que soportar durante los próximos meses en casa de María, y de repente se preguntó si podría soportarlo.

El piso de Susan lucía sombrío cuando Philippa llegó, con la fachada grisácea y la ligera película de mugre en las ventanas. Se detuvo y miró a su alrededor, sus ojos se fijaron en los azafranes amarillos que se habían asomado a través de la tierra alrededor de los árboles plantados cerca de la acera. De repente, cayó en la cuenta de que probablemente su estado de ánimo se debía más al triste clima que hacía en el exterior que al verdadero estado de las cosas, y que no debía dejar que algo tan vano como el clima influyera en la calidad de sus reflexiones. Era como si el invierno se resistiera a marcharse, y aunque no había precipitaciones, tampoco había sol. Aparte de aquellos decididos azafranes, parecía que incluso las flores se resistían a salir.

Respiró hondo y subió los escalones con Fernsby detrás. El mal humor podía remediarse. Sólo necesitaba una mentalidad fuerte y una compañía más alegre. Su amiga y ella no tenían el mismo temperamento, pero Susan era una persona con la que se estaba a gusto y tenía un carácter dulce. Philippa solía marcharse de sus reuniones con el ánimo muy mejorado, e incluso era más agradable cuando también podía mejorar el estado de ánimo de su amiga.

El anciano mayordomo de los Blythefield abrió la puerta un rato después de que la criada dejara caer la aldaba. Philippa esperó a que recuperara el aliento antes de anunciar:

—La señorita Blythefield la espera y bajará enseguida. Me ha pedido que la espere en el salón principal.

Philippa, familiarizada con los criados de esta casa tan inusual, no esperó a que el mayordomo la acompañara al salón, pues le parecía injusto hacerlo moverse más de lo necesario. Entró en el salón y le sorprendió de nuevo la forma en que la decoración absorbía toda la luz que lograba traspasar hacia el sombrío interior, especialmente en los días en que había tan poco sol. Era una lástima, en realidad, ya que las habitaciones del piso de los Blythefield tenían techos altos y más espacio del que se podía encontrar en muchos salones londinenses. Éste tenía potencial para ser encantador. Caminó hacia el centro y dejó caer su capota sobre el desgastado sofá.

La puerta se abrió y Philippa se volvió. Entró el señor Blythefield. Se miraron un momento sin hablar. Sus visitas a la residencia de los Blythefield no habían sido numerosas, y nunca se había cruzado con él.

—Señorita Clavering —dio unos pasos dentro en la habitación—.

¿Por qué está…? —se detuvo en seco, luego miró hacia la puerta abierta detrás de él—. Supongo que espera a Susan.

No había hecho una reverencia, así que Philippa no hizo una, sino que simplemente inclinó la cabeza.

—Así es. Su mayordomo dijo que bajaría enseguida.

—Lo que podría significar media hora —dijo. Señaló el sofá donde estaba su capota—. Por favor, siéntese.

Ella lo sintió más como una orden que una invitación, pero volvió a sentarse. Cuando él se sentó también, ella miró alrededor de la habitación en busca de inspiración.

—¿No irá hoy al Parlamento?

El señor Blythefield se incorporó y apoyó el brazo en la silla. Luego separó las rodillas y se inclinó hacia delante, como un león a punto de saltar al ataque.

—No. De momento no. Los debates de hoy no me interesan.

El hombre necesitaba relajarse. Philippa le ayudaría.

—Pensaba que todos los debates le interesaban, que no podían avanzar sin su opinión.

Su provocación cayó en saco roto.

—Es muy probable —respondió y se frotó la barbilla—, puede que sea un diputado joven, pero creo que los hombres han llegado a confiar en mi sentido común. Sólo que este debate es menor y, por tanto, no me interesa.

—Ah —no parecía haber nada que decir ante eso. Qué gloriosa prepotencia. ¿Cómo podía la dulce Susan ser pariente un hombre tan pomposo?—, estoy segura de que tiene razón —respondió al fin—, no tiene sentido perder el tiempo con leyes menos importantes —se hizo un gran silencio y el señor Blythefield volvió la cara hacia la ventana y empezó a dar golpecitos con los dedos en la silla.

Philippa dirigió su mirada hacia sus manos.

—Por favor, no se sienta obligado a quedarse…

La puerta se abrió.

—Oh, Philippa, cuánto me alegro de verte —Susan entró en la habitación y el señor Blythefield se levantó de un salto.

—Os dejaré con vuestra visita —dijo, inclinándose cuando Philippa se puso de pie. Ella arrugó las cejas y le hizo una reverencia. Parecía que por fin se había acordado de sus modales.

Su mente aún intentaba descifrar la perplejidad que rondaba al señor Blythefield cuando Susan suspiró sonoramente y se dejó caer en el sofá. El estado de ánimo de Susan parecía más decaído que el de ella, incluso teniendo en cuenta los pocos minutos que había pasado con el aburrido y engreído señor Blythefield.

Philippa se rio, tratando de disipar la melancolía que se había apoderado de ambas.

—¿Qué ocurre? ¿No tuviste una noche encantadora en el baile de ayer? Por fin pudiste ver al señor Merrick, como deseabas.

—Sí —se lamentó—, pero no bailó más de una pieza conmigo. Y pasó el mismo tiempo bailando con la señorita Fox.

—Creo que intentaba atenerse al protocolo —dijo, preguntándose por qué defendía al señor Merrick—. Sabes que los hombres generalmente no pueden bailar más de una pieza con una mujer sin que comiencen los cotilleos. O, como mucho, tal vez dos.

—Sí, pero sólo bailó *uno* conmigo, y luego se fue. Empiezo a temer que no esté tan interesado en mí como dijo Christopher; si no, no le importarían los rumores —volvió a suspirar con fuerza y se desperezó sobre la silla—. Estoy tan cansada de ser una solterona. Estoy tan cansada de mirar estas mismas sillas y este mismo salón. Ojalá estuviera casada y tuviera mi propio salón que decorar.

Philippa dejó pasar el comentario de la solterona, aceptando la decepción de Susan. Pero miró el salón con otros ojos. Estaba claro que hacía tiempo que no se le daba un toque femenino. Una idea comenzó a formarse en su mente.

—¿Tiene tu familia alguna razón en particular para no hacer cambios en este salón?

—Nunca he preguntado —dijo, sentándose. Frunció el ceño y siguió la mirada de Philippa hacia la ventana y los muebles que cubrían las paredes—. Nunca se me ha ocurrido que podríamos hacer algo para mejorarlo. Lo único que sé es que nunca tenemos visitas por la mañana... o al menos, sólo las amigas de mamá.

Philippa se mordió el labio mientras contemplaba la habitación. Un gran cambio sería bienvenido, y como sus opiniones no eran válidas en su propia casa, tal vez esto fuera precisamente lo que ocuparía sus mentes, con la ventaja añadida de mantener los pensamientos de Susan alejados del señor Merrick hasta que Matthew pudiera regresar. Si tan sólo su hermano George llegara a Londres, como había prometido hacer sin demora, ella podría hacer le avisara a Matthew.

Se volvió hacia Susan.

—¿Está tu madre en casa? ¿Podrías preguntarle si te daría la libertad de reacondicionar el salón? ¿O si tal vez le gustaría encargarse del proyecto con tu ayuda?

Susan frunció los labios, dudosa.

—Mi madre está muy ocupada con otras cosas. Sus proyectos significan mucho para ella.

Se le ocurrió que Susan podría temer recibir un desaire por el comportamiento un tanto inusual de su madre, y Philippa se apresuró decir:

—Y sus proyectos de reforma son *muy* importantes. Sin embargo,

no deja mucho tiempo para los asuntos de la casa, y esos también requieren cierta consideración.

Con Susan mirándola expectante, se quedó pensante durante un minuto y echó un vistazo a la habitación.

—Qué divertido sería decorar esta habitación, si pudieras conseguir el consentimiento de tus padres. Susan, ¿podrías preguntarle a tu madre? Tal vez se alegraría de que se lo propusieras, pues podrías decirle que será una buena práctica para cuando te cases —cogió sus manos—. No quisiera inmiscuirme en los asuntos de tu familia, pero éste podría ser realmente un proyecto en el que pusiéramos todo nuestro corazón ¡Piensa en la diversión!

Philippa señaló las cortinas, que eran de color verde oliva, amarillentas en la parte superior y con una gruesa capa de polvo cerca del techo. Los tapices de la pared de al lado también eran de un color oliva intenso y tenían motivos dorados. Juntos daban un tono oscuro a la habitación que absorbía toda la luz del sol que entraba. Se acercó y tocó las cortinas, luego volvió a mirar a Susan, quien seguía sentada en el sofá, que, junto con las sillas, era positivamente georgiano.

Los ojos de Susan empezaron a brillar.

—Mi madre está en casa. Mi padre también —se mordió el labio mientras una expresión de determinación se apoderaba de ella—. Supongo que podría preguntarles… aunque no sé si Jack lo aprobaría.

Philippa la miró con curiosidad. El señor Blythefield parecía dirigir la casa

—¿Qué tiene que decir tu hermano Jack al respecto? Los caballeros, en general, no están interesados en asuntos domésticos como la decoración. Le corresponde a tu padre, creo, tomar las decisiones relativas al presupuesto, y a tu madre las cuestiones de gusto. Si quieres preguntarles, y ellos están de acuerdo, entonces no hay razón para que lo pospongamos. No tengo nada que hacer esta tarde. Podríamos visitar a algunos vendedores de telas y echar un vistazo a los catálogos para ver qué clase de muebles ha sacado Sheraton.

—Me parece una idea estupenda —se levantó de repente y su voz tembló de emoción—, se los preguntaré ahora mismo. ¿Me esperarías?

Philippa asintió y en silencio la instó a que se fuera rápidamente, cruzando los dedos para que el señor Blythefield no decidiera volver a entrar en la habitación en ausencia de su hermana. Susan se marchó, regresando no más de diez minutos después.

—Tuve mucha suerte, Philippa —dijo al entrar en la habitación—, encontré a mi madre y me dijo que era una idea maravillosa. Desde que se casó, nunca había tenido tiempo de remodelar el salón principal, aunque me dijo que mi padre la había instado a ello cuando recién se habían casado. Me acompañó a ver a mi padre y él aceptó.

No vio ninguna razón para retener el gasto de semejante plan, ya que hay una inversión de lo más prometedora a la que está a punto de comprometerse… —se detuvo de repente—. Aunque supongo que no debería haberte dicho eso.

Philippa hizo un gesto con la mano.

—No pienses más en ello. No lo compartiré con nadie. El caso es que tus padres dijeron que podríamos hacer cambios. Pero, ¿desea tu madre venir con nosotras?

Susan negó enérgicamente con la cabeza.

—No podía dedicarle tiempo, pero dijo que podría hacerlo contigo, y está completamente segura de que debes tener buen gusto.

—¡Espléndido! —Philippa juntó las manos—. No nos demoremos. ¿Deberíamos llevar a nuestras dos damas de compañía para que nos ayuden a llevar los paquetes?

—Una idea excelente. Avisaré a la cocina —miró a Philippa, luego se apresuró hacia ella y le cogió ambas manos—. Quizás el señor Merrick se entere de los cambios, y eso lo induzca a venir a visitarme para que pueda ver el salón por sí mismo. Verá la admirable ama de casa que soy.

—Oh… sí. Seguro que sí —se inclinó y cogió su capota del sofá. Cuanto antes se marcharan, mejor. No deseaba ver más de una vez al autoritario señor Blythefield en un solo día. Ya había tenido suficiente de *ese* tipo de cosas en casa—. La lluvia se está demorando ¡La suerte está de nuestro lado!

6

El gran pasillo con paneles de roble que conducía a las cámaras del Parlamento resonaba con el habla mientras los hombres se reunían en pequeños grupos afuera de él. Sería un debate interesante a juzgar por el número de hombres que entraban en él. Jack respiró el vigorizante aroma de las decisiones y el cambio, del poder. Sus botas rozaban el suelo de piedra, y los cuadros de los hombres que lo habían precedido se alineaban a ambos lados de las paredes. Había hombres de ambos partidos reunidos afuera de la sala, pero él buscaba al señor Whitmore, el mayor. Esperaba saber, antes de que se presentara el asunto, si había logrado convencer al conde Grey de la idoneidad de Jack para el puesto de Líder de la Oposición, cosa que el señor Whitmore pensaba que era capaz de hacer. Lord Palmer ya estaba de acuerdo con la idea, lo cual era muy gratificante.

Antes de que Jack pudiera vislumbrar al caballero que buscaba entre la multitud, el señor Thackery, el parlamentario de los conservadores, se cruzó en su camino.

—Señor Blythefield, deme unos minutos de su tiempo, ¿quiere? —el señor Thackery no era un hombre descuidado. La pulcritud de su aspecto satisfaría incluso los estándares de Christopher, y Jack se sintió prácticamente desaliñado al estar a su lado. Había intentado que el hombre le agradara pero, por razones que no podía identificar, descubrió que no podía.

—Por supuesto, señor Thackery. ¿En qué puedo ayudarle?

—Entiendo que es su intención apoyar la moción para derogar las Leyes del Maíz —miró hacia la puerta de la cámara mientras más hombres se dirigían al interior—. Sólo quería advertirle de que no es probable que se apruebe. Es mejor que dedique su tiempo a un proyecto de ley que haga avanzar su causa en el Parlamento.

Jack soltó una carcajada.

—Espero que no esté confiando en su capacidad para hacerme cambiar de opinión sobre el proyecto de Ricardo cinco minutos antes de que la Cámara entre en sesión. Estuve con Ricardo cuando lo redactó, y sé que cuenta con apoyo, y en ambos partidos, más del que usted me atribuye.

El señor Thackery señaló la puerta de la cámara.

—Si tiene la bondad de acompañarme, verá que sólo tengo en cuenta sus intereses. Circulan rumores de que su nombre va a ser propuesto como Líder de la Oposición, como usted debe saber —miró a Jack, quien asintió—. Sería un gran honor si llegara a concretarse. En un puesto así, podría lograr mucho, lo suficiente como para dejar un buen legado. Sin embargo, si está liderando la carga para abolir las Leyes del Maíz, puede que nunca tenga la oportunidad de intentarlo. La moción para derogarlas va totalmente en contra de los intereses de los terratenientes, y ellos son los que tienen el poder en los Comunes.

El señor Thackery se detuvo ante la entrada de la cámara y se metió la mano en el chaleco. No era mucho mayor que Jack, pero era mucho más arrogante.

Jack no estaba aprendiendo nada que no supiera ya. Pero oírlo de boca del señor Thackery, a quien algunos habían identificado como posible candidato a Primer Ministro, confería un carácter amenazador a sus palabras. Ignoró a las personas que pasaban a su lado mientras respondía.

—No hace falta que le diga, señor Thackery, que hay un malestar creciente entre los pobres. Si el Parlamento sigue fijando el precio del grano y prohibiendo el libre comercio como hemos estado haciendo con las Leyes del Maíz, los trabajadores no podrán comer —enarcó una ceja—. Y los trabajadores hambrientos son más propensos a causar daños que a dedicar su esfuerzo a asegurar el próspero futuro de Inglaterra. Ni siquiera los hombres poderosos pueden vencer a la fuerza de la mayoría.

Algunos hombres los miraron con curiosidad mientras el señor Thackery ponía la mano en el brazo de Jack.

—Subestima la voluntad y la creatividad de los hombres de poder, Blythefield.

Jack reprimió el deseo de quitarse su mano de encima, o de borrar la mirada engreída del rostro del hombre. No era de extrañar que no se conocieran mejor. Esbozó una sonrisa.

—Bueno, lo invito a escuchar con una mente abierta. Quizá yo pueda cambiar la suya. Después de usted —dijo, haciendo un gesto hacia la habitación.

El señor Thackery entró en la sala, subiéndose a uno de los bancos más altos donde tomó asiento a la derecha con los demás conservadores. Jack levantó la mirada para ver quiénes eran las personas influyentes, o lacayos, de Thackery. El señor Merrick estaba sentado en el banco detrás de él, y se inclinó hacia delante para susurrarle algo al oído.

Cada vez más indeseable para Susan, pensó Jack.

El señor Whitmore, el mayor, vio a Jack y se abrió paso entre la

multitud que se congregaba en la sala. Un hombre de pelo blanco conocido por su paciencia y sensatez, había acogido a Jack bajo su protección desde que éste había entrado por primera vez en la política. Incluso había promovido el ascenso de Jack en la política por encima de su propio hijo, Robert, quien no había profesado ningún interés en otro cargo que no fuera el de diputado.

—Ah, ahí estás —estrechó la mano de Jack con una sonrisa amable —. Estoy seguro de que estás ansioso por saber de mi reunión con Lord Grey. No te mantendré en suspenso. Tiene la misma opinión que yo, Lord Palmer y los demás.

Jack no pudo contener una sonrisa. ¡Vaya logro! Desde que había empezado a estudiar en Oxford y descubierto que sus simpatías estaban con los Whigs, había codiciado el puesto de Líder de la Oposición, ¡y conseguir tal cosa antes de los treinta años!

—Sin embargo, todavía no hay nada escrito en piedra. Te aconsejo que organices una especie de cena informal para ver qué puedes hacer para derogar las Leyes del Maíz. El conde Grey no irá, pero Lord Palmer podría muy bien asistir —el señor Whitmore ladeó la cabeza —. Lástima que aún no estés casado, pues creo que la cena será más adecuada a nuestro favor con la presencia de las mujeres. Los hombres estarán más dispuestos a doblegar sus opiniones en presencia del sexo débil, sobre todo cuando se trata de ideas de reforma.

El señor Whitmore se volvió cuando el Presidente de la Cámara ocupó su lugar en el centro de la sala.

—Ah, creo que estamos a punto de empezar.

Jack asintió y fue a sentarse, su euforia inicial había sido sustituida por una sensación de temor. ¿Cómo iba a organizar una cena en su propia casa? Su familia sólo entorpecería la causa. Las palabras del señor Whitmore sobre encontrar una esposa resonaron en su mente. Si algo podía avivar su decisión de casarse y establecerse en su propio hogar, no se necesitaba más que la idea de organizar esta cena solo.

Robert Whitmore entró en la sala y se sentó al lado de Jack. Aunque era unos años más joven, nunca había resentido el interés de su padre por la carrera de Jack. Por el contrario, habían coincidido rápidamente en sus ideas, especialmente en lo referente a la derogación de las Leyes del Maíz.

Robert echó un vistazo al otro lado de la sala, a la conferencia que se estaba llevando a cabo en los bancos más altos.

—He visto que el señor Thackery lo ha honrado al distinguirlo. Como conservador más radical, supongo que fue para ofrecer su apoyo a la derogación de las Leyes del Maíz —sus palabras estuvieron llenas de ironía.

—Difícilmente —dijo, su mirada aún fija en Thackery y Merrick mientras hablaban—. No sé qué esperaba conseguir "dándome una

advertencia", como él dijo. Fue una conversación poco convincente ya que no tuvo ningún argumento real, excepto tal vez para lanzar una amenaza, como seguramente sabía.

La sala estaba siendo llamada al orden, y Jack esperó a que su proyecto de ley estuviera sobre la mesa antes de solicitar el reconocimiento del Presidente de la Cámara. Una vez obtenido el permiso, Jack se puso en pie y se dirigió a la sala.

—Señores. Mis lores. Esta es la segunda vez desde que se inició la Sesión de este año que el tema de la derogación de las Leyes del Maíz se ha planteado ante los Comunes, y solicito su indulgencia al debatir el asunto hoy ante ustedes.

Sin apenas necesidad de echar un vistazo a sus notas, les recordó a los Miembros del Parlamento el estudio del señor Ricardo sobre el libre comercio y el beneficio económico que supondría para Inglaterra. Demostró con ejemplos que los salarios de los trabajadores comunes ya no podían cubrir el creciente coste del pan, especialmente desde que habían vuelto a subir el arancel sobre los cereales extranjeros. Les recordó que la mayoría de estos hombres eran padres de familia, y que si no ganaban lo suficiente para alimentar a sus familias, la tentación de dedicarse a la caza furtiva, los disturbios y otras actividades ilícitas sería demasiado fuerte para resistirla.

En respuesta, la sala se llenó se susurros, los cuales el Presidente de la Cámara tardó en calmar. La violenta reacción hizo que Jack reconsiderara su enfoque. *Eso fue un error de novato*. Quiso enterrar la cabeza entre las manos. Necesitaba apelar a los intereses de sus oponentes, no a los intereses de los pobres.

Su pausa permitió que el debate diera un giro, y el Presidente asintió hacia Thackery. Este se puso de pie y empezó a explicar las ventajas demostradas, o eso dijo, de recurrir a cereales cultivados en Inglaterra. Citó ejemplos personales de tales beneficios entre algunos diputados presentes, quienes asintieron. Continuó insistiendo en que la producción de cereales ingleses reforzaría la economía, ya que también proporcionaría más empleos agrícolas.

Robert le sonrió a Jack con simpatía y volvió a sentarse a su lado. A Jack no le sorprendió el argumento de Thackery, el cual conocía muy bien, así que comenzó a distraerse. ¿Cómo organizaría una exitosa cena para convencer a aquellos indecisos de que se pasaran a su bando? ¿Quién haría de anfitriona? Le vino a la mente el recuerdo de la señorita Clavering en el baile de Yardmouth, una sugerencia tan sorprendente como totalmente inoportuna. Ella seria la anfitriona ideal para una cena política, si los hombres estuvieran dispuestos a abandonar el poder de la toma de decisiones y dejarlo dócilmente en manos de las mujeres. Se estremeció al pensarlo, aunque tuvo que reconocer que era tan atractiva como obstinada.

Cuando la moción para derogar las Leyes del Maíz hubo terminado, (de discutirse en un comité antes de ser presentada de nuevo ante los Comunes) el Presidente levantó la vista de los papeles que tenía delante.

—Hoy tenemos un asunto más sobre la mesa. Vamos a votar si abolimos o no el derecho a juicio por combate tras la debacle del año pasado.

Hubo un murmullo general en el hemiciclo y alguien gritó:

—Si el estimado señor Laine aún teme que la abolición del Proyecto de Ley elimine su derecho de apelación, lo invito a que ponga a prueba su derecho a juicio por combate…

—Creo que esa amenaza ha pasado, ahora que el señor Laine ha conseguido convencer a la señora Laine de que sea su esposa —dijo Melton—. Su padre se ha calmado.

Las risas se extendieron entre la multitud a ambos lados de la sala, y la víctima del comentario ingenioso frunció el ceño. El señor Laine era exigente en cuestiones de derecho, pero hablaba durante largos períodos de tiempo y, en general, no era muy querido. Jack sabía que el señor Laine no intentaría vengarse y pensó que había sido una mala broma por parte de Melton.

—¡Orden! —gritó el Presidente dos veces antes de que lo obedecieran y pudieran pasar los debates finales.

Al término de la sesión del Parlamento, Jack salió al pasillo, donde un desconocido, unos años mayor que él, cruzó miradas con él y se le acercó. Llevaba el atuendo informal de la alta burguesía, y si Jack tuviera que adivinar, diría que el hombre era un terrateniente.

El caballero hizo una pequeña reverencia.

—Soy Sir Lucius Clavering —*tal vez no era un terrateniente*—. Ya que nuestros caminos se han cruzado, permítame decirle que he apreciado sus argumentos de hoy y estoy interesado en el comité que está formando. No es una multitud fácil de convencer, y no estoy en posición de hacerlo, pero le deseo suerte —miró a los hombres que se encontraban a su alrededor, algunos hablando seriamente y otros bromeando con sonoras carcajadas—. Soy terrateniente, y aunque quiero que mi grano se venda a buen precio, trabajo lo bastante estrechamente con obreros de todos los oficios como para saber que necesitan poder alimentarse para trabajar alegremente para mí.

Fue un pequeño aliento, pero Jack lo aceptaría.

—¿Es usted miembro del Parlamento?

Sir Lucius cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No, y no deseo serlo. Mi único interés en asistir era escuchar los debates sobre las Leyes del Maíz.

—Ya veo —Jack estaba a punto de retomar su camino hasta que recordó. *Clavering*. ¿Era este hombre pariente de la señorita Clavering,

a quien había conocido en el baile? En los rasgos podría haber algunas similitudes, pero en la coloración no había ninguna.

—Clavering es un nombre que ahora me resulta familiar. ¿Tiene hermanos?

—Mi hermano menor, George. Quizá lo conozca de los clubes o por su amistad con Robert Whitmore, a quien vi a su lado. Aunque no está más implicado en el Parlamento que yo —señaló a un hombre corpulento de rizos rojizos que estaba a punto de salir—. Mi cuñado allí, Charles Holbeck, posee el lugar en el que se sienta Robert Downing. No sé por qué no toma ese puesto, ya que no soporta perderse ninguno de los discursos. Supongo que prefiere que otro debata por él.

El señor Holbeck era conservador. Así que de ahí venían las tendencias conservadoras de la señorita Clavering. Era una lástima, ya que Sir Lucius parecía ser un hombre sensato. Jack se dio cuenta de que aún tenía su sombrero en la mano así que lo colocó en su cabeza y dijo con calculada indiferencia:

—Conocí a una tal señorita Clavering en el baile de Yardmouth hace una semana. ¿Por casualidad es usted pariente suya?

—Sí —Sir Lucius lo estudió con una mirada anodina—. Mi hermana. Así que ha conocido a Philippa, ¿verdad?

Sir Lucius se cruzó de brazos y Jack quiso soltar que no tenía ningún interés en la joven, pero sería una tontería ponerse a la defensiva por alguien a quien, de todos modos, no tenía ninguna intención de cortejar.

—Una joven muy encantadora —murmuró Jack.

Sir Lucius esbozó una enigmática sonrisa.

—Tan dulce como se puede ser —dijo, antes de marcharse. A Jack se le ocurrían otros adjetivos además de dulce para describir a la señorita Clavering. Más bien *enérgica*, e intrigante.

Mientras se dirigía a casa, una imagen inundó su visión de la supuestamente dulce señorita Clavering, y sacudió la cabeza resueltamente. Tenía el rostro de un ángel, pero se negó a dedicar más energía a pensar en ella, pues un rostro encantador no hacía a una mujer. Todo lo que sabía era que Susan había estado pasando mucho tiempo con ella, y que estaban involucradas en algún proyecto sobre el que su hermana se mostraba evasiva. Pero Susan había estado más feliz estos últimos días de lo que la había visto en mucho tiempo, y eso ya era algo.

Cuando entró en la casa, oyó risas procedentes del salón principal y no sonaba como Susan. Se detuvo en la entrada, escuchando. Permaneció allí el tiempo suficiente para ver a Shanks subiendo sigilosamente la escalera desde la cocina.

—No te molestes en darte prisa —le dijo al mayordomo—, pondré

mis cosas en el banquillo.

Abrió la puerta del salón, pero en lugar de encontrar a la señorita Clavering, pues estaba seguro de que debía ser ella, sentada recatadamente con su hermana, como cabría esperar, encontró a la joven de pie en una silla junto a la ventana, quitando las pesadas cortinas verdes que habían sido el pilar de su casa durante toda la vida de Jack.

Se quedó parado en el umbral, atónito.

—¿Qué demonios estáis haciendo?

—¿Qué… qué parece? —Susan se volvió mientras cargaba unas cortinas y un adorno de perlas cayéndole a un lado de la cabeza de forma cómica.

Jack observó a las dos mujeres quitando las cortinas, *por el amor de Dios, ¿de dónde había salido todo ese polvo?* Sin siquiera un criado a la vista y de pie sobre dos sillas, nada más.

—Parece que os estáis embarcando en un proyecto que va mucho más allá de vuestros dominios —dijo con tono represivo.

La señorita Clavering, en lugar de parecer molesta por encontrarse en medio de una riña familiar, dejo caer su parte de la tela a un montón en el suelo.

—Susan tiene el permiso de su madre y su padre para hacer estos cambios. Su padre le aseguró que había tenido toda la intención de que la señora Blythefield hiciera remodelaciones después de casarse, pero que nunca se habían hecho. Y su madre estaba encantada con la idea de tener una hija tan hábil para estas cosas. He venido en calidad de invitada —terminó con una sonrisa centelleante.

¡Qué demonios! ¿Quién era esta mujer? Dulce, desde luego. Con dificultad, Jack apartó los ojos de la señorita Clavering para mirar a su hermana.

—¿Y quién va a pagar por estos cambios? —se detuvo en seco, cayendo en cuenta de repente de que no debería estar teniendo esta discusión delante de la señorita Clavering. Pudo haberse ahorrado el reproche, ya que fue ella quien contestó.

—Su padre, por supuesto. Ha accedido a todo —sonrió, luego señaló más allá de Susan, dirigiéndola al paño pálido cuidadosamente doblado que estaba sobre la mesa—. Ahora, si estiras la tela nueva, podemos pasarla por encima de la barra de la cortina y ver cómo cae. Veremos cómo ilumina la habitación, tal como dijiste que haría.

—Oh, no —dijo Susan, con los ojos muy abiertos—, fuiste tú quien lo dijo…

—Y una vez que estemos seguros en la elección de las cortinas, podemos elegir el color de la pintura y poner a tus sirvientes manos a la obra. Creo que sólo tardarán una semana en pintar esto, y para entonces habrán llegado las alfombras y los muebles.

Su hermana juntó las manos.

—Qué emocionante —con una energía inusual, Susan tiró del sofá hacia el otro lado de la ventana y empezó a subirse encima.

Jack por fin reaccionó.

—¿Moviendo muebles? Deberías tener a los criados aquí haciendo esto —se adentró más en la habitación mientras la señorita Clavering se balanceaba sobre un pie e intentaba lanzar la tela por encima de la barra de la cortina. Estiró el brazo para quitársela de las manos pero en su lugar la cogió a *ella* mientras se caía de la silla. Era ligera y suave, y la estrechó contra él mientras intentaba recuperar el aliento.

—Oh —la exclamación se le escapó como un suspiro y Jack se dio cuenta de que no podía bajarla. La sangre corría por sus venas ante el desastre inminente y pareció ser incapaz de soltarla en los segundos que siguieron. Su corazón pasó de estar acelerado por el peligro cercano a estarlo por otra cosa mientras sus ojos se centraban en los labios de ella, y la impropiedad de su posición se apoderó de su conciencia.

—Jack, gracias a Dios que estabas aquí para atraparla —Susan se apresuró a abrazar a Phillipa, a quien él había puesto cuidadosamente en pie. Jack le lanzó una mirada, pero ella encontró la mirada de Susan y se rio.

—Qué torpe soy. Tendré más cuidado —se detuvo un momento, con los ojos vagamente fijos en la ventana y las mejillas coloradas. Luego, para asombro de Jack, hizo un movimiento para volver a subirse a la silla.

—Permítame —la voz de Jack fue áspera, y no le agradó en absoluto, aunque imaginó que las palabras ahogadas que salieron de su garganta se debieron a una causa distinta de la irritación. Lo último que esperaba era verse enfrentado a un impulso casi irresistible de seguir abrazando a la señorita Clavering, por frustrante que ella fuera.

Sin embargo, ¿cómo se atrevía la señorita Clavering a emprender semejante proyecto en *su* salón? ¡Ya solo le faltaba venir a instalarse aquí! Jack cogió gran parte de la tela y examinó la altura de la barra de la cortina. La silla era la menos estable de los dos, así que se dirigió al sofá, dudando si quitarse las botas. Al final, decidió que el sofá era demasiado viejo como para desnudarse ante la señorita Clavering y se subió. Lanzó el borde de la tela por encima de la barra de la cortina, atrapándolo al otro lado mientras una gran nube de polvo, proveniente de la barra, le caía encima. Tosió y volvió a bajar. Casi sin pensarlo, Phillipa comenzó a quitarle el polvo del hombro, luego se dio la vuelta antes de que él pudiera percibir el íntimo gesto.

Luego se dirigió hacia la ventana y, con movimientos ágiles, bajó la tela al otro lado de la varilla.

—Es simplemente precioso. Esta nueva tela sienta a la perfección.

—No lo hace, en realidad —dijo Jack pero fue más como un gruñido—. Desentona con los adornos de la pared.

—No tema, señor Blythefield. Tenemos planes para cambiar eso también —le dedicó una sonrisa radiante que hizo que Jack quisiera arrancarle la tela de las manos.

Susan se acercó a ellos con cartones pintados en varios tonos.

—Nos hemos decidido por el amarillo, pero aún no estamos seguras de qué tono. ¡Oh, Jack! No sabes lo feliz que me siento. Me daba vergüenza que alguien viniera a visitarme al salón principal, porque luce muy anticuado. Imagínate cómo quedará cuando esté terminado.

Jack retrocedió para examinar la tela frente a la ventana, aprovechando el tiempo para recobrar su sano juicio. Se frotó las manos y miró alrededor del salón. ¿Por qué necesitaba cambios esta habitación? Estaba acostumbrado a que fuera como era. Luego miró a Susan, quien por lo general era tímida y a menudo tenía el ánimo decaído. Estaba sonriente y animada, participando con entusiasmo en todos los planes de la señorita Clavering. Por Susan, Jack podía soportar casi cualquier cambio.

—Muy bonito. Me dejarás ver las facturas, ¿verdad?

Susan miró a Philippa, quien le devolvió la sonrisa.

—Oh, por supuesto, Jack.

—Pues bien —vaciló mientras miraba la pila de cortinas viejas antes de decidir dejarlas cerca de la pared en lugar de arrastrar el polvo consigo—. Si tenéis algo más que colgar, por favor llamad a un criado para que lo haga. Preferiría no tener que enviar una nota a casa de la señorita Clavering para notificar una pierna rota.

Se marchó, pensando que tampoco preferiría tener que atender a la señorita Clavering mientras se curaba de alguna herida ocurrida en *su* casa. El dulce temperamento de la señorita Clavering, ciertamente. Seguramente su hermano había estado bromeando. ¡Más bien era el temperamento obstinado de un conservador!

Pero al menos Susan era feliz.

7

El aire se había vuelto más frío cuando Philippa abandonó la residencia de los Blythefield, todavía sintiéndose satisfecha por cómo iba avanzando la remodelación. Susan y ella habían tardado varios días en elegir y comprar la tela que se convertiría en cortinas, en decidirse por muebles más modernos y en escoger el color de pintura adecuado para resaltar las altas ventanas y los altos techos de la habitación. Estaba orgullosa de sí misma por haber orientado a Susan hacia la opción más económica a la hora de elegir los muebles.

En el exterior, sin embargo, el frío del aire primaveral y la luz cada vez más tenue del atardecer hicieron que el ánimo de Philippa cayera en picado. ¿Qué le esperaba en casa? Sólo otra espantosa fiesta llena de aburridas figuras políticas y sus esposas a las que María insistía en que Philippa asistiera. Ninguno de ellos se molestaba en hablarle, como si no tuviera nada que aportar, y los hombres mayores se dedicaban más bien a pellizcarle las mejillas de un modo odiosamente paternal. Debía de ser la única joven de todo Londres cuya Temporada consistía en asistir a bailes de hombres y mujeres de más de cuarenta años.

A la luz tenue del interior del carruaje, escuchó a Fernsby charlar sobre cómo le habían permitido comer pastelillos en la cocina, gracias a la generosidad de la cocinera de la señorita Blythefield. La evidente felicidad de Fernsby por pasar las tardes en casa de Susan coincidía con la de ella. No sabía cómo había podido vivir durante casi toda la Temporada del año pasado sin este refugio.

Sus pensamientos de volvieron a concentrar en el salón y en sus primeros intentos de poner orden, viendo cómo sus planes se convertían en acción. Qué alivio descorrer las cortinas polvorientas y monótonas que tanto molestaban a la vista y dejar que la luz inundara el salón. Sería aún mejor cuando las paredes estuvieran pintadas y llegaran los nuevos muebles y alfombras. Sería difícil reconocer que era la misma habitación. Y todo había sido idea suya, inspiración suya. Contenta, Philippa miró hacia abajo y se quitó un poco de suciedad de la parte delantera del vestido que quedaba al descubierto bajo su pelliza.

Es cierto que no se habría ensuciado tanto si hubieran llamado a los criados para esta parte del trabajo. Hizo una mueca. *Y no habría caído en los brazos del señor Blythefield.* La sensación de estar fuertemente abrazada, su rostro a centímetros del de él, Había hecho que contuviera la respiración. Su agarre era tan fuerte como el hierro. No tenía ni idea de que un hombre pudiera tener unos brazos tan fuertes. A pesar de tener dos hermanos mayores, nunca había recibido más que una palmada en el hombro o un suave abrazo. Se preguntó si los brazos de sus hermanos tenían tanta fuerza como los del señor Blythefield o si los suyos eran algo fuera de lo común.

Deberíais tener a los criados aquí haciendo esto. El señor Blythefield había mostrado claramente su disconformidad. Pero eso no habría sido tan divertido como hacerlo ellas mismos. Los criados tendrían su papel que cumplir cuando llegara el momento de decapar las paredes y pintar. Susan ya había hablado con ellos, y habían prometido encontrar más manos para la tarea que tenían por delante. Comenzarían a pintar esa misma semana. En conjunto, había sido una tarde de lo más satisfactoria. Se había divertido más de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

Entró por la puerta principal de su casa y María se paró delante de ella, usando un vestido de noche y agitando las manos.

—Philippa, niña, llegas tarde. Empezaba a preocuparme. Vamos a cenar muy pronto.

—No tenías por qué preocuparte, María. Tenía a Fernsby conmigo y también a James. Estaba en buenas manos, y tú sabías que estaba con Susan Blythefield en su casa —bajó la mirada para desabrocharse la pelliza, ocultando su ceño fruncido—. Haré que suban un plato mientras me visto. No hace falta que esperen a cenar por mí.

María se apresuró a ayudar a Philippa con su pelliza, y una expresión de perplejidad se dibujó sus facciones. Alzó la mano y tocó el pelo de Philippa que sobresalía por delante de la capota.

—Tienes… parece que hay algún tipo de suciedad en tu pelo. Y también en tu vestido. ¿Qué has estado haciendo?

Philippa se llevó una mano a la cabeza e intentó palpar la suciedad de la que había hablado su hermana. Ahora que lo estaba haciendo, se imaginaba el aspecto que debía de tener. Sus rizos estaban cubiertos de una especie de película.

—Te aseguro que no es nada. Susan y yo sólo estábamos examinando las posibilidades de renovar el salón de los Blythefield. Eso explica por qué no estoy muy presentable en este momento y por qué llegué tarde.

María frunció el ceño.

—No estoy nada segura de que los Blythefield sean personas adecuadas para que te relaciones con ellos si su salón está tan sucio

que tienes que volver a casa con la cabeza cubierta de polvo. ¿No recuerdas que esta noche tenemos la fiesta de los Munster? Nunca estarás lista a tiempo si también tienes que lavarte el pelo. Fernsby, vas a tener que encargarte de esto, y rápido. A menos que deba subir contigo. Tal vez debería…

—María, está bien. Fernsby y yo podemos arreglárnoslas, y a Charles no le gustará llegar tarde a la cena. Confía en que estaré lista a tiempo —se desató los lazos de su capota. La bienvenida de María no le hizo sentir más ilusión por la velada que le esperaba. *¡Ugh!* Qué aburrimiento. Podría haber dado un pisotón de frustración. Una velada con los amiguetes políticos de Holbeck, que en su mayoría eran cerdos, viejos y aburridos.

Fernsby empezó a caminar después de hacer una rápida reverencia.

—Haré lo posible por tenerla lista, señora. Señorita, voy a por agua caliente y le subo un plato de cena enseguida —se apresuró hacia la cocina, y Philippa, decidida a escapar de más recriminaciones, fue a su habitación a vestirse. Había momentos en que era mejor obedecer a su hermana sin protestar.

Después de traer la palangana con agua, Fernsby la ayudó a limpiarse la cara y luego peinó la suciedad más evidente de sus rizos.

—Nadie se dará cuenta por esta noche, señorita. Se lo ataré con la cinta marrón. Pero mañana tendremos que lavarle el pelo.

Con fatigada resignación, Philippa permitió que sus hombros se relajaran bajo la asistencia de Fernsby.

—Mañana no tengo ningún plan.

Esa era la triste verdad. Nunca parecía tener ningún plan, a pesar de recibir un gran número de invitaciones. María sólo aceptaba aquellas a las que *ella* deseaba asistir, y sólo las reuniones más grandes atraían a multitudes que incluían a personas con probabilidades de despertar el interés de Philippa. Ojalá pudiera dedicar más tiempo a ayudar a Susan a iluminar su casa. Frunció el ceño. Ojalá Matthew Evans viniera a Londres y empezara a cortejar al objeto de su adoración. Se alegraría de ver a Susan en una buena relación.

Philippa suspiró ante la noche que la esperaba, ante la Temporada que la esperaba. Si alguna ventaja tenía asistir a la fiesta de esta noche era que no era probable que se encontrara allí con el señor Blythefield. Los Whigs no solían asistir a las fiestas de los conservadores.

Ya en la residencia de los Munster, siguió a María y a su marido hasta el reluciente salón principal. Sonrió y saludó al anfitrión y a la anfitriona, disimulando su disgusto por estar allí, y luego buscó entre la multitud a alguien con quien pudiera hablar y que le resultara un poco menos insoportable de lo que esperaba. Las posibilidades de éxito eran escasas, pero nunca se sabía.

No sabía por qué Charles había insistido en que *ella* los

acompañara a este asfixiante evento. Probablemente esperaba se enamorara de uno de sus colegas, reforzando así su posición en la política. Si lo que María decía era cierto, él aún mantenía la esperanza de que se enamorara del señor Thackery. *Eso* no iba a suceder.

—Señorita Clavering, luce tan encantadora como siempre.

Se volvió, y el mismísimo hombre, el diablo, como ella lo veía, estaba de pie ante ella.

—Señor Thackery. No hace falta que sea cortés y venga a saludarme. Al contrario, no me importará que me ignore toda la velada.

Él dio un sorbo al champán que sostenía en la mano. Su pelo castaño había crecido en la parte inferior, y un año más no había hecho sino mejorar su distinguido aspecto.

—Veo que entrar en su segunda Temporada sin haber logrado casarse en la primera no le ha hecho ningún daño a su lengua —sonrió satisfecho—. Sin embargo, creo que el tiempo lo hará.

Philippa lo recorrió con la mirada y luego apartó la vista. Su falta de sentimientos oculta bajo su atractivo exterior lo hacía totalmente desagradable.

—Lo dudo, señor Thackery. Teniendo en cuenta que no tengo ninguna ambición de casarme y perder el poco poder de decisión que tengo sobre mi futuro, el cual usted me recordó que sin duda tendría, no creo que ningún número de años altere mi lengua de forma significativa.

—Ya veremos, querida. Debo admitir que me ha cogido por sorpresa. Ninguna otra mujer ha logrado captar mi interés desde el año pasado —esbozó una enigmática sonrisa—. Empiezo a pensar que he tomado mi elección y que seguiré cortejándola.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Después de un rechazo tan contundente? Me asombra que lo intente. No sé si es humildad lo que le falta… o sentido común.

—Digamos que no es mi sentido común. Soy un hombre que sabe lo que quiere, pero también soy un hombre que no regatea injustamente. Le dije lo que esperaba de este acuerdo, que es más de lo que conseguirá con la mayoría de los hombres —señaló al cuñado de Philippa, quien estaba llenando su plato al otro lado de la habitación—. Y si conozco a Holbeck, no me imagino que cualquier resistencia que usted oponga durará mucho.

—Como Charles no es capaz de tomar posesión de mi cuerpo y mover mis labios para pronunciar la palabra sí, no me intimida en absoluto su amenaza. La respuesta sigue siendo no.

El señor Thackery se rio, le dio un golpecito en la barbilla y se marchó.

Las mesas de refrigerios estaban llenas de platos dispuestos para

tentar a los invitados, y aunque Philippa ya había comido, fue a echar un vistazo. Cogió uno de los platos de un criado vestido de gala y eligió un mazapán en forma de albaricoque con hojas verdes y un pastel de ratafía. Cuando levantó la vista, se sobresaltó ante la mirada del señor Blythefield, quien estaba de pie al otro lado de la mesa mirándola fijamente. *¿Él también?* La noche estaba resultando peor de lo que había imaginado.

Jack rodeó la mesa.

—Nos encontramos dos veces en un día —miró hacia su plato—. ¿Sólo dulces?

—No estoy más encantada que usted, señor Blythefield. Y sí, sólo dulces. Comimos antes de venir.

Sintió el peso de su mirada mientras se giraba para observar la fiesta, ignorando los manjares que acababa de seleccionar, hasta que no pudo soportarlo más.

—¿Qué?

Estaba parada frente a ella, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Algo la ha molestado?

Lo miró con sorpresa.

—¿Qué lo hace decir eso?

Sus ojos parecían no perderse nada mientras la estudiaba.

—No sabría decirlo. Sólo que parece más irritada que de costumbre.

—¿Más irritada? —esbozó una sonrisa con dificultad—. ¿Cree usted que en general soy una criatura muy irritable?

—En realidad, no. Parece, por el contrario, que nada la irrita. Pero hace un momento lucía diferente. Infeliz y definitivamente irritada —le echó un vistazo a la habitación—. La vi hablando con Thackery.

No deseaba ahondar en su historia con el señor Thackery.

—¿Qué hace usted aquí? No esperaba ver un solo Whig entre nosotros.

Jack apartó la mirada del señor Thackery, la dirigió hacia ella y soltó una suave risita que suavizó sus facciones.

—Se suponía que este era un evento compartido. Al menos eso me dijeron. Pero teniendo en cuenta que he sido la voz discordante en todas las conversaciones, empiezo a pensar que fue una exageración. Creo que están intentando atraerme al otro bando, y con ello mi influencia.

Philippa enarcó una ceja.

—Tantos esfuerzos en su nombre —observó—. ¿De verdad es usted un estadista tan brillante?

Clavó su mirada en la de ella.

—Tengo una gran ambición. Tengo el talento para llegar hasta allí. Sólo me falta una cosa.

—¿Modestia?

El señor Blythefield se rio.

—Me parece justo. Digamos que me faltan dos cosas. Además de modestia, me falta un apoyo más amplio a mi proyecto de ley. Tengo influencia en mi propio partido y he sido capaz de cruzar las líneas políticas y obtener el apoyo del otro. Algunos de mis patrocinadores expresaron sus esperanzas en conseguirlo para mí aquí.

—¿Entre los conservadores? —preguntó. Miró alrededor de la habitación, y aunque no conocía a mucha gente, no había nadie que pudiera imaginar que pudiese considerar las ideas de un Whig.

—Hay simpatizantes. El hecho de que el Príncipe Regente se sienta atraído por los ideales whigs no pasa desapercibido. Y creo que… —hizo una pausa y la miró a la cara, como si buscara comprensión, pensó ella—. Creo que hay algunos, incluso entre los conservadores, que empiezan a ver la necesidad de una reforma. Esa es la gente con la que tengo que hablar esta noche.

Philippa miró su plato, cogió el caramelo de mazapán y le dio un mordisco. Necesitaba distraerse de la seriedad de su expresión, que movía algo dentro de ella y que inexplicablemente le trajo el recuerdo de haber estado en sus brazos.

—Entonces sólo puedo agradecerle su condescendencia por haber dedicado tanto tiempo a hablar conmigo.

—No ha sido nada —dijo. Dio un sorbo a su bebida, con los ojos fijos en ella—, los demás estaban ocupados en otra cosa.

Philippa levantó la cabeza, torciendo la boca por la indignación, hasta que vio sus ojos risueños. Fue una visión inesperada, porque los labios del señor Blythefield apenas esbozaban una sonrisa. Pero en sus ojos había una luz y un humor que de pronto le robaron el aliento. Tal vez había algo más en este caballero autoritario de lo que había pensado en un principio: algo de calidez y humanidad. En todo caso, no era del todo aburrido.

8

De la sala de estar emanaban ruidos de conversaciones, sillas siendo arrastradas y herramientas que chocaban, lo que llevó a Jack hasta la puerta. Había entrado en esta habitación más veces en las dos últimas semanas que en todo el año. Por lo general, sus pies recorrían el camino desde su dormitorio hasta la sala de desayunos y salían por la puerta, donde pasaba el resto del día en el Parlamento y solía cenar en su club. Pero los cambios que se estaban realizando aquí despertaban su curiosidad, y se encontraba acudiendo con frecuencia a inspeccionarlos. La última vez que había echado in vistazo, habían estado lijando las paredes ya despojadas de sus tapices.

Abrió la puerta y se agachó cuando un desconocido se giró hacia él con una escalera, casi golpeándolo en el pecho. Con la presencia de otros cuatro trabajadores, uno de los cuales era su lacayo, Andrew, se produjo un alboroto de actividad como no estaba acostumbrado a ver en su casa. Gran parte del mobiliario había sido retirado y, podía imaginar, desechado. El resto estaba cubierto con forros para muebles y el suelo estaba cubierto con más telas. Su lacayo estaba cubierto de pintura, incluido el pelo, y los demás hombres estaban igualmente adornados. Entre todos, habían completado dos tercios de la pared.

—Ya veo que habéis empezado a pintar. ¿Quién os dio la orden de hacerlo? —su voz resonó en la habitación de techos altos que estaba casi vacía.

Los hombres contratados continuaron pintando, pero Andrew se detuvo antes de sumergir su pincel en un bote de pintura.

—Fue el señor Blythefield, señor.

Jack no tuvo nada que decir y se limitó a asentir, haciéndole un gesto a Andrew para que continuara. Supuso que era bueno que su padre se interesara por las remodelaciones. Se tomó un momento para apreciar lo aireada que estaba la habitación sin las cortinas y se dio cuenta por primera vez de que había bonitas molduras cerca de la parte superior del techo con detalles de hojas y bayas, por lo que pudo ver. Las paredes eran de un amarillo pálido, pero las molduras se habían pintado de blanco. La elección de colores era agradable en general, pero había algo en todo el proceso que lo irritaba. La señorita

Clavering sólo llevaba tres semanas en la ciudad y toda su casa estaba hecha un lío.

Salió del salón, bajó al estudio de su padre y llamó a la puerta. Cuando su padre le indicó que entrara, encontró a su padre desplomado sobre sus cuentas en el escritorio, con la cabeza entre las manos. Había una taza de té alcoholizado a su lado y su padre estaba sin afeitar. Jack reconoció los signos de la desesperación.

—Venía a felicitarte por haber aprobado los cambios en el salón, ya que estaban muy atrasados —vaciló mientras se quedaba parado en el umbral, inseguro de si tenía la fortaleza interior para hacerse cargo de las frustradas esperanzas de su padre justo ahora, ya que probablemente aumentarían su propia carga. Puso la mano en el pomo —. Sin embargo, parece que he llegado en un momento inoportuno.

Su padre levantó la cabeza y miró a través de la habitación, con un atisbo de agonía evidente en sus ojos.

—No, es mejor que entres —respondió, desvaneciendo las esperanzas de Jack de poder permanecer en la feliz ignorancia de la última catástrofe—. Confieso, hijo, que en efecto invertí en el negocio de la tejedora de marcos, a pesar de que me habías aconsejado no hacerlo. Pero pensé que estabas equivocado. Estos inventos son el futuro de Inglaterra. Algún día no será por la mano de obra, sino por la fuerza de las máquinas, que nos convertiremos en una nación aún más grande de la que ya somos —el estallido de energía que había acompañado a este discurso pareció agotarse cuando su padre llegó al final del mismo, y dejó caer la mirada hacia sus manos.

—Pero los obreros no estaban contentos de competir con una máquina —dijo en voz baja—, y sabían que una máquina no podía contraatacar.

Su padre asintió.

—Algunos de los alborotadores incendiaron toda la fábrica.

Jack asimiló esta noticia en silencio. Se había preguntado por el alegre estado de ánimo de su padre durante las últimas semanas, pero, sinceramente, había temido preguntarle si se había comprometido con un plan que él le había desaconsejado. Sentía afecto por su padre, a pesar de las debilidades de éste, y no podía contemplar semejante quebranto y aumentar su carga con un duro reproche. Sin embargo, esto no podía repetirse. La hacienda Blythefield era apenas solvente.

—Sabía que ese plan no podría prevalecer, padre. En todo caso, no en esa ciudad y en este momento. Allí donde hay amos que sólo buscan el beneficio, que no se preocupan por los trabajadores que están a su cargo, no podemos sorprendernos cuando esos mismos trabajadores, quienes pasan hambre y tienen familias que alimentar, se levantan airados ante la amenaza de recortes de empleo. Tenemos que buscar las inversiones de hombres que tengan en cuenta las

necesidades de sus trabajadores.

El padre de Jack suspiró.

—Tenías razón, por supuesto. Sin embargo, era una propuesta difícil de rechazar. Si tan sólo esos sindicalistas no se hubieran vuelto violentos, si tan sólo hubieran esperado otros tres meses antes de llevar a cabo una protesta tan destructora, hasta que hubiera podido ganarme mi parte de los beneficios… Ahora, tal como están las cosas, lo he perdido todo.

Jack se acercó al escritorio y puso una mano sobre el hombro de su padre.

—¿Cuánto?

—Dos mil libras.

Pasaron unos minutos de silencio y Jack tragó saliva. La situación de su familia no podía costearlo.

—¿Quién más se involucró en este emprendimiento?

El señor Blythefield negó con la cabeza.

—Nadie más, por invitación mía. Me hablaron del plan en la más estricta confidencialidad. Me dijeron que no había suficientes acciones y que debía reservarme la inversión.

Al menos, eso era todo. No tendría que preocuparse por otros hombres que se hubieran dejado engañar por la credulidad de su padre.

—¿Quiénes fueron los hombres que te metieron en esto? —cuando no respondió, le recordó con el mayor grado de respeto amable a su alcance—. Rara vez ocurre que los inversores no hagan sitio para más accionistas. Cualquiera que te diga que la inversión debe hacerse en secreto probablemente no esté teniendo en cuenta tus propios intereses. ¿Quién sabe si tal fábrica llegó a existir?

—Existió, estoy seguro de ello —insistió.

Jack se encogió de hombros. ¿Qué más daba? Ya lo había dicho antes, pero valía la pena repetirlo.

—Me gustaría que me consultaras sobre las inversiones que estás considerando hacer antes de entregar cualquier suma de dinero. Si yo mismo no sé si la empresa tiene valor, puedo averiguarlo más fácilmente que tú, y sin tener que dar mi brazo a torcer si la inversión resulta ser buena.

Su padre asintió con la cabeza, pero con tal expresión de desdicha que Jack no soportó seguir restregándoselo.

—Susan no me ha enviado ninguna factura por lo del salón como prometió. Puedes enviármelas todas.

Los ojos de su padre se abrieron de golpe ante la mención de las facturas por el trabajo en el salón. Estaba claro que no había pensado en las consecuencias de haber dado el visto bueno a los cambios cuando su propia inversión acababa de fracasar. Y era probable que

las facturas fueran considerables. Susan había mencionado haber encargado muebles durante el desayuno de ayer. Tenía que responsabilizar a la señorita Clavering por toda la iniciativa. A su hermana nunca se le habría ocurrido remodelar el salón ella sola.

Tal vez tendría que tener una conversación con la señorita Clavering sobre no entrometerse en asuntos que no le concernían.

Jack salió del estudio de su padre y, antes de que pudiera decidirse a ir al club, se cruzó con Susan en el pasillo.

—¿Has visto los cambios en el salón, Jack? ¿No son todos maravillosos? —su emoción habría sido contagiosa de no ser por el mal humor que cargaba. Pero ella no pareció darse cuenta y le apretó el brazo.

—Sé que vivimos en lo que se considera un lugar privilegiado, pero rara vez tenemos visitas. Quizá ahora que estamos rehaciendo el salón para convertirlo en algo de este siglo, empecemos a tener más.

Algo de este siglo. ¿Era esa la opinión de la señorita Clavering? Pronto aprendería que los Blythefields no necesitaban ser edificados con sus opiniones sobre asuntos familiares. Qué lástima. Anoche había encontrado su compañía entretenida.

—¿No crees que ahora empezará a venir más gente? —los ojos de Susan se habían abierto de manera ansiosa cuando él no contestó.

Jack hizo un ruido para indicar que estaba de acuerdo, pero estaba pensando que era más probable que los visitantes temieran verse envueltos en otro de los proyectos de su madre que de sentirse acosados por un juego de feas cortinas.

—No veo por qué no —dijo.

Susan suspiró.

—Hoy hace un día precioso y estoy atrapada dentro. Me gustaría tanto salir. ¿Me acompañarías a la biblioteca pública? Philippa me ha recomendado un libro que dice que me levantará el ánimo, y se asombró de que aún no lo hubiera leído.

Otra vez la señorita Clavering. Al menos era consciente de la necesidad de levantar el ánimo de su hermana, el cual siempre se encontraba decaído, y se aplicaba de verdad a la tarea.

Hizo una pausa antes de contestar. Después de su conversación con su padre, no estaba de buen humor para acompañarla. Hubiera preferido pasar un rato a solas. Sin embargo, sabía las pocas compañías que tenía su hermana, sin nadie que la acompañara a las fiestas de la alta sociedad. Tenía pocas oportunidades de salir de casa sin que él de vez en cuando se apiadara de ella. Esa había sido una de las ventajas de las frecuentes visitas de la señorita Clavering, a pesar de que ella pensaba que su salón principal poseía un estilo gótico.

—¿Qué está haciendo madre?

—Madre ha ido a reformar las tabernas de ginebra. Me pidió que

fuera, pero aún no estaba lista y ella no podía esperar —pronunció estas palabras mientras se ataba la capota, como si él ya hubiera aceptado, y añadió—. Pero ahora lo estoy.

Qué extraña familia tenía. Jack nunca había sabido que su madre estuviera interesada en otra cosa que no fuera la reforma, aunque por lo general era afectuosa con su prole. Aunque se alegraba de que Susan no pareciera avergonzarse por las actividades de su madre, prefería que su hermana no participara. Una cosa era que una mujer casada, a la que se podría llamar excéntrica, abordara tales proyectos, pero su hermana probablemente sería tachada de loca. Y Susan no tenía la presencia necesaria para cargar con semejante título.

—Muy bien. No asistiré al Parlamento hasta dentro de unas horas, y supongo que puedo disponer del tiempo. Haz que Andrew traiga el carruaje y yo te llevaré. ¿Te gustaría ir a Gunter's después?

Los ojos de Susan se iluminaron.

—Sí, claro. Hace casi un año que no tomo un sorbete de fresa.

Susan no necesitó mucho tiempo en Hookham. Salió con un pequeño libro, envuelto en papel. Luego se dirigieron a la tetería Gunter, y Jack dejó a Andrew en el patio con los caballos mientras acompañaba a su hermana al interior. El lugar estaba repleto de clientes y había pocas mesas disponibles, pero consiguieron una cerca de la pared del fondo e hicieron sus pedidos.

Antes de que tuvieran tiempo de echarle un vistazo a la habitación y mirar a los presentes, Jack oyó la voz de un hombre a su izquierda.

—Disculpe.

Levantó la vista para ver al señor Merrick, que se inclinó ante Susan.

—Señor Blythefield, señorita Blythefield, disculpen mi atrevimiento, pero os he visto a ambos desde el otro lado de la sala y esperaba poder unirme a vosotros. ¿Está ocupado este asiento?

Jack no tenía una opinión positiva del señor Merrick, pero no podía rechazarlo. La advertencia de la señorita Clavering de que no lo ahuyentara demasiado pronto lo inquietaba. Además, le daría la oportunidad de conocerlo mejor. Susan le sonreía tímidamente.

—No lo está —dijo Jack—. Por favor, siéntese.

Se sentó en la silla vacía al otro lado de la hermana de Jack.

—Señorita Blythefield. Es un placer inesperado verla aquí.

—Creo que no nos hemos visto desde el baile de la señora Yardmouth —Susan se echó hacia atrás mientras un sirviente colocaba un plato de helado de fresa frente a ella. Jack recibió su plato de helado de chocolate y levantó su cuchara.

—¿Quiere tomar algo? —le preguntó al señor Merrick.

—No, gracias. Ya he tomado té y algunos de sus pastelillos. No soy aficionado a los helados. Y señorita Blythefield, tiene usted razón. En

los últimos días no he podido asistir a tantos eventos como me hubiera gustado. La Temporada se ha retrasado y he tenido compromisos previos.

Aunque era cierto que el Parlamento a menudo terminaba tarde, Jack no podía evitar pensar que si el señor Merrick estuviera realmente interesado en su hermana, habría encontrado la manera de acudir en horas de visita. Sin embargo, no le correspondía a imponerle un pretendiente a su hermana, especialmente uno a quien no estaba seguro de aprobar.

Susan sumergió la cuchara en su helado y dio un pequeño bocado.

—Supongo que es una suerte que no haya venido de visita, porque no habríamos podido recibirlo. Nuestro salón principal está siendo remodelado.

Hubo una leve pausa y el señor Merrick enarcó ligeramente las cejas.

—Qué interesante. Debe avisarme cuando vuelva a estar disponible para recibir visitas.

A Jack le pareció que el señor Merrick no había tenido ninguna intención de ir de visita. Las advertencias de la señorita Clavering volvieron a él, y se preguntó si debía ignorarlas. Por mucho que estuviera tentado de reprenderla por ser demasiado entrometida, sería prudente actuar con cautela en lo que a la señorita Clavering se refería. La necesitaría para consolar a Susan cuando las atenciones del señor Merrick desaparecieran, como seguramente ocurriría.

Jack levantó la vista cuando la campana sobre la puerta sonó cuando nuevos clientes entraron al salón. Reconoció a Sir Lucius de su breve encuentro en el Parlamento, y tenía el brazo alrededor de una mujer que debía de ser su esposa. Lady Clavering sostenía un pequeño bebé en brazos, y los dos, uno al lado del otro, ocultaron casi por completo la figura de otra persona que entró detrás de ellos antes de que se cerrara la puerta. Cuando la esposa de Sir Lucius se volvió para hablar con ella, la señorita Clavering levantó la cabeza para contestar antes de mirar al otro lado de la habitación.

Sus ojos se encontraron con los de él y vio que una sonrisa iluminó su rostro, la cual él no pudo evitar devolverle, a pesar de que deseaba ponerla en su lugar. Había más cordialidad, o en todo caso, menos antagonismo que en sus anteriores encuentros. Entonces sus ojos se desviaron hacia el señor Merrick y su sonrisa se desvaneció. Se volvió hacia su cuñada y siguió a Sir Lucius hasta una mesa situada a cierta distancia de la puerta, donde se sentó de espaldas al resto de la sala.

—Ahí está Philippa —Susan se levantó, y fue un testimonio de su afecto por la señorita Clavering el hecho de que se excusara con el hombre por el que profesaba sentimientos para ir a saludar a su amiga.

Mientras estaba fuera, el señor Merrick puso una mano sobre la mesa.

—He oído que estuvo en casa de los Munster el jueves. ¿Quién lo convenció para ir?

—Me invitó el propio señor Munster, ya que dijo que había gente que deseaba que conociera —tomó otro bocado de su helado de chocolate antes de mirarlo—. No sé si se da cuenta, pero su partido está más dividido sobre la derogación de las Leyes del Maíz de lo que podría parecer en los debates.

El señor Merrick asintió y carraspeó.

—Estoy contando los votos, y sé que por mucho que algunos hablen de reformar simplemente la ley, también hay apoyo para abolir el libre comercio por completo. Sin embargo, me temo que los conservadores podrán sacar adelante la reforma, lo que significa que cualquier esperanza que tuviéramos de derogar un proyecto de ley que fomenta el malestar en nuestro país se irá al traste.

Jack se detuvo mientras llevaba la cuchara hacia su boca.

—¿Tuviéramos? ¿Así que no se cuenta entre los que desean simplemente aplicar una reforma?

El señor Merrick se reclinó en su silla.

—Digamos que soy muy consciente del bien que supondría derogar la ley como para ser persuadido. Tengo intereses propios, de carácter más personal, que podrían influir en mi decisión.

Jack lo estudió, percibiendo el tintineo de las cucharas y el murmullo de las conversaciones a su alrededor.

—¿Y qué es lo que quiere? —su mirada se dirigió a su hermana y de nuevo a él. *Seguro que no es Susan.*

El señor Merrick siguió su mirada hacia la mesa que se encontraba al otro lado de la habitación, donde Susan seguía hablando con la señorita Clavering.

—Profeso tener interés en su hermana y creo que podríamos hacer una buena pareja. Pero debo advertirle. Aunque me encargaría de que ella estuviera segura, lo cierto es que no me motiva ningún sentimiento pasional. De hecho, no creo poseerlos —se encontró con la mirada de Jack—. Si tuviera que arriesgarme a adivinar, diría que usted tiene una manera de pensar muy similar.

Jack apretó los labios y asintió. Después de todo, él perseguía la idea de una esposa con la misma lógica. Sin embargo, la idea de unir a su dulce hermana con un hombre que no le ofrecería ningún sentimiento real no le sentaba bien.

—Bien. Entonces estamos de acuerdo. La señorita Blythefield es una chica extraordinariamente atractiva, y su naturaleza tranquila es justo lo que un hombre involucrado en la política podría desear. A pesar de pertenecer a partidos diferentes, usted y yo podríamos crear

una alianza, no una oficial, pero sí una unión de ideas que podemos utilizar por el bien del país. ¿Qué le parece?

—Creo que si idea de una alianza no es mala —acarició el mango de su cuchara—. Pero deseo ver a mi hermana felizmente casada.

—Y así será. Sólo que se cumplirán más objetivos que una simple unión matrimonial, que creo que ambos estaremos de acuerdo en que es una noble aspiración.

El señor Merrick recogió la servilleta que Susan había tirado al suelo en su apuro y se volvió para mirarla. Ahora estaba inclinada sobre el bebé de los Clavering.

—Sin embargo, hay otro asunto en juego que me hace preguntarme si no habría que considerar una medida más sensata. He estado intentando persuadir a Thackery sobre la restricción de los deberes del carbón y con poco éxito. Últimamente lo encuentro más distraído, ya que parece que está encaprichado. Nada lo satisfará más que casarse con la señorita Clavering. Además ella tiene fuertes tendencias Whig, según Thackery…

¿El señor Thackery y la señorita Clavering? No podía verlos juntos. Él carecía de la franqueza y los buenos sentimientos que ella parecía poseer, a pesar de su carácter algo entrometido. Le costaba imaginarla conformándose con menos que alguien tan abierto como ella. Por otra parte, ¿qué mujer no venía a Londres con la intención de elevar su estatus a través del matrimonio? Ella no podía ser la excepción.

El segundo pensamiento desplazó al primero. *¿Tendencias whig?* Había pensado que simpatizaba con los conservadores. Su cabeza daba vueltas. ¿Cómo había llegado a esa conclusión? ¡Ah, sí! Cuando él había anunciado que era un Whig, ella lo había provocado diciendo que lamentaba oírlo.

—Estoy buscando presentar al señor Thackery a una candidata matrimonial con nociones políticas menos firmes. Ya que su hermana posee una naturaleza tan dócil, pensé que tal vez ella podría conocerlo. Es una joven muy digna, y sería un placer para mí unir nuestros hogares. Pero, como dije, el matrimonio es un asunto de ganancia política para mí. Y mi corazón no está tan comprometido como para que, si el señor Thackery se interesara por la señorita Blythefield, yo me apartaría con gusto por el bien del partido —se aclaró la garganta—. Sabiendo lo que sé de su familia, imagino que le haré un gran favor casando a su hermana con alguien tan idóneo, ya sea el señor Thackery o yo mismo.

Susan parecía estarse despidiendo de su amiga, lo cual estaba muy bien, ya que había dejado que su helado se derritiera considerablemente. La mirada de Jack se encontró con la de la señorita Clavering al otro lado de la habitación, y ella la sostuvo durante un breve instante antes de volverse hacia su hermano. Le

gustaría saludarla, pero no podía imaginar ninguna excusa para hacer que pareciera natural. Entonces recordó lo que acababa de escuchar. Era más probable que la señorita Clavering apreciara un saludo del señor Thackery que de él, y no debía malgastar saliva.

El señor Merrick no tuvo nada más que decir, al parecer, pero había sido más que suficiente. De un golpe, Jack se enteró de que la señorita Clavering tenía un poderoso pretendiente, y que la misma señorita Clavering lo había estado provocando cuando se había declarado conservadora. También se había enterado de que la excentricidad de su familia era más conocida de lo que él pensaba y que, en general, se consideraba un impedimento para que su hermana se casara. Jack dejó la cuchara en la mesa, sabiendo que no podría seguir comiendo nada después de eso.

Levantó la vista para ver que Susan se dirigía hacia ellos y se inclinó hacia el señor Merrick.

—¿Cómo sabe que la señorita Clavering no aceptará la oferta del señor Thackery?

—No lo sé —entrecerró los ojos como si estuviera irritado, luego su expresión se transformó a una de deleite cuando se encontró con la mirada de Susan.

Jack oyó la conversación del señor Merrick con su hermana durante otros cinco minutos sin añadir nada propio hasta que el hombre se despidió. Para él estaba claro que su objetivo había sido tener una conversación con él más que con su hermana. El señor Merrick planeaba un matrimonio basado puramente en su beneficio, pero no se daba cuenta de que estaría lastimando a su hermana en el proceso. No ignoraba el hecho de que él estaba planeando un matrimonio siguiendo la misma lógica, pero no podía pensar que la señorita Sommers poseyera la misma naturaleza gentil y sensible que Susan.

—¿Qué ocurre, Jack? Luces desanimado, pero ¿no es maravillosa la casualidad de que el señor Merrick haya estado aquí al mismo tiempo que nosotros?

—En efecto —miró los charcos de helado en sus cuencos—. ¿Nos vamos?

Cuando pagó la cuenta, se dieron la vuelta para marcharse y él se volvió para mirar a la señorita Clavering una última vez. Ella no miraba en su dirección, pero Sir Lucius captó su mirada y le hizo señas para que se acercara. Jack se tragó un repentino nudo de nervios. Cuando se acercó a la mesa, la señorita Clavering levantó la vista y sonrió.

Sir Lucius se levantó y le estrechó la mano.

—Sólo quería presentarle a mi esposa, Lady Clavering, y a mi hijo —sonrió con cariño al bebé que yacía en brazos de su madre,

observando cada uno de sus movimientos. Lady Clavering inclinó la cabeza, saludándolo, con una expresión cálida.

—Mucho gusto, milady —hizo una reverencia y dirigió su atención a la señorita Clavering. Cuando ella levantó su rostro, su corazón comenzó a latir en sus oídos. Su cuerpo lo estaba traicionando, y eso lo molestaba. Volvió a hacer una reverencia—. Señorita Clavering.

—¿Cómo está, señor Blythefield?

Los ojos de la señorita Clavering brillaron y las comisuras de sus labios se curvaron como si algo la divirtiera en secreto. Jack quiso sentarse a su lado hasta que ella confesara de qué se trataba. Se sacudió el pensamiento distractor y recordó que sus intereses probablemente estaban en otra parte.

—También quería saber cuándo se reunirá su comité para discutir los planes de derogación —miró a su esposa y luego a Jack—. Aún no me interesa la política, pero en este tema en particular, podría prestar mi consejo basado en mi propia experiencia. Es una causa que merece la pena.

—Eso sería excelente. No hemos fijado la fecha, pero si tiene una tarjeta, le enviaré un mensaje para informarle de los detalles —miró a la señorita Clavering—. Después de todo, los Whigs debemos apoyarnos mutuamente.

Ella se mordió el labio y apartó la mirada, pero no antes de que él viera en su rostro una expresión de culpable diversión. Su jovialidad despertó algo en él, no tenía suficiente de eso en su vida, pero recordó lo que dijo el señor Merrick y no entendía por qué rechazaría al atractivo señor Thackery por él.

Endurece tu corazón, se advirtió a sí mismo. No tenía tiempo que perder persiguiendo a una mujer cuyos intereses estaban en otra parte, ¡una mujer a la que, de cualquier manera, no deseaba!

9

A última hora de la tarde, Philippa regresó a casa de los Holbeck de su excursión con Lucius y Selena, que consistió en un paseo por Hyde Park después de su parada en Gunter's. Había sido un golpe de suerte encontrarse allí con Susan, quien no tenía a menudo la oportunidad de salir, y se había sorprendido al saber que era su hermano quien la había acompañado. Nada de lo que Susan había contado sobre el señor Blythefield la había llevado a creer que tuviera tiempo o ganas de llevar a su hermana a alguna parte. De hecho, tenía la impresión de que Susan llevaba una vida muy solitaria, que era una de las razones por las que le tenía afecto. Su propia vida no era muy diferente.

El señor Blythefield apenas la había mirado después de aquella primera mirada en la tetería, y se preguntó si se trataba de una evasión estudiada más que de desinterés. El señor Merrick estaba en su mesa, y los dos hombres estaban enfrascados en una conversación. No podía imaginar qué tema les había parecido tan interesante, pero se aseguró de mantener a Susan con ella todo el tiempo que pudo para que el señor Merrick tuviera menos tiempo para usar su encanto con ella. Empezaba a desesperarse por y de Matthew Evans.

Abrió la puerta del salón y encontró a su hermano sentado en una silla, con una pierna cruzada sobre la otra. Él la miró y la saludó con la mano, y una oleada de afecto la invadió.

—¡George! Por fin estás aquí. ¿Por qué has tardado tanto en llegar a Londres?

—¿Por qué debería apresurarme a venir? ¿Qué tengo que hacer aquí? —se pasó la mano por sus rizos despeinados y le dedicó una sonrisa ladeada—. Bueno, supongo que debería asistir a los discursos en el Parlamento, ya que parece que ese va a ser mi brillante futuro.

—No pareces muy contento —dijo—. ¿No te gusta la idea de marcar la diferencia en el mundo? Si yo fuera hombre, seguro que me metería en la política. Y nadie me superaría en un debate.

George se rio.

—Sin duda. Desde luego, no intentaría enfrentarme a ti como oponente. Y, bueno, sí, supongo que hasta cierto punto los debates pueden ser interesantes, sobre todo cuando habla alguien inteligente,

breve, directo y gracioso. Pero cuando se trata de uno de esos tipos llenos de palabrería, no hay quien lo aguante.

Philippa se acercó y se sentó a su lado.

—¿Dónde está el señor Evans?

—¿Evans? —frunció el ceño—. ¿Por qué te interesas por él? Espero que no estés contemplando…

—George, no seas ridículo. El señor Evans es como un hermano para mí, tanto como tú —se mordió el labio mientras lo estudiaba—. Es sólo que sé algo, pero no puedo decir qué. Me dejó con un encargo particular…

Cuando vio que George estaba a punto de protestar, añadió:

—No, no te preocupes. No es nada que no pueda gustarte. Pero creo que no debería hablar de ello, ni siquiera contigo.

—Como si pudieras resistirte —le dirigió con una mirada severa—. ¿Mi amigo comunicándose con mi hermana y jurándole guardar el secreto? No, no me gusta.

—Debes confiar en mí, porque es algo completamente inocente, te lo aseguro. Y no tiene nada que ver conmigo —le puso la mano en el brazo y le dio un suave apretón—. Ahora, ¿dónde está y cuándo llegará a Londres? Ya se ha perdido el primer mes. Sólo *dímelo* y deja a un lado cualquier idea que puedas tener sobre un cortejo secreto.

George no era de los que sospechan demasiado y cedió.

—Muy bien. Confío en Evans. Y tú no eres una de esas muchachitas con más pelo que ingenio, así que supongo que no irás y harás algo estúpido —frunció el ceño y sacó su tabaquera—. Ahora que lo pienso, Evans me pidió que te escribiera para contarte sus planes. Dijo que querrías saberlo.

—Cosa que, por supuesto, no hiciste —exclamó—. Sí, dímelo. Llevo todo este tiempo esperando noticias suyas, porque estoy tratando de llevar a cabo un… un proyecto en su nombre.

Su hermano la examinó y luego cerró la tabaquera.

—Se trata de una dama, ¿verdad?

Philippa apretó los labios y sacudió la cabeza.

—¿Qué deseaba Matthew que me dijeras?

—Oh, ¿así que ahora es Matthew? ¿Estás segura de que esta *dama* no eres tú? —se echó hacia atrás y estiró las piernas, cruzando sus hessianos sobre la alfombra.

—Vamos, dímelo —instó, un tanto exasperada.

—*Matthew* deseaba que te dijera que lamentaba no haber podido venir antes a Londres. De hecho, estaba preocupado por la salud de su padre. El viejo se desmejoró mucho y estaba bastante enfermo, y los matasanos locales le dijeron a Evans que se preparara para lo peor.

Philippa se llevó una mano a los labios, pues sabía que Matthew era muy unido a su familia, y muy especialmente a su padre.

—Sin embargo, el viejo se ha recuperado. Es mucho más fuerte de lo que muchos creían. Evans viene de buena cepa. Así que estará en los Cotswolds unos días más y luego se dirigirá a Londres —le lanzó una mirada—, para cualquier nefasto propósito que tengas en mente. Philippa, sabes que te preocupas demasiado por los demás. Quizá deberías pensar en tu propio futuro.

—¿Mi propio futuro? —una irracional oleada de ira hacia su hermano surgió en ella—. ¿Quieres que me case con el señor Thackery?

—De ninguna manera —se levantó y se paseó por la habitación, de espaldas al fuego—. Espero que María no te esté instando a *esa* alianza. Si conozco a Lucius, tendría algo que decir al respecto. Sé que yo lo haría.

—Me alegra mucho oírlo —dijo—. Cómo me habría venido bien su apoyo el año pasado… o el tuyo. Lucius estaba ocupado con su nueva esposa y no estaba en Londres. *Tú*, sin embargo, no tenías esa excusa. Estuviste en Londres toda la temporada y, aun así, no estoy segura de haberte visto más de cinco veces.

Hizo una pausa para respirar y apretó los labios como si quisiera reprimir su ira.

—María ejerció su influencia de la manera más autoritaria, como puedes imaginar, pero fue Charles el peor. Casi me amenazó, por supuesto, no tenía poder para llevarlo a cabo, y él lo sabía, para que me casara con el señor Thackery —le lanzó una mirada irónica—. Están perfectamente de acuerdo en cuestiones políticas.

George entrecerró los ojos.

—Holbeck es un gilipollas. Yo nunca lo habría permitido. Conozco a Thackery, aunque no muy bien, pero él nunca se preocuparía por ti. Es demasiado propenso a darte órdenes y esperaría que no tuvieras opinión sobre ningún asunto. Cualquiera que haya pasado cinco minutos contigo sabe que eso es imposible.

—Qué maravilloso es ser comprendida —dijo fríamente. Permaneció en silencio un momento y luego volvió la mirada hacia su hermano—. Pero no me has contado nada George; no es que espere que mi hermano mayor me mantenga al tanto de sus cosas. ¿Cómo puedes decir que no lo permitirás cuando no estás aquí para defender mi causa? Incluso esta temporada me has dejado aquí durante semanas sin decirme cuándo pensabas llegar. ¿Por qué has tardado tanto?

Jorge desvió la mirada hacia la ventana.

—Lucius cedió su pabellón de caza para que yo entretuviera a unos amigos, y eso es precisamente lo que hice.

—Pero vi a Duckworth, Amos y Whitmore aquí. ¿Con quién estabas?

—Nada que deba preocupar a una hermana menor —contestó con un tono represivo.

Philippa soltó una risita.

—Te estabas entregando a todo tipo de jolgorio. Bien, me alegro de que estés aquí —se llevó la mano a la frente de manera dramática—, así podrás apoyarme en mi periodo de prueba.

—María está siendo dura contigo, ¿verdad? —preguntó con simpatía—. Vendré más a menudo que la temporada pasada. A decir verdad, mi conciencia empezó a remorderme al pensar en dejarte a solas con María tan a menudo, pero pensé que probablemente podrías manejarla. Siempre lo haces. Esta vez, me aseguraré de que Thackery no ronde tu puerta.

Philippa le sonrió.

—Debo decir que nunca pensé ver ese día.

George volvió a la silla y se sentó, cogiendo una pizca de rapé de la caja que había estado sosteniendo.

—Por cierto, nunca adivinarás con quién me encontré cuando estaba en casa de Lucius.

Philippa lo miró de reojo.

—Déjame adivinar. Los amables Lord y Lady Harrowden.

—Los mismísimos —George se rio—. Si las apariencias no engañan, estaban en medio de una pelea cuando me topé con ellos. No creo que su felicidad conyugal durara mucho después de su precipitado matrimonio.

—¿Cómo iba a durar si su matrimonio comenzó con un engaño y una huida a la frontera? No siento ninguna simpatía por ellos. Ambos fueron horribles con Selena, y me alegro de que Lucius la rescatara de esa situación. ¿Viste a la viuda Harrowden?

—Sí, la anciana Harrowden se ha alojado en la casa ganancial. Parece haber encontrado una agradable compañera. Una señora… oh, no recuerdo su nombre. Cuando pasé a verla…

—Tu juerga no puede haber sido tan alocada si tuviste tiempo de visitar a unas ancianas —se burló.

George se sacudió el tabaco que había caído sobre sus pantalones, ocultando una sonrisa en el proceso.

—No, no tan alocada. Jugamos juegos de azar y salimos de caza; dimos algunas fiestas, pero no hace falta que sepas más de eso. Sí que tuve tiempo de visitar al menos una vez a Lady Harrowden. Fue amable con nosotros cuando éramos pequeños, y no es probable que reciba algún tipo de afecto por parte de su sobrino y su esposa en su vejez. En cualquier caso, creo que es más feliz de lo que ha sido, ahora que ha encontrado compañía que la mantenga ocupada.

Philippa se levantó y se dirigió a la puerta, diciendo:

—Bueno, no sabes lo feliz que estoy de tenerte en la ciudad. La

vida ha sido bastante miserable. Será mejor que suba a cambiarme para la cena, y tú también deberías hacerlo. A Charles no le gusta que lo hagan esperar para cenar.

George se levantó y la siguió hasta la puerta.

—Como pienso de igual manera, no me quejaré.

VARIAS NOCHES DESPUÉS, tenían previsto asistir a la ópera, que prometía ser más divertida ahora que George los acompañaría. Parecía estar cumpliendo su promesa de venir más y se había pasado dos veces por casa de los Holbeck desde su llegada. Mientras bajaban del carruaje, Philippa le susurró que acudiera a salvarla si el señor Thackery hacía acto de presencia.

La ópera empezó con una comedia y, desde el palco de los Holbeck, Philippa sacó su impertinente y examinó el teatro. Los candelabros ardían intensamente y entre el público habían más personas mirando a los demás espectadores que a la presentación, tal y como ella lo estaba haciendo. No pudo encontrar a Susan ni a ninguna otra persona de interés, pero el señor Lloyd tenía su monóculo apuntando en su dirección. *Qué suerte*. Parecía que tenía más de un caballero del que esconderse en el intermedio.

Cuando bajó el telón del primer acto, se levantó.

—Necesito un refrigerio.

George se levantó rápidamente.

—Te acompaño.

—Me apetece un poco de champán —empezó María cuando, para alivio de Philippa, una amiga de su hermana entró en el palco para tener una amigable charla, como ella decía, y María dejó de lado toda idea de marcharse.

—Una oportuna escapada —Philippa murmuró mientras salían del palco.

—Siempre y cuando Holbeck no decida unirse a nosotros —respondió George.

El pasillo estaba atestado de gente y ellos se abrieron paso entre la multitud. En una de las mesas de refrigerios, Philippa vio la nuca de Susan y quiso acercarse a ella, pero se lo impidió la cantidad de gente que bloqueaba el espacio entre las mesas.

—Regresaré en un minuto —dijo George. Antes de que Philippa pudiera protestar, llamó a un amigo y cruzó el pasillo para hablar con él, con más soltura de la que Philippa habría sido capaz. Se volvió para descubrir que el señor Merrick estaba parado al lado de Susan. Ni siquiera el afecto que sentía por su amiga era suficiente para obligarla a unirse a un grupo que incluía al señor Merrick. No sabía por qué,

pero no podía hacer que le agradara.

La multitud la apretaba, y se movió para buscar a George, quien había desaparecido de su vista, y en su lugar se topó de bruces con el señor Blythefield.

—Señorita Clavering —el bullicio de la multitud pareció acallarse cuando se detuvo frente a él. Sus ojos a la altura de su barbilla. Al menos las personas habían retrocedido, dejándole espacio al señor Blythefield… y a ella también. Él la miró hacia abajo, vaciló y luego se limitó a hacer una reverencia sin decir nada más. Su expresión era seria.

Philippa apretó el estuche del impertinente a través de la tela de su reticule, esperando a que llegara la amena conversación que habían compartido en la fiesta de los Munster, y se preguntó qué la había hecho desaparecer. No es que hubieran sido los mejores amigos. La cortesía la obligó a hablar.

—Cuántas veces nos hemos visto últimamente. ¿Disfrutó de su helado en Gunter's?

Él levantó una ceja y su mirada se centró en ella.

—Inmensamente. Gracias —*¿Qué le ha pasado? Nunca se había mostrado tan antipático.*

A Philippa le costaba respirar, tanto por el estado de ánimo opresivo que él parecía tener como por la presión de la gente. Echó un vistazo entre la multitud, pero no reconoció a nadie.

—Me parece que usted estaba sentado con el señor Merrick. ¿Aprobó la propuesta para su hermana? —esperaba que no hubiera cambiado de opinión.

El señor Blythefield se movió y la miró inquisitivamente.

—Creía que no estaba a favor del señor Merrick. ¿Por qué pregunta si ahora lo apruebo?

—Sólo es una conversación ociosa —apretó los labios y rompió la mirada que se estaba volviendo demasiado penetrante para su comodidad. Con las mejillas sonrojadas, sacó el abanico de marfil de su reticule y empezó a agitarlo.

—Quizá sólo intenta distraerse a sí misma —le dirigió una mirada comedida que la mantuvo cautiva—. ¿Dónde está su corte de admiradores que siempre parecen acudir a su lado? ¿Alguno de ellos ha captado su interés?

Philippa dejó caer su brazo a un lado con un resoplido de fastidio.

—No hace falta que intente avergonzarme. Le aseguro que no he encontrado ningún interés particular, al menos ninguno que yo recibiera con agrado —vaciló y luego cambió de tema—. La verdad es que espero que no haya aprobado la propuesta del señor Merrick, porque he recibido noticias del señor Evans. Había estado retenido en casa a causa de la salud de su padre, pero ya se está recuperando.

Espero que llegue a Londres cualquier día de estos.

Una modesta mujer, cuyo atuendo la identificaba más como cortesana que como dama, se dirigió hacia ellos siendo escoltada por un joven caballero que miraba con desprecio a cualquier hombre que la mirara. Las joyas de la mujer brillaban a la luz de las velas, al igual que un broche de diamantes en la corbata un hombre. El señor Blythefield se hizo a un lado para dejarlos pasar y se acercó más a Philippa.

—Parece que la ópera volverá a empezar pronto. ¿Puedo acompañarla a su palco?

Se sentía irritada por su comportamiento esta noche. Parecía empeñado en irritarla. Intentó pensar en una excusa, separó los labios para decir algo, pero se vio atrapada por su mirada inquebrantable y cedió. Puso su mano alrededor de su brazo. Mientras la acompañaba hacia el palco, se inclinó hacia y bajó la voz para que sólo ella pudiera oírlo.

—Por mucho que intente defender la causa de su amigo, el señor Evans no tiene la influencia y el poder de un hombre como el señor Merrick, o alguien como el señor Thackery, quien elevará a los círculos sociales más altos a la dama que elija por esposa. ¿No es ésa una importante consideración para una mujer como usted?

Philippa lo miró sorprendida y sintió que sus mejillas se encendían. *¿Por qué había mencionado al señor Thackery?*

—Si me permite hablarle con franqueza, dudo que su hermana fuera feliz en círculos tan excelsos. Tiene un carácter gentil y puede ser fácilmente persuadida y aplastada. Sería un cordero entre lobos.

—¿Y qué hay de usted? No la veo como un cordero. ¿Aspira a círculos como en los que habita el señor Thackery?

Philippa soltó una sonora carcajada y se detuvo, soltando el brazo del señor Blythefield.

—Los círculos del señor Thackery no me interesan. No pienso en él para nada.

La mandíbula del señor Blythefield se endureció y la miró fijamente. Sus ojos parecían buscar algo en su rostro, pero ella no sabía qué. Asintió brevemente con la cabeza.

—No debo entretenerla. Creo que el siguiente acto está a punto de comenzar.

10

Jack recibió una invitación para la siguiente cena de los Sommers, y esta vez estaba decidido a no perdérsela. No había mejor momento que el presente para empezar a pasar tiempo con la señorita Sommers si quería fijar sus intereses con ella, y eso era lo que iba a hacer. La señorita Sommers tenía todo lo que él necesitaba. Era una mujer atractiva que conocía el arte de la conversación. Su familia era estimada en Londres, y en los círculos políticos en particular. Y nunca se mostraba desagradable intentando decirle lo que tenía que hacer.

Cuando llegó, el salón principal estaba lleno de personas. La señora Sommers estaba inmersa en una conversación con una de las esposas de los diputados, pero la señorita Sommers se dirigió hacia él inmediatamente, con los brazos extendidos para saludarlo. Jack quedó impresionado de nuevo por su gracia y elegancia. *Creo que es la elección correcta.*

—Señor Blythefield, nuestra fiesta está completa con usted aquí —le indicó al lacayo que cogiera su abrigo—. Creo que encontrará mucha gente interesante con la que hablar esta noche.

Jack hizo una reverencia mientras cogía su mano.

—En donde sea que usted esté, señorita Sommers, seguro que habrá una conversación entretenida.

—No lo tomaba por un coqueto —dijo riendo, colocando la mano en su brazo. Pudo notar que estaba complacida—. Creo que ya conoce al señor Merrick. Ha estado preguntando por usted.

Se preguntó qué querría que no hubieran discutido ya. No estaba más cerca de considerarlo como un pretendiente aceptable para su hermana. La noche de repente parecía menos agradable con él aquí.

—Oh, sí. Señor Merrick, ¿cómo está?

La señorita Sommers hizo una reverencia a ambos antes de marcharse.

—Os dejo, caballeros, para que discutáis de política. Después de todo, para eso estáis aquí.

El señor Merrick le hizo una señal a un criado para que trajera un vaso para Jack.

—Fui durante las horas de visita a ver a su hermana la semana

pasada, pero fui rechazado. Espero no haber caído en desgracia.

Jack bebió un sorbo del vino que le habían servido. Los Sommers no escatimaban en la calidad de sus refrigerios.

—En absoluto. Es sólo que mi hermana aún estaba remodelando el salón —no pudo evitar una mueca al añadir—, con la ayuda de la señorita Clavering.

—¿De verdad? —sus ojos se abrieron de par en par—. Entonces la señorita Clavering es una de las grandes favoritas en su casa.

—No para mí —seguía desubicado después de habérsela encontrado en la ópera, y eso lo molestaba. No le gustaba lo turbado que se sentía en su presencia, sobre todo sabiendo que era probable que ella se casara con el señor Thackery, a quien sólo podía mirar como un adversario político. A pesar de haberle asegurado lo contrario, Jack no le creía. Las mujeres nunca revelaban sus objetivos matrimoniales, y ella no rechazaría a un buen partido como Thackery. El señor Merrick lo había presentado como algo casi seguro.

—La encuentro demasiado entrometida para su propio bien.

—De lo poco que conozco a la señorita Clavering, es una observación acertada —se rio— Espero por el bien de Thackery que su propuesta no prospere. Una esposa así acabaría con su paz y lo distraería de sus deberes políticos.

—Pero si usted considera que está en peligro —dijo—, está dispuesto a sacrificar sus esperanzas en aras de una relación con mi hermana.

El señor Merrick se detuvo, dejando su mano levantada mientras se llevaba su bebida a la boca.

—¿Ha estado dudando de mis intenciones? Quizá saqué el tema antes de tiempo.

—Una mesa rodeada de personas en Gunter's quizá no sea el lugar más idóneo para discutir asuntos tan personales —afirmó.

El señor Merrick bebió y mantuvo su mirada fija en la de Jack.

—Soy un hombre que prefiere poner todas sus cartas sobre la mesa. Dar la apariencia de buscar una pareja sentimental cuando sé que mis motivaciones son más prácticas me resulta aborrecible. No me gusta hacer falsas promesas. No puede culparme por eso.

Jack negó con la cabeza y miró al otro lado de la habitación, donde vio a Lord Palmer. Era alguien con quien había esperado hablar. Se volvió hacia Merrick.

—No puedo culparlo por algo así. Pero no estoy seguro de que sus intenciones hacia mi hermana sean tan claras para *ella* como lo son para usted. Aún puedo desear una situación mejor para Susan que la de un peón.

—Me parece justo. Entonces acordemos esto —dijo—, deme permiso para cortejar a su hermana sin ninguna promesa por mi parte

ni por la suya. Le doy mi palabra de que no jugaré con ella, y si descubrimos que no somos compatibles, separaremos nuestros caminos amistosamente.

La probabilidad de que su tierna hermana fuera capaz de declarar que no eran compatibles era escasa. Sin embargo, las palabras de la señorita Clavering volvieron a su mente. Si prohibía el matrimonio, Susan podría hacer algo drástico. Mejor dejaría que su hermana viera por sí misma que las intenciones del señor Merrick no eran serias. Aun así, dudaba de cuál era el mejor camino. La política era más fácil que el matrimonio.

—No levante falsas esperanzas en mi hermana, y me daré por satisfecho.

El señor Merrick asintió.

—Tiene mi palabra.

Se hizo el silencio y Jack echó un vistazo a la habitación.

—El señor Thackery no está aquí.

—No, se fue al campo el fin de semana por asuntos personales —dejó su vaso vacío en la bandeja de un criado que pasaba por allí.

Jack se preguntó hasta qué punto gozaba de la confianza de Thackery.

—Usted dijo que creía que el señor Thackery tenía alguna posibilidad de que su propuesta progresara. ¿Sigue cortejando a la señorita Clavering?

Las cejas del señor Merrick se alzaron.

—¿Percibo una rivalidad? ¿Tiene usted también algún interés, señor Blythefield?

Se molestó consigo mismo por ser tan transparente.

—Es sólo que es amiga de mi hermana. Olvide lo que he dicho. En cualquier caso, no es asunto mío.

—Ni debería ser mío, aunque yo lo haya hecho así —dijo—. Volvamos nuestra atención a nuestro asunto común. Lo vi hablando con Lord Sherwood después de los debates del miércoles. ¿Cuántos votos seguros tiene para derogar las Leyes del Maíz?

No estaba dispuesto a revelar ninguna de las preferencias de voto que tan asiduamente había reunido.

—Creo que la votación está demasiado reñida, hay muchos indecisos. La señorita Sommers ha organizado bien esta cena. Ha invitado a algunos de los conservadores más liberales, así que quizá descubra a más a favor.

—Sin duda. La señorita Sommers nunca decepciona cuando organiza una velada. Me sorprende que no esté casada —señaló cerca de la chimenea—. Mire, el señor Matheson está libre. Vayamos a hablar con él, pues es uno de los votos más inciertos.

Jack podía pensar en mejores usos de su tiempo que acompañar al

señor Merrick por la habitación como si fuera el subordinado del hombre.

—Ah. No del todo libre. Está hablando con el señor Balding, y debo decir que me sorprende que el señor Balding esté aquí. Pensaba que estaba demasiado aferrado a los ideales conservadores como para ceder en algo.

—Nadie es una causa perdida, si me pregunta. Balding busca alianzas más que defender ciertos ideales. También tiene una hija apta, por si le interesa —miró a la señorita Sommers—, a menos que tenga a alguien más en mente.

El deseo de Jack de cambiar de compañía crecía cada vez más.

—Digamos que ahora mismo mis intereses se centran únicamente en la política y no en la vida hogareña.

—¿No están ambas cosas intrínsecamente unidas? Yo pensaba que sí. Al menos, en mi caso lo están —su sonrisa no llegó a sus ojos.

Jack había empezado a avanzar, con la intención de unirse a otra discusión y perder a su actual compañero, pero ante esto se detuvo.

—Entonces debo decir que me sorprende que muestre interés por mi hermana. No es probable que ella haga avanzar su causa política de ninguna manera.

—Excepto por ser la hermana de una figura política que admiro —dio un paso adelante, y Jack caminó a su lado—. Los reinos se unen a través del matrimonio. ¿Por qué no deberían los acuerdos políticos llevarse a cabo de la misma manera?

A Jack se le escapó una risa.

—¿Yo, cambiar de política basándome en sentimientos? No debe pensar que soy tan fácil de persuadir.

—No en asuntos de profunda convicción, por supuesto —se apresuró a asegurarle antes de que se reunieran con el señor Balding y el señor Matheson.

Jack no encontró al señor Balding tan maleable como el señor Merrick había parecido pensar, pero pudo salir con gracia de esa conversación y unirse a otras mucho más fructíferas. Pasó una velada muy agradable, y sólo al final de la misma se dio cuenta de que no había hablado ni una sola vez con la señorita Sommers, aunque algunas de sus conversaciones habían incluido a algunas de las mujeres presentes. ¿No debería haberse sentido atraído por ella como alguien con quien pensaba construir una vida?

Fue con una mirada de pesar que la buscó al final de la velada.

—Le deseo buenas noches, señorita Sommers, y le pido que me disculpe por no haber pasado más tiempo hablando con usted.

—Está usted perdonado, señor Blythefield —le dedicó una enigmática sonrisa.

—Bueno, le agradezco la velada, que ha sido de lo más

entretenida, tal y como prometió.

Ella inclinó la cabeza.

—Esperamos volver a verlo pronto por aquí. No descuide sus compromisos sociales entre los políticos —arqueó una ceja—, por supuesto, cuando las dos cosas pueden combinarse, no hay nada mejor.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo, pensando que sonaba como el señor Merrick. Vaciló, finalmente hizo una reverencia y se marchó.

AL DÍA SIGUIENTE, Jack pasó por el salón principal y no oyó más que silencio. El día anterior se había asomado y había visto que los sirvientes estaban reemplazando los jarrones, estatuas y bibelots de los relucientes muebles y colgando las obras de arte en las paredes recién pintadas. La ausencia de sonido le indicó que la habitación estaba terminada.

Giró el picaporte y entró. De inmediato, su mirada fue atraída hacia arriba, donde las alegres paredes amarillas se encontraban con las molduras blancas del alto techo. Las pálidas cortinas permitían que la luz inundara la habitación, y los hilos de seda blancos y dorados de la alfombra nueva brillaban a la luz del sol. La silla acolchada color beige junto a la mesa de escribir lo hizo desear sentarse y redactar toda su correspondencia aquí en lugar de en las oscuras mesas de su club. Podía respirar en esta habitación, y se preguntó si alguno de los cambios habían sido idea de su hermana o si todos le pertenecían a la señorita Clavering.

Entró de lleno en la habitación y miró el nuevo sofá de la derecha, que había quedado oculto por la puerta. Allí estaba sentada la señorita Clavering, bebiendo té a solas.

—¡Señorita Clavering! —vaciló, luego avanzó para saludarla, molesto porque su corazón se aceleró. *Es probable que su corazón esté ocupado,* se reprendió una vez más. Pero esta reacción involuntaria parecía ocurrir cada vez que se encontraba con ella inesperadamente en los últimos días. Pensó en la fiesta de los Munster, y allí su corazón latió a un ritmo bastante normal cuando la vio. Aunque, cuando lo pensó, su estómago había dado un pequeño vuelco cuando ella lo había mirado a través de la mesa. Algo muy molesto, ya que no tenía intención de perseguir a la mujer.

La señorita Clavering se puso de pie, y a juzgar por su color, también estaba experimentando un poco de vergüenza por encontrarse con él inesperadamente.

—Señor Blythefield, no vivo en su casa, aunque a veces usted lo crea así. Susan sólo ha subido a cambiarse porque cree que el señor

Merrick vendrá hoy.

Jack hizo una reverencia, deseando que sus nervios se mantuvieran firmes. *Solo finge que estás a punto de dirigirte a los Comunes.*

—¿Cree que el señor Merrick llamará hoy? No puede desearlo, no es una de sus devotas.

La señorita Clavering se había quitado los guantes y se pasó una mano por la manga de muselina.

—A decir verdad, no me importa si el señor Merrick viene o no. Estoy segura de que el señor Evans vendrá hoy, pues ayer le hizo una visita a mi hermano y declaró su intención de hacerlo. Deseaba darle mi apoyo y también verlo, ya que estaba fuera cuando él llegó.

Jack la miró divertido y se sintió aliviado al ver que su cordura parecía estar regresando tras la sacudida inicial. Tal vez su sentido común también regresaría.

—Realmente está empeñada en este plan suyo de emparejar a mi hermana con su amigo. Tengo curiosidad por conocer al hombre yo mismo.

—Entonces, por favor, quédese —sonrió pícaramente—, y tome asiento.

Se rio al oír que le ofrecieron un asiento en su propia casa. La mujer no tenía vergüenza. En todo caso, era divertida.

Se sentó y la señorita Clavering le sirvió una taza de té como si fuera lo más natural del mundo que ella hiciera de anfitriona en su salón principal. Su ritmo cardíaco amenazó con acelerarse de nuevo, pero trató de centrar su atención en otra cosa. Ella se inclinó hacia delante para levantar la taza y luego se detuvo.

—Debería haberle preguntado si toma leche.

—Sí, la tomo —dijo con voz burlona—, y ahora ha estropeado una taza de té en perfecto estado.

—No. Me limitaré a añadir una nube de leche al té que —jadeó—, *ya ha sido vertido en la taza* y escandalizar a todo el mundo inglés. ¿También quiere azúcar?

—Tres cucharadas.

—¿Tantas? —le entregó la taza—. ¿Es con la esperanza de equilibrar su naturaleza amarga?

Los labios de Jack se crisparon, aunque intentó valientemente no sonreír. Desde el pasillo, oyó un golpe en la puerta principal y dejó la taza sobre la mesa a su lado antes de ponerse de pie. Phillipa lo miró con curiosidad y Jack se dio cuenta de lo extraño que esto debía parecerle. Si supiera lo despacio que se movía Shanks.

Afortunadamente, Jack oyó los pasos arrastrados del mayordomo, quien iba a abrir la puerta, y volvió a sentarse. La señorita Clavering le sostuvo la mirada, y aunque su mirada era perfectamente inocente, sus ojos se abrieron de par en par al oír al mayordomo avanzar por el

pasillo hasta el salón. Finalmente, la puerta crujió al abrirse y Shanks anunció:

—Un tal señor Matthew Evans, señor.

La señorita Clavering sonrió satisfecha mientras Jack decía:

—Hágalo pasar.

El señor Evans entró en la habitación y Jack no estaba impresionado. No podía imaginar que su hermana cambiara de opinión. Evans no era de gran estatura, tenía poco pelo que amenazaba con separarse de él antes de llegar a los cuarenta años, y miraba a Jack con unos ojos grandes y pálidos bajo unas cejas rubias. Sin embargo, a pesar de su aspecto insípido, no mostró ninguna vacilación en sus modales.

—Buenas tardes —dijo con una reverencia—, soy Matthew Evans. Gracias por recibirme.

Jack también se puso de pie.

—Soy Jack Blythefield. Permítame darle la bienvenida a la casa de mi padre. Si hemos de creer a la señorita Clavering, está aquí porque tiene algún interés en mi hermana, Susan.

Si Jack había esperado desconcertar al hombre revelando sus intenciones, se iba a llevar una gran decepción. El señor Evans se limitó a sonreírle a la señorita Clavering.

—¿Cómo estás, Philippa?

¿Tenían una relación tan íntima como para usar el nombre de pila del otro?

La señorita Clavering le devolvió la sonrisa y levantó la mano para que el señor Evans se inclinara sobre ella.

—Estoy muy bien. Por fin has venido.

El señor Evans asintió, y luego volvió su atención hacia Jack.

—Sí. Y a decir verdad, me alegro de tener la oportunidad de hablar con usted mientras la señorita Blythefield no está aquí. No he tenido tiempo de presentar mi propuesta, pues todo comenzó cuando la Temporada del año pasado estaba por finalizar, y no estábamos en tales términos como para que yo le escribiera durante el verano. No puedo hablar del interés que ella siente por mí, pero supongo que ahora mismo tiene muy poco, si es que recuerda mi existencia. Sin embargo, he mantenido lo que sólo puede describirse como un amor violento desde el primer momento en que puse mis ojos en ella.

Jack se asombró de que el "amor violento" pudiera atribuirse de alguna manera a un hombre tan poco agraciado, e intentó evaluar cómo responder.

—Siéntese, por favor.

La señorita Clavering empezó a preparar otra taza de té, y él sólo pudo suponer que era exactamente de la forma en que el señor Evans lo prefería.

—Si me permite hablar sin rodeos, para que no nos hagamos perder el tiempo mutuamente, ¿posee usted una fortuna que pueda mantener a mi hermana?

—La tengo —cogió la taza de la mano de la señorita Clavering y asintió para agradecerle. Con la habitación redecorada con un nuevo estilo, Jack empezaba a sentirse como si fuera un invitado en casa ajena—. Voy a heredar una notable extensión de tierra —dijo—, aunque no tengo ninguna prisa por recibirlas, pues eso significaría perder a mi padre. Si se me permite presumir de mis propias habilidades, soy hábil en las inversiones, y he aumentado la fortuna de mi padre en los años transcurridos desde que me puso al frente de ella. Dispongo de quince mil al año. Puedo asegurarle que su hermana estaría bien atendida.

Quince mil. Demasiado. Sería un miembro menos de la familia del que preocuparse, y la idea era tentadora. Pero no podía vender a su hermana simplemente por una fortuna conveniente donde su corazón no estaba comprometido. *Y eso es exactamente lo que estás contemplando con el señor Merrick*, se reprimió a sí mismo.

—Le agradezco su honestidad, pero debo dejar que mi hermana tome la decisión —en cuanto terminó de hablar, Susan entró en la habitación.

11

Cuando Susan entró, Philippa dirigió su mirada hacia Matthew y fue testigo del repentino temblor de sus manos mientras se ponía de pie.

—Señorita Blythefield.

Susan se detuvo en seco ante su saludo, y se quedó boquiabierta por la sorpresa.

—Señor Evans, no esperaba encontrarlo aquí.

Matthew miró rápidamente a Philippa antes de volverse hacia Susan, y ella no pudo evitar sentir lástima por él. Toda la tranquilidad y seguridad que poseía desaparecieron al ver a la mujer que amaba. Su rostro enrojeció mientras balbuceaba:

—Yo… yo espero que no sea una decepción.

Susan tenía un corazón noble, y la prueba de ello fue su reacción ante su evidente nerviosismo. Avanzó rápidamente, como si quisiera tranquilizarlo.

—Oh, no. Espero no haberlo hecho pensar tal cosa. Su visita siempre es un placer. Por favor, tome asiento.

Matthew volvió a sentarse y Susan tomó asiento en una de las sillas recién compradas para formar un acogedor círculo de cuatro. Philippa se preguntó qué pensaría el señor Blythefield del *pretendiente* de Susan, pero la expresión del hombre era imposible de leer. Matthew se había mostrado tranquilo antes de que Susan entrara, y el señor Blythefield había parecido impresionado cuando había hablado de su fortuna. Sin embargo, el señor Blythefield había declarado que de ninguna manera estaba dispuesto a entregar a su hermana a un lugar donde su corazón no fuera correspondido, y Philippa sólo podía respetarlo por ello. Qué cosa más rara.

Matthew se quedó callado. Philippa trató de llamar su atención para instarlo a que entablara aquella animada conversación de la que lo conocía capaz, pero tenía la mirada clavada en las manos. No entendía por qué no era capaz de formular dos palabras cuando estaba cerca de Susan, quien era una criatura tan amable. ¿A qué le temía?

Susan respiró hondo y sonrió.

—Creo que no estuvo aquí al principio de la Temporada. ¿Estaba visitando a su familia?

Matthew se sentó erguido y, aunque asintió con un poco de impaciencia, la pregunta de Susan al menos lo hizo hablar.

—Quise visitarla antes, pero me entretuve. Mi padre se encontraba delicado de salud…

—¡Oh! —su rostro mostró preocupación—. Espero oír que se ha recuperado rápidamente.

—Rápida-no —volvió recargarse en la silla y relajó sus manos como si se obligara a ser más natural—. Pero se está recuperando, y eso me produce un gran alivio.

Susan se sirvió una taza de té y la puso sobre la mesa a su lado, luego volvió a dirigir su atención hacia Matthew.

—Me alegro mucho de oírlo. ¿Dónde está la propiedad de su padre?

—Está en los Cotswolds. Cerca de Chedworth.

Philippa estaba disfrutando demasiado de su intercambio como para aportar algo. Matthew estaba haciendo un buen trabajo ahora que Susan lo había tranquilizado.

Susan se llevó la taza a los labios, y parte del té que se había derramado sobre el platillo ahora goteaba sobre su vestido blanco.

—Oh cielos, yo…

Frotó su vestido mientras su hermano y Matthew cogían una servilleta a la vez. Matthew fue el primero y se la dio. Ella sonrió en señal de agradecimiento y, mientras se limpiaba el vestido, dijo:

—No conozco esa zona, pero he oído que es muy bonita.

—Lo es, en efecto. Espero que algún día pueda ir a visitarla.

En el salón se oyó otro golpe en la puerta principal, y la expresión de Susan se iluminó por la expectación, pero era demasiado amable para desviar su atención de Matthew.

—Eso espero. Hay muchos lugares en Inglaterra que me gustaría visitar.

El mayordomo parecía haberse quedado parado en el pasillo, pues no tardó en hacer pasar a los señores Merrick y Thackery. Philippa gimió internamente al ver a este último caballero. La casa de Susan había sido un lugar de refugio, y ahora ese hombre lo estaba invadiendo.

El señor Thackery enarcó una ceja al verla y sus labios se curvaron en una sonrisa de satisfacción. *No tiene por qué sorprenderse tanto de encontrarme aquí*, pensó ella con irritación. Si hubiera indagado un poco en el asunto, habría descubierto que ella iba con frecuencia a casa de Susan.

El señor Merrick cruzó la sala y estrechó la mano de Jack, luego se inclinó ante Philippa y Susan. Había un asiento entre Matthew y Susan, y lo tomó, dándole la espalda a Matthew y reclamando la atención de Susan. El placer de su amiga al verlo era evidente, y

Philippa miró a Matthew para ver cómo se lo tomaba. Si su mandíbula apretada era una señal, sabía exactamente quién era su competencia.

El señor Thackery también saludó al señor Blythefield, y luego se acercó y se inclinó ante Philippa. Ella dio las gracias porque el único asiento que quedaba estaba al otro lado del señor Blythefield, por lo que no estaba obligada a sentarse a su lado y escuchar cualquier insinuación silenciosa que él quisiera hacerle. Ella no se lo pensaría, pero el señor Blythefield era una barrera demasiado eficaz para ello.

—Me sorprende verlo en casa, Blythefield —Thackery se reclinó en su silla y Susan se dio cuenta de sus deberes como anfitriona. Se levantó de un salto y preguntó a los dos caballeros cómo tomaban el té, el cual ella les preparó, e hizo sonar la campana para que trajeran más agua caliente.

—De vez en cuando paso aquí las tardes —frunció el ceño cuando por fin respondió, y la fría reserva que había empleado con Philippa en la ópera volvió a aparecer. ¿Tampoco le agradaba el señor Thackery?— No siempre deseo ir al club antes de asistir al Parlamento.

La mirada del señor Merrick había seguido a Susan mientras se dirigía al gabinete a buscar más hojas de té, pero al oír esto se volvió y se dirigió al señor Blythefield.

—Eso no es lo por lo que yo hubiera apostado. Lo veo más a menudo en el club que a cualquier otra persona, y siempre es en alguna discusión política. Un hombre no puede estar todo el día hablando de política, aunque parece que es lo único que le interesa —sonrió ampliamente—. De hecho, sospecho que sazona todos sus discursos sociales con asuntos políticos.

Los labios del señor Blythefield se curvaron ligeramente.

—Si se fija, hoy no he sido yo quien ha sacado el tema del Parlamento.

Philippa bajó la mirada para ocultar una sonrisa. Si el señor Blythefield no la molestara tanto, en realidad le agradaría. Siempre parecía tener una respuesta para todo.

La expresión jovial del señor Merrick decayó ligeramente.

—Muy cierto.

El señor Thackery llamó a Philippa desde el otro lado del señor Blythefield.

—Señorita Clavering, ¿qué próximo evento de la Sociedad será agraciado con su presencia? Quizá nuestros caminos se crucen.

Philippa no estaba dispuesta a que la encasillaran de esa manera.

—No estoy muy segura —respondió—, hay tantos compromisos interesantes entre los que elegir, y nunca puedo decir de antemano adónde me llevará mi apetencia.

El señor Thackery no se dejó intimidar.

—Salvo que, si no me equivoco, usted no tiene mucha voz para decidir adónde va —el señor Blythefield se había inclinado ligeramente hacia delante, y el señor Thackery se vio obligado a inclinarse también para poder terminar su comentario—. Holbeck me ha dicho que irá donde él decida, ya que se está quedando con él y con su hermana durante la Temporada.

Philippa miró al señor Blythefield, pero su mirada estaba fija en algún punto de la habitación, como si no estuviera siguiendo en absoluto la conversación. Se preguntó si el señor Blythefield había cortado su campo visual a propósito. No le gustaba que el señor Thackery presentara su situación en términos tan pesimistas, especialmente delante del señor Blythefield, aunque no sabía por qué debía importarle lo que pensara de su situación. Hizo una larga pausa antes de contestar.

—Como estoy en casa de mi hermana, es natural que acompañe a María y a Charles a diversos acontecimientos. Pero, como ve, a veces me las arreglo, con su permiso, para asistir sola a las visitas matutinas. Después de todo, estoy aquí sin mi hermana.

El señor Merrick frunció el ceño y echó un vistazo a la habitación como si se diera cuenta por primera vez de la ausencia de un acompañante. Se volvió hacia Susan.

—¿Su madre no se sienta con usted durante las horas de visita?

Había hecho una pregunta delicada. Una de las razones por las que Philippa apreciaba ir a casa de Susan era porque allí la carabina era escasa o inexistente. No soportaba estar bajo el control de nadie cuando eso era lo único a lo que se enfrentaba en casa. Sin embargo, tenía que admitir que en casos como éste, en el que había dos caballeros inoportunos, una chaperona serviría para mantener alejadas las insinuaciones no deseadas.

—Hoy estoy aquí como chaperón —dijo el señor Blythefield—, mi madre tenía otro compromiso

Philippa lo miró con sorpresa. Si no hubiera oído las palabras directamente de sus labios, nunca habría creído que había usado la palabra "chaperón" para referirse a sí mismo.

—El señor Blythefield ha sido muy eficaz en su papel —añadió Philippa con una sonrisa—. Es protector con su hermana —sus miradas se cruzaron y hubo un momento de complicidad entre ellos.

El señor Thackery entrecerró los ojos.

—Pero, ¿quién es *su* chaperón, señorita Clavering?

—Estoy aquí con mi dama de compañía. Mi hermana me permite visitar a Susan, quien es una especial amiga mía, siempre que mi dama de compañía esté conmigo.

—Pero su dama de compañía no está aquí en la habitación —insistió el señor Thackery—, y usted está con varios caballeros.

Philippa utilizó el mismo tono excesivamente cortés al responder.

—Pero una de las hermanas de los caballeros está en la habitación —le lanzó una mirada a Matthew, sin preocuparse de tener que rogarle que se mantuviera discreto, pues era evidente que había estado a solas con el señor Blythefield en la habitación antes de que Matthew entrara. Se preguntó vagamente si no poseía la sensibilidad de una doncella. Siendo una joven soltera, debería haberse escandalizado por estar a solas con un hombre con el que no tenía una relación. Sin embargo, no había sentido la necesidad de protegerse hasta que el señor Thackery entró en la habitación.

El señor Merrick cruzó los brazos y por fin dirigió su mirada hacia Matthew.

—Veo que tiene otras visitas, señorita Blythefield.

Susan se llevó la mano a la boca.

—Perdóneme por ser descuidada, señor Evans. No hice las presentaciones.

El señor Blythefield levantó la mano.

—No, la disculpa me corresponde a mí. señor Evans. Me gustaría presentarle al señor Merrick y al señor Thackery. Nos conocemos del Parlamento. Y el señor Evans, me parece, es un amigo particular de la señorita Clavering.

El señor Thackery dirigió su mirada hacia Philippa.

—¿De verdad? ¿Cómo es que ustedes dos se conocen?

Matthew respondió:

—Su hermano, George, es uno de mis mejores amigos, y conozco a la señorita Clavering desde que era una niña. Tenemos una relación parecida a la de hermano y hermana —a Philippa no le gustó que le recordaran su juventud, pero sólo podía ayudar a su causa y a su reputación que Matthew se presentara con el disfraz de protector.

El señor Thackery pareció aceptarlo y, por un momento de locura, Philippa casi deseó que el señor Evans hubiera mentido y anunciado su intención de casarse con ella, sólo para poder deshacerse del señor Thackery. Le costó contener la risa que amenazaba con estallar ante esa idea. Matthew nunca podría montar semejante farsa y, por supuesto, acabaría corriéndose la voz de que no iban a casarse. No sabía cómo podía librarse del señor Thackery sin dar una señal evidente de que no estaba disponible. Parecía inmune a los engaños.

Su conversación tocó otros temas cordiales, y aunque Matthew había sobrepasado el tiempo habitual para una visita, era evidente que se resistía a dejar el campo libre a los otros dos caballeros. El señor Blythefield no contribuyó mucho a la conversación, de modo que las preguntas y respuestas poco interesantes iban y venían entre el señor Thackery, Philippa, el señor Merrick y Susan, con alguno que otro intento de integrarse a la conversación por parte de Matthew Evans.

El pobre Matthew fue fácilmente superado. Un hombre que no se sentía cómodo con las palabras no podía esperar brillar en el arte de la conversación frente a un político ingenioso como lo era el señor Merrick. Cuando por fin los invitados decidieron marcharse, y Matthew se despidió renuentemente al mismo tiempo que los otros dos, Jack los acompañó a la salida.

Philippa no estaba dispuesta a marcharse hasta tener una idea más clara de lo que pasaba por la mente de Susan. Aunque no podía pensar que se hubiera ganado mucho en favor de Matthew, esperaba que el señor Merrick no hubiera avanzado mucho a su favor.

—¿Qué piensas de esta mañana?

Susan sonrió y miró soñadoramente hacia el techo.

—No hizo ningún comentario sobre el salón, pero creo que sí lo notó. ¿No te parece que el señor Merrick es un caballero de lo más apuesto y atento?

El corazón de Philippa se hundió. Podía ver por sí misma que Matthew no tenía muchas posibilidades, pero aun así le dolía. Él sería el mejor hombre para Susan si tan sólo pudiera hacérselo ver.

—El señor Merrick es muy apuesto y atento, tal como dices —tomó las manos de Susan entre las suyas—. Sólo te pido, como amiga, que no le entregues tu corazón al señor Merrick hasta que le hayas dado una oportunidad al señor Evans. Te prometo que es un caballero muy digno, y se merece al menos eso. Los lazos del matrimonio sólo se rompen con la muerte. Si uno fuera infeliz…

Susan frunció el ceño.

—El señor Evans es amable; le concedo eso. Y hoy he tenido más oportunidad de ver su buen carácter que en las veces que hemos bailado. En esos momentos parecía demasiado nervioso como para siquiera decir algo. Sin embargo… —se mordió el labio y levantó la mirada hacia Philippa—. Debo confesar que mi corazón no está involucrado en lo que concierne al señor Evans. No me inspira amor de la manera en la que el señor Merrick lo hace. Además, la idea de estar unida en matrimonio es un pensamiento *placentero* para mí. Mi querida amiga, tienes una visión tan pesimista del matrimonio. Sólo puedo esperar que encuentres al hombre que te inspire a pensar diferente.

Philippa esperaba lo mismo. Encontrar marido se estaba convirtiendo en un asunto bastante complicado, sobre todo cuando ella deseaba algo más que una mera función de esposa.

Se abrió la puerta y entró el señor Blythefield, con una expresión melancólica. La mirada seria de Susan seguía fija en el rostro de Philippa, y él se detuvo enseguida.

—¿Sobre qué estáis hablando?

—Sobre nada —Philippa se sentó y soltó las manos de Susan.

—Sobre el matrimonio —replicó Susan—, y mi ferviente deseo de que Philippa llegue a estar felizmente casada.

La expresión melancólica del señor Blythefield se convirtió en un ceño fruncido.

—No quisiera entorpecer la intimidad de vuestra conversación. Debería despedirme —hizo una reverencia—. Señorita Clavering, le deseo un buen día.

Se marchó abruptamente y Susan se levantó para recoger las tazas de té y colocarlas en la bandeja.

—No entiendo por qué Jack estaba tan disgustado.

Philippa se encogió de hombros. El señor Blythefield era un hombre incompresible. Al conocerlo, no habría pensado que su humor pudiera cambiar tan fácilmente. Por otra parte, no podía decir que le hubiera causado una impresión particularmente favorable.

12

Era el día más caluroso de la estación hasta el momento, y Jack se animó a enviarle una nota a la señorita Sommers para ver si le gustaría acompañarlo a dar un paseo por Hyde Park. Temía que esto empezara a levantar rumores, pero suponía que tenía que empezar por algún sitio si algún día quería convertirla en su esposa.

El matrimonio en general era un tema demasiado tedioso en el que pensar, a pesar del interés de su hermana y de la señorita Clavering por el asunto. Jack era partidario de un cortejo simple, no uno enrevesado. La cena que había organizado la señorita Sommers dejó una impresión favorable en su mente, tanto por la reunión de notables en la política como por la forma en que la señorita Sommers desapareció a un segundo plano y dejó que los hombres hablaran de sus ideas. Podía imaginarse muchas más veladas como aquella, sobre todo si significaba influir en sus oponentes para que vieran su punto de vista.

Jack estaba a favor de la reforma, así que, de cualquier manera que pudiera guiar a otros hombres hacia ideales similares, sería bueno para el país. Y si su vida familiar podía ser congruente con su misión, tanto mejor. La señorita Sommers era una mujer distinguida y encajaba perfectamente con su idea de esposa.

Si el siguiente pensamiento que le vino a la mente fue el de la sonrisa pícara de la señorita Clavering, fue en contra de su voluntad y lo desechó rápidamente. El señor Merrick había insinuado que ella ya estaba comprometida o que, al menos, pronto iba a estarlo. Cuando se habían visto durante las horas de visita, ella no había demostrado estar bajo el hechizo de Thackery, pero las mujeres no eran conocidas por ser transparentes acerca de sus sentimientos. Además, ¿qué mujer rechazaría una propuesta de un hombre como el señor Thackery, rico, influyente y aclamado en el Mercado Matrimonial como un buen partido? No, sería mejor que Jack la evitara por completo. No quería quedarse sentado y ver cómo la señorita Clavering sucumbía a los halagos y adulaciones del hombre.

Recibió la respuesta positiva de la señorita Sommers e hizo enganchar sus caballos al faetón. A pesar de su decisión de evitarla

por completo, sus pensamientos volvieron a centrarse en su unión con el señor Thackery y a su ausencia de mostrar algún interés visible por el hombre mientras se dirigía a su destino. Tal vez el señor Merrick se había equivocado. Podía muy bien ser que el interés profesado fuera sólo por parte de Thackery. ¡Aun así! Jack guio a los caballos hasta el final de la calle, donde giró cuidadosamente en la esquina. Aquella mujer sería una pésima esposa para un político. Era demasiado franca y no medía sus palabras. Era demasiado joven y no era probable que le aportara una imagen distinguida a algún evento. Desde luego, no le conferiría nada bueno a un hombre como él.

Sin embargo, tuvo que reconocer que había algo en ella que lo atraía. Su corazón respondía ante ella; y si estaban en la misma habitación, se daba cuenta de su presencia por la forma en que su pulso se aceleraba cuando se volvía en esa dirección. *Muy en contra de mi voluntad*, protestó ante aquel órgano traidor. Y como se dirigía a cortejar a otra mujer, esta vez, con firmeza, aparto de su mente todo pensamiento sobre la señorita Clavering.

Jack dejo a su lacayo con los caballos mientras llamaba a la puerta y lo invitaban a entrar. La señorita Sommers no lo hizo esperar mucho y pronto descendió por la escalera con un vestido de día color junquillo y una pelliza blanca.

—¿Cómo está usted, señor Blythefield? Sólo tengo que ponerme la capota y estoy lista —lo hizo rápidamente y se puso los guantes, y antes de que Jack pudiera sentir algo de la impaciencia que su hermana y su madre le inspiraban, estaban en su faetón de camino a Hyde Park.

La tranquila calle en la que vivía pronto dio paso a una concurrida vía pública, y Jack se quedó callado mientras sorteaba el tráfico que venía en ambas direcciones, así como la multitud, que amenazaba con empujar a las personas que vendían sus mercancías al paso de sus caballos. Una anciana que empujaba un carrito con un caldero que probablemente contenía té caliente de hierbas lo dirigió hacia la calle, sin importarle el peligro. Jack inspiró con fuerza y tiró de las riendas, lo bastante fuerte para evitar el peligro, pero con delicadeza para no asustar a sus caballos.

—Es bueno conduciendo —la señorita Sommers había permanecido callada mientras él conducía, cosa que agradecía. Pero decidió elogiarlo ahora, justo cuando se estaba enfrentando a las mayores dificultades de conducir en Londres.

Jack se arriesgó a mirarla y luego volvió a centrar su mirada en el camino.

—Le aseguro que no soy candidato para el Four Horse Club. De hecho, para serle franco, esta carretera está sobrepasando mis límites. No había venido por aquí en un momento en que hubiera tanta gente

o tanto tráfico.

La señorita Sommers se sujetó al lateral del faetón mientras él se veía obligado a girar para esquivar a un perro.

—Así que admite su debilidad. No es algo típico de un hombre influyente. La idea que prevalece entre los hombres, según he descubierto, es que uno debe mostrar fuerza si desea triunfar en el mundo —en ningún momento perdió su tono perfectamente modulado, y él se preguntó si realmente nada la alteraba o si simplemente era muy educada.

Jack no contestó hasta que los hubo conducido con seguridad más allá de la concurrida calle y hacia el carril más ancho que llevaba a Hyde Park. Allí, finalmente permitió que sus hombros se relajaran mientras sus caballos avanzaban a un trote ligero.

—¿Le parece? Por mi parte, creo que la gente está más dispuesta a seguir el ejemplo de un hombre que puede admitir sus debilidades.

—Oh, tal vez el hombre común pueda ser persuadido con tanta facilidad —hizo una pausa como para reflexionar antes de añadir—, pero no los hombres influyentes. Ellos necesitan ver los puntos fuertes de un líder antes de estar dispuestos a seguirlo.

Finalmente, Jack atravesó las puertas de Hyde Park, donde su paso se hizo más lento por la cantidad de carruajes que ya circulaban por Rotten Row. Tomaron su lugar en la fila.

—Debo discrepar con usted, si puedo hacerlo sin ofender —se volvió hacia la señorita Sommers y sonrió, esperando que lo escuchara. No la conocía lo suficiente como para estar seguro—. Creo que los líderes que ocultan sus debilidades tienden a ser objeto de desconfianza tanto por parte de sus pares como del hombre común. Un hombre que pide ayuda es mucho más confiable. De ese modo, puede aprender de la sabiduría de los demás y superar su obstáculo más rápidamente. Por supuesto, ya no estamos hablando de conducir carruajes, pero es una recomendación justa para cualquier desafío.

La señorita Sommers juntó las manos sobre su regazo y él oyó sonido salir de labios cerrados.

Jack se rio.

—Es mejor que lo deje. Está claro que no está de acuerdo ni comparte mi opinión.

—No importa lo que yo piense. Pero me tiene desconcertada, señor Blythefield. Hasta que admitió tener problemas en el camino, no había visto ninguna debilidad en usted. ¿Significa eso que no tiene ninguna, aparte de conducir? —preguntó con un tono suave—. Si usted cree en ser sincero sobre sus defectos, seguramente su fragilidad o humanidad sería fácilmente expresada y visible para todos.

—Sí que tengo debilidades… —frunció el ceño, incapaz de terminar su idea.

Sus pensamientos se dirigieron inmediatamente a su familia. Ellos eran su debilidad. Tener una madre en la que no se podía confiar para comportarse con el decoro que se espera de una mujer mayor y distinguida. O un padre al que no se le podía confiar la herencia familiar y que siempre estaba pensando que estaba a la altura en cuestiones de finanzas. Un hermano mayor que era un inútil, que sólo vivía para vestirse y pavonearse, para ver y ser visto y para desperdiciar su vida en la búsqueda del placer. Al menos, tenía menos de qué acusar a su hermana. De hecho, apenas podía reprocharle nada. ¿Quién podría desarrollar un carácter gentil sin haberlo visto de sus padres?

—Se ha callado, señor —dijo—. ¿Está reflexionando sobre qué debilidad sacar a la luz para consumo público? —se rio, pero él pudo sentir el peso de su mirada mientras lo estudiaba.

Cuando volvió su mirada hacia ella, no pudo leer sus pensamientos. Era como si este desacuerdo hubiera corrido un velo entre ellos y no pudieran entenderse. Necesitaba reconducir la conversación hacia algo más ligero.

—Supongo que si me veo obligado a hablar de mis debilidades, tendré que confesar que no soy un hombre que destaque como anfitrión de fiestas —sacudió la cabeza de manera trágica—. Y ésa sí que es una debilidad para un hombre de política. Sin embargo, tiene remedio —miró hacia la hilera de árboles al otro lado del camino, sabiendo que tal vez estaba dando un paso irrevocable—. Si tomase una esposa experta en esas cosas, la debilidad sería rápidamente eliminada.

Ella volvió a reír, una risa ligera y tintineante, como si la idea la atrajera.

—Entonces tendrá que probar ser anfitrión para que esta debilidad se convierta en fortaleza. Me gustaría ayudarlo en el empeño, si así lo desea. No me propongo ser anfitriona a su lado en calidad oficial, sino simplemente echar una mano para compensar ese déficit que dice tener.

Jack detuvo el faetón cuando las personas del carruaje que los precedía se detuvo a hablar con sus conocidos. Aprovechó la ocasión para echar un vistazo alrededor del parque, pero habían demasiadas caras como para distinguir a alguien conocido. ¿Deseaba organizar una fiesta con la señorita Sommers, aunque fuera de manera no oficial? No estaba seguro. Pero había abordado el tema con ella y necesitaba llevarlo a cabo. En cualquier caso, aún no había encontrado una solución para la cena que el señor Whitmore le había aconsejado organizar.

—Acepto la oferta, señorita Sommers. Después de todo, acabamos de remodelar el salón principal y hemos empezado con el comedor, la

cual es una tarea mucho más fácil, ya que la pintura bastante nueva. Quizá haya llegado el momento de pulir la platería y probar organizar una cena en mi propia casa. Una cena política, por supuesto.

—Maravilloso —abrió su sombrilla y le sonrió ampliamente—. Si sigue mi consejo, creará una lista de invitados tan distinguida que ningún hombre influyente querrá perdérsela y sus esposas también desearán asistir —saludó a una de las patronas del Almack antes de volverse hacia él—. Debo decir que si tu forma de superar una debilidad es organizar una fiesta de esa dimensión, me pregunto si siquiera existe alguna debilidad.

Jack esbozó una débil sonrisa.

—No intentaré convencerla. Pero está decidido. Organizaré una cena con su ayuda.

Jack pensó en lo que implicaría una fiesta así. La lista de invitados sería fácil de organizar, ya que sabía quién tenía que asistir. Organizaría una fiesta que reuniera a los más moderados tanto de los Whigs como de los conservadores y conseguiría el voto que deseaba. Los otros detalles, como la comida y las invitaciones, eran más difíciles.

Como si la señorita Sommers le hubiera leído el pensamiento, dijo:

—Puedo recomendarle una tienda para encargar las invitaciones. También querrá que envíen flores junto con estas.

Habían llegado a un tramo más amplio de la carretera que estaba menos concurrido, y Jack giró la cabeza para ver quién estaba al otro lado. Una calesa abierta estaba aparcada bajo la sombra de un árbol, y reconoció a su hermana y al señor Merrick en los asientos delanteros, así que esperó a que pasara un carruaje antes de girar su faetón para acercarse a ellos.

—Esas son ideas de mucha ayuda. ¿Le importaría si saludamos a mi hermana? No sabía que estaría hoy en el parque.

Cuando llegaron junto al carruaje, percibió quién estaba sentado frente a su hermana: los voluminosos rizos dorados de la señorita Clavering, y a su lado, el señor Thackery. Jack frunció el ceño. Tenía todas las respuestas que necesitaba viéndolos juntos de este modo.

—Buenas tardes —a su saludo le faltó algo del entusiasmo que había sentido al darse cuenta de que era la señorita Clavering.

Como el carruaje del señor Thackery estaba orientado en sentido contrario, el asiento de Jack como conductor estaba más cerca de la señorita Clavering. Quería ignorarla, pero algo en sus ojos lo atrajo. Empezaba a ver matices en su expresión y se preguntó si ella y el señor Thackery habían peleado. Luego miró a su hermana, quien tampoco parecía contenta, aunque estaba sentada junto al señor Merrick. ¿Acaso el hombre le había dado falsas esperanzas sólo para destruirlas, a pesar de que le había asegurado lo contrario? Era una

situación curiosa, ya que ninguno de ellos parecía particularmente feliz de estar allí.

—Señorita Sommers —el señor Thackery la llamó desde el otro lado de Jack y la señorita Clavering—. Veo que está aprovechando este hermoso clima. Qué inteligente por parte del señor Blythefield al invitarla a pasear. Justamente le estaba preguntando al señor Merrick si usted tenía pensado organizar más cenas. Lamenté haberme perdido la última. Uno puede estar seguro del éxito de sus fiestas.

La señorita Sommers sonrió tímidamente hacia sus manos por un momento antes de levantar la mirada.

—Señor Thackery, es usted muy amable. De hecho, estaba comentando con el señor Blythefield la idea de organizar una cena en su casa.

Los ojos de la señorita Clavering se posaron en Jack, y él vio sorpresa en su expresión al levantar las cejas. Susan se quedó con la boca abierta.

La señorita Sommers rectificó rápidamente lo que había dicho.

—No quise decir que yo sería la anfitriona de la fiesta *junto con* el señor Blythefield. Sólo quise decir que la próxima cena política será probablemente en la residencia de los Blythefield y no en mi casa.

—Espléndido. Acabamos de remodelar las habitaciones —el rostro de Susan se iluminó de placer ante la idea y juntó sus manos suavemente—. Por fin *somos* anfitriones de algo.

A Jack no le agradó que la señorita Sommers hubiera anunciado su cena cuando aún estaba pensando en cómo hacer que su familia saliera de casa. También había tenido reservas acerca de invitar al señor Thackery, quien no era probable que contribuyera con sus objetivos… aunque tal vez no pudiera evitarlo ahora.

El señor Merrick se inclinó sobre Susan para hablar con Jack.

—Creo que su cena será muy acertada —con una mirada hacia Susan, añadió—, y espero que las mujeres también estén invitadas.

Jack abrió la boca para hablar, pero la señorita Sommers hizo el trabajo por él.

—Por supuesto. Cualquier fiesta exitosa debe contar con la presencia de mujeres.

Jack estudió a la señorita Clavering, quien había permanecido en silencio. Esto no era propio de ella por lo poco que la conocía.

—Señorita Clavering, cuando organice el evento, espero que usted también nos acompañe.

Antes de que pudiera responder, el señor Thackery dijo:

—Por supuesto. La llevaré yo mismo, señorita Clavering. Estoy seguro de que su cuñado estará de acuerdo.

La señorita Clavering le dirigió una sonrisa tensa.

—Es usted muy amable, señor Blythefield. No creo que tenga nada

que añadir en una discusión política —una leve protesta brotó de los labios del señor Thackery y del señor Merrick, y una más fuerte provino de su hermana. Se encontró con la mirada de Jack—. No veo que sea necesaria una invitación, pero se lo agradezco.

Jack no entendía por qué no querría asistir, pero no suplicaría. Si no estaba dispuesta, después de todo el esfuerzo que había dedicado a remodelar el salón, no iba a intentar obligarla.

—No insistiré —dijo—. Caballeros, señorita Clavering, si nos disculpan, debemos seguir nuestro camino. No me gustaría que la señorita Sommers llegara a casa demasiado tarde. Susan, te veré en casa.

Se marcharon y la señorita Sommers dijo:

—Supongo que su madre será la anfitriona de la fiesta.

Jack no estaba preparado para empezar a pensar en ese problemático asunto.

—No estoy seguro. Tendré que verlo.

—Ha mencionado antes que su madre suele estar enferma u ocupada. Si es así, siempre está su hermana para hacer de anfitriona en su cena. Aunque es joven, haré todo lo que pueda para ayudarla.

—Gracias —dijo—, tendré que hablarlo con ella.

Respondió distraído a los preparativos que la señorita Sommers había comenzado a hacer. Sin embargo, a medida que se acercaban a su casa, empezó a escuchar con más atención y a añadir sus comentarios. Después de todo, la señorita Sommers había tenido la amabilidad de ayudarlo. Y sería la primera cena en su casa.

Simplemente tendría que asegurarse de que nadie de su familia hiciera acto de presencia.

13

El sonido de las botas de María resonó en el suelo de madera afuera de la biblioteca, y Philippa sostuvo su libro delante de su nariz y se sentó erguida. Si alguien le preguntaba de qué trataba el libro, de ninguna manera podría responder.

—Aquí estás. Son casi las siete, Philippa. Debes vestirte para el baile de los Ridley de esta noche, porque saldremos puntualmente a las ocho y media.

Philippa bajó el libro, con la mirada aún fija en la página que tenía delante. Dejó pasar un par de segundos antes de levantar la mirada y encontrarse con la de María. Esbozó una vaga sonrisa.

—Oh, María, ya estás en casa. ¿Ya son las siete? Supongo que debo ir a cambiarme.

—Hazlo. Y ponte tu vestido azul. El señor Thackery ha dicho que le gusta el color azul, y el tono pálido de ese vestido es justo el tipo de color modesto que un hombre como el señor Thackery apreciaría —cuando Philippa permitió que su mirada se centrara en la ventana que tenía delante en lugar de responder, María no pudo contenerse—. Ve. He ordenado a Fernsby que te prepare el vestido y el juego de joyas aguamarina, que no es demasiado llamativo.

—Muy bien —se levantó—. ¿No puedo llevar el conjunto de oro con diamantes en su lugar? No son tan grandes como para resultar vulgares.

María apretó los dientes y negó rotundamente con la cabeza.

—No. Las aguamarinas irán muy bien con ese vestido. Date prisa.

Philippa aceleró el paso, aunque su corazón pesaba más de lo que alguna vez había recordado. ¿Era éste su futuro? ¿Cambiar la casa de María por la del señor Thackery con sólo unos cuantos bailes y fiestas insípidas de por medio? ¿Por qué sus hermanos no le decían a María que desistiera de sus planes matrimoniales?

Supongo que lo harían si les hubieras dicho lo desagradables que se han vuelto las sugerencias de María y Charles. Eso es lo que obtuvo por intentar demostrarle a todo el mundo que podía arreglárselas sola. En teoría, podía. Pero, ¿a dónde se suponía que debía huir una mujer soltera cuando se sentía insatisfecha con su entorno familiar? No todo

el mundo era apto para ser institutriz.

En la puerta, Philippa se volvió.

—No tengo ninguna intención de casarme con el señor Thackery, por muchas invitaciones que aceptes en mi nombre y por muchas veces que me lo pongas en mi camino.

María había estado leyendo los detalles de la invitación y levantó la vista al oír esto, con una expresión de sorpresa.

—Las jóvenes no pueden decidir con quién se casan. Yo, desde luego, no lo hice.

—Pero querías casarte con Charles —protestó—, tú me lo dijiste.

—Resulta que poseo sentido común. Sabía qué consecuencias me traería un matrimonio con Charles —se dirigió hacia la puerta de la biblioteca y le instó que saliera al pasillo—. Y si tuvieras sentido común, sabrías lo mismo del señor Thackery. Se habla de él como futuro Primer Ministro. *¡Imagínatelo!*

—Sí, pero tendría que vivir con él cada minuto que no esté deleitándose con su gloriosa carrera. Además, no hay ninguna garantía de que llegue a ocupar ese puesto —respondió molesta—. Puede que antes de eso un caballo lo patee en la cabeza.

—No digas tonterías —la reprendió—. Ahora, vete.

Fernsby había colocado el vestido azul sobre su cama y la miró vacilante, pues la experiencia le había hecho saber de qué humor estaría Philippa cuando María decidía presionarla. Philippa miró el vestido azul, el cual adoraba, con desagrado. No quería ponerse nada que pudiera tentar aún más al señor Thackery.

—Fernsby, pásame la jarra de agua y un vaso. Tengo sed.

Así lo hizo, y Philippa se colocó delante del vestido y vertió el agua de la jarra en su vaso, derramando el exceso por toda la parte delantera del vestido. También agitó la mano que sostenía el vaso, empapando aún más el vestido. Fernsby jadeó y se cubrió la cara con las manos.

—Qué descuidada he sido. Es una pena que no pueda ponerme mi vestido azul esta noche. Puedes llevarlo a secar y preparar mi vestido dorado —pensó por un momento y añadió—. Y el collar de aguamarinas.

—¡Pero, señorita! Ese juego no va con el dorado —se detuvo mientras cogía el vestido húmedo en su mano.

—Eso no importa. Debes darte prisa, porque María se pondrá histérica si la hacemos esperar.

Fernsby mantuvo la mirada baja mientras realizaba estas tareas, pero sus labios temblaban por nerviosismo y diversión.

Cuando estuvo lista para el baile, se reunió con María y Charles en el salón principal justo en el último momento. Charles estaba mirando su reloj de bolsillo y María lanzó un grito de consternación.

—Philippa, ¿qué demonios? ¿Dónde está tu vestido azul? —María miró a Charles, quien había metido el reloj de bolsillo en su chaleco y había cogido su abrigo.

—María, fue una desgracia —caminó hacia ellos y se puso los guantes—. ¡Estoy destrozada porque sé lo bien que me sienta ese vestido! Pero tenía un vaso de agua en la mano y lo solté sin querer, algo muy torpe de mi parte, y ahora el vestido está empapado y no se secará a tiempo. Pero me puse las aguamarinas como me dijiste.

María se molestó.

—No puedes llevar un collar de aguamarinas con un vestido de ese color. Sube corriendo y dile a Fernsby que te ponga la cadena de oro con los diamantes, lo siento, Charles. De verdad que lo siento. Pero no puede ir así. Date prisa, Philippa.

Se apresuró a subir las escaleras y pudo cambiarse en cuestión de minutos, puesto que Fernsby ya había pulido el collar y se lo tendió en cuanto la vio para que se lo pusiera.

Su dama de compañía merecía un aumento de sueldo.

ESTE EL evento más grande desde el baile del Yardmouth, y Philippa había hecho prometer a Matthew Evans que estaría allí. Le había recordado que no podía conquistar el corazón de una dama si no estaba presente para intentarlo. Y exceptuando la única visita matutina que había realizado sin la presencia de Philippa, en la que también estuvo presente el señor Merrick, prácticamente se había dado por derrotado.

“No debes rendirte tan fácilmente,” le había instado cuando él la visitó “El corazón de Susan puede estar cautivado por el señor Merrick, y comprendo tus dudas al respecto. Pero no estoy nada convencida de que el señor Merrick sea el mejor para ella. De hecho, me temo que está interesado en ella por meras apariencias, y que tiene algo que ganar en el terreno político uniéndose a ella.”

Matthew había fruncido el ceño y le había puesto la mano en el brazo para evitar que avanzara hacia la puerta.

—¿Crees que el señor Merrick está interesado en una alianza con el señor Blythefield y que podría llevarla a cabo casándose con la señorita Blythefield?

—Estoy más que segura de ello —había intentado poner palabras a por qué pensaba así—. Es sólo un instinto que tengo. No veo ni una pizca de sinceridad en el señor Merrick; y créeme, si pensara que es perfectamente adecuado para ella y que la trataría bien, te aconsejaría que te rindieras y buscaras en otra parte. Es sólo que no puedo creer que tenga intenciones tan inocentes. Ni siquiera puedo decir por qué.

Simplemente está en las cosas que dice. O quizás sus atenciones dejan mucho que desear.

—Y eso es lo opuesto a lo que yo haría —había respondido cabizbajo. Al final, sin embargo, había accedido a ir.

Cuando llegaron a casa de los Ridley, se separó rápidamente de María y Charles y registró la habitación hasta que encontró a George de pie junto a Whitmore, Amos y Matthew. Dio un fuerte tirón del abrigo de su hermano.

—¿Dónde has estado? Permíteme recordarte, querido hermano, que prometiste salvarme de las maquinaciones de María, y no te he visto cerca de la casa desde la noche de la ópera.

Una expresión de disgusto se dibujó el rostro de George.

—Ya lo sé. He estado cuidando de Duck. Ha tenido una fea caída y se ha roto una pierna.

—Oh, no, ¿es eso cierto? —miró a los amigos de su hermano—. ¿Así que estáis todos obligados a mantener ocupado a Duck mientras convalece?

—Él no —Amos señaló con el dedo a Whitmore—, su padre lo ha mantenido demasiado ocupado en el Parlamento como para que sea de mucha utilidad.

—Hemos oído hablar de tu habilidad para el ajedrez, Whitmore. Pero, ¿de qué sirve ser un formidable oponente si nunca estás cerca para jugar? —bromeó George—. Duck sólo nos tiene a Amos y a mí.

El señor Whitmore dio un sorbo a su vino y miró hacia el otro lado de la habitación.

—Simplemente estoy jugando a otro tipo de ajedrez. Y ahí va mi torre.

Philippa siguió su mirada.

—¿El señor Blythefield? —Matthew también se volvió para mirar.

—El mismo. Mi padre y sus allegados lo tienen en mente para ser el próximo Líder de la Oposición. No creen que Tierney dure mucho. He de ayudarlo a conseguir la abolición de las Leyes del Maíz, pues mi padre no está seguro de que sea elegido sin esa victoria.

—No sigo la política de cerca, e incluso yo sé que Tierney no es un favorito en su partido —dijo George—. ¿Y Blythefield? Es terriblemente joven. No puede ser mucho mayor que nosotros.

—Veintinueve —Whitmore se encogió de hombros—, pero, ¿qué tiene eso que ver? Pitt sólo tenía veinticuatro años cuando se convirtió en Primer Ministro.

—Parece que el señor Blythefield tiene un brillante futuro por delante… —Philippa comenzó y bajó la voz cuando los hombres se volvieron para mirarla. Había mostrado demasiado interés. Al parecer, el señor Blythefield no había estado alardeando sin fundamento.

—No quiero decir que sea algo seguro, porque hay muchos

compitiendo por el puesto. Hablando de hombres jóvenes que están ganando prestigio —Whitmore miró a Philippa—también se habla del señor Thackery como posible Primer Ministro. Aunque ese día no llegará tan pronto. Puede que Thackery no ofrezca un discurso tan apasionado como el del señor Blythefield, pero su capacidad para trabajar fuera del ojo público y reunir los votos necesarios es impresionante. El papel de parlamentario fue hecho para él.

—Eso no me sorprende en absoluto —respondió Philippa—, el señor Thackery es ciertamente obstinado hasta el punto de ser testarudo cuando se trata de ir tras lo que quiere. Los Comunes harían mejor en seguir la dirección de un hombre como el señor Blythefield.

Amos, ajeno en absoluto a política, había dado la impresión de estar desinteresado al dejar vagar su mirada alrededor del salón de baile, pero se volvió para mirar a Philippa.

—Señorita Clavering, no ignoramos sus sentimientos hacia el señor Thackery. ¿Por qué pasa tanto tiempo en su compañía?

Philippa miró a George, quien había desviado su atención a otra parte pero ahora la devolvía a la conversación. Esperó hasta que Philippa contestó.

—Bueno, George. ¿Debo exponerte por tu falta de caballerosidad? —sonrió hacia sus amigos—. Al parecer, George estaba demasiado ocupado el año pasado como para ocuparse de los asuntos de su hermana menor cuando el señor Thackery declaró un inoportuno interés por mí. Mi cuñado no consideró oportuno rechazarlo, porque quiere que el señor Thackery obtenga votos a su favor en los asuntos que le conciernen. Y ahora, a pesar de mis obvios desaires, el señor Thackery no capta la indirecta. Parece que no tengo la fortuna de poseer hermanos mayores que se preocupen lo suficiente por mis lastimosos gritos de ayuda como para ahuyentar a los pretendientes no deseados.

George levantó las manos a modo de defensa.

—Philippa, sabes que no estaba al tanto de la situación el año pasado, pues nunca me hablaste de ella. Ni siquiera lo mencionaste cuando nos vimos durante el verano…

—Y puesto que no deseo una riña familiar en un baile público —lo interrumpió—, permitidme simplemente concluir diciendo que el tema *sí* surgió, pero mi hermano estaba distraído y ocupado en otras cosas.

George negó con la cabeza, pero le concedió la razón con una pequeña reverencia.

—Por favor, acepta mis disculpas, Philippa —hizo una pausa, desviando su atención—. Caballeros, la señorita Ridley se dirige lentamente hacia este lado del salón. Yo diría que es un momento ideal para dirigirse a la sala de cartas, ¿no os parece? No te importa, ¿verdad, Philippa?

Ella puso los ojos en blanco. No podía esperar una conversión milagrosa de preocupación fraternal de la noche a la mañana.

—Me reuniré con vosotros en un minuto —la mirada de Matthew se había desviado de sus amigos y se había centrado en un punto a la derecha de Philippa, justo donde estaban los Blythefield.

Durante toda la conversación, Philippa había sido consciente de la presencia del señor Blythefield, aunque intentó no mirar en esa dirección. Por eso, su corazón dio un extraño vuelco cuando, desde su visión lateral, percibió que el señor Blythefield se movía en su dirección. Una rápida mirada bastó para recordarle lo apuesto que era, y sus rasgos sólo se veían realzados por su abrigo negro y su pañuelo blanco almidonado. La ausencia de vello facial revelaba un mentón marcado y unos labios firmes.

Susan estaba al lado de su hermano.

—Convencí a Jack para que me trajera a verte. ¿No es un baile encantador? Qué gran idea tener sólo flores blancas de todos los tamaños como decoración. Predigo que será la próxima moda.

El rostro de Matthew se había iluminado de placer cuando Susan se les unió, y cuando ella le dedicó una sonrisa, aunque pareciera benévola, lució satisfecho. Hizo una reverencia y, de la manera más natural, apartó a Susan para conversar preguntándole qué les parecían a sus invitados los cambios en el salón principal. *Bien hecho, Matthew*, pensó Philippa. Seguían discutiéndolo mientras él se la llevaba, presumiblemente a bailar.

Mientras tanto, Philippa experimentaba una curiosa emoción que no podía explicar del todo y que no recordaba haber sentido antes. Una punzada de decepción la invadió al ver que no había sido el propio deseo del señor Blythefield lo que lo había llevado hasta ella. Dejó de lado el pesar y lo saludó con toda naturalidad.

—Luce usted muy elegante, señor Blythefield —hizo una reverencia juguetona a modo de saludo tardío.

—Debo decir lo mismo de usted —hizo una larga reverencia y, cuando levantó la cabeza, sus ojos se posaron en ella durante un largo e inquietante instante—. Le sienta muy bien este vestido. Combina a la perfección con sus rizos dorados.

Philippa creyó detectar un rubor en su rostro, como si no hubiera querido decir eso. Un rubor de complacencia recorrió sus mejillas y respiró hondo para aclarar su mente.

—Me han dicho que ayer dio un discurso impresionante.

—Quiere decir, por supuesto, un discurso impresionante para un *Whig* —la miró con escepticismo mientras enarcaba una ceja.

—Incluso los whigs son capaces de dar buenos discursos —dijo, mordiéndose las mejillas para no sonreír.—, lo reconozco.

El señor Blythefield dio paso hacia adelante, acercándose más para

que sus rostros quedaran a escasos centímetros, lo que le quitó las ganas de sonreír… y la capacidad de respirar al mismo tiempo.

—Vamos, señor Clavering. Usted y yo sabemos que simpatiza con la idea de la reforma. Dejemos a un lado esta farsa de apoyar a los conservadores.

Ante su burla, la sonrisa volvió su rostro antes de que pudiera evitarlo.

—¿Y quién le ha contado mentiras tan escandalosas sobre mí?

—Alguien lo insinuó, y tu hermano, Sir Lucius, lo confirmó ayer en la reunión de nuestro comité. Me informó que no sólo él comparte mis opiniones, sino que usted también.

Una carcajada sorprendió a Philippa.

—Lucius me ha traicionado. Pero tiene razón. Simpatizo con los whigs. Sólo mi cuñado es conservador. Pero, por supuesto, todo eso no importa, ya que las mujeres no tienen voz ni lugar en la política.

—¿De verdad lo cree? La señorita Sommers cree que las mujeres sí tienen un lugar en la política, y es el papel de anfitriona. Le interesa organizar eventos que reúnan a hombres y mujeres para debatir ideas más adecuadas para un ambiente informal, y con una buena botella de vino.

Philippa no sintió el impulso de sonreír al oír el nombre de la señorita Sommers. La había visto en el baile y la había identificado como la mujer que el señor Blythefield paseaba en su carruaje en Hyde Park. La señorita Sommers era morena mientras que Philippa era rubia, alta mientras que ella era pequeña, y le llevaba unos cinco años, lo que le daba un carácter sofisticado que Philippa no poseía pero que deseaba ansiosamente. Hizo una pausa antes de responder.

—La señorita Sommers tiene toda la razón. Sin embargo, no podemos ver los debates en el Parlamento, ni podemos sentarnos. No podemos debatirnos entre nosotras. Apenas podemos educarnos a nosotras mismas y debemos confiar en la generosidad de nuestros compañeros, o en su negligencia, como en el caso de mi cuñado, que deja sus periódicos tirados por ahí para que yo pueda informarme de las últimas noticias. No es de extrañar que las opiniones de las mujeres se tengan tan poco en cuenta si no tenemos acceso a la misma educación que los hombres para formular nuestras ideas.

—Estoy de acuerdo en que es una dificultad para las mujeres no tener acceso a la misma educación, pero no es insuperable —cruzó la sala con la mirada. *¿Buscaba a la señorita Sommers?*—. Hasta que el mundo esté preparado para ponerse a la altura de vuestras ideas, siempre hay hermanos y maridos con libros a su disposición para compartir.

—Hermanos con libros, estoy de acuerdo con usted, *si* es que son de los que leen. ¿Pero maridos? No creo que los maridos hagan el

trabajo de educar a sus esposas —dejó que su mirada recorriera la multitud. Al otro lado de la sala, el señor Thackery levantó su copa e inclinó la cabeza en su dirección con una sonrisa lobuna. Ella apretó los dientes—. Parece más bien que buscan callarlas con el pretexto de protegerlas.

—Lamento que piense así —hizo una pausa lo bastante larga como para que ella se volviera a mirarlo—. No debe tener ningún modelo que le demuestre lo contrario, pero le aseguro que no todos los hombres piensan igual.

Quizá era adentrarse en un terreno peligrosamente íntimo, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Usted piensa igual, señor Blythefield?

Estaba más cerca de ella de lo que lo había estado nunca y le sostuvo la mirada, haciendo una pausa hasta que ella contuvo la respiración en espera de su respuesta.

—Si tuviera una esposa, tendría acceso a todos los periódicos y libros de mi casa que pudieran interesarle. Y yo hablaría con ella de cualquier tema que deseara. Le brindaría mi protección de una manera diferente, más galante, y no ocultándole ningún conocimiento que ella pudiera desear obtener.

Philippa se sintió mareada. ¿Podía existir un hombre así? No podía apartar la mirada de él, y algo se produjo entre ellos. Una confianza. Un vínculo común. Una atracción tan repentinamente fuerte que podía sentirse. Dos mujeres que pasaban por allí los miraron y se inclinaron para susurrar detrás de sus abanicos, y el señor Blythefield dio un paso atrás.

Una de las mujeres se detuvo y se apartó de la otra, llevándose una mano a los labios.

—Señorita Clavering. No nos hemos visto esta Temporada y me preguntaba si tal vez ya había dejado Londres —miró al señor Blythefield y luego volvió a mirar a Philippa—. Todavía soltera, ¿verdad? Habría pensado que habría convencido a algún caballero para que se comprometiera el año pasado. Pero… ¿quién es su amigo?

14

Jack oyó a la señorita Clavering respirar lentamente para tranquilizarse.

—Señor Blythefield, le presento a Lady Harrowden —su expresión había cambiado. Parecía que era una mujer la cual no le agradaba. Y por alguna razón desconocida, tuvo la corazonada de que a él tampoco le agradaría—. Está casada con un conde cuyas propiedades lindan con el pabellón de caza de mi hermano. Lady Harrowden, el señor Blythefield —le ofreció a la acompañante de Lady Harrowden una cortés sonrisa.

—¡Señor Blythefield! Qué divina coincidencia. No habría pensado que fuera usted tan joven —la forma en que lo saludó con evidente admiración pareció albergar un tácito pesar por el hecho de que estuviera casada y no pudiera cortejarlo por sí misma. Él agradeció al cielo que lo estuviera—. Lord Harrowden ha estado ansioso por conocerlo, porque ha conseguido un lugar en el Parlamento y tiene ideas sobre algún proyecto de ley. He olvidado los detalles, pero debo presentarlo sin demora —su mirada escrutadora alrededor de la sala mostró su intención de hacerlo al instante.

A Jack le había gustado bastante la conversación que había mantenido con la señorita Clavering antes de que los interrumpieran. Le había revelado una faceta suya de la que no era del todo consciente: que deseaba una esposa culta con la que pudiera conversar y no simplemente una mujer tranquila que mantuviera el orden en el hogar. Sin embargo, su segunda revelación lo inquietó. Tal vez ansiaba el tipo de conversación que podía mantener con una mujer como la señorita Clavering, quien lo desafiaba y emocionaba.

Volvió a centrarse en su alrededor.

—Lady Harrowden, veo que en estos momentos se encuentra con un acompañante, pero estaré encantado de reunirme con su marido en otro momento de la velada. O, si lo desea, estaré en el Parlamento el lunes, y es bienvenido a buscarme allí —hizo una reverencia, esperando que fuera suficiente para que ella se marchara, pero había sobrestimado el nivel de sensibilidad de Lady Harrowden.

—Oh cielos, no. No te importa ir a la mesa de refrigerios sin mí,

¿verdad, Mary? Iré de inmediato a buscar a Harrowden. No querrá perderse la oportunidad de conocerlo, señor Blythefield.

Lady Harrowden se alejó para cumplir su misión y Jack se encontró de nuevo con la mirada de la señorita Clavering, quien esbozó una débil sonrisa.

—No le tengo demasiado cariño a Lady Harrowden.

—Pude notarlo —dijo—. ¿Qué es lo que le ha hecho?

—¿A mí? Nada. No podría haberme hecho daño de ninguna manera. Pero la esposa de Lucius, Selena, mi querida cuñada, era su institutriz, y le hizo la vida imposible en el poco tiempo que Selena tuvo que vivir con ella —exhaló y miró en la dirección en que se había ido Lady Harrowden—. Creo que no me quedaré. Por mucho que me asombre que Lord Harrowden se interese por la política, y siento curiosidad de saber por qué, tampoco le tengo demasiado cariño.

Hizo una reverencia y Jack sólo tuvo tiempo de inclinarse antes de que se marchara. Era la mujer más independiente que conocía. No tenía miedo de caminar sola en un baile, mientras que su hermana no podía dar tres pasos sin ir del brazo de alguien. Al parecer, también tenía opiniones firmes y deseaba recibir más educación acerca de asuntos políticos. Por mucho que hubiera dicho la verdad sobre su deseo de que su esposa recibiera educación en cualquier área que le interesara, no deseaba una esposa cuyas fuertes opiniones pudieran llevarla a interesarse indebidamente por un proyecto fuera del hogar. A pesar de que la señorita Clavering le resultaba sorprendentemente agradable, temía que hiciera precisamente eso.

Jack le había jurado a su hermano que lo único que deseaba era una esposa tranquila, que no le causara problemas. La señorita Sommers era inteligente y organizaba fiestas exitosas, pero tenía la habilidad de desvanecerse en un segundo plano una vez que había desempeñado sus funciones de anfitriona. Nunca se esforzaba más que para procurar la comodidad de un hombre, pero no le convenía olvidar que ella poseía en cierta medida esas cualidades tan deseables.

El señor Evans llevó a Susan de nuevo al lado de Jack y se inclinó sobre su mano.

—Señorita Blythefield, gracias por concederme el honor de bailar conmigo.

Las palabras no habían salido de sus labios cuando el señor Merrick apareció al lado de Susan con una atractiva sonrisa que hizo callar al señor Evans.

—Creo que este próximo baile me fue prometido, señorita Blythefield.

—Sí, eso creo, señor Merrick —sus mejillas se sonrosaron ante su atención, y se alejó mientras lo cogía del brazo. El señor Evans los siguió con la mirada, con evidente anhelo en su rostro.

El señor Evans inspiró y se volvió hacia Jack.

—He oído que el Parlamento va a proponer un proyecto de ley para regular la caza de ballenas austral. ¿Tiene algún interés en ello?

El señor Evans era un hombre modesto, pero directo, Jack lo reconocía. Infundía respeto a su manera.

—Estoy al tanto del proyecto de ley, pero no sé nada de su contenido. Aún no lo he revisado. ¿Cuál es *su* interés, si se puede saber?

—Sólo que su hermana me ha hablado del interés de su padre en varias inversiones. Se está difundiendo que invertir en la flota es una apuesta sólida, pero a mí me parece más bien una especulación —aceptó un trago de uno de los criados que pasaban por allí—. Señor Blythefield, no quisiera presumir por ningún motivo, pero si alguien me preguntara, le aconsejaría que no lo hiciera. Ya ha habido un aumento de barcos balleneros desde el tratado de paz, y no creo que pase mucho tiempo antes de que el mercado esté saturado.

—Gracias. Eso es muy interesante —estudió al señor Evans, preguntándose cuánto podía revelar—. ¿Mi hermana le habló de las inversiones de mi padre?

Negó suavemente con la cabeza.

—Quiero asegurarle que ella no reveló nada indiscreto. Sólo que yo la incité a hablar de sí misma, y su afecto por su familia la impulsó a hablar del tema, sobre todo porque sabía que las inversiones son también de mi interés. Pero no soy quién para revelar los asuntos de otra familia.

A hombre comenzaba a agradarle.

—Mi padre me ha hablado de la caza de ballenas. Con las lámparas de aceite que se están instalando en Bristol, pensé que no estaría de más invertir en semejante empresa, aunque no he alentado ni desalentado a mi padre al respecto. No sé lo suficiente. Nantucket tiene la parte más pequeña del mercado, según he oído. Pensé que tal vez Inglaterra estaría ganando la suya.

El señor Evans descartó eso negando rotundamente con la cabeza.

—Aunque Nantucket nunca será lo que fue, las compañías balleneras se están expandiendo ahora en Australia. Aunque consiguiéramos iluminar todas las calles de Londres con lámparas de aceite, creo que aún tendríamos más de lo que necesitamos —siguió los movimientos de Susan por la habitación—. Aunque el corazón de su hermana le perteneciera a otro, me alegraría poder ser útil para su familia. Hay otras inversiones que resultarán más seguras, y si me confía la tarea, investigaré un poco y volveré con recomendaciones.

—Se lo agradecería —sintiéndose conmovido, estrechó la mano del admirador de Susan antes de que este se excusara para hablar con un amigo.

El salón había empezado a llenarse y a entrar en calor, y Jack recordó por qué no le gustaban demasiado los bailes. Era mejor estar en la cámara del Parlamento… o en la comodidad de su propia casa, sobre todo ahora que se había vuelto tan acogedora. Miró a través de la sala y encontró fácilmente el vestido de seda dorada de la señorita Clavering, quien había estado pasando de un compañero de baile a otro desde la última vez que la había mirado. Su sonrisa era brillante, y parecía no tener ningún interés en nada más que lo que su compañero actual estaba diciendo. Era una escena bastante desagradable.

Pensó que aún no había bailado con la señorita Clavering, un error que debía corregirse. Por otra parte, la última vez que se lo había preguntado, ella lo había dirigido hacia otra mujer, cuyo nombre había olvidado enseguida. La maniobra no era algo para lo que hubiera estado preparado, y desde luego no viniendo de una chica tan atractiva.

No podía apartar la mirada de ella mientras giraba en los brazos de su compañero. Se preguntó si aún se opondría a bailar con él. Le parecía que habían progresado bastante en cuanto a entenderse el uno al otro.

—Buenas noches, señor Blythefield.

Jack se volvió al oír la melodiosa voz. La señorita Sommers estaba a su lado, su pelo negro recogido hacia atrás y portando un vestido azul oscuro que complementaba sus delicados rasgos y sus ojos azul pálido.

Él hizo una reverencia.

—Buenas noches, señorita Sommers. ¿Está teniendo una agradable velada?

Ella sujetaba su abanico entre sus manos.

—En efecto. He bailado, he disfrutado de los refrigerios y he tenido varias conversaciones placenteras. Todo lo que debe ofrecer una velada —dejó de mirar a las parejas danzantes para mirarlo a él.

—Todo lo que suelen ser las suyas —respondió con una sonrisa. Lady Harrowden no había regresado con su marido y Jack no tenía ninguna obligación de esperarla—. ¿Está demasiado fatigada para volver a bailar?

—¿Con usted? En absoluto. Podemos hablar de la cena que organizará —enarcó una ceja, como si estuviera desafiándolo al recordarle su promesa. Todavía no había ido a su casa, como había dicho que haría, para discutir los detalles, como por ejemplo lo que podría recomendarle a su cocinero que sirviera.

—Muy bien —le tendió el brazo y ella puso su mano en él mientras se unían a un grupo que se estaba formando. La señorita Sommers era el vivo retrato de la elegancia, y él debería mostrarse más interesado

en conquistarla. ¿No era ella su mujer ideal? Hermosa, sin un pelo fuera de lugar, alguien con quien se podía conversar fácilmente y cuyas ideas nunca eran escandalosas, hábil como anfitriona… Sólo había una pequeña cuestión de la cual no estaba seguro de si debiera ser digna de consideración. Nunca había experimentado la inquietante sensación de que el suelo se moviera bajo sus pies cuando la señorita Sommers dirigía su mirada hacia él. Con la señorita Clavering ocurría lo contrario.

—Recibí su nota sobre la fecha de su cena —dijo mientras ocupaban su lugar en la pista de baile.

—¿Qué le pareció mi lista de invitados? —dijo, preguntándose si ella ofrecería sus propias ideas sobre las personas que había nombrado.

—Estoy segura de que cualquier persona que considere conveniente invitar debe ser una buena elección —no dijo nada más pero su mirada hizo lo sospechar que ella deseaba que le rogara por su opinión. Se sentiría decepcionada. Resultaba muy problemático sonsacarles opiniones a las personas. Era mucho mejor que las dieran voluntariamente.

Comenzó la música y otra pareja se colocó su lado para formar un cuadrado. Era Robert Whitmore, quien bailaba junto a la señorita Clavering. Ella le sonrió a Jack, pues no hacía mucho que habían estado conversando, y Robert sólo tuvo tiempo de hacer una reverencia ante la señorita Sommers antes de que comenzara el baile.

Jack tuvo la oportunidad de tomar la mano de la señorita Clavering cada vez que cambiaban las parejas. Se encontró calculando cuánto tiempo tenía que bailar con la señorita Sommers antes de que la mano de la señorita Clavering volviera a estar en la suya. Le resultaba difícil, casi imposible, entablar conversación alguna. Cuando el baile hizo una pausa, la señorita Clavering se encontró del lado opuesto a él, riendo con Robert Whitmore, y con mucho esfuerzo, Jack pudo volver su atención hacia la señorita Sommers.

Cuando lo hizo, ella estaba estudiando su rostro.

—Estaba pensando, señor Blythefield. ¿Por qué invitó a Sir Lucius Clavering a su cena? No es un nombre que me sea familiar, a menos que sea pariente de la señorita Clavering. Debe serlo, ya que el apellido no es tan común.

Clavering. El único nombre que no podía sacarse de la cabeza, y ahora flotaba en el aire entre ellos.

—Sir Lucius es su hermano. Lo he invitado a él y a Lady Clavering porque él y yo somos parte de un comité —miró a la señorita Clavering y captó su mirada en el momento en que ella apartó la vista de su compañero. Sus ojos brillaban y se preguntó qué podría estar diciendo Whitmore para que ella se sintiera tan complacida.

Él podía ser un tipo aburrido.

—Y el señor Whitmore, el mayor, vendrá también. *¡Que maravilla!* —parecía decidida a conversar acerca de su proyecto común, y Jack sabía que su actitud distraída no era justa para la dama con la que había formado pareja para este baile.

Dirigió su vista a la señorita Sommers.

—Sí, en efecto. En realidad, fue idea del señor Whitmore organizar una cena en primer lugar. Él lidera el grupo que desea nombrarme Primer Ministro y debe presente estar en todo lo que organice — estudió su rostro, preguntándose por primera vez hasta qué punto ella abogaba por la reforma—. Y con su apoyo, convenceré a los demás de que la apertura al libre comercio del grano es la mejor manera de servir a los intereses de Inglaterra.

La señorita Sommers abrió su abanico y lo miró por encima de este.

—Estoy segura de que usted lo sabe mejor, señor Blythefield.

Era tal como él lo prefería. Ninguna opinión contraria que le causara conflictos de parte de una candidata a esposa.

Un cambio de música anunció el siguiente set, y Jack ocupó su lugar junto a una pareja diferente, en parte aliviado de que la señorita Clavering no estuviera junto a él para jugar con su mente, y en parte decepcionado por lo mismo. Se obligó a prestarle más atención que antes a la señorita Sommers, y su expresión complacida fue su recompensa. Tal vez por eso el suelo no se movía cuando se encontraba con su mirada. Ninguna mujer se sentía a gusto cuando la pasaban por alto.

Mientras conducía a la señorita Sommers fuera de la pista de baile, ella le puso la mano en el brazo.

—Parece que lo tiene todo bajo control para su fiesta. ¿Qué más puedo hacer para ayudarle?

Dirigió sus pasos hacia donde estaba sentada su madre junto con otras viudas y mujeres mayores.

—Aún nos falta la comida, lo cual podemos discutir esta semana. Iré a visitarla cuando a usted le parezca más apropiado. Además de eso, tal vez con su experiencia se le ocurra algo que pudiera estar pasando por alto.

—*Hm* —no habló hasta que estuvieron a unos metros de donde estaba sentada su madre—. Con el número de invitados que ha considerado, ¿ha pensado dónde estacionarán los caballeros sus carruajes mientras asisten a la velada?

Jack enarcó las cejas.

—Veo que no me equivoqué al pedirle su consejo. Confieso que no había pensado en ello. Hay una caballeriza privada en el cruce de nuestra casa, y he oído que hay un hombre que la alquila en

ocasiones. Enviaré a alguien a hablar con él para alquilarla esa tarde.

—Eso debería bastar —bajó la mirada—. Si se me ocurre algo más, podemos hablarlo cuando me visite. Por lo demás, si no tiene inconveniente, llegaré una hora antes a la fiesta —dejó la pregunta flotando en el aire, y él respondió con una sensación de alivio. Ella no era oficialmente su anfitriona, pero no podía imaginarse organizar la fiesta sin su ayuda.

—Me parece muy bien. Y le haré saber si necesito de su ayuda para cualquier otra cosa —le cogió la mano y se inclinó ante ella.

—Será un placer —hizo una reverencia y regresó al lado de su madre, y Jack se volvió hacia la concurrida pista, buscando entre las incontables figuras un vestido dorado, cuando su mirada se posó en Susan, quien estaba de pie junto a Christopher. Fue algo inesperado, ya que rara vez veía a su hermano últimamente. Ni siquiera estaba seguro de que hubiera visto las remodelaciones en su salón.

Se acercó a ellos.

—Christopher, qué sorpresa. ¿Qué te trae por aquí?

—Un hombre debe mostrar la cara de vez en cuando o, de lo contrario, la sociedad se olvida de él —llevaba puesta otra de sus extravagantes creaciones. Pantalones amarillos y un atrevido abrigo azul. Su pañoleta estaba estampada con grandes violetas.

—No creo que nadie te olvide —Jack deseaba que su hermano fuera más discreto y que fuera un hombre en el que se pudiera confiar. Sin embargo, no había sido bendecido con lo que uno llamaría una familia normal. Christopher y él habían sido muy unidos de niños, y sonreía cada vez que recordaba las travesuras que habían hecho… abandonados, como solían estarlo, a su suerte. A sus padres les solía causar más gracia que indignación, si es que acaso lo notaban.

Lo había desconcertado cuando él y su hermano empezaron a distanciarse. Cuando Jack había alcanzado la mayoría de edad, había heredado una pequeña fortuna de su madrina. Al parecer, en esa época Christopher se había distanciado, y mientras que las locas aventuras se habían convertido rápidamente en cosa del pasado para Jack, su hermano se había zambullido en una vida superficial y disipada. Jack se había convertido en un hombre responsable e íntegro, y Christopher había pasado a depender de un padre que no era capaz de mantener a flote su hacienda. Era como si hubiera renunciado a preocuparse por el futuro de la finca, como si no mereciera la pena luchar contra las deudas.

Jack se encontraba en medio de un concurrido baile, la flor y nata de la Sociedad. Cortejaba a una mujer deseable, que le aseguraría el éxito tanto en el ámbito político como en su vida familiar. Aspiraba al puesto más alto de su partido político y estaba a punto de ofrecer una cena para los hombres más influyentes. Y se sentía solo.

Susan los miraba a ambos con cariño y Jack experimentó un arrebato de afecto por su hermana pequeña. Era la menos excéntrica y quería verla felizmente casada… se lo merecía.

—Entonces, ¿siguen pensando lo mismo con respecto al señor Merrick?

Susan enlazó sus brazos con los de sus hermanos, forzándolos a todos a permanecer cerca.

—Así es. La última vez que nos vimos temí que no fuera tan serio en sus intenciones como parecía al principio. Pero esta noche me ha prestado especial atención —Susan sonrió—. Es muy caballeroso. Y tan apuesto, ¿no os parece?

Jack entrecerró los ojos.

—No esperarás que te responda a eso.

Susan soltó una risita.

—Bueno, no ha hablado con papá —recordó la reprimenda implícita de la señorita Clavering hacia él por usurpar la posición de autoridad de su padre—, y aún no se te ha declarado oficialmente. Aunque lo hubiera hecho, no hemos indagado sobre su situación financiera. Pero, ya sabes, sólo quiero lo mejor para ti.

Christopher soltó su brazo del de Susan.

—Por mucho que está feliz reunión familiar enternezca mi corazón, no me gustaría hacer que alguien vomitara con sólo verla — hizo una reverencia, preparándose para marcharse, y por una vez su expresión no mostró nada de su ironía habitual—. Aunque que conste que yo también, querida hermana, quiero lo mejor para ti.

Jack sólo podía desear que la preocupación que Christopher profesaba lo alentara a asumir un papel de liderazgo más activo en la familia.

15

Philippa se estaba poniendo la capota junto a la puerta principal cuando María la vio y avanzó a grandes zancadas por el pasillo.

—Philippa, espera.

Había estado a punto salir para ir a visitar a Susan, pues no habían tenido ocasión de hablar en el baile y llevaba varios días sin ir a casa de los Blythefield. Finalmente tuvo que admitirse a sí misma que se estaba escondiendo del señor Blythefield porque había despertado emociones en ella que prefería no experimentar: el deseo de saber de qué galante manera protegería a su esposa… mientras compartía sus libros, su saber y su conversación. Pero hoy estaba ansiosa por marcharse, porque el señor Thackery le había insinuado la noche anterior, durante otra lúgubre velada, que hoy haría una visita matutina y que esperaría encontrarla en casa.

María negó con la cabeza hacia Fernsby, quien había estado a punto de entregarle a Philippa su capa, y luego volvió su atención hacia su hermana.

—Te has levantado temprano, pero te he estado buscando porque no quería perderte de vista. Quítate la capota, pues no puedes irte todavía. El señor Thackery ha expresado su deseo de hablar contigo en privado, y se lo he concedido. Llegará a primera hora de la tarde.

Philippa giró sobre sus talones para mirarla.

—María, sabes muy bien que no tengo intención de aceptar la propuesta del señor Thackery. El por qué esperas conseguirlo *aún* es un misterio para mí. Mi respuesta es no. ¿No puedes evitarme la molestia de tener que decírselo directamente?

María miro al lacayo, cuya atención estaba ostensiblemente dirigida a otra parte, e hizo entrar a Philippa en el salón.

—No creo que lo hayas pensado bien. Todo el mundo sabe que el señor Thackery es un buen partido. Es apuesto, cosa que estoy segura que no puedes negar, es rico y desempeña un papel importante en el Parlamento. Es un hombre influyente. Y, a pesar de todos los señuelos que le han lanzado, se ha fijado en *ti*. Eso es un gran logro, Philippa. No puedo dejar que lo desperdicies.

—Pero tú no tendrías que vivir con él… —comenzó.

Si lo que asumo de él a partir de su carácter es cierto, tú tampoco tendrías que hacerlo —enarcó una ceja, y a Philippa se le heló la sangre ante esas palabras—. Tendrás tu propio dormitorio, y él ocupará su tiempo en ir a clubes y a otros lugares. Una vez que le des un heredero, podrás hacer lo que te plazca. Además, serás señora de tu propia casa y estarás dentro del círculo más importante de la Sociedad. No puedo imaginar qué es lo que no te atrae de este escenario.

—Porque no tienes corazón… —interrumpió sus precipitadas palabras y le pidió perdón—. Lamento esas palabras, María. Pero debes comprender que no siento nada por el señor Thackery. Al contrario, su forma de vivir despierta en mí todo tipo de aversión. Asume mucho y da poco. No puedo amarlo.

—¿Qué tiene que ver el amor en este asunto? Además, nunca se sabe si los sentimientos de conveniencia se convertirán en amor, como nos ha ocurrido a Charles y a mí. Mi matrimonio es feliz, por mucho que digas que no tengo corazón —se acercó al sofá y le indicó a Philippa que se sentara—. Estás a mi cargo y te prohíbo salir de esta casa. Como muchacha soltera, debes hacer lo que yo te diga. Te recuerdo que soy tu tutora esta Temporada. Y si digo que te casarás con el señor Thackery, créeme, tengo maneras de lograrlo. Ahora siéntate.

Puras amenazas, pensó Philippa, pero siguió a su hermana hasta el sofá y se quitó la capota, colocándola a su lado mientras se sentaba. Si María decidía seguir siendo presa del engaño, un rotundo rechazo dirigido directamente al señor Thackery solucionaría el asunto. A pesar de que la ira hacía que le hirviera la sangre, adoptó una expresión despreocupada. María no necesitaba saber lo angustiada que estaba y añadir esa debilidad a su arsenal.

Sin decir nada más, Philippa cogió el bordado que siempre estaba sobre la mesa frente al sofá y empezó a hacer puntos. Dejaría que su hermana pensara que se iba a mostrar dócil con el asunto.

—Bueno, ¿no es esto lindo? —María se apresuró a coger las hojas de té y las llevó a la mesita junto a una silla, antes de sentarse—. Supongo que debería buscar algo para entretenerme mientras esperamos.

Llamaron a la puerta, lo que indicó que no sería necesario esperar. Mejor acabar con esto cuanto antes. Oyó la voz del señor Thackery en el pasillo, y de sólo oírla se le revolvió el estómago. María, por el contrario, se sentó erguida y su rostro se iluminó. *María, casi sospecho que desearías que el señor Thackery estuviera aquí por ti.*

El mayordomo abrió la puerta y anunció al señor Thackery, quien entró en la habitación e hizo una reverencia.

—Buenos días, señora Holbeck. Buenos días, señorita Clavering.

Estoy encantado de encontrarla en casa, tal como se lo pedí.

Le dirigió una mirada a María, la cual ella interpretó, pues se puso de pie.

—Iré a ver que la bandeja de té esté preparada —a Philippa casi le pareció ver que su hermana salió bailando de la habitación. Siguió tejiendo puntos con mano firme, pero cada vez le resultaba más difícil ocultar su rabia y repugnancia a medida que la farsa continuaba.

Contrariamente a sus expectativas de que el comenzara inmediatamente con su ataque, se sentó frente a ella en silencio. Cruzando una pierna sobre la otra, se apoyó en el reposabrazos, con la barbilla en la mano, mientras la observaba.

—Hoy luce muy atractiva.

Philippa llevaba un vestido de mañana de ese color azul que al parecer le gustaba al señor Thackery. Había esperado que el señor Blythefield estuviera en casa para apreciarlo.

—Gracias, señor —mantuvo la mirada fija en su trabajo. No era por modestia, sino más bien por el perverso deseo de enfurecer a su pretendiente aparentando desinterés por todo lo que tuviera que decir. Al fin y al cabo, *no* le interesaba.

Tras un pequeño silencio en el que parecía estar examinándola, el señor Thackery anunció:

—Estoy considerando la posibilidad de cambiar de táctica y apoyar un proyecto político del señor Blythefield. Él lo ha propuesto en esta Temporada, aunque la idea se ha estado discutiendo durante años.

Eso fue todo lo que dijo, y Philippa mordió el anzuelo.

—¿Y qué proyecto de ley es éste? —pinchó con su aguja la tela bordada.

El señor Thackery parecía disfrutar de su molestia.

—Es para derogar las Leyes del Maíz y permitir el libre comercio de cereales. Como estoy seguro de que usted debe estar desinformada sobre el tema…

—Los terratenientes ingleses han fijado el precio de los cereales para no permitir ninguna importación de tierras extranjeras. De ese modo, aseguran el éxito de la economía inglesa… y de la suya propia, por supuesto —tiró del hilo de bordar verde hasta el extremo.

Él levantó ambas cejas.

—Tan culta como hermosa. Lo admito, aún sigue sorprendiéndome, aunque la sorpresa empieza a dejar de sorprenderme.

—Me halaga —respondió con un tono despreocupado.

—¿Cómo se enteró del contenido de este proyecto de ley? —juntó ambas manos sobre su regazo—. ¿Tiene un interés natural por la política?

—Oh, no —objetó ella—, las mujeres no deberían tener opiniones

firmes sobre política. Es mucho mejor que se dediquen a atender el hogar para tener satisfechos a sus maridos y a hacer que el lugar sea acogedor para cuando él vuelva a casa —empezó a tejer puntos erróneos que tendría que deshacer. Lo retó en silencio a que le demostrara que estaba equivocada cuando añadió—. Cualquier tipo de ideas políticas no tienen cabida en la mente de una mujer, cuando tal cosa es mejor dejársela a los hombres.

El señor Thackery levantó las manos, como si su comentario lo hubiera sorprendido, a pesar de su determinación de no sorprenderse por la sorpresa.

—Me gratifica oírle decir eso. Y supongo que esto me lleva naturalmente a mi siguiente punto.

Philippa luchó con todas sus fuerzas para mantener una expresión perfectamente tranquila, pero su corazón comenzó a acelerarse. Una cosa era despreciar a un hombre y estar decidida a rechazarlo. Otra cosa era verse obligada a enfrentarse a semejante desagrado. *Pero déjalo hablar*, pensó, *porque así todo esto habrá acabado*.

El señor Thackery no se contentó con hablar. Para su horror, se levantó de la silla y caminó unos pasos hasta el sofá, donde se arrodilló frente a ella. Cogió sus manos entre las suyas, y la repugnancia que sintió casi la obligó a apartarlas, pero resistió el impulso cuando sintió la fuerza de su agarre. No estaba segura de si él la dejaría ir, pero saberlo con certeza sería aterrador.

—Nunca pensé encontrarme de rodillas declarándole mi amor a una mujer. Pero tú me has llevado a esto, Philippa.

—Señorita Clavering, por favor…

—*¡Shh!* Lo que empezó como un flirteo ocioso, seguido de la firme convicción de que nadie me satisfaría salvo tú, se ha convertido rápidamente en una obsesión. No puedo verte en una habitación sin olvidar a todas las demás mujeres presentes. No puedo contemplar mi casa sin imaginarte allí. Y aunque mi carrera política será siempre mi verdadera esposa, y tú mi amante, creo que no tendré necesidad de buscar a ninguna otra amante mientras estés a mi lado. Con ese cálido hogar que estás tan decidida a crear para tu marido —se llevó una de sus manos a los labios y la besó con fervor—, una aspiración de lo más noble, amor mío, sólo puedo imaginar que satisfarás todas mis necesidades. Así que te pido…

En ese momento se abrió la puerta y María junto entró con el lacayo siguiéndola por detrás, llevando una bandeja con una tetera, platillos, tazas y pastelillos. Se detuvo en seco al ver al señor Thackery de rodillas con la mano de Philippa en la suya, y el lacayo chocó con ella por detrás.

—Torpe zoquete —susurró María, dándose la vuelta para salir de la habitación. Empujó al hombre hacia atrás, cerrando la puerta

rápidamente, y Philippa oyó un fuerte estrépito procedente del pasillo, seguido de una serie de insultos murmurados. Por fin se animó a levantar la mirada hacia el señor Thackery, y el humor de la situación alivió parte de su indignación. La propuesta no podía ser mejor.

El señor Thackery no compartía su humor. La molestia por haber sido interrumpido en su apasionada declaración se reflejaba en su rostro. Ella sólo pudo suponer que no lo interrumpían muy a menudo en el Parlamento.

Se levantó de su humillante postura y se sentó a su lado.

—Te pido que te cases conmigo —su molestia eliminó todo rastro de los sentimientos cálidos y apasionados de los que había hablado antes—. Por favor, hazme el hombre más feliz del mundo y acepta mi propuesta.

Cuando dijo esto con una voz tensa por el enfado, Philippa luchó por no reírse, a pesar de su ferviente deseo de estar en cualquier sitio menos aquí.

—Le agradezco su propuesta, señor Thackery —respondió—, pero me temo que debo rechazarla.

El señor Thackery se sentó de nuevo en el sofá y se cruzó de brazos.

—No puedes rechazarlo. Temía que intentaras resistirte, aunque quizá me engañé pensando que empezabas a entrar en razón con tus palabras racionales de hace un momento —la miró con una expresión petulante—. Ya he hablado con Holbeck y ha aceptado en tu nombre.

Se quedó inmóvil, horrorizada. Seguramente tal cosa no se hacía todavía en esta época moderna. Sólo se oyó un pequeño temblor en su voz cuando contestó:

—Charles no puede aceptar en mi nombre. No es mi tutor. Mi madre lo es.

—Siento contradecir a una dama —dijo—, sin embargo, tu hermana me ha asegurado que tiene la aprobación por escrito de tu madre para el matrimonio. Me temo que tendrás que resignarte a lo inevitable, querida, y aceptar mi oferta. Hay propuestas peores que la mía, lo sabes.

—Qué gran elogio para ti —respondió secamente.

—Y sin embargo, cierto.

Philippa miró fijamente al frente, negándose a mirarlo. Que su hermana, e incluso su madre, aprobaran el matrimonio, a pesar de insistir en que no lo deseaba, dolía más de lo que creía posible. Sus esperanzas sobre recibir cualquier tipo de apoyo y afecto materno eran escasas, pero esto iba más allá de cualquier cosa. Su flagrante desprecio por sus sentimientos…

No le daría al señor Thackery la satisfacción de saber cuánto le dolía su regodeante victoria.

—Iré a buscar a María. Las dos tendréis muchas cosas que discutir —cogió su capota, se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Ah! —exclamó encantado—. Me alegra ver que entras tan fácilmente en razón. Nos llevaremos muy bien.

Philippa se detuvo ante la puerta y lo miró.

—Puede que no tengamos tiempo para llevarnos bien, ya que no pasaremos ni un solo momento juntos. Me gustaría dejar una cosa perfectamente clara, señor Thackery. Abrió la puerta y el ruido que hacía el lacayo mientras limpiaba la porcelana rota resonó por el pasillo. Se detuvo en el umbral y miró hacia atrás—, no me casaré con usted.

Cerró la puerta del salón y pisó el charco de agua. Se ató apresuradamente la capota bajo la barbilla mientras caminaba hacia la entrada. Su pelliza ya no estaba a la vista y decidió que era posible prescindir de él. El lacayo estaba parado en la puerta listo para abrirla.

—¡Philippa! —la voz de María resonó por el pasillo mientras subía de la cocina—. ¿Adónde crees que vas?

—¡Afuera! —cruzó el umbral y, sin esperar al lacayo, cerró la puerta desde afuera con un *fuerte* golpe.

16

Jack se detuvo frente a la puerta del estudio de su padre, a punto de tocar, cuando un rápido golpe en la puerta principal le informó de la llegada de su hermano. Nadie aparte de Christopher llamaba a la puerta con la misma imperiosa necesidad. Se oyó un movimiento proveniente del comedor, probablemente de Shanks. Su mayordomo nunca parecía estar cerca de la puerta cuando llegaba una visita poco frecuente. Sería más conveniente que abriera la puerta él mismo.

—Jack. No había esperado verte aquí —Christopher entró en el pasillo portando un abrigo verde lima combinado con unos pantalones amarillo pálido. Jack supuso que era un poco mejor que algunos de sus otros atuendos, aunque si iba a usar colores tan chillones, desearía que se quedara con los pantalones más ajustados en lugar de los de pierna ancha que llevaba puestos.

—¿Estás tratando de evitarme? —se hizo a un lado mientras Christopher se quitaba el sombrero y el bastón y lo dejaba en el banco —. Si es así, has logrado tu propósito. No creo que hayas estado aquí desde que Susan ha hecho todos los cambios en el salón principal.

—Te refieres a todos los cambios que hizo la señorita Clavering — dijo—. Susan me lo contó, y parece que la mayoría de las ideas fueron de su amiga.

Jack se dirigió al salón y abrió la puerta de golpe.

—Bueno, velo tú mismo. Fuera o no idea de Susan o de la señorita Clavering, el resultado es agradable. Quizá hasta desees mudarte a casa.

Christopher miró la habitación y el techo, y negó lentamente con la cabeza.

—Muy bonito. Pero no, no quiero mudarme a casa. ¿Por qué? ¿Te preocupa que acumule demasiadas deudas en el Hart?

—Tranquilo, hermano. No era mi intención empezar una pelea — Jack se apartó—, tan solo estaba de camino a ver a padre.

Christopher cerró la puerta del salón detrás de él.

—Me uniré a ti, entonces. Por eso he venido, porque es momento de mi paga trimestral, aunque me duele tener que recordarle a padre que le dé su aprobación al abogado. Sería mejor que me dejara tratar

directamente con él —se detuvo en seco—. ¿Qué es eso que oigo en el comedor? ¡Seguro que Shanks no puede hacer tanto ruido! ¿Ha aprendido a bailar?

Jack se rio ante la idea de que su anciano mayordomo hiciera algo tan improbable.

—No, ha sido cosa mía. Después de un cambio tan impresionante en el salón, pensé que podríamos mejorar también el comedor. Después de todo, tenemos una de las casas más grandes de Londres, a pesar de no tener un salón de baile. Lástima que nunca invitemos a nadie a hacer uso de él —llamó a la puerta de su padre y oyó su permiso para entrar.

Christopher le siguió.

—¿Estáis pensando en tener visitas? Entonces las cosas han cambiado por aquí. ¿A quién le debemos esta extraordinaria novedad?

Jack no contestó. A pesar del consejo del señor Whitmore de organizar una cena, no creía que hubiera tenido el valor de intentarlo si la señorita Clavering no hubiera llevado a cabo una transformación tan magnífica en su salón.

La familia de Jack provenía de siglos de opulencia y a veces se preguntaba qué habrían pensado sus antepasados de la forma en que había menguado la fortuna. El mobiliario de su casa no había hecho más que reflejar la decadencia. La señorita Clavering había visto el potencial y no había perdido tiempo en hacerlo realidad, y todo ello con un presupuesto que él sólo podía admirar.

Dentro de la biblioteca, su padre estaba sentado contemplando el fuego. Por una vez, no estaba estudiando los libros de contabilidad para llegar a fin de mes ni imaginando un gran futuro a partir de su última adquisición. Parecía estar de humor para escuchar, y Jack pensó que no había mejor momento que el presente para plantearle su objetivo.

—Padre, he venido a hablarte de la cena que tengo intención de organizar.

—Buenos días, padre —añadió Christopher mientras le dirigía una mirada irónica a su hermano antes de tomar asiento en uno de los sillones.

—Sí, Christopher ha venido —dijo Jack.—. Ya hemos fijado la fecha, y la señorita Sommers me aconsejó que deberíamos contratar el uso temporal de las caballerizas de Carlisle Street. No estoy seguro de si necesitamos un permiso.

—Sólo para multitudes de más de cincuenta personas —dijo Christopher, sorprendiendo a Jack con este poco de conocimiento mundano.

Jack apretó los labios, pensativo.

—No llegamos a eso. Pero quizá sería bueno hablar con el

magistrado local para informarle de la fiesta, para que todo transcurra sin problemas.

—¿Estoy invitado? —preguntó Christopher, esbozando una sonrisa —. Estoy ansioso por ver cómo será tu primer intento de organizar una cena. Supongo que habrás pedido la ayuda de la señorita Sommers.

—No, no estás invitado. De todas formas no te gustará —intentó sonreír como si estuviera bromeando, pero sabía que su excéntrico hermano no encajaría con los demás invitados—. Sólo va a ser una cena con aliados políticos de ambos bandos tratando de elaborar un proyecto de ley de reforma… el cual *será* aprobado. Tú no tendrías nada que decir al respecto.

Su padre había permanecido en silencio hasta ahora, y Christopher lo miró.

—¿Padre está invitado? —lo preguntó en voz baja, y Jack notó la burla en su comentario. Sabía que era porque estaba volviendo a dirigir la casa como si fuera suya.

Jack miró a su padre y se volvió a pensar si es que realmente estaba de humor para escuchar. El señor Blythefield parecía más deprimido. No quiso preguntar qué había sucedido para que su estado de ánimo fuera tan sombrío.

—Nuestro padre no necesita invitación a un evento que se celebra en su propia casa. Sin embargo, padre, me temo que esta reunión será demasiado exigente para ti. Sé que no te gusta recibir invitados. Sólo he venido a preguntarte si deberíamos añadir un plato para ti.

Ante estas palabras, su padre giró la cabeza y se centró en lo que Jack decía.

—No, tienes razón. No me gusta tener invitados y no creo que tenga nada que aportar a la discusión. No tengo conocimiento de este proyecto de ley que pretendes hacer aprobar. Creo que me quedaré en mi estudio.

Jack quiso suspirar de alivio.

—Como desees. Me encargaré de que la cocinera te envíe un plato, ya que es probable que la comida resulte excelente.

—¿Por qué? ¿Porque lo pagas tú? —intervino Christopher.

A Jack le molestó su insinuación de que todo lo que los Blythefield podían ofrecer no era suficiente para sus amigos. Sabía que su hermano habría preferido que la herencia de Jack fuera para él, como futuro cabeza de familia. Sin embargo, Christopher tenía sus propias responsabilidades, si tan sólo las asumiera en lugar de malgastar sus días en placeres insensatos.

De cualquier manera, había algo de verdad en el hecho de que la hacienda Blythefield no podía cubrir los gastos de una cena elaborada sin la adición de la fortuna de Jack.

—Quiero contar con lo mejor de todo. El futuro de Inglaterra depende de ello.

Christopher resopló burlonamente.

Jack se acercó a la chimenea y arrojó un tronco para que ardiera con más intensidad. El sol se había ocultado tras una nube y hacía que la habitación estuviera fría. El señor Blythefield parecía irse debilitando con el paso de los años, y por mucho que lo llegara a frustrar, Jack no deseaba que le ocurriera nada.

Christopher dejó que se hiciera un pequeño silencio antes de hablar.

—Padre, si no te importa, me gustaría repasar contigo mi asignación trimestral.

Ante sus palabras, Jack puso otro tronco en el fuego y se dirigió a la puerta.

—Os dejo entonces. Christopher, no seas un extraño la próxima vez.

Christopher levantó su monóculo para examinar a Jack mientras abría la puerta.

—De verdad, hermano. Casi podría imaginar que deseabas verme.

—Sólo tengo un hermano —le recordó y salió de la habitación. ¿Por qué la familia era algo tan pesado y doloroso? ¿Por qué no podían estar felices y gozosos?

—¡Jack! —su madre estaba bajando las escaleras, cargando dos bolsas de lo que parecían ser tratados metodistas si los pliegues de papel que sobresalían de ellas eran una pista—. Acabo de recibirlos de la imprenta y tengo que llevárselos a la señora Arcot. Ella dirige este proyecto. ¿Puede acompañarme? Soy incapaz de llevarlos yo sola.

Jack no tenía nada especialmente importante que hacer, ya que hoy no había discursos en el Parlamento. A pesar del hueco en su agenda, no estaba de humor para acompañar a su madre por la ciudad.

—¿No puede hacerlo Andrew? Hoy no he necesitado de sus servicios, así que seguro que está libre para atender otras tareas.

—Oh… —pareció hundirse bajo el peso de sus tratados—. Supongo que puedo pedírselo, pero esperaba que tú pudieras acompañarme. Voy a Covent Garden. Él todavía no conoce la ciudad como tú lo haces, y no creo que podamos dejar a Shanks solo tanto tiempo. Estará cansado, pobre hombre.

Jack le dio la razón. Andrew era sobrino de su mayordomo y acababa de llegar del campo. No se podía esperar que se orientara con facilidad en Londres, y Shanks tendría dificultades sin ayuda adicional si alguien llamaba a la puerta.

—De acuerdo. Te llevaré —llamó a Andrew para que mandara a traer el faetón, cogió las bolsas de su madre y las dejó junto a la

puerta principal. Cuando trajeron el carruaje, llevó las bolsas afuera, y el mozo de cuadra le entregó las riendas.

—¿Debería ir, señor?

Jack puso los folletos en el carruaje y subió.

—No, no será necesario. Ayuda a mi madre a subir —así lo hizo, y cuando ella ocupó su lugar, Jack sacudió las riendas y avanzaron.

Las calles estaban despejadas y pudo conducir con facilidad por ellas. Recorrieron gran parte del camino en silencio, escuchando el ruido de los cascos sobre la carretera empedrada. Pero cuando su madre suspiró, la oyó y pensó que sonaba lastimera.

—No estás a menudo en casa, madre. Si estás fatigada, tal vez deberías pasar más tiempo descansando en lugar de correr por la ciudad.

Su madre bajó la mirada y acarició una de las bolsas que tenía sobre el regazo.

—Nunca podría hacer eso. Me necesitan. La señora Arcot dijo que yo era la persona más importante para este movimiento, y no puedo abandonarla ahora.

Se preguntó si su madre era necesitada, o más bien si era su necesidad de sentirse importante lo que la impulsaba a continuar.

—Sí, pero podrías tomarte unos días para descansar y recuperar fuerzas. ¿Qué tienes en las próximas semanas?

—La casa de la señora Arcot está en la calle Russell, un poco más adelante —levantó la cara hacia el sol y cerró los ojos—. Sólo algunas visitas de gran importancia —dijo vagamente.

Jack no estaba seguro de que fuera a recibir ninguna promesa de ella, así que lo dejó estar.

—Madre, ¿recuerdas la fiesta de la que te hablé y de la que seré anfitrión: la fiesta política que se celebrará en nuestra casa la semana que viene? Será una conversación algo aburrida sobre asuntos políticos, y padre no desea asistir. Supongo que a ti tampoco te interesa.

Lo dijo de tal manera que pareciera que no le interesaba y se sintió aliviado cuando ella respondió.

—No, no es ahí donde soy más útil. Mi trabajo consiste en llevar a cabo la reforma en las calles más que en hablar de ella en el comedor —miró hacia el frente y juntó las manos sobre su bolso.

Jack sintió una punzada de tristeza. Su madre tenía nobles ambiciones, sin duda. Pero se exigía mucho, y no podía imaginar que su vida fuera feliz. ¿Había estado más feliz cuando estaba recién casada?

—¿Te espero mientras entregas esto? —preguntó.

—Oh, no. La señora Arcot y yo pasaremos mucho tiempo discutiendo cómo vamos a tratar a los voluntariosos conversos una vez

que hayamos conseguido convencerlos de llevar una vida sobria. Cogeré un carruaje para volver a casa cuando llegue el momento —recogió la otra bolsa del suelo del carruaje.

Había aprendido a no preguntarle más detalles sobre sus proyectos. Si se dejaba llevar, dejaría esperando los caballos.

—Muy bien. Déjame coger esto mientras bajas. Ya está. ¿Estarás bien?

—Sí, estaré bien —se despidió de él, luego cogió las dos bolsas y las arrastró hasta la puerta de la señora Arcot. Sintió remordimiento por no ser más complaciente o servicial con sus causas. Pero, en verdad, un hombre no podía estar en todas partes a la vez. Y él tenía sus propias batallas que librar. Agitó las riendas y sus caballos se pusieron en marcha.

Dobló por Bow Street y mantuvo a sus caballos a un trote constante hasta llegar a la calle Strand. El sol había reaparecido y, aunque hacía demasiado frío para estar cerca del verano, el clima seguía siendo agradable. Deseaba tener algún plan más importante que el de volver a su casa, y no tenía ganas de ir al club, ni siquiera de embarcarse en otro debate. A pesar de que su casa tenía un mejor aspecto, no había mucho para él allí, y se preguntó a sí mismo por qué no se le había ocurrido antes la idea de casarse y establecer su propio hogar.

Antes de girar en Charing Cross, un movimiento a un lado de la calle capto su atención, y cuando miro hacia allí, percibió la figura de una joven que le resultaba familiar… una que hacía que su corazón se acelerara. Tiró de las riendas.

—Señorita Clavering —la llamó. Frunció las cejas cuando ella siguió caminando. Seguro que lo había oído—. Señorita Clavering —volvió a gritar.

Ella se volvió y a él le sorprendió la variedad de emociones que podían leerse en su rostro. Mejillas pálidas, labios fruncidos, ojos un poco rojos, pero también una expresión decidida que demostraba que no aceptaría la derrota al dejar caer un par de lágrimas. Se detuvo y lo miró.

—Señor Blythefield.

Su voz estaba ronca y no sonaba como ella. No llevaba capa y no iba acompañada. No podía entender qué estaba haciendo aquí, o por qué llevaba tan poca ropa. Debía de estar helada.

—Lamento no poder bajar para ayudarla; no tengo a nadie que sujete los caballos. Por favor, permítame acompañarla a algún sitio.

Dudó, mordiéndose el labio mientras parecía que intentaba controlar sus emociones. Tras una leve pausa, se acercó al carruaje.

—Muy bien. Me apresuré a salir casa de mi hermana, y no tengo dinero para coger un carruaje, y no traje a mi dama de compañía,

como puede ver —soltó una risa quebradiza—, y ni siquiera una capa. Así que su llegada justo ahora es de lo más oportuna.

Subió a su faetón y, debido a la naturaleza de su carruaje, se vio obligada a sentarse cerca de él. Jack intentó no concentrarse en su cercanía, sino más bien en su angustia. Se desabrochó la capa con una mano y le entregó las riendas.

—Tome. Sujételas.

La envolvió con su capa y cogió las riendas.

—Ahora, ¿me dirá qué es lo que la preocupa? —volvió a poner en marcha a los caballos—. ¿Y adónde debo llevarla?

La señorita Clavering guardó silencio un momento.

—Supongo que a casa de mi hermano Lucius. Vive en la quinta de Whitehall Court.

—Es un trayecto muy fácil —dijo. Le dio tiempo para responder a su primera pregunta, pero ella no lo hizo de inmediato, y se vio obligado a insistir—. Si no se siente cómoda compartiendo conmigo lo que la ha angustiado, no la presionaré a que me dé detalles. Pero si puedo serle de ayuda, sepa que estoy a sus órdenes.

La señorita Clavering soltó otra carcajada, como si fuera una de esas máquinas de vapor que él había visto una vez y que soltaban chorros de vapor cuando la presión era demasiado fuerte.

—Me temo que estoy demasiado enfadada como para dar una respuesta lúcida o hablar racionalmente sobre cualquier tema. Basta decir que hay quien piensa que mi vida está a su disposición para dar órdenes. Y no pretendo que nadie tome decisiones sobre mi vida excepto yo.

Una propuesta de matrimonio fue el primer pensamiento de Jack. ¿Qué otra cosa podría hacer que una mujer soltera deseara rebelarse? *La están obligando a casarse*. Dejó que el ruido de otros carruajes y de las personas en la calle llenara el espacio entre ellos.

—Tiene razón, solo usted puede decidir qué hacer con su vida —dijo al fin. Dirigió sus caballos a la vuelta de una esquina adornada con una valla de hierro forjado, lamentando que este paseo en particular no fuera uno largo. No podría pasar más tiempo con la señorita Clavering, como le hubiera gustado—. Si me permite…

Dudó, temeroso de terminar la frase. La miró, y hubo algo en su expresión vulnerable que sacó las palabras de su boca.

—Espero que me vea como su amigo y que acuda a mí si necesita algo.

Ella bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas sobre el regazo y, cuando él la miró, tragó saliva de una manera que parecía frágil y distinta a la señorita Clavering que había llegado a conocer.

—Me vendría bien un amigo —dijo.

Demasiado pronto, se detuvo frente a la puerta de Sir Lucius.

—Una vez más, le ofrezco mis disculpas por no poder ayudarla a bajar. Pero esperaré a que la reciban en casa de Sir Lucius. No me iré hasta que haya entrado.

—Es usted muy amable —se incorporó y se dispuso a bajar del carruaje.

A modo de reverencia, supuso, Jack cogió su mano enguantada y se la llevó a los labios. Ella lo miró, sorprendida, sus rostros a escasos centímetros de distancia, y él pudo sentir su suave aliento en la mejilla. No hubo confusión ni retroceso. Era como si hubieran sido amigos desde siempre, como si él hubiera hecho la cosa más natural del mundo y ella hubiera respondido del mismo modo. Entonces se rompió el hechizo.

—Que tenga buen día, señor Blythefield. Gracias por rescatarme — desenrolló la capa de Jack de sus hombros y se la devolvió. Ahora olía a azahar. Se dio la vuelta y se levantó el dobladillo de la falda mientras bajaba, luego subió las escaleras y llamó a la puerta principal. En pocos minutos, la puerta se abrió y ella entró en la casa.

Jack permaneció en su sitio hasta que sus caballos empezaron a inquietarse y a dar pisotones impacientes. Suspiró lentamente. ¿A qué tipo de presión estaba sometida y cómo podía ayudarla? Era prácticamente un extraño, pero qué no daría por poder rescatarla. Negó con la cabeza y puso sus caballos en marcha hacia su casa.

17

—Informa a Sir Lucius y a Lady Clavering de que estoy aquí —dijo Philippa cuando el lacayo abrió la puerta. El mayordomo se apresuró a salir de la sala matinal al oír su voz y le dijo al lacayo de forma bastante austera que él se encargaría de anunciarle la presencia de la joven señorita Clavering a su señoría.

Las emociones de Philippa habían dado un desvío bastante drástico cuando el señor Blythefield había interrumpido su paseo. Era la última persona que había esperado ver, especialmente entre la casa de María y la de Lucius. Lo asociaba con Susan, con los eventos sociales, con los bailes deslumbrantes y con todos los momentos en que ella estaba en su mejor momento. No lo asociaba con una angustia abrumadora.

Ya había sido bastante difícil mantener sus emociones alejadas de la mirada pública sin que le ofrecieran declaraciones de amistad tan reconfortantes como la que le había dado el señor Blythefield. Era mucho más fácil no pensar en él en absoluto, sobre todo después de haberlo visto bailar con la señorita Sommers y saber que la *alta sociedad* esperaba que contrajeran matrimonio. La señorita Sommers lo igualaba en gracia y elegancia y tenía todos los contactos necesarios para organizar fiestas espléndidas. Philippa sólo tenía la juventud de su lado, así como una hermana autoritaria que esperaba, de manera bastante irracional, que hiciera todo lo que le ordenaran.

El mayordomo volvió enseguida y dijo que Lady Clavering estaría encantada de recibirla en la habitación del bebé. Philippa subió las escaleras hasta el tercer piso y entró en la habitación donde su cuñada estaba leyendo. Habían pintado las paredes para que parecieran un cielo y alguien había hecho una imitación bastante pobre de unos querubines flotando en las nubes que, según Lucius, parecían "patatas en pañales".

Selena frunció el ceño al verla.

—Querida, ha ocurrido algo. Briggs me ha dicho que ni siquiera has venido con tu dama de compañía. Sé que María nunca permitiría que salieras así.

—María no fue avisada de mi éxodo. Estaba ocupada limpiando porcelana rota y calmando la sensibilidad herida de un pretendiente

rechazado, si es que el señor Thackery se quedaba el tiempo suficiente.

—Madre mía —fue lo único que respondió. Por primera vez, el bebé Hugh no estaba sentado en su regazo, sino que dormía plácidamente en una cuna cerca de la pared. Cerró el libro que había estado leyendo y palmeó el asiento que había a su lado en el sofá—. Ponte cómoda. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Quieres que traigan el té? Debería estar listo, porque suelo tomarlo a esta hora.

La invitación fue bien recibida. Philippa se sentó y asintió.

—Tengo frío —tiró lentamente de las cintas de seda de su capota.

—Déjanos cuidarte, entonces —se levantó y llamó al lacayo para que viniera, luego se acercó a un baúl, sacó una manta y la envolvió alrededor de los hombros de Philippa.

A ella se le hizo un nudo en la garganta, pero contuvo la emoción. Tenía demasiado que hacer como para permitirse llorar.

—Para responder a tu pregunta, creo que necesito más la ayuda de Lucius que la tuya. Excepto… —la miró, evaluando su rostro, el cual sólo mostraba amabilidad—. ¿Crees que sería posible quedarme aquí? No me gustaría ser una carga.

—Tendré que preguntarle a Lucius, por supuesto —puso la mano en el brazo de Philippa—. Pero eso es más una formalidad, porque insistiré en que te quedes aquí. ¿María te está causando problemas?

—María está ejerciendo una tremenda presión para que me case con el señor Thackery, como si pudiera conseguir tal cosa cuando yo no estoy dispuesta a hacerlo —pronunció las palabras con amargura, pero se calló cuando entró el lacayo. Selena le pidió que trajera el té y luego se volvió hacia Philippa.

—A nadie le gusta que lo obliguen a casarse, pero ¿es él realmente tan malo? —cuando Philippa la fulminó con la mirada, levantó las manos en defensa—. Admito que he oído hablar poco de él, pero lo que *he* oído ha sido impresionante. Un hombre apuesto con una fortuna, un buen partido en el mercado matrimonial, una estrella en ascenso en la política. ¿No es todo lo que una mujer soñaría?

Philippa apartó la mirada, y pasó un momento antes de que pudiera reunir fuerzas para responder.

—Él no es capaz de amar, y aunque ahora es muy diligente en sus atenciones, estas no durarán una vez que acepte su propuesta y no haya más que hacer. Dice que me ama, pero puedo ver su verdadera naturaleza. Sus ojos cambian en un instante en cuanto alguien lo molesta —esbozó una traviesa sonrisa—. Y Dios sabe que me pasaría la eternidad haciendo *eso*.

Selena se rio.

—Es lo que más me gusta de ti. Pero supongo que necesitarás un marido cuyo orgullo no sea demasiado grande para tolerar semejante

actitud.

—Y ése no es él —trenzó distraídamente los flecos de la manta de lana roja que la cubría—. Pero María ejerce tal presión que prácticamente insiste en que me case con él e incluso ha llegado a aceptarlo en mi nombre. Le he dado un no inequívoco al señor Thackery hace un momento y me he marchado antes de que alguien pudiera decir algo más. Necesitaba dejarlo claro, pero también requiero que alguien con autoridad se haga cargo de mi situación.

—¿Tu madre?

Philippa negó con la cabeza.

—No, ella no. Debes ver que no tiene la capacidad de invertir su tiempo en nada que atente contra su comodidad. George había prometido ser mi defensor, pero no se está quedando con María, y no ha venido tan a menudo como había prometido. Al parecer, uno de sus amigos se lesionó, y pasa todo su tiempo con él. Claro que haré que intervenga la próxima vez que lo vea, pero creo que sólo Lucius lo hará. Necesito su ayuda.

Selena asintió.

—Y la tendrás —levantó la vista cuando llegó el lacayo, cargando la bandeja con té y pastelillos de limón, y le hizo un gesto para que la pusiera en la mesita que tenían delante. Dejó la bandeja en su lugar y se marchó.

—Lucius llegará a casa dentro de una hora. Le plantearemos el caso. No… —se mordió el labio—. *Yo* hablaré con él primero, y le diré exactamente lo que quiero, que es que te quedes con nosotros, y luego ambas hablaremos con él. Ahora, déjame prepararte una taza de té. Luego haré que una criada te prepare una habitación, donde podrás asearte o descansar, lo que necesites. Enviaré a alguien a por tu ropa, porque eres demasiado menuda para entrar en mi ropa.

—Estoy segura de que tendremos que arrancarla de los dedos de María —aceptó la taza gratamente y bebió un sorbo. El té caliente y dulce le devolvió la esperanza—. Dirá que fue ella quien compró la ropa, lo que no está lejos de la verdad. Quizá no me permita quedarme con ella.

—*Hm* —frunció los labios mientras sorbía el té y una sonrisa empezaba a dibujarse en su rostro—. Simplemente enviaré una bonita nota, solicitando que se prepare el baúl de la ropa, y si María desea mi ayuda, estaré encantada de complacerla. Sólo tiene que decirme cuándo le es más conveniente e iré. Cualquier cosa que evite que yo me presente frente a su puerta será suficiente.

Philippa se echó a reír, y un poco de té se le escapó por los labios de una manera muy poco digna de una dama. Selena curvó la comisura de los labios y le tendió una servilleta.

Su cuñada estaba siendo muy amable, pero tras el breve momento

de diversión, el ánimo de Philippa volvió a decaer. No había planeado agobiar a Lucius y Selena con su presencia mientras estuvieran en Londres. Tenían que cuidar de su bebé y seguramente no deseaban que una hermana pequeña entorpeciera sus vidas. Pero estaba lo bastante desesperada como para esperar que Lucius dijera que sí.

AL FINAL DE LA TARDE, una criada acudió a su habitación para llamar a Philippa. Ella bajó y encontró a Lucius y Selena sentados en el salón principal frente a un pequeño fuego. Lucius llevaba un manto blanco sobre su abrigo y sostenía a su hijo cerca de su pecho. Quiso burlarse de él por mostrar una imagen tan paternal, pero no se atrevió. El matrimonio había traído un cambio positivo en él y no había necesidad de recordarle lo que había sido antes.

—Pasa. Toma asiento —Lucius señaló hacia una silla. Su tono fue más amable que admonitorio, por lo que Philippa no pensó que estuviera a punto de ser regañada o expulsada. También confiaba en lo que Selena podía lograr en lo que a Lucius se refería.

—María te está presionando para que te cases con el señor Thackery, ¿no es cierto? Creí que el asunto había quedado resuelto la Temporada pasada cuando declaraste que estabas decidida a no hacerlo —entrecerró los ojos, pero Philippa no percibió ninguna molestia dirigida hacia ella.

—Sólo obtuviste mi opinión sobre el asunto a través de mis cartas —después de haber dormido una pequeña siesta, se encontraba descansada y menos angustiada de lo que había estado cuando llegó. Pero el recuerdo de todo el asunto amenazó con oscurecer su humor —. Al parecer, no quedó claro en la mente de María, ni en la del señor Thackery. Todo comenzó casi en cuanto llegué a Londres.

Lucius compartió una mirada con Selena, y Philippa se preguntó si estaría recordando cómo María había intentado mantener separados a su hermano y a Selena. Tal vez fuera así, porque sus siguientes palabras le infundieron valor.

—Bueno, eso no pasará. Y yo tendré algo que decir al respecto.

—Ojalá lo hicieras. No es sólo María, aunque sea la mensajera. Es Charles. Creo que espera ganar más influencia presumiendo de una relación por matrimonio con un hombre que impulsa el Parlamento. Nada puede hacer que María o él lo vean de otra manera —Philippa mantuvo sus ojos fijos en Lucius. Era su única esperanza, pero confiaba en él.

Empezó a mover a Hugh ligeramente de arriba a abajo, y el pequeño soltó un vigoroso eructo. Lucius levantó las cejas.

—Nada mal, amiguito —miró a Philippa—. Por supuesto que

puedes quedarte aquí. No permitiré que mi hermana pequeña sea presionada por María o Charles sobre con quién debe casarse. ¿Por qué no acudiste a mí antes?

Un repentino torrente de lágrimas amenazó con invadirla de nuevo y tragó saliva rápidamente. Había creído que ya había controlado todo deseo de llorar.

—Pensé que podría manejarlo, pero no me imaginaba hasta dónde llegaría María para cumplir su objetivo. Fui capaz de soportar las indirectas, las amenazas e incluso las tediosas fiestas a las que me hizo asistir para cruzarme con el señor Thackery cuando hubiera preferido estar en cualquier otro sitio —levantó la cabeza y vio que su hermano la miraba preocupado—. Realmente pensé que si le dejaba claro que bajo ninguna circunstancia me casaría con él, ella vería lo inútil que era insistir. Pero María es tan testaruda que me prometió a él contra mi voluntad. Parece creer que con un poco de presión de su parte, entraré en razón.

Lucius dejó escapar una risita irónica.

—María no está muy familiarizada con la razón.

Selena se levantó y colocó un manto limpio bajo la barbilla del feliz bebé y luego besó la mejilla de Lucius.

—Hablemos de cómo puedes disfrutar del resto de la temporada, Philippa. Yo no soy una buena chaperona. Incluso si pudiera dejar a Hugh para acompañarte, mi presencia no te haría precisamente simpática ante las matronas de la Sociedad.

Lucius la miró con el ceño fruncido.

—Si alguien tiene algo que decirle a mi esposa, me aseguraré de que me lo digan a mí y no lo repitan.

—Por mucho que agradezca tener un paladín de mi lado, no deseo enfrentarme a la Sociedad —le sonrió con cariño—. Sólo deseo criar hijos y ser una esposa.

Philippa miró por la ventana hacia el cielo cada vez más oscuro y anheló algo a lo que no podía darle nombre. Tal vez era esa breve conexión que había compartido con el señor Blythefield. Era como si su corazón lo presentara ante su mente en un contexto tan acogedor. Era la primera vez que se imaginaba diciendo tales palabras sobre otra persona. Qué cosa más extraña, porque apenas se conocían. Lo único que habían hecho era discutir e intercambiar palabras. Fue hasta hoy que él se había declarado su amigo.

Llamaron a la puerta y a Philippa su corazón dio un vuelco. Era completamente irracional, pero esperaba que fuera el señor Blythefield. Briggs entró.

—La señora María Holbeck.

Lucius compartió una mirada con Philippa. María irrumpió en la habitación, hablando antes de haber entrado del todo.

—Le he dicho a Briggs que suba el baúl de Philippa a la habitación donde se aloja, aunque no sé por qué debería quedarse aquí con vosotros. Madre la dejó a mi cargo.

—Madre no dejó a Philippa a tu cargo para obligarla a un matrimonio forzado. Ella no está desprotegida, María. ¿Cómo pudiste intentar algo tan descabellado?

María se sintió inmediatamente ofendida por sus palabras.

—Desde luego que tengo autoridad para encargarme de esas cosas por ella. Madre me escribió una carta, la cual puedes ver aquí mismo. La he traído conmigo —intentó sacarla del reticule, pero Lucius la detuvo levantando una mano.

—Basta. No importa lo que madre haya dicho. Puede que haya dejado a Philippa a tu cuidado, pero yo soy la cabeza de la familia Clavering. Te digo ahora que nuestra hermana no se casará con el señor Thackery, ni con nadie con quien no desee hacerlo.

Philippa permaneció muy quieta para no llamar la atención. A pesar de la posición de Lucius como cabeza de familia, tenía el temor irracional de que, de algún modo, María ganara y se decidiera su futuro. Cuanto antes se fuera su hermana, y sin ella, mejor.

María parecía estar luchando contra la impotencia de que le hubieran arrebatado el control, pues inspiró, intentando calmar su inquietud.

—Lucius, estás cargando mal al bebé. Estaría mejor acunado en tus brazos que contra tu pecho.

Philippa pensó que Lucius trataba a su hermana con gran templanza, teniendo en cuenta que su hermana nunca había podido ser madre y no tenía ni idea de cómo cargar a un bebé.

—Estoy muy seguro de que tienes razón, pero por ahora está cómodo —miró a Hugh con infinita ternura—. Aun así no te daré permiso para casar a Philippa.

—Charles estará muy disgustado, y no querrás contrariarlo. Es un hombre con una formidable carrera por delante. Y él sabe mejor que tú lo influyente que es el señor Thackery, ya que te niegas a entrar en política. Philippa tendría un brillante futuro por delante si tan solo se casara con él. No puedo imaginar que no quieras eso para ella.

—No, María. No quiero eso para ella, y si Charles desea expresar su descontento, que venga él mismo —suspiró cansadamente y entregó a Hugh en brazos de su madre. Luego se inclinó hacia delante——. Quiero que Philippa se case si eso es lo que desea. Lo siento si esto está más allá de tu comprensión, pero te digo ahora que la propuesta del señor Thackery ha sido rechazada. Philippa se quedará aquí, donde es libre de recibir o rechazar a cualquier pretendiente que la haga objeto de su atención. Si te muestras muy cordial, María, me aseguraré de que no pase el resto de la temporada sin verte. Las

hermanas nunca deben separarse, especialmente cuando están unidas por lazos tan afectivos —pronunció estas últimas palabras con su más profunda ironía.

—Bien —María se levantó, apretando la mandíbula—. No me quedaré a tomar el té. Charles me estará esperando. Qué mala suerte que hayas elegido este camino, Philippa. No esperes que te consuele cuando por fin te des cuenta de lo que has perdido.

Cogió su capa y se dio media vuelta para marcharse. Cogió el pomo de la puerta, pero esta se abrió antes de que pudiera salir. George entró, alzando las cejas con sorpresa en cuanto la vio. María lo miró rápidamente una y resopló antes de salir sin decir una palabra.

George se giró para mirarla con una expresión perdida y luego se volvió para mirar al grupo sentado en el salón principal.

—¿De qué me he perdido?

Philippa se recostó en el sofá. Todo había terminado y estaba a salvo. Eran buenas noticias, y sin embargo… no podía explicarse por qué seguía sintiéndose tan vacía.

18

Jack llegó a Westminster poco antes de las dos de la tarde; por primera vez, su mente no estaba en los asuntos y debates lo aguardaban. *Debería estarlo*, trató de reprenderse, pero sus pensamientos se habían desviado una y otra vez hacia la señorita Clavering, y sentía como si no pudiera descansar hasta saber cómo estaba. Hacía tres días que no la veía. Y aunque empezaba a conocer un poco mejor a Sir Lucius a través de su comité, no se habían reunido esta semana y no podía atreverse a ir a su casa sin anunciarse. Por supuesto, justo cuando *deseaba* verla era precisamente cuando ella no estaba haciendo esas visitas casi diarias a Susan.

Era el momento de centrarse en los negocios. No necesitaba que le recordaran que tenía mucho trabajo por delante. Tenía que demostrarles a los whigs más veteranos que era capaz de liderar el partido atrayendo a su lado el peso suficiente para llevar a cabo la reforma. El señor Whitmore le había recalcado lo intrínsecamente ligados que estaban el cargo y el éxito del proyecto de ley. Si Jack no conseguía reunir suficientes votos, de ambos partidos políticos, para demostrar lo esencial que era la derogación de las Leyes del Maíz para el gobierno inglés, tendría dificultades para demostrar que era apto para ser Líder de la Oposición.

A pesar de su antigua ambición, parecía que un nuevo sueño se acercaba al anterior y se apoderaba de sus pensamientos: la idea de tener una esposa que no fuera una mujer complaciente que se quedara en casa, le diera herederos y no tuviera opinión alguna. No había podido deshacerse de la imagen de la señorita Clavering cuando se la había encontrado aquella tarde. No había pensado ver tanta angustia en un rostro que normalmente estaba lleno de picardía, planes, deleite… un rostro completamente deseable.

Anhelaba tener el derecho de apartarla de su fuente de angustia, pero no tenía ningún derecho. Ni siquiera tenía derecho a saber de qué se trataba. Ya no podía negarse a sí mismo que no sentía por la señorita Sommers la pasión que sentía por la señorita Clavering. La señorita Sommers era admirable; luciría bien del brazo de un político, pero no movía nada dentro de él y empezaba a darse cuenta de que la

señorita Clavering sí lo hacía.

Pero no bastaba con darse cuenta. Necesitaba empezar a buscarla para averiguar si ella sentía lo mismo. Tenía una pequeña esperanza de que el señor Thackery no le hubiera hecho ningún daño si es que ella *había* tenido sentimientos por él, aunque Jack sospechaba que no era así. Sus ojos no se posaban en él ni lo seguían por la habitación cuando estaban juntos. Y sin querer enaltecerse, pensó que cuando la señorita Clavering lo miraba a *él*, sí sentía algo.

¿Podría imaginársela en su vida? *¡Si!* Ella amaba a su hermana. No hizo comentarios despectivos sobre su madre, aunque sabía que su caridad rayaba en la locura. Le recordó el lugar que le correspondía a su padre como cabeza de familia, algo que él había ido perdiendo de vista poco a poco con el paso de los años. Su padre, antaño una persona divertida, amable guía y fuente de información útil, se había convertido en una persona a la que había empezado a considerar insensata. Pero no deseaba tratar de manera tan abominable a su propio padre, y la señorita Clavering le estaba ayudando a darse cuenta de ello. Parecía encajar con tanta naturalidad a su lado. No se inmutaba ante su excéntrica familia.

Se preguntó cuándo se le permitiría llamarla Philippa.

—Jack, aquí estás —el señor Whitmore le hizo una seña desde el exterior de la sala del Parlamento, y Jack acudió de inmediato—. Hay algunos hombres que quiero que conozcas, quienes están sentados en la mesa de la esquina. Sus municipios en Manchester y Yorkshire no tienen tanto peso como los condados con más sedes. Sin embargo, por escasos que sean en número, simpatizan con la causa.

—Por supuesto, señor. Debo decir que no he conseguido el número de votos a favor de la derogación que había esperado. El señor Cummings y Lord Bailey no son fáciles de persuadir. Pero espero que mi cena fije los intereses de aquellos que están indecisos. Si algunos de los terratenientes más influyentes ven lo que supone permitir el libre comercio, podrían convencer a algunos de los otros de que tener una Inglaterra sólida será, incluso a corto plazo, más próspero para nuestro país que proteger los intereses de unos pocos.

—Está muy bien que hayas organizado esta cena. A decir verdad, no estaba seguro de si la llevarías a cabo —le dedicó una sonrisa cómplice—. Y si las historias que he oído son ciertas, Lord Palmer también asistirá.

Esta fue una victoria gratificante para Jack.

—Sí, recibí su confirmación hace dos días. Él sumará al propósito de la cena, y los que están dubitativos sin duda se sentirán atraídos.

—Buen trabajo —puso su mano en el brazo de Jack y lo condujo a una mesa donde dos hombres estaban sentados—. Permítame presentarle a los señores Gibson y Atkinson, de quienes te he hablado.

Están dispuestos a discutir el proyecto de ley. El señor Atkinson está en Londres con su esposa, de quien he oído es la verdadera entusiasta de la derogación del proyecto de ley.

Al salir de Westminster, Jack se sintió más esperanzado de lo que lo había estado en mucho tiempo. Los dos miembros que habían llegado eran conservadores, pero estaban claramente a favor de la reforma. Esto le daba esperanzas de que su profundo deseo se hiciera realidad: un voto mayoritario para abolir las Leyes del Maíz y un nombramiento para el puesto principal de su partido por haber sido el hombre que lo había conseguido. Con un poco de suerte, la cena más íntima e informal en su casa sería el truco para propiciar tal resultado.

AL DÍA SIGUIENTE, Jack regresó a casa después de pasar unas horas en el club, adonde había ido lo bastante temprano para tomar un café y leer tranquilamente. No tardó en darse cuenta de que necesitaba crear su propio espacio si quería tener paz en casa. Ya fuera porque su hermana o su madre necesitaban que alguien las acompañara o porque su padre deseaba hablar de inversiones, la casa de los Blythefield era demasiado caótica para ser un refugio.

Como ya era costumbre, fue primero al comedor para ver cómo iban avanzando las remodelaciones que había encargado. La alfombra, las cortinas y el aparador habían sido sustituidos, e incluso la mesa había sido pulida. Alguien, *tal vez la señorita Clavering*, había cambiado el polvoriento centro de mesa por algo que habían tenido guardado en la biblioteca: un jarrón naranja de la dinastía Ming con asas en forma de volutas a cada lado y relleno de grosellas secas. En las ventanas del fondo colgaban cortinas blancas con borlas y visillos que ocultaban la vista de las construcciones de detrás. La habitación era luminosa y ventilada.

Cruzó al salón y supo, en cuanto puso la mano en el pomo, por los sonidos que provenían desde adentro, que la señorita Clavering estaba allí. *Philippa*. Saboreó silenciosamente su nombre en los labios.

Jack abrió la puerta, inseguro de lo que encontraría dentro. ¿Todavía estaría cubierta de lágrimas o estaría contenta? ¿Quizás contenta de verlo? Entró en la habitación y Philippa volvió hacia él con una sonrisa en el rostro. Al verla, algo en él se relajó.

Jack dio un paso adelante e hizo una profunda reverencia ante ella. La alegría lo hizo volver a enderezarse.

—Señorita Clavering, cuánto me alegro de verla aquí. Espero que se haya instalado —miró a su hermana, inseguro de cuánto sabía sobre la angustia de Philippa.

Ella respondió a su pregunta tácita.

—Sí, Susan sabe que mi hermana y yo nos hemos peleado. Ahora vivo en casa de mi hermano Lucius. Y debo decir que me siento más feliz por ello. Susan me ha enseñado el comedor —arqueó una ceja—. Bien hecho, señor Blythefield.

Las emociones de Jack chocaron. Por un lado, se sintió gratificado por sus elogios, que valían más que los de cualquier otra persona. Por otro lado, no le gustó oírla llamarlo señor Blythefield cuando él ya había empezado a llamarla Philippa en su cabeza. Le sembró la duda de que ella no compartiera el mismo sentimiento.

Por otra parte, difícilmente podía llamarlo Jack sin que hubieran llegado a un acuerdo.

—Jack, el comedor luce realmente precioso. Me sentí tan orgullosa de enseñárselo a Philippa. Piensa en lo bien que lucirá en la cena que vas a organizar —se puso en pie y se acercó a arreglar una de las cortinas, que se había enganchado en la silla cerca de la ventana, estropeando su suave caída.

Jack se llevó las manos a la espalda y se volvió hacia Philippa.

—Sí, en efecto. Como ya dije en Hyde Park, me animé a organizar una cena para intentar conseguir los votos que son más difíciles de conseguir en el entorno formal del Parlamento. Ahora que el salón principal está terminado, y el comedor junto con él, me atrevo a intentarlo.

Philippa estaba a punto de responder, pero Susan soltó un pequeño grito ahogado y se dirigió hacia la puerta.

—Casi lo había olvidado. ¿Me disculpáis, por favor? Debo hablar con la cocinera sobre la cena de esta noche o no la tendremos a tiempo —salió de la habitación.

—Su hermana parece hacer el trabajo de matrona de la casa a veces. ¿Quién será la anfitriona en su cena?

Jack se acercó y tomó la silla más cercana a ella que pudo sin arriesgarse a ser inapropiado. Quería estar a su lado, pero no quería forzarla a un acercamiento inoportuno ni avergonzarla si alguien entraba en la habitación.

—Aún no me he decidido. Debo decir que no tengo experiencia en organizar cenas, pero la señorita Sommers ha estado ayudándome. Es experta en estos asuntos. No sería apropiado que hiciera de anfitriona, ya que no tiene relación alguna, pero está dispuesta a compartir sus conocimientos.

La mirada de Philippa sobre él era desconcertante. Parecía querer preguntar lo que él deseaba soltar. *La señorita Sommers no significa nada para mí*. Por supuesto, ella no podía preguntar y él no podía responder. Por fin, Philippa dejó de mirarlo.

—¿No debería hacer de anfitriona su madre? Parece la elección más adecuada, ya que usted es soltero.

Jack no pudo ocultar del todo su horror ante la idea. Abrió la boca para hablar, pero entonces… ¿cómo podía uno decir que su madre no podía ser una elección apropiada como anfitriona? No podía explicarlo. Ella esperaba una respuesta, así que tenía que intentarlo.

—No estoy seguro de la idoneidad de mi madre en este papel. Ella tiene ideas que no son comunes en la Sociedad. La fiesta que estoy organizando requiere delicadeza, ya que se trata de reunir a hombres con puntos de vista muy diferentes para intentar que lleguen a un acuerdo sobre un proyecto de ley crucial. No puedo arriesgarme a que algo salga mal en esta cena, porque mataría la moción incluso antes de que llegara a votación.

Philippa juntó las manos y frunció el ceño.

—Comprendo su reticencia al respecto. Pero seguramente su madre puede comprender la importancia de este asunto y responder de la manera que usted requiere.

No parecía haber respuesta para esto, y como Philippa parecía querer decir algo más, Jack esperó.

—Pero por lo general soy demasiado comunicativa con mis opiniones. Estoy seguro de que usted sabe lo que es mejor. ¿Ha considerado entonces a Susan para el rol?

Jack estaba empezando a sentir como si las paredes se estuvieran cerrando y estuviera atrapado en una especie de trampa. No era el tipo de sensación que tenía cuando recibía observaciones inoportunas por parte de una mujer joven, o de su madre. Más bien era la sensación de que le estaban pidiendo que hiciera algo que sabía que era lo correcto, pero no se atrevía. Philippa merecía una respuesta sincera.

—Me temo que Susan es demasiado tonta para un rol así —la miró para ver cómo se tomaba la noticia y, cuando ella frunció el ceño, se apresuró a explicarse—. La amo demasiado. Amo a mi madre y a toda mi familia. Pero a veces pienso que no son la imagen de los Blythefield que quiero presentar ante la sociedad. No si deseo alcanzar mi ambición.

Jack se paró de repente, afectado por la sensación de egoísmo y arrogancia que estaba mostrando ante una mujer que esperaba pudiera formar una buena opinión de él.

—Sé que mis palabras, tan indiscretas como son, deben hacerla pensar que soy odioso. Puede ser complicado cargar solo con el peso de la familia. También me doy cuenta de que le estoy hablando con más familiaridad de la que debería.

—No me molesta. De hecho, me gusta esta faceta suya —se rio, y sus mejillas se tiñeron de rosa—. Este lado informal.

Alentado, Jack se acercó y se sentó en el sofá con ella.

—Y confieso que ganarme su buena opinión se ha convertido en un

objeto mío.

Philippa no se apartó (una buena señal) y posó su mirada en él.

—En ese caso, permítame decir que Susan tiene un buen corazón. De hecho, tiene uno de los corazones más puros que conozco. No creo que lo avergüence en su cena, sobre todo si le da instrucciones sobre lo que necesita exactamente de ella. Y creo que la alegría que le causará al pedirle que haga de anfitriona elevará mucho su confianza.

Jack deseaba recuperar la cercanía que habían tenido en el faetón. Este sofá era demasiado grande.

—Sí, creo que tiene razón. Me estoy dando cuenta de mi error al no haber nombrado a una anfitriona. Supongo que, como la señorita Sommers estaba ayudándome, no me fijé demasiado en esa omisión. No tendré más remedio que pedírselo a Susan, pues no tengo otra opción.

—Sé que dijo que su madre no aceptaría el papel. Pero, ¿ella lo quiere?

Jack negó con la cabeza.

—No vendrá a la cena. Se lo pregunté y se negó a asistir. Dijo que sus reformas en las calles son más importantes para ella que cualquier reforma que yo pudiera hacer en el Parlamento.

Jack podría haber mirado el rostro de Philippa todo el día. Sus ojos brillaban, y se arrugaban cuando algo le parecía divertido. Sus dientes lucían como perlas cuando abría la boca para hablar. Y su figura era tan menuda. No delicada, sino compacta. Era el tipo de persona que querrías tener entre tus brazos. ¿Cómo es que no había notado desde la primera vez que la había visto de que no sólo era agradable a la vista, sino que era absoluta perfección?

Había olvidado el hilo de su conversación.

—Puedo entender por qué podría decir esto. La mayoría de las mujeres necesitan un propósito en la vida, y por lo que sé, su madre tiene uno. Eso le da la satisfacción que necesita. Al menos, una parte —después de decir estas brillantes palabras, le sonrió a Jack y luego miró el reloj de la chimenea—. Creo que debería irme a casa, pues se hace tarde.

Se levantó y Jack también se puso de pie. Estaban frente a frente, y ella parecía tan reacia a irse como él a dejarla. Jack mantuvo los brazos firmemente a sus costados para resistirse a hacer algo completamente inapropiado, como cogerla entre sus brazos.

—Señor Blythefield, al conocerlo, me había parecido un hombre frío, carente de pasión.

—¿De verdad? —uno de sus brazos se levantó por voluntad propia y buscó su mano. Cuando ella se la dio, él la sostuvo—. Y ¿qué piensa de mí ahora?

—*Mm* —le dirigió una mirada risueña—. El veredicto está hecho. A

veces creo ver un atisbo de una naturaleza más cálida bajo el exterior glacial, pero está muy bien escondida.

Aunque bromeaba, Jack sintió la urgencia de convencerla de que un corazón más cálido latía en su interior

—No soy un hombre frío —su voz fue ronca y se aclaró la garganta, los sentimientos que se habían ido acumulando en su interior le arrancaron las palabras de los labios antes de que estuviera totalmente preparado para decirlas—. Llámame Jack. Llámame Jack, por favor.

Philippa abrió los ojos de par en par.

—Yo… podría hacerlo, supongo. Yo sólo…

La puerta se abrió y Susan volvió a entrar. Jack soltó su mano y respiró por la nariz. Si tan sólo su hermana hubiera sido más oportuna.

Philippa se apartó antes de que su hermana se diera cuenta de que habían estado tan cerca.

—Mi querida Susan, debo irme. Pero prometo volver a visitarte pronto. ¿Estaba Fernsby en la cocina?

—¿Tienes que irte ya? Sí, Fernsby estaba sentado con la cocinera. Enviaré a Andrew a buscarla.

Abrió la puerta del pasillo pero permaneció a la vista mientras le daba instrucciones al lacayo para que fuera a buscar a la dama de compañía de Philippa. Jack no pudo terminar la conversación, ni saber cuáles eran los sentimientos de Philippa. Si había sido demasiado atrevido, o si ella estaba complacida. ¿Lo llamaría Jack?

Con Susan mirando, hizo una reverencia ante Philippa, y ella le correspondió. Luego se volvió para marcharse. Sólo después de que ella se despidiera de Susan y se marchara, se dio cuenta de que aún no había obtenido permiso para usar *su* nombre de pila.

19

Philippa estaba sentada en tranquilo silencio junto con su cuñada y su sobrino. Susan había enviado una nota esa mañana diciendo que Jack le había pedido que hiciera de anfitriona para su cena. Por supuesto, la señorita Sommers estaría allí, y sería ella quien realmente dirigiera las cosas. Pero Susan daría *la cara* como anfitriona, y se sentía abrumada por el honor.

Philippa confiaba en su amiga, pero sabía que podía ser presa fácil de la duda y que esto sería un reto para ella. Sabía cómo dirigir su propia casa, pero ¿podría recibir a distinguidas figuras políticas de forma que su hermano se viera favorecido? ¿Sería capaz de mantener en secreto sus sentimientos por el señor Merrick? ¿Qué papel tenía *exactamente* la señorita Sommers en el asunto?... En el corazón de Jack.

No creía que la señorita Sommers tuviera realmente un derecho sobre el corazón de Jack. No después de que le permitiera usar su nombre de pila… Se quedó helada al recordarlo. Su corazón volvió a la vida al pensar en su cercanía, en la forma en que le había cogido la mano, en la intensidad de su voz. No, ya no le parecía frío.

Lucius entró en la habitación del bebé y se inclinó para besar a Selena, quien estaba dándole de comer. Arrojó una invitación en el asiento de al lado.

—Milady, estamos invitados a una cena política.

En medio de las ensoñaciones que se apoderaban de Philippa, iba dando puntadas a su bordado, el cual había sido traído en el baúl junto con sus vestidos. No le importaba mucho bordar, siempre y cuando tuviera otras ocupaciones más emocionantes para pasar su tiempo. Ese no había sido el caso en casa de María.

Ella arqueó una ceja.

—¿Asistir a una cena política? Lucius, apenas te conozco. Me cuesta creer que no estés trabajando para conseguir un lugar en esta industria, la cual has expuesto.

—Mills tiene el lugar en mi municipio, y es bienvenido a tenerlo. Como ya he dicho, tengo un interés personal en abolir las Leyes del Maíz y puedo prestar mi ayuda para convencer a los demás diputados

—se sentó frente a Selena y cruzó una pierna sobre la otra, dejando colgar la borla de su bota—. He repasado las cifras, y sin restricciones al libre comercio, los terratenientes podrán vender en las ciudades manufactureras, además de hacerlo localmente. Con una mayor cuota de mercado, deberían ganar más de lo que ganan ahora. Ahora mismo, el precio del grano es demasiado alto y los trabajadores de las ciudades manufactureras no pueden permitirse comprar pan. Es mi objetivo demostrarlo, si puedo, aunque debo decir que no estoy tan seguro como Blythefield de que tal cosa sea fácil de hacer.

Philippa bajó la mirada hacia su bordado cuando oyó el nombre de Jack, temiendo que el rubor que acompañó a los latidos de su corazón la delatara.

Lucius miró con cariño a su esposa.

—Pero volveremos a Mardley tanto si el nuevo proyecto de ley tiene éxito como si no. Tendrán mi opinión y podrán aceptarla o rechazarla. No te tendré aquí sentada, querida, cuando Hugh y tú podéis estar respirando el aire fresco de nuestra finca.

Selena le sonrió y acarició suavemente la espalda de su bebé.

—Esta cena puede resultar tediosa para las mujeres, pero Blythefield hizo bien en invitarlas. Da una sensación diferente, más íntima, que un debate político entre hombres en los Comunes. Con el ambiente adecuado, nos ganaremos a algunos de los indecisos, quienes votan menos por principios y más por quién puede prestarles un servicio. ¿Me acompañarías, querida? Es mañana por la noche.

—Con las exquisiteces que has descrito, ¿cómo puedo negarme? — sus ojos risueños, dirigidos a Lucius, se volvieron pensativos. Después de un momento, dijo—. ¿Puedes ir sin mí? No es que desee separarme de ti, pero si Hugh tiene hambre mientras estoy fuera…

—Hay una nodriza por si la necesitas, como no dejo de recordarte. Pero entiendo que no desees que tu hijo pase hambre —miró a Philippa con una sonrisa que contenía exasperación fingida y orgullo.

—Ni tampoco que llore sin que yo esté aquí para atenderlo — añadió Selena, y luego besó a Hugh, que tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en su madre—. ¿Por qué no te llevas a Philippa contigo? Yo no puedo acompañarla a tantos eventos como a ella le gustaría. Todos la adoran y estarán encantados de tenerla como compañía, en lugar de resignarse a tener su cuñada en su lugar, quien no puede entablar otra conversación más allá de lo bien que come su hijo. Philippa ilumina todos los eventos a los que asiste y necesita que la vean mucho más. Además, los Blythefield son amigos particulares vuestros, ¿no es así?

Philippa sintió cómo se aceleró su corazón de repente cuando Selena le dirigió la pregunta. Estaría interesada en una cena en la que las mujeres fueran invitadas en cierta medida a una discusión política,

pero el hecho de que tal cena fuera en casa de Jack complicaba el asunto. Él no la había invitado precisamente aquel día en el parque. Sólo lo hizo cuando todos los demás hablaron sobre asistir. ¿No le habría extendido una invitación oficial si consideraba esencial su presencia?

—¿María asistiría?

—Lo dudo —respondió Lucius—, Holbeck es firme en su postura, y si Blythefield es listo, sólo invitará a los diputados más moderados a los que pueda convencer.

—¿Y el señor Thackery? —no confiaba en que sus manos se mantuvieran firmes mientras esperaba la respuesta, así que apoyó el bastidor de bordado sobre su regazo.

Lucius apretó los labios y se encogió de hombros.

—No estoy al tanto de todos los que han sido invitados, pero imagino que estará allí porque actúa como el jefe de los conservadores. Pero puedes estar segura de una cosa. No te dirigirá ni una sola palabra o tendré algo que decirle.

Philippa sopesó las consecuencias. Esperaba que su corazón no la engañara al pensar que a Jack le gustaría que asistiera. Pasó la mirada de Lucius a Selena.

—Sí, Susan es una buena amiga mía y me ha dicho que hará de anfitriona en la fiesta.

Selena había estado palpando el paño bajo el bebé en busca de, pero levantó la vista al oír esto.

—¿Susan? ¿No es ella muy joven? Me parece extraño que el señor Blythefield, quien creo que no está prometido, no le pida a su madre que haga de anfitriona. Es un gran papel para que lo asuma una chica tan joven como Susan.

Como Lucius estaba ocupado inspeccionando los paños del bebé y llamando a la enfermera, Philippa no se vio obligada a contestar de inmediato. No deseaba traicionar las revelaciones que Jack le había hecho sobre su familia y la vergüenza que había sentido por ellos. Cuando la enfermera llegó y se llevó a Hugh para cambiarlo, Selena le dirigió una mirada interrogante a Philippa.

—La señora Blythefield está más interesada en la reforma social que en la política. Creo que se considera inadecuada para ser anfitriona en la cena de su hijo.

Lucius se levantó y se sirvió un dedo de brandy.

—Así que mi mujer no vendrá conmigo y tendré que acompañar a mi hermana pequeña a una fiesta. Nada hace más evidente mi soltería que esto.

—Creo que tu soltería se terminó cuando te casaste, Lucius —respondió Philippa en un tono serio.

Él se sentó y le dirigió una larga mirada con tal sufrimiento que

Selena se echó a reír.

—Pobrecito. Es una prueba difícil de soportar, tú que una vez fuiste un buen partido —le guiñó un ojo y lo hizo sonreír renuentemente.

Philippa iría, aunque la perspectiva la inquietaba, sobre todo la idea de encontrarse con el señor Thackery. También sentía una especie de nerviosismo ante la idea de volver a ver a Jack, pero era algo que debía enterrar profundamente hasta que pudiera tener una idea de lo que significaba.

—Asistiré contigo si lo deseas. Me sorprende que recibas la invitación hasta ahora. Tengo entendido que la cena lleva preparándose desde hace varias semanas.

—Sí, y he sido negligente —Lucius tragó el resto de su bebida—. Me había olvidado de la invitación hasta que Blythefield se me acercó en nuestra reunión para preguntarme si iría o no. Le dije que sin duda iría y que llevaría a mi esposa. No le importará que en su lugar vaya mi hermana.

Philippa esperaba que fuera cierto. S u breve encuentro con Jack en su salón principal era algo difícil de recordar. Cuando había cerrado los ojos esa misma noche, su rostro había aparecido en su visión. A la fría luz del día, temía que no hubiera sucedido exactamente como lo recordaba.

—¿Crees que logrará su objetivo?

Lucius se encogió de hombros.

—No lo sé, pero debo ir. Mencionó a Lord Palmer y a una o dos personas importantes más que habían sido invitadas. Esta cena no será un asunto menor. ¿De qué tamaño es la casa de Blythefield?

Philippa dejó su bordado.

—Oh, bastante grande. Tiene el salón y el comedor en la planta baja. Es más grande que la casa de los Holbeck. Creo que podrán sentar a cuarenta comensales.

—¿Tantos? —emitió un suave silbido—. No sabía que el señor Blythefield tuviera medios más que modestos.

—Por lo que tengo entendido, aunque esto es sólo por lo que Susan ha dicho, el señor Blythefield tiene una finca independiente, lo que haría posible una cena así. Y aunque la finca de la familia fue grandiosa en su día, y la casa adosada junto con ella, está llena de deudas y no la mantienen. Susan dijo que la finca Blythefield es tal solo el cascarón de lo que una vez fue.

—Supongo que lo veré por mí mismo mañana. Estaré fuera la mayor parte del día, pero asegúrate de estar lista a las siete —le advirtió—. Estar casado con una mujer que es más puntual que la mayoría de las mujeres me ha mal acostumbrado. No quiero que me mantengas esperando.

—No te preocupes, Lucius. No tengo nada planeado para mañana que me lo impida.

Lucius y Selena iniciaron una conversación sobre una de sus criadas, quien estaba esperando a un bebé y necesitaba ser sustituida, y Philippa volvió a quedarse sola con sus pensamientos. Selena y Lucius nunca dejaban que se sintiera ignorada, pero tenía algunas dudas sobre lo bienvenida que podía ser su presencia cuando ellos tenían cosas más importantes en las que pensar. Rara vez se permitía pensar en la horrible propuesta de matrimonio que había recibido hacía una semana, ¡y por obra de su propia hermana! Pero ahora iba a tener que enfrentarse a aquel hombre una vez más.

Respiró profundamente para tranquilizarse.

—¡Uf! —al día siguiente, Selena se recostó en el sofá mientras otro joven caballero se marchaba después de haber venido a visitar a Philippa. Había seguido los pasos de la señora Yardmouth y sus hijas y se había marchado al mismo tiempo. El salón principal estaba ahora vacío—. Supongo que la *alta sociedad* sabe que ahora vives aquí. No estoy segura de que el salón de mis padres recibiera ni la mitad de las visitas que tú recibes cuando yo estaba soltera.

Philippa sólo podía sentirse alagada por la atención, sobre todo sin María cerca para estropearla. El año pasado, cuando debutado bajo los auspicios de su hermana, había pensado que la Temporada estaría siempre tan llena de alegría como lo estaba ahora. Y el año pasado lo había sido hasta cierto punto.

En retrospectiva, ahora comprendía que María había hecho un esfuerzo extraordinario para presentar a Philippa en su primera Temporada. Sin embargo, cuando rechazó a dos pretendientes que María había encontrado perfectamente aptos, y este año amenazó con disuadir al señor Thackery, María había tirado la toalla. A menos que hubiera un caballero en particular que le interesara para Philippa, sólo le permitía a su hermana asistir a los eventos a los que ella deseaba asistir. Como María no era necesariamente querida por nadie, ni recibía en casa más que a unas pocas visitas, ciertamente, ninguna que fuera del agrado de Philippa, los dos meses en su casa habían sido aburridos hasta el punto de la desesperación.

A pesar de los rudos modales de sir Lucius y del complicado pasado de Selena, que, combinados, deberían ahuyentar a todos los visitantes excepto a los más decididos, había habido un flujo constante de visitas en la residencia Clavering. Las matronas acudían con sus hijas, quienes habían intercambiado algunas palabras con Philippa en diversos eventos, y los hombres venían a cortejarla. Era de lo más

gratificante.

—Siento causarte tantos problemas, Selena. Pero debo decir que no me había divertido tanto desde que me presenté ante la Sociedad el año pasado y era demasiado ingenua para saber que no podía durar con María. ¿No te importa tanto? —frunció el ceño, preocupada por la posibilidad de que su cuñada llegara a molestarse.

Selena se incorporó y limpió una mancha de té que se había derramado sobre la fuente.

—No te preocupes. Me viene bien recordar lo que era estar en la Sociedad, y las personas que te visitan son muy agradables. Supongo que no podré esconderme para siempre.

—No —le sonrió—. Eres demasiado encantadora como para esconderte, y demasiado joven. Además, tus hijos algún día tendrán que presentarse ante la Sociedad, no Hugh, por supuesto. Pero si tienes hijas, necesitarás contactos en Londres para poder introducirlas.

—Sabes, no había pensado en eso —levantó la vista. Su conversación fue interrumpida por el mayordomo, que entró en la habitación. No habían oído que hubieran llamado a la puerta principal.

—Un tal señor Lloyd desea verla —anunció.

Philippa miró horrorizada a Selena.

—Oh, no. No puedo. Es terriblemente aburrido. No debemos recibirlo.

—Querida, difícilmente podríamos rechazarlo. Debe haber visto a los últimos visitantes salir de nuestra casa. No podemos decir que no estamos presentes para recibir visitas —se volvió hacia Briggs—. Haz pasar al señor Lloyd. Pero no sientas ninguna necesidad de apresurarte al hacerlo.

Philippa se recostó en el sofá y se quejó.

—*Ahora* veo la ventaja de haber pasado la temporada con María. Es demasiado antipática como para que alguien quiera visitarla. Casi estoy tentada de volver allí.

Selena se rio.

—Qué cobardía. Creía que tenías más agallas —se inclinó hacia ella, susurrando en voz alta—. Intimidada por un simple pretendiente que resulta no ser uno de los favoritos

Philippa la miró de reojo.

—No has conocido al señor Lloyd —refunfuñó.

El señor Lloyd entró en la sala e hizo una profunda reverencia, primero ante Selena.

—Lady Clavering. Permítame expresarle humildemente mi gratitud por aceptar mi visita de hoy. Aunque aún no nos conocemos, espero que la visita de esta tarde lo solucione —el señor Lloyd se irguió, pero no antes de coger la mano de Selena y estrecharla, dedicándole una

mirada exageradamente entusiasta.

Luego se paró ante Philippa. Detrás de él, Selena la miró con una gran sonrisa.

—Señorita Clavering, por fin puedo cumplir el deseo de mi corazón y visitarla. Cada vez que lo intentaba en la residencia de los Holbeck, siempre me decían que la familia no recibía visitas. Empezaba a temer que no fuera bienvenido.

—N-no —dijo. No era más que la verdad, pero no podía decir tal cosa.

Selena intervino.

—Señor Lloyd, ¿quiere sentarse, por favor? La tetera aún está caliente. ¿Le preparo una taza?

Philippa fulminó a Selena con la mirada, tratando de inculcarle que no hiciera tal cosa o no se iría nunca. Selena le devolvió una pequeña sonrisa.

—Sería muy amable de su parte —se sentó y cogió la taza que ella le ofreció. La colocó sobre la mesa, a su lado, e hizo un campanario con sus manos, el cual abrió y cerró mientras Selena y Philippa esperaban a que hablara—. No sé si ha tenido la costumbre de visitar los monumentos más impresionantes de Londres, señorita Clavering.

Cada vez que el señor Lloyd abordaba un nuevo tema de conversación, Philippa nunca podía suponer de antemano cuál podría ser. Esto no contribuía en absoluto a su conversación, porque siempre era pesada y hablada de tal manera que la convencía de que había preparado su discurso. Cualquier sentimiento de compasión que pudiera sentir por alguien tan torpe se disipaba rápidamente cuando su discurso se convertía en un monólogo imposible de interrumpir.

Ella negó con la cabeza, y él pareció gratificado al ver esto.

—Bueno. He traído una guía de los lugares de interés de Londres; no es que no sepa ya bastante sobre el tema, pero están esos pequeños detalles, ya sabe, los más ocultos que son un deleite para el oyente. Usted, señorita Clavering, no es de la ciudad, como yo, y creo que debería ver todos los monumentos famosos para estar bien informada sobre los temas de conversación que surgen en la alta sociedad.

Acarició el libro que había estado sosteniendo discretamente en una mano.

—Durante el tiempo que no he podido visitarla, me he tomado la libertad de volver a familiarizarme con todos los lugares importantes que se mencionan en el libro. Y he apuntado algunas notas sobre cada lugar con hechos y cifras que deberían cautivar a cualquiera, con la esperanza de poder persuadirla… —la observó, y su mirada hizo evidente que una aprobación entusiasta ante su sugerencia era la única reacción apropiada—. He hecho arreglos para que podamos visitarlos todos, a partir de mañana. Como no hay ningún

acontecimiento del que tenga conocimiento esta noche que pueda fatigarla, siendo el sexo débil, y por tanto posponer nuestra misión, estoy seguro de que estará bien descansada para comenzar nuestra aventura mañana.

—Disculpadme —Selena se levantó y se volvió de repente hacia el escritorio, dándole la espalda a Philippa y su visitante—, acabo de recordar que hay algo que debo… —su voz sonó entrecortada, pero Philippa detectó un temblor de risa en ella.

¿Cómo se atrevía Selena a abandonarla?

Afortunadamente, cuando la capacidad de Philippa para contener su ira se estaba disipando rápidamente, se oyó un golpe en la puerta principal, la cual se abrió de inmediato y fue seguida por el sonido de la voz de George. También reconoció otras voces, y sus hombros empezaron a relajarse al distinguir quiénes eran.

El señor Lloyd se giró en su asiento, con la espalda rígida, frunciendo el ceño ante el ruido que estaba interrumpiendo la propuesta de sus planes. La puerta se abrió y entró su hermano, luciendo un poco despeinado y sus ojos iluminados por el exterior.

—Buenas tardes, Selena. Philippa. He traído a mis amigos para que os hagan compañía. Bueno, a Duck no, claro. El médico dice que estará en cama un mes más, e incluso entonces sólo caminará con un bastón. Pero Amos, Evans y Robert están aquí. Sabía que querríais verlos.

Los tres caballeros entraron y e hicieron una reverencia ante Selena y Philippa. George saludó al señor Lloyd de una manera más seria, luego se volvió hacia Philippa y sonrió. Ella le lanzó una mirada recriminatoria.

Los hombres se sentaron y Selena, después de haberse tranquilizado lo suficiente para volver a su círculo, vio que cada uno de ellos estaba cómodamente instalado. George y los tres visitantes más recientes ocuparon todos los asientos que quedaban en el círculo, hablando sin cesar, de modo que el señor Lloyd ya no pudo articular una sola palabra.

—Lady Clavering —dijo Robert Whitmore, después de que Selena le sirviera una taza de té—. Creo que asistirá, si no me equivoco, a la cena organizada por el señor Blythefield. Vi su nombre y el de sir Lucius en la lista. Al parecer, el señor Blythefield decidió que la fiesta tendría más éxito si se contaba con la presencia de las damas, y me parece que está en lo correcto.

Selena se sentó y metió los pies calzados de satén bajo la silla.

—Fui invitada, pero Sir Lucius y yo decidimos que no asistiré. Philippa irá en mi lugar.

—¿De verdad? —Whitmore miró a Philippa—. Siempre se muestra cabizbaja cuando la señora Holbeck la lleva a las fiestas políticas. ¿No

cree que este será un evento aburrido?

—No veo cómo puede serlo —respondió—, mi amiga Susan estará presente, la hermana del señor Blythefield. Además, si no me equivoco, se hablará de los efectos negativos de poner fin al libre comercio y del movimiento de derogación. Me gustaría escuchar la conversación y entender mejor el tema.

—Las mujeres no deberían… —empezó el señor Lloyd.

—Apenas puedo creer lo que escucho —dijo George, llevándose un merengue a la boca. Se lo tragó—. Tú, siempre tan voluble. Es difícil imaginar que un tema así pudiera interesarte.

—Bueno, George, si pasaras un poco más de tiempo conversando conmigo viéndome como una mujer sensata y no como una voluble hermana pequeña, podrías haberlo descubierto por ti mismo.

Matthew se volvió hacia ella.

—¿Quién será la anfitriona de la cena?

Philippa le sonrió. Aún estaba bajo los efectos del amor.

—Creo que Susan, la hermana del señor Blythefield, será la anfitriona. Su madre tiene algún otro proyecto que no puede dejar de lado —al oír eso, Matthew asintió y apoyó su barbilla en la mano.

La conversación giró en torno a otros eventos de la Sociedad en las próximas semanas, y especularon sobre cuáles podrían ser un éxito. El señor Lloyd abrió la boca para hablar más de una vez, pero George o alguno de sus amigos se apresuraba a llenar el silencio para que no lograra intervenir.

Philippa estaba agradecida. George no podía haber sabido que el señor Lloyd había oscurecido el umbral de su puerta en el momento exacto en que casualmente había llegado con sus amigos, pero pensó que tal vez intentaba compensarla por no haberle proporcionado suficiente protección frente al señor Thackery. Ya se había disculpado cuando se había enterado de que se había mudado a casa de Lucius, y ella lo había perdonado. A pesar de todo, no estaba segura de que él hubiera actuado de manera diferente si le hubieran dado una segunda oportunidad. Aún era joven. Philippa sospechaba que no llegaría a preocuparse realmente por las necesidades de los demás hasta que él mismo hubiera sido tocado por la flecha de Cupido y no pudiera pensar en nada más que en *una* mujer. Estaba deseando que llegara el día en que pudiera ser testigo de ello.

Aunque el señor Lloyd había sobrepasado por mucho su hora de bienvenida, George se negó a marcharse hasta que pudo acompañarlo personalmente fuera de la casa. Había empezado tarde, pero Philippa pudo por fin empezar a arreglarse para la fiesta y, cuando Lucius le hizo saber que la estaba esperando, se apresuró a bajar las escaleras con sólo diez minutos de retraso.

Dentro del carruaje, Philippa jugueteaba con sus manos. Suspiró y

reclinó en el asiento, mirando las calles oscuras mientras las atravesaban.

—Con esa expresión tan pesimista, empezaré a pensar que no deseas acompañarme —dijo Lucius—. Y yo que pensaba que disfrutarías de una fiesta organizada por tu amiga y su hermano.

—No lo sé, Lucius —volvió ligeramente la cara hacia la ventana al percibir un aroma de flores de tilo en la brisa primaveral—. Sé que en esta cena debo encontrarme con el señor Thackery por primera vez desde que rechacé su propuesta. No lo espero con muchas ansias. Si tan solo fuéramos mi amiga y yo cenando juntas.

—¿Y su hermano? —dijo levantando una ceja.

Philippa lo miró de reojo, sorprendida por su comentario. No había creído dar ninguna pista sobre su creciente curiosidad por el señor Blythefield, a menos que Selena hubiera intuido sus sentimientos y se los hubiera comentado a Lucius. Por mucho que Philippa amara a su hermano, él rara vez se fijaba en algo que estuviera más allá de la punta de su nariz.

—Quiero mucho a Susan —respondió con firmeza. Eso lo pondrá en su sitio. No estaba dispuesta a revelarle si su curiosidad por el señor Blythefield la había llevado a sentir una emoción más profunda. Aunque, si se atrevía a examinar su propio corazón, probablemente tendría que admitir que su corazón ya estaba perdido.

20

La señorita Sommers había llegado, como estaba previsto, poco antes de que empezara la fiesta. La acompañaba su madre, quien había prometido mantenerse al margen y dejar que los jóvenes se prepararan. La señora Sommers sería de ayuda cuando llegaran algunas de las esposas de los diputados, ya que era experta en estos eventos, y también compesaría el número ya que el señor Gibson había llegado sin su esposa.

Jack estaba más nervioso de lo que solía estarlo incluso antes del debate parlamentario más desafiante. Se había asegurado de que sus padres estuvieran ocupados, para que no hubiera ningún incidente que pudiera frustrar sus planes y avergonzarlo. Para ello había sido necesario un poco de delicadeza. Su padre había estado trabajando tranquilamente ese mismo día y, aunque su rostro había lucido un poco exultante y sus ojos excesivamente brillantes, le había asegurado a Jack una vez más que estaría perfectamente bien con una cena tranquila en su estudio.

La madre de Jack se había marchado dos horas antes, portando una actitud guerrera mientras se dirigía a una de sus misiones. Él había estado demasiado preocupado cuando ella le había dicho de qué se trataba. Sólo sabía que el último proyecto de su amiga había despertado entusiasmo en ella. Jack no se había molestado en ponerse en contacto con su hermano, ya que había dejado claro que Christopher no era precisamente bienvenido.

La señorita Sommers pasó el dedo por los nombres, ya que no había visto la lista definitiva.

—Aquí tiene a los Morris. Lord y Lady Palmer. Sir John no traerá a su esposa, lo cual no es ninguna sorpresa. Ella nunca asiste a ningún evento que tenga un tufillo a política. El señor Whitmore, el mayor, excelente. Edward Zachary y la señorita Fairfax. Apenas comprometidos, y asisten juntos a una cena política. Los aplaudo. El señor y la señora Grunden. Lord y Lady Harrowden… —miró a Jack con intriga—. ¿Quiénes son los Harrowden?

Jack había invitado a Lord Harrowden después de haberlo conocido en el Parlamento, pero no sin pensárselo dos veces,

conociendo el desagrado de Philippa. Lord Harrowden era un voto después de todo. Y después de hablar con él, lo consideró como algo probable, si se le podía persuadir. Parecía no tener aún ideas firmes sobre el proyecto de ley.

—Lord Harrowden ganó recientemente un escaño, y muestra interés en la reforma. Me pareció prudente invitar a cualquiera que pudiera ser persuadido, y aún mejor, votar a favor.

—Ya veo —hojeó el resto de la lista antes de dejarla sobre el escritorio y atender a los criados contratados encargados de los refrigerios.

Jack sabía que las personas no tardarían en llegar.

—¿Te gustaría ver los cubiertos?

Ella asintió y él la condujo al comedor. La señorita Sommers estaba vestida con un reluciente vestido verde que le iba muy bien a su tez, y lucía exquisita esta noche. Se acercó a la mesa en la cual había treinta y ocho cubiertos y examinó las cartas una por una, para ver quién estaría sentado al lado de quién.

Los cambios en el comedor daban un toque más moderno y creaban un ambiente de convivencia. Jack, mirando a su alrededor, exhaló y se obligó a relajarse. Susan le había dicho que Philippa había sugerido colocar cerca de cada plato arreglos florales que flotaran en pequeños cuencos de cristal con agua. Tuvo que admitir que el gusto de Philippa era infalible. Los sirvientes acababan de encender las velas de la mesa, las cuales se reflejaban en el agua y la hacían brillar.

—No encuentro ningún defecto aquí —dijo la señorita Sommers—. Ha pensado mucho en la colocación de los lugares, pues no era fácil determinar qué diputado tendría más probabilidades de influir o ser influido. Debo decir que para algunos no siempre es algo seguro a simple vista. Es perfecto. ¿Le ayudó su hermana? Es como hubiera contado con el tacto de una mujer.

—Susan hizo el trabajo, pero recibió sugerencias de su amiga, la señorita Clavering —tuvo el repentino impulso de hacer algo y fue a mover una silla que había quedado perfectamente colocada.

Ante su comentario, la señorita Sommers esbozó una cortés sonrisa y lo dejó pasar sin hacer ningún comentario. La puerta del salón se abrió y Susan entró.

—¿Cómo se encuentra? —hizo una reverencia ante la señorita Sommers—. Vi a su madre sentada en el salón y le ofrecí que un lacayo le llevara algo de beber, pero dijo que no necesitaba nada. Es bonito, ¿verdad? ¿La mesa y el salón?

—Sí, lo es —examinó a Susan y pareció dudar antes de decir—. ¿Es esto lo que llevará puesto, señorita Blythefield?

Ante las palabras de la señorita Sommers, Jack dirigió su mirada hacia el vestido de Susan, el cual le había confiado que había sido

elegido con la ayuda de la señorita Clavering. Su vestido era modesto, pero de un color más brillante que el que él le había visto nunca. No estaba seguro de si era demasiado brillante para una chica que había debutado a una edad tan temprana, pero tenía que admitir que lucía bien en ella.

—Lo es… Es decir, había pensado… —sus mejillas se tiñeron de rojo mientras miraba hacia su vestido.

La señorita Sommers caminó hacia ella y puso una mano en el brazo de Susan, inclinando la cabeza con suave condescendencia.

—*Es* precioso, y en otra persona se prestaría perfectamente para la ocasión. Pero como todavía no está casada y no te has presentado ante la *alta sociedad*, tal vez sea una elección atrevida. Si me permite una sugerencia, es mejor que lleve algo más pálido para que no llame tanto la atención.

Susan se sonrojó aún más y le dirigió una mirada arrepentida a Jack.

—Ya veo.

Al ver el disgusto en el rostro de su hermana, Jack sintió un impulso protector.

—Señorita Sommers, le agradezco su consejo, pero como Susan no sólo asiste sino que es la anfitriona, creo que el color es perfectamente apropiado para el evento.

Susan la miró con agradecimiento.

La señorita Sommers apretó los labios antes de responder.

—Por supuesto, usted lo sabrá mejor. Perdone mi intromisión.

—No se preocupe —dijo Jack, resentido, pero no deseando ser malagradecido por su ayuda—. Después de todo, está aquí como guía, y valoro su opinión. Pero los invitados llegarán en cualquier momento y Susan tiene que estar aquí para recibirlos.

Hizo un gesto hacia el salón, donde la señora Sommers estaba sentada y aparentemente contenta y esperando a que comenzara la fiesta. Jack les acercó una pequeña copa de jerez a cada una de las tres mujeres, incluida su hermana, cuyos ojos se abrieron de par en par.

—Eres la anfitriona de este evento —murmuró—. Como tal, puedes tomar una pequeña copa de jerez antes de que la velada comience. Pero nada de champán ni nada más fuerte, y sólo un poco de vino en la cena, claro.

Ella negó con la cabeza y sonrió, luciendo muy joven.

—Oh, no, Jack.

Jack inspiró profundamente y miró hacia la puerta. Como si hubiera sido ensayado, llamaron a la puerta y le indicó a Susan que se pusiera a su lado mientras los invitados comenzaban a llegar, siendo el señor Whitmore y su esposa los primeros en hacerlo. Su hijo Robert

llegó por separado, pero no mucho después.

Susan saludó a los Whitmore y a la siguiente pareja en llegar con una elegancia natural, y Jack se sintió orgulloso de ella. Cuando llegaron el señor Thackery y el señor Merrick, los saludó a ambos con igual distinción, aunque sus ojos se iluminaron al ver al señor Merrick. Su hermana parecía haber dejado de lado su timidez para desempeñar el papel de anfitriona. Lo estaba haciendo admirablemente.

La afluencia de invitados fue tan constante que el salón se llenó a la media hora. El anciano señor Whitmore se acercó a la puerta para saludar a Lord y Lady Palmer y acompañó a Lady Palmer a conocer a su esposa. Jack echó un vistazo al salón y vio que todo el mundo hablaba cómodamente y que los criados mantenían llenas las copas de todos. Todo iba perfecto.

Jack le dijo a Susan que podían abandonar su puesto, y se paseó por la sala, entablando conversaciones entre los caballeros, (los que se mostraban apasionados por la causa coincidían con los que se mostraban aún más reticentes) saludando a las mujeres y supervisando a los sirvientes.

Mientras escuchaba algunas de las discusiones, descubrió que, sorprendentemente, la cuestión no estaba claramente dividida por partidos. Algunos conservadores eran más partidarios de abolir la ley que los whigs. Lord y Lady Harrowden mantenían una entretenida conversación con el señor Thackery y el señor Merrick, y Jack se detuvo, preguntándose si ese era un grupo que beneficiaría a la causa o la obstaculizaría. No podía estar seguro de la postura del señor Thackery, ya que había cambiado de opinión desde la primera vez que habían hablado de ello. Si un hombre podía cambiar una vez, podía volver a hacerlo.

Era difícil ser el anfitrión, descubrió Jack, mientras miraba alrededor de la habitación y trataba de discernir si todos los invitados habían llegado y si tenían todo lo que necesitaban. Sería más fácil si pudiera confiar en que Susan estaba a la altura de las circunstancias. Estaba de pie, algo incómoda, cerca de la puerta, como si no se atreviera a participar en ninguna de las conversaciones. La señorita Sommers se acercó a su lado y Jack le sonrió distraídamente. Estaba demasiado preocupado para pensar en entablar conversación, y ambos levantaron la vista cuando se abrió la puerta.

Shanks anunció:

—Sir Lucius Clavering, la señorita Philippa Clavering.

Su corazón se detuvo cuando oyó anunciar el nombre de Philippa y ésta entró detrás de su hermano. Comenzó a avanzar hacia ellos, la inesperada sorpresa tiró de sus labios hacia arriba. Saludó a Sir Lucius, luego se volvió hacia Philippa y e hizo una reverencia.

—No esperaba tener el placer de tenerla aquí esta noche.

Sus ojos centellearon cuando le sonrió.

—Eso es porque había rechazado su amable invitación en Hyde Park, como bien sabe. Espero que no le importe que haya ocupado el lugar de mi cuñada, pues aún no está preparada para reincorporarse a la sociedad.

Sir Lucius rodeó los hombros de Philippa con el brazo.

—Esperaba que fuera una grata sustituta para Lady Clavering. Aunque me disculpo por no haber corregido la información antes.

—No se preocupe —le sonrió a Philippa—. Mantiene el número de mis invitados parejo y la velada interesante —este pequeño flirteo lo dijo de corazón, y se le escapó antes de que pudiera moderar sus palabras.

Tras lanzarle una mirada curiosa, Sir Lucius se excusó para saludar a Robert Whitmore, y Jack empezó a levantar el brazo para acompañar a Philippa hasta Susan, pero se lo pensó mejor. La señorita Sommers los estaba observando y se dio cuenta de que la había dejado sola.

—¿La acompaño junto a Susan?

Philippa asintió.

Se dio cuenta de que se había puesto un poco pálida cuando vio al señor Thackery al otro lado de la habitación. Estaba dispuesto a echar a ese hombre si le causaba algún problema a Philippa, pero difícilmente podría ocuparse de algo así cuando ella no había compartido los detalles de su relación con el señor Thackery.

Susan no dejaba de mirar al señor Merrick al otro lado de la habitación, quien no le había prestado atención a Susan en absoluto, aparte de su saludo inicial. Jack se preocupó al ver que el humor de su hermana decayó. Esto es completamente inaceptable. La cena estaba en una situación precaria, ya que se celebraba en casa de sus padres, que ya era uno de los hogares más inusuales de la sociedad londinense. Si Susan tenía una crisis mientras era la anfitriona, sería el fin.

—Philippa está aquí —dijo en tono conciliador antes de darse cuenta de que había utilizado su nombre de pila. Esperaba no haberlo dicho tan alto como para que lo oyeran los demás invitados y, afortunadamente, Philippa no pareció tomárselo a mal.

Philippa pasó su brazo por el de Susan, y Jack la oyó susurrar.

—No le hagas saber que esperas llamar su atención. Ven. ¿Me enseñas cómo lucen las flores en el comedor?

Jack las vio alejarse y, de repente, el éxito de la fiesta pareció más probable, como si un viento fresco de esperanza prometiera la victoria. Una vez resuelta esa preocupación, se volvió para evaluar qué grupo se beneficiaría más de su atención y se decidió por el recién llegado, Lord Harrowden. Su voto era el menos seguro, pensó.

Lord Harrowden hablaba ahora con el señor Atkinson, flanqueado por Robert Whitmore.

—A pesar de mi entusiasmo inicial por la reforma, me asalta la sospecha de que la abolición del libre comercio animará a la gentuza de este país a pensar que pueden tener lo que quieran cuando quieran. Empiezo a creer que los precios del grano deberían seguir fijados por las manos de los terratenientes, quienes pueden juzgar mejor el excedente o el déficit.

Jack intercambió una mirada con Robert. Sabía eso no auguraba nada bueno y lamentó su impulso de invitar a los Harrowden, sobre todo después de que Lady Harrowden hubiera conseguido acorralar a Jack y flirtear escandalosamente con él cuando había ido a dar instrucciones a los criados para que llevaran más velas. Ahora, su apuesta de que Lord Harrowden sería otro voto a favor de la derogación se estaba volviendo en su contra, ya que su voz sonora consiguió atraer al señor Thackery y a lord Palmer a la conversación.

—Además —continuó Lord Harrowden—, no podemos dejarnos influir por algunos unionistas descontentos que quieren algo más que comida en la mesa: quieren ser como nosotros. Tampoco podemos ceder a la presión de los dueños de las fábricas.

Jack entrecerró los ojos mirando a Harrowden. El hombre parecía estar disfrutando de toda la atención. ¿Y qué sabía él? Ni siquiera había asistido al Parlamento en toda la sesión. *¿Por qué lo he invitado?*

—Sé de buena fuente —continuó Harrowden—, que los propietarios sólo quieren abolir la ley para que el pan sea más barato y los dueños de las fábricas puedan pagar menos a sus trabajadores —esto fue respondido con un estallido de argumentos—. La mayoría del Parlamento está en contra de la moción por una razón. Si no mantenemos las leyes y las decisiones en manos de caballeros, el país corre el riesgo de ser invadido por salvajes.

¿Con qué autoridad lo dice? se preguntó Jack. ¿Se habían infiltrado en su cena hombres que aparentaban simpatía sólo para aparecer con la misión de oponerse a la reforma?

El anciano señor Whitmore había estado escuchando en silencio, pero ahora alzó la voz por encima del tumulto.

—Comprendo sus reservas, lord Harrowden. Los doctos caballeros reunidos esta noche —se tomó un momento para recorrer a la pequeña multitud con una mirada bondadosa—, están lejos de ser la gentuza de la que hablaba, como debe ser capaz de ver por sí mismo. Muchos de ellos tienen años de experiencia en la política, y las ideas que estamos debatiendo esta noche son por el bien del país. Y, sin embargo, encuentra entre nosotros muchos partidarios de derogar el proyecto de ley —señaló a Jack a su lado—. El propio señor Blythefield es un respetado terrateniente y, aunque es whig, tiene

muchas ideas conservadoras. No propondría nada radical o perjudicial para Inglaterra o para los cimientos civiles sobre los que estamos parados. Al contrario, lo ha invitado aquí…

Un ruido extraño llegó del pasillo, interrumpiendo el discurso del señor Whitmore. Jack se volvió hacia él, un poco molesto y alarmado. Sus criados sabían lo importante que era esta cena. No lograba descifrar qué podía ser ese sonido y miró hacia la puerta, la cual estaba cerrada. El ruido se hizo más fuerte, y no era una sola voz, sino varias. No eran los gemidos que había pensado al principio, sino cantos. Otra voz se unió.

—Disculpen, caballeros. Debo ocuparme de este alboroto.

Se dirigió hacia la puerta y cruzó miradas con Philippa, quien parecía tan alarmada como él. Comenzó a caminar hacia él. No era sólo un canto lo que estaba oyendo, sino el canto de una persona *ebria*.

Llegó a la puerta al mismo tiempo que él.

—Permítame que lo ayude —susurró. Jack apenas asintió mientras se apresuraba a entrar en el pasillo, seguido por Philippa, y cerraban la puerta tras de ellos.

La primera persona que se encontró con su atónita mirada fue Matthew Evans, flanqueado por otros tres hombres de aspecto poco distinguido. Jack, furioso, extendió la mano para coger a Evans del brazo, pero se detuvo al ver la expresión del hombre. El señor Evans no parecía estar bajo ninguna influencia. Más bien tenía una expresión arrepentida en el rostro.

—¿Qué *demonios*? —murmuró Jack.

El señor Evans no tuvo oportunidad de responder, porque los tres hombres, de quienes Jack percibió ahora que vestían ropas toscas y remendadas y apestaban a algún licor casero y a hábitos higiénicos cuestionables, lo rodearon. El canto se interrumpió cuando los hombres miraron a Jack y Philippa vestidos con sus mejores galas. La madre de Jack fue la última en entrar por la puerta.

¿Dónde estaba Shanks? No es que hubiera podido hacer nada contra esa multitud, con lo viejo que era. Jack estaba desconcertado por el acontecimiento sin precedentes y paralizado por lo que significaba para su cena.

A través del ruido de carraspeos y pies arrastrándose, sonó la clara voz de Philippa.

—Buenas noches, señor Evans, y a todos. Buenas noches, señora Blythefield. Propongo que pasemos a otra habitación mientras decidimos de qué manera podemos ayudar.

Jack se puso en guardia. Eso mismo. Su padre estaba en su estudio, pero tal vez en la biblioteca.

—Jack —la señora Blythefield lo cogió del brazo—. Esto es lo que

he estado tratando de decirte. Os estoy dando la oportunidad de ver por vosotros mismos los efectos que la falta de un salario adecuado puede tener en un hombre.

—Sí, madre. Pero discutamos esto en la biblioteca.

Philippa sólo parecía estar esperando sus palabras, porque avanzó rápidamente hacia la biblioteca; una de las ventajas de haber pasado tanto tiempo con Susan era que sabía dónde estaba.

—Señora Blythefield, veo que aquí hay un fuego cálido que seguramente le hará mucho bien. Matthew, ¿ayudarías a estos hombres a entrar?

Para alivio de Jack, esto fue precisamente lo que hizo el señor Evans. Pronto tuvo la satisfacción de cerrar la puerta tras ellos en la biblioteca y eliminar del pasillo todo sonido, pero no toda suciedad. Shanks salió del comedor, sin aliento.

—Haz que alguien limpie este desastre —susurró Jack antes de entrar en la biblioteca.

Dentro, su madre señaló a la banda de borrachos con un ademán ostentoso—. Jack, te presento al señor Smith, al señor Orwell y al señor Nebitt.

Silencio. Los miró a cada uno y nadie emitió sonido alguno. Los señores Nebitt, Smith y Orwell se quitaron sus caperuzas, y uno de ellos se tambaleó sobre sus pies. Otro le rodeó la espalda con el brazo para estabilizarlo. Jack abrió la boca sin pronunciar palabra. De todos los escenarios que se le habían pasado por la mente al imaginarse esta velada, incluida una pícara visión de besar a Philippa cuando entrara por la puerta, éste no era uno para el que hubiera estado preparado.

Jack se giró cuando se abrió la puerta, pero sólo vio a sir Lucius entrar en la habitación.

—Pensé que podría ser de ayuda.

La madre de Jack puso su mano sobre el hombro de uno de los hombres.

—Si esto no te persuade a unirte a la Sociedad para la Supresión del Vicio, no sé qué lamentable escena podría hacerlo. Con una asamblea tan influyente reunida en un solo lugar, la bondad de su corazón, estoy segura, incitará a los caballeros del salón a ayudar en esta causa.

Jack se acercó a ella.

—Madre, este no es el lugar —dijo en voz baja.

Philippa también se acercó.

—Señora Blythefield, hace lo correcto al ocuparse de sus necesidades —sonrió amablemente hacia los tres hombres quienes permanecían de pie dentro de la habitación—. ¿Pero no deberíamos llevarlos a la cocina, donde podrían ser alimentados? Y me pregunto si los sirvientes tendrán algo de ropa sobrante para que puedan asearse.

¿La acompaño?

—No —dijo Jack, mientras caminaba hacia ellas. No podía permitir que la señorita Clavering fuera en compañía de hombres tan rudos—, no creo que lo entienda.

Sir Lucius se caminó hacia él y puso una mano en su brazo.

—Yo iré. ¿Matthew? —señaló al señor Evans, quien asintió. Jack tendría que averiguar más tarde qué había tenido que ver Evans en todo este asunto.

Sir Lucius se volvió hacia los tres hombres.

—¿Vamos? —dijo, mientras los acompañaba a la salida.

Philippa se acercó a la madre de Jack y le rodeó la cintura con el brazo.

—Debe estar exhausta después de tan noble esfuerzo. Ahora que los hombres tienen sus invitados bajo su cargo, ¿la llevamos adonde los sirvientes puedan atenderla? Estoy segura de que un poco de té le sentará bien.

—Vaya que sí, *estoy* bastante cansada —dijo—. Sí, creo que es una buena idea.

Ahora que la parte más difícil de su misión había pasado, su madre parecía derrumbarse por el esfuerzo. Jack mantuvo la puerta abierta mientras Philippa llevaba a su madre hacia la escalera. Un criado estaba limpiando los últimos restos de barro del pasillo, y el único sonido que había era la conversación que provenía del salón principal.

Jack se acercó a la puerta y se dio cuenta de que estaba temblando. Exhaló lentamente, se enderezó y abrió la puerta. La conversación cesó cuando entró y todas las miradas se volvieron hacia él.

—Mis disculpas, damas y caballeros, Lord y Lady Palmer. Sólo eran unos pordioseros borrachos, que entraron cuando mi mayordomo estaba en el comedor. Ya se han ocupado de ellos.

21

Philippa acompañó a la señora Blythefield escaleras arriba, donde la llevó a su habitación. Sorprendentemente, no le pareció extraño estar en sus aposentos privados, y como la mujer mayor no pareció incomodarse por la repentina familiaridad, Philippa decidió que no le daría más vueltas. Permitió que la ayudara a quitarse la capa y la ayudara a sentarse en la silla junto al fuego.

Se sentó soltando un suspiro.

—Gracias, querida —un lacayo debió de haberle avisado a su criada, quien no tardó en llegar con agua caliente.

Philippa se apartó para que pudiera colocarla cerca del lavabo.

—Estoy segura de que le apetece un poco de té, ¿no es así?

La señora Blythefield asintió, y Philippa se volvió hacia la criada.

—¿Serías tan amable de traer té y bocadillos para su señora? Me quedaré aquí con ella hasta que regreses.

La criada hizo una reverencia y se marchó, y Philippa se sentó en la otra pequeña silla colocada junto al fuego, el cual no emitía calor. No se le ocurrió pedirle a la criada que avivara el fuego, pero había suficientes brasas como para que ella pudiera añadir un tronco y encender una pequeña llama.

—Permítame que la cubra con esta manta. Debe estar muy cansada por sus esfuerzos.

La señora Blythefield se lo permitió y jugó con los flecos de lana de la manta.

—Esta noche ha sido particularmente agotadora, es cierto. Traer a estos hombres a mi casa no era algo que hubiera planeado hacer. Estaba con el señor Draper, quien forma parte del comité, y cuando vi lo mucho que los hombres necesitaban algo caliente que comer, lo insté a que ayudara. Pensábamos llevarlos a nuestra cocina, pero había olvidado que los criados estarían todos ocupados esta tarde —bostezó.

—¿Cómo llegó el señor Evans con usted? —preguntó. Esto era algo que había estado rondando por su mente. Era la última cara que había esperado encontrar esa noche, y en tales circunstancias.

—El señor Evans fue muy amable. El señor Draper estaba

ayudando a uno de los hombres, quien estaba un poco… bueno, es decir, había bebido demasiado. El hombre hizo que el señor Draper se cayera y se lastimara el pie. Tuvo que llamar a un conductor para volver a casa, así que me quedé con los tres hombres. No tenía ni idea de cómo iba a ayudarlos —juntó las manos y le sonrió a Philippa—. Fue pura casualidad que el señor Evans me encontrara en medio de este predicamento. Dijo que volvía a casa de una fiesta y se detuvo porque me reconoció. ¡Es todo un caballero! Me preguntó si necesitaba ayuda, y admito que había pensado que podría arreglármelas cuando salimos del bar, pero cuidar de tres caballeros no es fácil cuando no se tiene apoyo. Fue muy oportuno que el señor Evans llegara justo en ese momento.

—Ya veo —se volvió para estudiarla. No podía ver ningún parecido con Jack en sus rasgos, sólo en el pelo rubio y la tez pálida de Susan—. ¿Cree que ha cumplido su misión? ¿Dónde irán los hombres una vez que hayan comido?

La señora Blythefield suspiró, luciendo cansada.

—El señor Draper había planeado llevarlos a una parroquia local donde pudieran recuperar la sobriedad antes de regresar a sus hogares. Debes decirle al señor Evans que eso es lo que debe hacer. Es una pena que el señor Draper no pudiera terminar el proyecto —se encontró con la mirada de Philippa, una chispa de determinación iluminando sus ojos—. Tan pronto como uno se ocupa de una necesidad, surge otra. Hay tanto que hacer y tan poca gente que se ocupe de estas cosas.

Philippa asintió con simpatía.

—Es noble al preocuparse tanto por los desfavorecidos. Pero es cierto que es un trabajo difícil de hacer por uno mismo.

—Oh, pero no estoy sola. La señora Arcot está conmigo, y tenemos un comité. El señor Draper, en particular, es de gran ayuda cuando puede usar ambos pies —la miró con mucha atención—. A caso te gustaría unirte a nosotros.

Philippa ocultó lo poco que le apetecía su propuesta.

—No. Estoy más interesada en cómo el cambiar las leyes puede traer el bien, tal y como lo hace su hijo. Cada persona debe usar sus talentos como lo crea conveniente.

—¿Crees que mi hijo obra bien estando en el Parlamento? ¿No son simplemente hombres debatiendo y discutiendo sobre lo que más beneficiará a los privilegiados? Siempre deploré el hecho de que Jack trabaje para ayudar a los que ya tienen ventaja.

Philippa se volvió hacia la señora Blythefield, sorprendida.

—Su hijo es un devoto de las reformas, señora Blythefield. Por eso ha invitado a todos estos caballeros aquí esta noche. Es para que pueda bajar el precio del pan, para que los trabajadores tengan

suficiente para alimentar a sus familias.

Fue el turno de la señora Blythefield de mostrarse sorprendida.

—No tenía ni idea de que Jack estuviera involucrado en una tarea tan noble. Mi marido está principalmente interesado en afianzar la riqueza de nuestra familia, y Christopher está empeñado en buscar el placer. Había supuesto que Jack era igual.

Philippa extendió la mano y cogió la de la señora Blythefield entre las suyas. Fue un gesto atrevido, pero siguió el impulso de su corazón. La señora Blythefield parecía estar más sola de lo que aparentaba, y se preguntó si no sería por eso que estaba tan entregada a las causas sociales.

—Tal vez debería pasar más tiempo con su hijo. Podrían descubrir que tienen mucho en común.

La señora Blythefield mantuvo la mano de Philippa entre las suyas mientras lo contemplaba.

—Sí, tal vez debería.

La criada volvió con el té y Philippa le pidió que le diera vuelta al leño para que el fuego ardiera aún más. Sirvió el té para la señora Blythefield y le dio una taza, luego se levantó, alisando la tela de su vestido.

—Ha tenido una tarde agotadora, y la dejaré ahora, señora.

—Gracias, Philippa —bajó la mirada cuando la criada se acercó a desatarle las botas, y se dejó llevar por las atenciones—. Susan es afortunada de tener una amiga como tú.

No había sido hasta que había pronunciado el nombre de Philippa que pudo estar segura de que la señora Blythefield recordaba siquiera quién era. Siempre parecía vivir en un mundo creado por ella misma.

—Soy yo la afortunada. Esta temporada no habría sido ni la mitad de agradable sin todo el tiempo que he pasado aquí con ella. Buenas noches —hizo una reverencia y se marchó.

Abajo, los invitados ya estaban sentados a la mesa del comedor. El primer plato ya estaba servido, y cuando ella entró, Jack se levantó rápidamente y fue a recibirla a la entrada.

—Gracias por cuidar de mi madre —susurró.

—Me alegro de haber sido de ayuda —respondió, mirándolo. Pudo ver las líneas de preocupación entre sus ojos—. ¿Va todo bien? ¿Pudo devolver la conversación al tema de la derogación del proyecto de ley?

Jack negó ligeramente con la cabeza.

—Creo que algunos de los invitados estaban un poco sorprendidos, pero pude explicarlo. Sólo espero que el resto de la velada sea lo bastante agradable como para que olviden la interrupción. Sir Lucius y el señor Evans siguen con los hombres, supongo que en los confines de la cocina, porque no oigo ningún canto.

Philippa soltó una risita.

—Parecieron debidamente escarmentados una vez que los llevamos a la biblioteca y se percataron de lo que los rodeaba. Esperemos que estuvieran satisfechos de haber cantado antes de la cena y no sientan la necesidad de agradecérnoslo con otra canción.

Jack rio, suavizando algunas de las líneas de preocupación de su frente. Miró hacia la mesa detrás de él y dijo casi en un susurro:

—Lamento que le hayan asignado ese lugar en la mesa, ya que está al lado de Lord Harrowden y sé que no le tiene demasiado cariño. Fue un ajuste de última hora. Uno de los invitados no se presentó y dejé que la señorita Sommers reorganizara la disposición de la mesa, cosa que, tal vez, debería haber hecho yo mismo.

Philippa se esforzó por mantener una expresión seria, aunque estaba siendo presa de los celos. *Cierto. La señorita Sommers es su anfitriona no oficial*. Y luego estaba la desagradable obligación de sentarse junto a Lord Harrowden. Esbozó una sonrisa.

—No podría haber estado supervisando la disposición de la mesa cuando tenía cosas más importantes que atender. Gracias por su preocupación, pero irá bien.

Jack sonrió y le tendió el brazo, y ella puso su mano sobre él, permitiéndole que la condujera a su lugar en la mesa, entre el señor Whitmore y Lord Harrowden. Al menos Whitmore sería un agradable compañero de cena. Al otro lado del señor Whitmore estaba sentada la señorita Sommers, y su mirada fue difícil de descifrar mientras observaba a Jack acompañar a Philippa.

Terminó el primer plato y, una vez que Philippa se hubo sentado, los criados trajeron el segundo. Le informó en voz baja a Robert Whitmore, quien estaba sentado a su izquierda, lo que había sucedido en el pasillo. Disfruto felizmente su plato de pescado, mientras la conversación derivaba hacia temas más ligeros. Fue un respiro, ya que conocía bien a Robert y disfrutaba de su compañía.

—¿Cómo crees que está desempeñando su tarea el señor Blythefield?

Whitmore partió un trozo de pan. Miró a Jack, al otro lado de la mesa, mientras conversaba seriamente con el señor Atkinson.

—Es demasiado pronto para decirlo. Entiendo por qué Jack se mostraba reticente a ser anfitrión en casa de su padre. Supongo que no es tan fácil como cuando has creado tu propio espacio. Fue mi padre quien pensó que sería una buena idea. La interrupción anterior, aunque rápidamente controlada, puede que no ayude con aquellos que están indecisos, pero todos los que estamos a favor de la reforma estamos trabajando para crear un mejor ambiente para el resto de la cena.

—Mi hermano y el señor Evans no han regresado. Espero que los

sirvientes de la cocina encuentren algo para que coman, ya que creo que se perderán la cena por completo.

—Sí, no es una tarea fácil alimentar y cuidar a tres hombres que están más que pasados de copas. No estoy seguro de lo que harán con ellos después.

—Oh —Philippa frotó sus dedos en su servilleta—, los dos son ingeniosos. La señora Blythefield mencionó la parroquia. Confío en que mi hermano y el señor Evans encuentren una forma de ayudarlos que sea compasiva y eficaz, y supongo que Lucius ya habrá dado órdenes a los criados.

Cuando trajeron el postre, Robert Whitmore se volvió hacia la señorita Sommers, quien estaba a su otro lado, y empezó conversar con ella.

—Señorita Clavering —Lord Harrowden estaba sentado a su derecha, y se dirigió a ella ahora que los interlocutores habían cambiado. Casi había esperado poder pasar toda la cena sin tener que hablar con él, pero no tuvo tanta suerte—. Qué extraña coincidencia que nos encontremos en esta cena, ¿no es así?

—En efecto —apuñaló el gajo de naranja que tenía en el plato y se lo llevó a la boca—. ¿Y cuál fue su objetivo al venir? ¿Estás a favor de la reforma?

El rostro de Lord Harrowden adoptó una extraña mueca, muy parecida a la del hombre que ella conocía en Castle Combe, donde el pabellón de caza de Lucius lindaba con su finca.

—Digamos que puedo ser persuadido para votar a favor de la derogación de las Leyes del Maíz si puedo ver el beneficio para mí como terrateniente. Me invitaron a escuchar más sobre este tema, y la votación está lo suficientemente reñida como para que mi decisión pueda significar algo. Además, hay otros que dependen de mí para inclinar la balanza en contra del proyecto de ley. Eso es lo que hace que esta noche sea tan entretenida. Quién sabe en qué dirección soplará el viento.

Philippa estaba perdiendo rápidamente la paciencia con él. *Entretenido, sin duda*.

—Eso es demasiado críptico para mí, me temo. Como simple mujer, no se puede esperar que entienda cómo funciona la política.

—No, supongo que no.

Lady Harrowden soltó una sonora carcajada al otro lado de la mesa, y muchas de las mujeres mayores, que habían acompañado a sus maridos, la miraron fijamente. Philippa vio que Lord Harrowden le dirigió a su esposa una mirada de advertencia.

La puerta del comedor se abrió y los invitados se giraron para ver quién era el último invitado en llegar. Philippa esperaba que fuera su hermano, pero fue el señor Christopher Blythefield quien entró en la

sala. Su atuendo, un chaleco morado y una chaqueta amarilla, desentonaba por completo con los tonos sobrios de la ropa de los demás caballeros del lugar.

—Había olvidado que tenías tu cena importante. ¿Era esta noche?

Oh no, otra vez no. Philippa miró a Jack. Aunque expresión parecía tranquila, creyó poder leer la agonía que había debajo. Era otra mancha en su cena.

—¿Este asiento es para mí? —le preguntó a su hermano, y Jack hizo un leve gesto con la cabeza para que lo ocupara. El asiento de Lucius había quedado vacío, y probablemente había pensado que era menos probable que la velada se tornara desagradable si dejaba que su hermano se quedara en lugar de echarlo.

Christopher tomó asiento y añadió:

—Qué perfecto. No habrá pan frío y salchichas para mí. Ah… —miró alrededor de la mesa y se dio cuenta de que habían comenzado con el postre—. ¿No hay más que dulces? ¿Dónde está la cena decente que habías prometido?

Jack miró ahora a Philippa a través de la mesa, y su expresión era una mezcla de furia e impotencia. Ella mantuvo su mirada firme, intentando darle fuerzas sin decir una palabra.

Miró fijamente a Philippa durante un largo momento, antes de dirigirse a Lord Palmer, sentado a su derecha, y decir con voz suficientemente alta para que todos pudieran oírlo, que reanudaran su conversación.

—Lord Palmer, me ha alentado oír que el experimento que realizó su administrador demostró que los trabajadores eran el doble de productivos cuando aumentaba su poder adquisitivo.

A la izquierda de Philippa, Robert Whitmore lo apoyó elogiando el budín de ciruelas de la cocinera. Poco a poco, la conversación se fue retomando hasta que los comensales ignoraron casi por completo la interrupción de Christopher Blythefield. El corazón de Philippa se llenó de ansiedad cuando él empezó a cabecear frente a su plato, e intentó llamar la atención de Susan. Ella ignoraba a quien estaba sentado a su lado y miraba fijamente al señor Merrick, quien mantenía una animada conversación con una de las esposas más jóvenes de la mesa.

Philippa se volvió hacia Jack y se encontró con su mirada ausente. Señaló el salón con los ojos y susurró:

—*¿Vamos?* —él estaba lo bastante cerca como para percibir lo que ella quiso decir y asintió.

Philippa intentó en vano atraer la atención de Susan como anfitriona, pero no lo consiguió, así que ella tuvo que tomar las riendas del asunto.

—Damas, si todas están satisfechas, la señorita Blythefield y yo

proponemos pasar al salón y dejar que los caballeros tomen su oporto.

Susan levantó la vista rápidamente y se puso de pie, avergonzada. Las mujeres, algunas mirando a Christopher, parecían ansiosas por abandonar el lugar donde se había producido el segundo desastre doméstico de la cena. El volumen de la conversación se elevó ligeramente mientras corrían sus sillas hacia atrás.

Philippa y Susan guiaron el camino hacia el salón, y Susan se inclinó para susurrar:

—Gracias.

Philippa no pudo responder porque la señorita Sommers y su madre se acercaron a Susan, con semblantes serios. Con una mirada a Philippa, la señorita Sommers dijo:

—Lo siento, señorita Blythefield, pero mi madre y yo no podemos quedarnos más tiempo. Le ruego que le exprese mis disculpas al señor Blythefield. No quería molestarlo.

—Oh, yo… muy bien. Se lo diré —Susan se apresuró a pedirle a un criado que trajera los abrigos de las damas, y la señorita Sommers y su madre se marcharon en cuanto les fueron traídas sus pertenencias.

Phillipa sintió una gran consternación, y estaba decidida a que, para cuando Jack entrase en el salón con los caballeros, todas las mujeres estarían tomando el té y disfrutando de conversaciones perfectamente normales. No lamentaba la ausencia de la señorita Sommers, pero sólo podía esperar que no fuera demasiado tarde para salvar lo que rápidamente se estaba convirtiendo en la fiesta más desastrosa a la que jamás había asistido.

22

La conversación entre caballeros mientras bebían oporto parecía fluir con más facilidad que con las mujeres durante la cena, a pesar de que Christopher bebía su oporto en silencio.

Jack se sintió aliviado cuando llegó el momento de conducir a los hombres al salón principal y se tranquilizó aún más cuando vio que Christopher no tenía intención alguna de abandonar el comedor. Apenas pudo esbozar una sonrisa para sus invitados porque su mente estaba tan atormentada por las dos interrupciones que había sufrido su fiesta, ambas por parte de su propia familia. Era su peor pesadilla hecha realidad.

El sonido de las conversaciones de hombres y mujeres resonaba en todos los rincones de la sala, pero Jack apenas sabía qué hacer consigo mismo. En el pasado, siempre había sido capaz de manejar a su familia y cualquier absurdo en el que se vieran envueltos sin dejar de mostrar una cara convencional ante el público. Sabía que su familia era decente y amable, aunque empezaba a preocuparse por su hermano. ¿Qué había poseído a Christopher para que se presentara así, y actuando de manera tan absurda?

Su madre sólo había actuado desde la bondad de su corazón y la convicción de que lo que hacía era correcto; eso, él lo sabía muy bien. No dejaba de ser un intento desacertado. Después de todo, ¿qué mujer refinada iba por ahí trayendo trabajadores borrachos a una casa solariega de Londres? Jack tenía que vigilarla mejor. Reprimió un suspiro. ¿Pero con qué tiempo extra?

A solas en la entrada del salón, Jack supo que tenía que atender a sus invitados y miró desesperadamente a su alrededor. Sus ojos se posaron en Philippa, quien lo había estado observando. No apartó su firme mirada cuando él miró la miró. Le dedicó una leve sonrisa y un gesto de ánimo. Sus ojos parecían decir: *Puedes hacerlo*. Jack respiró hondo y caminó unos pasos hasta donde estaba el señor Whitmore, de pie junto a su esposa.

El señor Whitmore se volvió para mirarlo.

—Ha sido una velada inusual.

—Verdaderamente —mantuvo su voz baja—. ¿Cómo procederemos

a partir de ahora?

El señor Whitmore echó un vistazo a la sala donde se congregaban varios grupos de hombres y mujeres. Algunos de los hombres parecían estar discutiendo seriamente los méritos y desventajas del proyecto de ley, pero muchos de los invitados cuchicheaban y reían y parecían más centrados en el cotilleo.

—Traeré a Lord y Lady Palmer junto con el señor Atkinson y su esposa, y mi esposa y yo nos uniremos a ellos. Tengo entendido que las mujeres están a favor de la reforma, y a sus maridos les ayudará oírlo. Conversa con mi hijo y con el señor Thackery, ya que él es un miembro crucial y no estoy seguro de qué lado caerá. Considerando que la votación es mañana, debemos hacer que este último esfuerzo cuente.

Jack asintió.

—Deme unos momentos y haré precisamente eso. Quiero ver que la señorita Sommers —miró a su alrededor—. ¿Dónde está? O mejor dicho, que mi hermana se asegure de que las damas tienen todo lo que necesitan.

Sospechaba que el señor Whitmore había propuesto la cena más para lady Palmer y la señora Atkinson que para cualquiera de los hombres, ya que parecían ejercer una fuerte influencia sobre sus maridos. Evaluó a los grupos reunidos en la sala, buscando a Robert Whitmore. Su mirada se posó una vez más en la menuda figura de Philippa. Con una elegancia serena que la hacía parecer más madura de lo que correspondía a su edad, condujo a algunas de las mujeres cotillas a sus asientos, rebajando el tono casi calumnioso de la sala a algo más señorial.

¡Susan! No había tenido tiempo de ver cómo le había ido a su hermana en su papel de anfitriona. La buscó ahora y observó, cada vez más alarmado, cómo Susan se acercaba al pequeño grupo en el que se encontraban el señor Merrick y el señor Thackery. Se quedó a su lado, esperando a que el señor Merrick se fijara en ella. Cuando por fin la miró, le dio la espalda y continuó hablando como si la hermana de Jack no estuviera allí.

Susan palideció completamente y dio un paso atrás, y Jack casi pudo sentir el golpe. Esperaba que no hiciera el ridículo, pero su esperanza fue en vano.

Ella le tocó el hombro.

—Señor Merrick, pensé… —su voz se entrecortó cuando el señor Merrick la miró con el ceño fruncido—. Pensé que podría traerle algo.

La miró durante un largo y condescendiente momento, y Jack dio un paso adelante. Antes de que pudiera intervenir, dijo:

—No necesito nada de usted, señorita —hizo una cortante reverencia y volvió a darle la espalda.

Sólo hizo falta un breve instante para que Susan comprendiera lo que estaba sucediendo antes de jadear y salir corriendo de la habitación. Jack miró con impotencia hacia Philippa, quien negó con la cabeza. Ella siguió acompañando al señor Gibson a un asiento más cercano al fuego, manteniendo una alegre conversación. Al parecer, no consideraba prudente ir en busca de Susan en ese momento, y Jack tuvo que darle la razón. Necesitaba al menos una mujer presente que tuviera la cabeza sobre los hombros y fuera capaz de darle cierta normalidad a la velada. Volvió a buscar a la señorita con la mirada Sommers y se extrañó de su ausencia.

Una vez que el señor Gibson se hubo acomodado, Philippa se acercó a Jack y le dijo en un tono casual que fue oído por quienes los rodeaban:

—Señor Blythefield, ¿podría ayudar a servir el té a sus invitados?

El lacayo había traído el té y, además del postre que habían consumido, también trajo bandejas de pasteles. La hermosa pirámide de dulces, mazapán y frutas confitadas fue despreciada por una multitud poco agradecida. Estaba seguro de que cualquier cosa que comiera se convertiría en polvo en su boca, pero consiguió asentir.

—Sí, eso sería excelente.

Philippa comenzó a servir el té con sus elegantes manos, y él no podía imaginar cómo era capaz de mantener la calma cuando había tanto murmullo. Actuaba como si nada hubiera sucedido fuera de lo normal, mientras que Jack apenas podía evitar que su mente diera tantas vueltas como para saber qué decir a continuación. Todo lo que había temido se había hecho realidad. Para mañana, todos en Londres sabrían de las revoltosas interrupciones en el pasillo, de su hermano llegando sin invitación y en un poco borracho, y de cómo su hermana había exhibido sus sentimientos a la vista de todos. No podía haber ido peor.

Robert Whitmore parecía demasiado enfrascado en una conversación como para ser molestado, así que Jack cuadró los hombros y se dirigió a los señores Thackery y Merrick, y ahora a Lord Harrowden, quien se les había unido. Los escuchó durante unos instantes y, si alguna vez habían estado a favor de la derogación de las Leyes del Maíz, ahora no se sentía engañado. Había sido una consideración pobre de su parte. Aun así, tuvo que hacer un esfuerzo.

—Señor Thackery, como usted sabe… —Jack comenzó.

La puerta se abrió y, en vista de cómo había transcurrido la velada, Jack se volvió con recelo, interrumpiendo sus palabras para ver de quién se trataba. Su padre estaba de pie en la puerta, vestido con su atuendo de día y con esa mirada de entusiasmo que Jack había llegado a conocer y temer.

—Disculpe —Jack se dirigió a la puerta, justo cuando Sir Lucius y

el señor Evans entraban detrás de su padre. El señor Blythefield parecía querer dirigirse a la multitud, pero Jack lo alcanzó antes de que pudiera decir una palabra.

—Padre, qué encantador. ¿Nos hacemos a un lado para hablar de lo que sea que hayas venido a hablar?

—Inversiones —respondió con una voz sonora que seguramente llegó a todos los rincones de la sala.

El señor Evans se adelantó y se unió a su círculo mientras Sir Lucius se dirigía a Thackery y Merrick. Eso fue un alivio. Sir Lucius sería capaz de lidiar con ese grupo.

El señor Evans se dirigió a Jack.

—Sería un honor que me presentara a su padre. Hace tiempo que deseo conocerlo.

Jack lo estudió, preguntándose si había planeado hablar con su padre sobre Susan. Si era así, era precipitado.

—Por supuesto. Padre, él es el señor Matthew Evans. Señor Evans, él es mi padre, el señor Blythefield.

—Un placer, señor —hizo una reverencia pero no dijo nada más y pareció estar allí para escuchar.

El padre de Jack miró a los hombres de la sala como si quisiera hablar con ellos, pero estaba acorralado. Bajó la mirada hacia el papel que sostenía en las manos y luego la levantó hacia Jack y el señor Evans, dirigiéndose a ambos.

—Sé que estáis reunidos aquí esta noche por otra razón muy distinta, hijo mío. No recuerdo exactamente cuál era, pero creo que esta oportunidad de inversión necesita nuestra atención urgente. Tenemos la oportunidad de invertir en tierras públicas en América a sólo cuatro libras el acre, y sería egoísta guardarnos algo así para nosotros.

Jack se quedó mudo por la frustración. ¿No le había advertido a su padre que no mirara ninguna oportunidad de inversión? ¡Y ahora hacerlo e interrumpir su cena!

—Cuatro libras. ¿Te lo imaginas? —dijo el señor Blythefield—. Y se trata de un terreno de lo más fértil que seguramente cosechará un rendimiento por el dinero en cuestión de meses. Lo mejor de todo es que ya hay administradores que se harán cargo de la tierra, y sólo tenemos que enviar el dinero para asegurarla. Pensé que quizás tus invitados estarían interesados…

—Padre, no… —respondió en voz baja.

—Señor Blythefield, es una oportunidad de lo más interesante. Como su hijo sabe, me considero experto en recomendar inversiones lucrativas —se volvió a ver a Jack.

Jack descifró la mirada, recordando sólo ahora que el señor Evans había prometido ayudarlo y guiar a su padre hacia inversiones que

tuvieran éxito, y no hacer nada sin la aprobación de Jack. Podía confiar en el hombre. Jack asintió, agradecido por la ayuda de este hombre una vez más.

—¿Podríamos discutir esto juntos en su estudio? —dijo—. Tal vez podamos aclarar la oportunidad antes de presentarla ante los demás —señaló fuera del salón, añadiendo—. Creo que los hombres son más propensos a considerar una oportunidad cuando tienen los hechos.

—Muy bien, muy bien —el padre de Jack siguió al señor Evans sin necesidad de más palabras.

Con sentimientos parecidos a los de un soldado cansado que regresa a la batalla, Jack encaró la habitación. El señor Thackery se había separado de su grupo y había clavado la mirada en Philippa. Vio cómo ella levantaba la vista alarmada al verlo acercarse y se adelantó para interceder. Sir Lucius llegó primero y, con una cortés sonrisa al señor Thackery, cogió el brazo de su hermana.

—Buenas noches, Thackery. Philippa, en la mesa de refrigerios hay esos dulces de mazapán que tanto te gustan —la llevó lejos del señor Thackery.

El señor Merrick se acercó le susurró algo al señor Thackery. Ambos se acercaron a Jack.

—Me parece que es hora de que nos retiremos.

Jack asintió, no exactamente sorprendido y para nada apenado de verlos partir. Sólo lamentó haberse dejado engañar por su aparente disposición a considerar la revocación del controvertido proyecto de ley. Lady Harrowden se levantó en cuanto vio que Thackery y Merrick se disponían a marcharse, y su marido se unió a ella. Jack le hizo una seña al lacayo para que trajera los abrigos.

Pareció haber sido la señal para que todos los invitados se marcharan, empezando por los que estaban más indecisos sobre la abolición de la ley. Después de una cena tan desastrosa, estaba bastante seguro de que ni uno solo de ellos emitiría un voto positivo mañana. De hecho, ni siquiera podía estar seguro de que una carrera política lo aguardara, no con las peculiaridades de su familia públicamente expuestas. Aunque se hubiera evitado lo peor, había habido un atisbo de escándalo. Y eso era suficiente para la *alta sociedad.*

Lord y Lady Palmer fueron de los últimos en marcharse.

—Una cena inusual, por no decir otra cosa —Lord Palmer sonrió y no pareció en absoluto disgustado—. Bueno, mañana tenemos los debates finales antes de la votación. Quizá los que no asistieron a la cena lleven la voz cantante.

Jack estaba a punto de caerse de vergüenza, e incluso el habitualmente alegre señor Whitmore lucía serio.

—Bueno, no es la primera vez que una derogación es rechazada y

no será la última. Pero el sentido común acabará imponiéndose. No podemos fijar los precios indefinidamente.

Sir Lucius observó el repentino éxodo del salón. Se levantó, con Philippa a su lado, y se acercó a la puerta del salón principal, donde se cruzó de brazos mientras el resto de los invitados se marchaban. Pronto quedaron los tres solos.

—¿Estuve ausente solo un momento y todo el mundo ha decidido marcharse? Supongo que me he perdido algo importante —dijo Sir Lucius.

—Sólo la totalidad de la familia Blythefield exponiéndose al ridículo —dijo Jack. Se apoyó en la alegre pared amarilla que tenía más cerca y bajó la cabeza.

Philippa se apartó del lado de su hermano y se acercó a él.

—Me ocuparé de que Susan esté bien mañana. No creo que una noche de lágrimas le haga daño, y tengo la esperanza de poder dirigir su mente hacia una mejor dirección —juntó las manos—. Su votación es mañana también, ¿no es así?

Jack levantó los ojos, la perspectiva de los debates de mañana era desoladora.

—Desgraciadamente, sí. No tenemos tiempo para deshacer el daño de esta noche.

—Tal vez no hubo tanto daño como usted piensa. No hubo un escándalo absoluto. Nadie supo que su madre había traído a esos hombres, y estoy segura de que casi nadie notó que Susan estaba disgustada.

—O que tanto mi padre como mi hermano se presentaron, sin anunciarse y vestidos de manera informal, por razones que sólo ellos conocen.

—Jack… —Philippa se acercó un paso más, y él notó que Sir Lucius los miraba atentamente. No había pasado por alto la manera en que se había dirigido a él—. Gran parte de la *alta sociedad* es egoísta. Tu familia no lo es. Tu madre es benevolente al querer ayudar a los menos afortunados. Tu padre es generoso al querer compartir sus inversiones para que otros puedan beneficiarse —sonrió a modo de disculpa—. Lo siento, lo oí por casualidad. Tu hermana tiene tan buen corazón que se ha convertido rápidamente en una de mis mejores amigas. Y tú trabajas incansablemente por la reforma —se dio cuenta de que no había mencionado a su hermano— Si hubiera más familias como la tuya, Londres sería un lugar mucho menos hostil.

Ella se apartó y miró a su hermano, quien añadió su pequeña aportación.

—Y mucho menos interesante.

Jack los acompañó al pasillo mientras el señor Evans salía del estudio del señor Blythefield. Le hizo un gesto a Jack mientras

Philippa y Lucius iban a coger sus capas.

—Creo que lo he convencido de que no haga esa inversión en particular. La gente ha estado invirtiendo con tierras americanas durante los dos últimos años, y casi ha arruinado su economía. La mayoría de las inversiones son poco sólidas —se puso su sombrero—. En su lugar, he presentado algunas nuevas oportunidades con las que su padre parece estar entusiasmado y en las que puedo confiar. Redactaré los papeles y dejaré que usted los revise primero.

—Gracias —dijo simplemente. No se atrevió a decir nada más. Sir Lucius y el señor Evans se dirigieron hacia la puerta, comentando lo que Lucius había oído sobre las inversiones americanas.

Philippa se volvió.

—Te habrás dado cuenta, pero la señorita Sommers y su madre decidieron marcharse antes. Creo que estaban disgustadas. Lo lamento.

—Yo no —respondió—. Con eso, la señorita Sommers demostró que su amistad es pasajera y que, por lo tanto, no me interesa conservarla. La tuya, sin embargo, no lo es.

Philippa sonrió.

—No lo es —extendió su mano, Jack la tomó y la besó. Entrelazó sus dedos con los de él por un momento y lo miró fijamente—. No pierdas la esperanza —dijo, luego le soltó la mano y se marchó.

Jack volvió al salón principal para escapar de las miradas entrometidas de su mayordomo, pero los criados estaban limpiando el salón. Entró en el comedor, esperando ver a su hermano profundamente dormido con la cabeza sobre la mesa, pero estaba vacío. Christopher debía de haberse ido a la habitación que era suya cuando se quedaba a dormir.

Se sentó a la mesa y contempló el cielo oscuro a través de las delgadas cortinas. Si algo había salido bien esta noche, había sido porque Philippa estaba aquí. Se preocupaba por su madre, sabía cuándo apoyar a su hermana y cuándo dejarla marchar. Se había dirigido a sus invitados con facilidad, tanto a hombres como a mujeres, independientemente de su edad y posición social.

Lo que un hombre podía llegar a ser con una mujer como ella a su lado.

23

Philippa se recostó en el sofá reclinable con Hugh en su regazo y metió un dedo en el puño de su sobrino dormido.

—Casi fue un desastre, aunque creo que hemos podido arreglar algunas de las peores cosas.

Selena estaba sentada en el sillón más cercano y escuchaba sin decir nada.

—Primero, su madre trae a casa a tres hombres, del tipo que ni tú ni yo acostumbramos a tratar, me atrevería a decir, directamente del bar, por lo que pude entender. Todos en el salón podían oír sus cantos, aunque creo que la interrupción fue explicada. Entonces Jack…

Philippa fue silenciada por la mirada sorprendida de Selena ante su uso informal del nombre de Jack, y se sonrojó.

—Me pidió que lo llamara Jack, aunque, por favor, no me hagas preguntas, porque no tenemos un entendido.

—Por supuesto que no —posó su perspicaz mirada en Philippa, y hubo una sonrisa en sus ojos—. Continúa. Entonces, ¿qué pasó?

—Entonces entró su hermano, lo cual no habría sido algo malo. Tengo entendido que el señor Blythefield asiste regularmente a las reuniones de la Sociedad. Pero me temo que estaba un poco ebrio, ya que no podía mantenerse firme. Habló con gran sarcasmo delante de los invitados de su hermano, y luego comenzó a cabecear. Temía que se quedara dormido con la cabeza en el plato.

Selena jadeó.

—Suena como una reunión de lo más desafortunada —se acercó para colocar la manta de forma más asegurada sobre las piernas de Hugh.

—Eso ni siquiera es todo. Cuando terminamos de cenar y volvimos al salón, el señor Merrick ignoró a Susan por completo, y ella salió corriendo y llorando hacia su habitación. Entonces, entró el padre de Jack, y parecía como si se dispusiera a dar un discurso sobre alguna oportunidad de inversión; claramente inapropiado para la ocasión. Empiezo a preguntarme si el padre de Jack no estará empezando a… no sé, ¿empezar a envejecer mentalmente? —acarició la pequeña mano de Hugh—. Pobre Susan. El señor Merrick dejó muy clara su

aversión por su familia después de que se expusieran. No le hará una propuesta de matrimonio.

—Le irá mejor con un hombre que no sea tan voluble —respondió Selena en voz baja—. Será mejor que lo averigüe antes de que esté irrevocablemente atada.

Fue ahora cuando Philippa lo relacionó. Selena había pasado por una humillación semejante. En su caso, fue más drástica, ya que su padre se jugó la fortuna familiar y luego murió por culpa de la bebida, pero las consecuencias fueron las mismas. Su prometido le había puesto fin a su compromiso y la sociedad no tardó en hacerla sentir no bienvenida.

—Afortunadamente para Lucius, tú también lo descubriste a tiempo.

—*Mm* —miró a Philippa y sonrió—. Afortunadamente para los dos.

Philippa suspiró.

—Me gustaría ir a casa de los Blythefields, pero lo estoy dudando. Estoy segura de que hoy debe de ser un día difícil, pero no me atrevo a averiguarlo. ¿Me querrían después de haber pasado algo así?

—¿Por qué no? Te llevas tan bien con Susan que uno podría pensar que vives allí. Nunca antes has dudado en visitar a Susan de un momento a otro, y si no vas, ella podría sentir que la rechazas —Frunció el ceño—. No debes dejar que se sienta así. Lo sé muy bien.

—No —bajó la mirada y acarició suavemente la cabeza de Hugh—. No temo ver a Susan. Por supuesto, quiero tranquilizarla; no debe temer mi rechazo, digan lo que digan los demás. Pero y si Jack… —no sabía cómo expresar el resto de lo que sentía… lo que temía.

—Estás empezando a sentir algo por Jack que hace más complicado llegar a su casa sin preocuparte de estar siendo demasiado atrevida —supuso.

—Sí —exclamó—. Es exactamente eso. Algo ha cambiado entre nosotros y ya no siento que sólo esté visitando a Susan. La atracción por ver a Jack es aún más fuerte —se arriesgó a mirar a Selena—. No estoy segura de haberlo admitido antes, ni siquiera a mí misma. Cuando Susan se marchó, fui yo quien asumió el papel de anfitriona, y se sintió tan natural. No había nadie más para desempeñar el deber, pues incluso la señorita Sommers había hecho evidente su desagrado y se marchó temprano.

—¿Tienes algún motivo para creer que el señor Blythefield tiene *sentimientos* por ti? —su mirada se clavó en ella, y Phillipa bajó la vista, incapaz de verla a los ojos. Por primera vez en su vida, que ella recordara, se sintió tímida.

—Creo que sí, pero nunca lo ha dicho, aparte de pedirme que lo llame Jack y de darme un beso en la mano —escuchó la suave respiración del bebé quien se sentía reconfortado por su calor de su

regazo.

—Ven —dijo, poniéndose de pie—. Entrégame a Hugh. Es hora de que visites a Susan, porque te necesita. No puedo decir si el señor Blythefield está enamorado de ti, ya que no he visto por mí misma cómo es contigo. Pero si tiene sentimientos, no descansará hasta declararse. Esa es una cuestión completamente aparte. Mientras tanto, está el asunto de Susan. No es propio de ti estar sentada aquí cuando podrías estar allá consolando a tu amiga.

Philippa entregó a su sobrino a los brazos de su madre y se puso en pie renuentemente. Selena colocó a Hugh en su cuna, y él se movió mientras dormía, para luego caer en un sueño aún más profundo. Selena se acercó a ella y la hizo girarse, empujándola hacia la puerta colocando con ambas manos.

—Vete, querida. Luego vuelve y me cuentas cómo te ha ido.

Philippa sonrió y se dejó conducir, o más bien *empujar*, hacia la puerta de la habitación del bebé. El repentino recuerdo de que Jack había hablado de que hoy se llevaría a cabo una votación la consoló. No tendría que encontrarse con él allí. Una cosa sabía con certeza, algo había cambiado entre ella y Jack, y ya no sería capaz de verlo sin sentir esta nueva y fuerte corriente atravesándola en su interior. Y ahora que era consciente de que esos sentimientos eran probablemente amor, sólo había una cosa que hacer.

Tendría cuidado de no cruzarse con él cuando fuera a casa de Susan. Esperaría hasta que Jack viniera a verla.

CUANDO LLEGÓ a la casa de los Blythefield, Fernsby la dejó para ir a la cocina y reunirse con los criados, y Shanks se dirigió al salón principal para anunciar su llegada. La habitación estaba vacía y le indicó a Philippa que esperara. Esperaba de todo corazón que el mayordomo no fuera a subir los escalones para ir a buscar a Susan, pero por lo que parecía, así era.

Philippa se puso de pie rápidamente, preguntándose si sería totalmente imperdonable ofrecerse a subir a buscar a Susan sin ser anunciada. No podía imaginarse cuánto se tardaría Shanks en hacerlo y en qué condiciones estaría cuando regresara.

Volvieron a llamar a la puerta y Philippa se acercó a la puerta, vacilante. No oyó nada y, finalmente, abrió la puerta y salió al pasillo. Aún no había ningún sirviente a la vista. Tomando una repentina y audaz decisión, Philippa caminó hacia la entrada principal y abrió ella misma la puerta.

—¡Philippa! —Matthew Evans estaba en el umbral con un ramo de flores—. Eres la última persona que esperaba que abriera la puerta.

—Pasa, pasa —cerró rápidamente la puerta tras él—. Sé que es de lo más inusual. De hecho, no puedo creer que me atreviera a intentarlo, pero parece que no hay lacayo para ayudar al mayordomo, y no sé si te has dado cuenta, pero él es bastante mayor —Matthew asintió, y ella prosiguió—. Ven rápido al salón principal. Creo que Susan va a bajar.

—Ya veo —la siguió hasta el salón y ya estando ahí, se giraron uno frente al otro. Se mordió el labio y la miró fijamente pero realmente no parecía que la estuviera observando, luego se volvió y puso sus flores sobre la mesa frente a él—. ¿Cómo está?

—¿Susan? —señaló una silla y tomó asiento frente a él—. No lo sé. No la he visto desde anoche. Salió corriendo cuando el señor Merrick le dio la espalda sin reconocer su presencia.

Una notable arruga apareció en la frente de Matthew.

—Él la lastimó, el maldito. Merece ser azotado.

—*Es* una buena noticia, de hecho. Ya no puede controlarla como a una marioneta —dijo—. Tendrá que admitir que sus sentimientos hacia él no eran demasiado intensos. Eso significa que su corazón está libre para que tú lo captures.

—Si puedo hacer tal cosa —suspiró.

—Difícilmente podrás hacerlo si vas a caer en una negación —dijo con severidad—. Simplemente tendrás que esforzarte.

—No creo que puedas entenderlo —la miró—. ¿Nunca has estado enamorada?

La pregunta la golpeó como un rayo y fue incapaz de responder. Sin embargo, él no le permitió eludir la pregunta; mantuvo su mirada fija en ella hasta que se vio obligada a responder.

—No estoy segura de haber estado alguna vez enamorada —dijo con sinceridad—. Pero, ¿se puede estar enamorado de verdad cuando no existe un entendimiento común? Cualquier otra cosa es sólo un capricho.

Matthew frunció el ceño y cogió el ramo de la mesa que tenía a su lado y lo puso en su regazo. La puerta se abrió y ambos se pusieron de pie. El mayordomo se hizo a un lado para que entrara Susan y, al ver a Matthew, sus cejas se fruncieron con sorpresa. Philippa se sintió demasiado avergonzada para explicar la presencia de Matthew y dio las gracias cuando el mayordomo dio un paso atrás sin esperar explicaciones.

Susan se dirigió directamente a Matthew.

—Debo darle las gracias, señor Evans. Me enteré por mi padre de la atención que le prestó anoche al proponerle un plan de inversión que podría agradarle. Creo que puedo confiar en usted para que lo guíe hacia algo que no arruine a nuestra familia…

Matthew devolvió el ramo a su lugar y cogió ambas manos de

Susan entre las suyas, inclinándose sobre ellas.

—Desde luego que puede confiar en mí para eso.

Susan apartó sus manos y miró a Philippa. Tenía los ojos enrojecidos por el llanto, pero su expresión lucía decidida, más fuerte de lo que Philippa estaba acostumbrada a ver.

Se acercó a su amiga.

—Gracias por venir hoy y por sustituirme como anfitriona. Jack ya se había ido cuando salí de mi habitación esta mañana, pero uno de los lacayos le dijo a mi dama de compañía que habías continuado con la tarea y que todo estaba bien —se mordió el labio—. Me temo que ayer hice el ridículo. Mis sentimientos no pasaron desapercibidos.

—Siéntate —la alentó Philippa—, luces fatigada —ocupó la silla habitual de Susan, de modo que ella se vio obligada a sentarse más cerca de Matthew.

—Eso es lo que más me molesta —dijo Susan, luego miró a Matthew—. Hablo libremente, pero después de lo que hizo por mi padre, creo que puedo llamarlo amigo.

—Desde luego que puede —respondió seriamente. En su preocupación, se inclinó tanto hacia adelante que Philippa pensó que había necesitado de toda su fuerza de voluntad para no levantarse de un salto y coger a Susan en sus brazos.

—Lo que me enfureció —continuó Susan—, es que mostré abiertamente mis sentimientos por el señor Merrick, quien no se lo merecía en absoluto. Regalé una parte de mí a alguien indigno y, en el proceso, me expuse al ridículo.

Philippa estaba a punto de decir que los invitados apenas se habían dado cuenta de que ella se había marchado, lo cual habría sido consolador, aunque no del todo veraz, pero Matthew habló primero.

—Nunca podría exponerse al ridículo. Para hacerlo, tendría que actuar sin sensibilidad. La creo incapaz de tal cosa.

Habló con tanta seriedad que Philippa pudo ver que Susan se relajó. Necesitaba darles más tiempo juntos sin dejar a su amiga sola. Por Dios, era complicado en esta casa mantener el protocolo necesario para una doncella virtuosa sin una estructura familiar que se encargara de ello. No estaba segura de cómo Susan había logrado mantenerse tan inocente. Al parecer, su amiga había nacido para ello.

—Haré sonar la campana para que traigan el té, si me concedes permiso —le dijo Susan, quien asintió. Fue a hacer sonar la campana y luego se quedó junto a la puerta esperando a que llegara el criado, antes de darle las instrucciones. Cuando este se marchó, se acercó a una pequeña estantería que sólo contenía la colección más básica de libros digna de un salón principal. Sabía que en la pequeña biblioteca había una colección más estándar. Hojeó los títulos, escuchando el murmullo de las conversaciones de sus amigos.

Llegó el té y Philippa lo preparó bajo las indicaciones de Susan; luego expresó su deseo de tomarlo más cerca de la ventana para poder leer. Allí intentó no prestar atención a los detalles de una conversación que se estaba volviendo cada vez más íntima. Pero no habría podido resumir ni una sola línea de lo que leía.

Al cabo de un rato, Matthew se levantó y anunció que se marchaba, y Philippa se unió a Susan para despedirse de él. Permaneció de pie después de que se marchara y se volvió hacia Susan.

—Yo tampoco puedo quedarme mucho más —había empezado a inquietarse demasiado ante la idea de encontrarse con Jack. Había sido un golpe de suerte que no hubiera llegado, pero si se quedaba más tiempo, parecería como si lo estuviera esperando.

El rostro de Susan se mostraba sereno, y todo rastro de lágrimas había desaparecido.

—Me alegro mucho de que hayas venido a verme. Gracias por todo.

Philippa estrechó sus manos.

—Sólo quiero lo mejor para ti —hizo una pausa. No podía husmear en busca de información, pero cuánto ansiaba saber si el cortejo de Matthew prosperaría—. Fue bueno que el señor Evans viniera…

—El señor Evans es un hombre muy noble. No lo merezco —respondió, dejando caer su mirada hacia sus pies.

—¿Por qué? —sacudió suavemente su mano Susan para que la mirara—. ¿Es por alguna tonta idea de que no eres su igual en algún aspecto?

—Porque soy demasiado tonta —respondió, con los ojos llenos de lágrimas—. Se merece a una mujer más sensata.

—La única sensatez que necesita es que veas que está desesperadamente enamorado de ti y que aceptes su propuesta si le correspondes —apretó de nuevo su mano—. Y sólo el mayor de los simplones podría fallar al hacerlo.

24

A Jack le pareció que el volumen del ruido en los Comunes aumentó en cuanto entró en la sala. No pretendía hablar con nadie, pero algunos de sus amigos, quienes eran miembros respetados del partido, se acercaron a saludarlo. Seguramente debían de estar al tanto de la debacle de anoche, pero decidieron pasarla por alto.

Robert Whitmore ocupó su lugar habitual al lado de Jack. No eran amigos íntimos, pero coincidían en casi todos los eventos. Bueno… en cualquier evento en el que Whitmore no estuviera bailando con Philippa.

—No debería sorprenderte, después de su comportamiento en la cena de anoche, que Thackery, Merrick y Lord Harrowden estén perjudicando nuestros esfuerzos por derogar el proyecto de ley —dijo Whitmore—, han puesto a algunas personas de su lado, diciendo que nadie con una familia tan extraña como la tuya debería tener opinión sobre el futuro de Inglaterra. Incluso han puesto en duda tu estatus de caballero, lamento decirlo. Sin embargo, creo que son minoría.

Jack negó con la cabeza.

—No me sorprende en absoluto. Es una decepción, pero Merrick y Thackery siempre parecieron ser bastante cambiantes en este y otros temas.

La sala fue llamada al orden, y la votación sobre las Leyes del Maíz fue el primer asunto del día. En cuanto comenzaron los discursos, Jack tomó la palabra. Había decidido de antemano que intentaría disuadir a sus oponentes sacando el tema que todos tenían en mente: su desastrosa cena. Con un poco de suerte, les haría volver al verdadero tema en cuestión.

—Algunos de vosotros estuvisteis anoche en la cena en casa de mi familia. Los que no asististeis ya lo habéis oído todo, estoy seguro. No estoy aquí para hablar de eso, sin embargo, ya que es conveniente que sólo los asuntos de la *ley* —le dio un gran énfasis a la palabra—, influyan en lo que se decida en el Parlamento —había preparado lo que iba a decir antes de venir hoy, pero incluso mientras hablaba, sus convicciones, y su confianza, empezaron a afianzarse—. Hemos debatido numerosas veces sobre el tema de la derogación de las Leyes

del Maíz. Los hombres del Parlamento podemos ser apasionados en nuestras convicciones, pero no nos dejamos llevar por las emociones y las decisiones impetuosas. Ahora tenemos ante nosotros una elección. Hemos visto el daño que la restricción del libre comercio ha hecho a la economía de Inglaterra y a sus ciudadanos más pobres. ¿Seguimos permitiendo que este proyecto de ley siga en pie e invitamos a más años de angustia económica?

Levantó la vista y se encontró con la mirada de Sir Lucius en la primera fila del palco de espectadores. A diferencia de la cena de la noche anterior, cuando Jack estaba fuera de sí, ante los Comunes se controlaba a la perfección. Detalló los hechos que Sir Lucius le había proporcionado en las reuniones del comité, demostrando que una derogación sería beneficiosa tanto para los terratenientes como para los trabajadores.

Concluyó resumiendo sus argumentos.

—Estoy hoy aquí para instaros a que votéis a favor de la derogación de la ley para que los terratenientes puedan exportar su producto y llegar así a una base más amplia de personas que lo compren; para que los trabajadores puedan alimentar a su familia y no recurrir al vicio, o a la rebelión, por desesperación; para que la salud de la economía y la oferta y la demanda determinen el precio del pan, y no un pequeño quórum de hombres que no representan los intereses de todo el país.

Miró alrededor de la sala, captando las miradas de aquellos hombres que lo veían.

—¿Decidimos aferrarnos a las Leyes del Maíz en beneficio propio o de facciones parlamentarias que no tienen en cuenta el bien de Inglaterra? ¿O decidimos abrir el país de Su Majestad al libre comercio porque hemos tomado la decisión fundamentada de que esto es lo que más nos beneficiará a todos? Esto es lo que debemos decidir hoy, y yo no puedo hacerlo en vuestro lugar.

Jack se sentó en medio de numerosos aplausos y gritos de *¡Escuchad! ¡Escuchad!* y algunos de los hombres que lo rodeaban le dieron una palmada en el hombro. Los que se oponían a la moción se pusieron de pie y expusieron sus propios argumentos en discursos igualmente apasionados y más largos. Nadie lo desacreditó públicamente por las excentricidades de su familia, como casi había temido mientras se dirigía a Westminster ese mismo día. Empezó a pensar que podría salir de esta embarazosa situación con su carrera intacta.

Este era el único proyecto de ley sobre la mesa para el día, y al final de los discursos, el Presidente de la Cámara de los Comunes anunció que era el momento de votar.

—Todos los que estéis a favor de derogar las Leyes del Maíz,

levanten la mano y decid “sí” —Luego—. Todos los que estéis en contra de la derogación decid “no”.

Los diputados así lo hicieron, pero el recuento de votos fue demasiado reñido como para ver a simple vista qué bando había ganado. Jack intentó contar desesperadamente, pero había demasiados "síes" mezclados con "noes", y no fue lo suficientemente rápido.

El portavoz cambió su método.

—Los que estéis a favor de derogar el proyecto de ley, poneos a la izquierda de la cámara. Y los que estén en contra, poneos a la derecha.

La Cámara así lo hizo, y el secretario comenzó a contar los que estaban a favor de la votación. Jack se situó en el lado izquierdo, estudiando los rostros de los que estaban a la derecha. No le sorprendió ver a Thackery, Merrick y Lord Harrowden en el bando contrario. En su propio lado, miró a el señor Atkinson y se sintió satisfecho de que no todos los que habían asistido a su cena se hubieran negado a apoyar la moción de derogación.

El secretario entregó un papel al Presidente, quien leyó los números.

—Tenemos el recuento final. Doscientos cuarenta y ocho a favor de derogar las Leyes del Maíz, y doscientos sesenta y nueve en contra.

La ley había fracasado por veintiún votos. Todo en lo que Jack había puesto sus esperanzas había fracasado, y posiblemente con ello su futura posición como Líder de la Oposición.

La sala estalló en discursos, y Jack se acercó a su asiento y cogió su sombrero, ignorando los ruidos a su alrededor. Los dos Whitmore se acercaron a hablar con él, y él les contestó con indiferencia, y así a los otros que se le acercaban mientras se dirigía a la puerta.

Necesitaba tiempo para digerir lo que acababa de ocurrir. Era sólo el primer gran proyecto de ley que intentaba revocar en su carrera política, y aún era joven. Tal vez las consecuencias de su fracaso no fueran tan nefastas como temía. Incluso existía la posibilidad de que su carrera no se viera destruida, a pesar de la devastadora pérdida. Aun así.

JACK CAMINÓ. Al principio, no estaba muy seguro de adónde iba mientras caminaba por la acera adoquinada de Parliament Street, ignorando a los peatones que lo rodeaban y permaneciendo indiferente ante los carruajes que pasaban a trote rápido por la calle. Mantuvo la mirada al frente mientras intentaba procesar la votación, su futuro en el Parlamento; su propio futuro personal y hacia dónde se dirigía.

Fue cuando Parliament Street se convirtió en Whitehall que

empezó a dudar de que su dirección no tuviera rumbo y su paseo fuera ocioso. Sir Lucius vivía en Whitehall Court, y allí estaba Philippa. Cuando llegó a la estrecha calle de Whitehall Yard, que conducía al río, se detuvo. ¿Se atrevía a ver a Philippa ahora, recién salido de su derrota? ¿Podría enfrentarse a ella?

Sus pies se movieron y giró a la derecha, pasando junto a la casa de Lord Carrington hasta llegar a Whitehall Court. Ahora que había llegado tan lejos, no podía pensar en dar marcha atrás.

—Vengo a ver a Sir Lucius —le dijo al mayordomo mientras presentaba su tarjeta de visita. En realidad, estaba bastante seguro de que Sir Lucius aún no habría llegado de los Comunes, aunque no se había quedado para averiguarlo.

—Lamento informarle de que Sir Lucius ha salido —dijo el mayordomo. Hizo una pausa y, como Jack no respondió de inmediato, empezó a cerrar la puerta.

—¿Y la señorita Clavering? ¿La señorita Philippa Clavering? —aclaró, por si había alguna otra hermana que él desconociera. Era totalmente posible—. Aquí tiene mi tarjeta.

El mayordomo le permitió pasar.

—Voy a ver si recibe visitas —dijo.

La puerta del salón principal se abrió y de este salió Philippa junto con Lady Clavering. Philippa estaba vestida con ropa para salir, excepto por su capota. Cuando vio a Jack, se detuvo en seco e interrumpió la conversación. Abrió la boca para hablar, pero fue interrumpida al abrirse la puerta principal. Jack se giró para ver a Sir Lucius entrar en la casa.

—Blythefield. Me alegro de que haya venido. No lo vi después de la votación —Sir Lucius se quitó el sombrero y se lo entregó al mayordomo.

—No podía quedarme —se volvió hacia él—. No tuve valor para ello.

—No lo culpo —se despojó de su abrigo y se lo entregó al mayordomo antes de hacer un gesto hacia delante—. Entre a la biblioteca y haré que le traigan un poco de brandy.

—Lucius —Lady Clavering estaba de pie en la entrada del salón—. ¿No deberíamos invitar al señor Blythefield a tomar el té en el salón principal, para que también podamos escuchar sobre el debate?

Jack miró a Philippa, cuyas mejillas se sonrojaron al bajar la mirada. Podría haber besado la mano de lady Clavering por haberlo propuesto. Sir Lucius miró fijamente a su esposa y pareció haber una conversación tácita entre ellos antes de volverse hacia Jack.

—Si no se opones a la idea, ¿nos unimos a las damas? Estoy seguro de que preferirían conocer su opinión sobre el asunto en lugar de oírla sólo de mí. Puedo hacer que le lleven un poco de brandy, si así lo

desea.

Jack sonrió.

—El té me sentará muy bien.

Sir Lucius y Lady Clavering guiaron el camino al salón, y Jack se acercó a Philippa, permitiéndole atravesar la puerta antes que él.

—Supongo que tu votación no tuvo éxito —dijo ella, con simpatía. Ralentizó sus pasos, y él atesoró su breve momento de intimidad.

—No lo tuvo.

Con Lady Clavering charlando con su marido sobre algún asunto doméstico, Jack tuvo la sensación de tener a Philippa casi para él solo. Ella se detuvo a unos metros del sofá y los sillones, en el centro del salón.

—Me alegro de que hayas venido aquí primero. Encontrarás oídos comprensivos entre nosotros —sonrió y se volvió para reunirse con su hermano y su cuñada. Jack la siguió.

Sir Lucius se sentó en el sofá junto a su esposa y rodeó el respaldo de este con su brazo.

—Como habréis adivinado, la moción para derogar las Leyes del Maíz no fue aprobada.

—Lamento oírlo —dijo Lady Clavering.

—Al igual que yo —respondió Philippa. Se sentó en la silla, y su mirada transmitía una simpatía tan dulce que Jack tuvo que apartar la mirada.

—Sí, bueno… —Jack no pudo completar su pensamiento.

Mientras traían y servían el té, Jack resumió los debates y lo que, en su opinión, había salido mal. Sir Lucius añadió también su punto de vista sobre el asunto, pero ambos fueron breves con respecto a las damas. Philippa participó más activamente en la conversación que Lady Clavering, y Jack quedó impresionado con su comprensión de los matices de la ley y de la moción que intentaban aprobar.

Al parecer, Sir Lucius también lo estaba, pues se volvió hacia su hermana.

—Si fueras un hombre, podrías enorgullecer a la familia Clavering ocupando un lugar en los Comunes y realmente haciendo algún bien allí. Tienes un mejor entendimiento que algunos de los hombres.

Philippa sonrió ante su inesperado elogio, pero levantó la barbilla.

—¡Si los hombres tuvieran un mejor entendimiento, permitirían a las mujeres participar en el Parlamento sin tener que convertirse en hombres!

—Yo, por mi parte, no querría que te convirtieras hombre por nada del mundo —dijo Jack, y entonces un calor invadió su cuerpo. No podía creer la insensatez que acababa de decir delante de Philippa, ¡y también de su familia! Lady Clavering soltó una risa que sonó como una tos mientras bebía su té té, y sir Lucius se limitó a levantar ambas

cejas. Jack no se atrevió a mirar a Philippa. Ojalá el suelo se lo tragara entero.

Lady Clavering miró hacia la ventana.

—Hace un día estupendo, ¿verdad? Quizá deberíamos aprovechar el tiempo y dar un paseo por el parque si Hugh se siente bien al quedarse con la enfermera.

Sir Lucius miró a su esposa, como si tratara de leer sus intenciones.

—Sí. Una buena idea —se volvió hacia Jack—. ¿Le gustaría acompañarnos? ¿Philippa?

Por fin, Jack se atrevió a mirar de nuevo a Philippa. Ella se había quitado su pelliza y la había dejado a su lado, junto con su bonete. Sus mejillas aún conservaban un pequeño rubor que debía de deberse a la vergüenza que él le había causado. Si ella decía que sí al paseo, a pesar de que acababa de regresar de otra caminata, entonces Jack estaría seguro de su estima hacia él.

—Hace un día espléndido. Un paseo no estaría mal —dijo, con una mirada coqueta que entusiasmó a Jack.

—Un paseo será —dijo Sir Lucius, poniéndose de pie.

—Iré a ver si la enfermera tiene todo lo que necesita —Lady Clavering se levantó y salió de la habitación a paso ligero, y Sir Lucius la siguió hasta el pasillo, dejando abierta la puerta del salón. Jack y Philippa se levantaron más despacio y ella cogió su pelliza de la silla.

—Por favor. Permíteme —dijo Jack, acercándose para ayudarla. Cuando ya tenía puesto su abrigo y se volvió hacia él, Jack dejó caer sus manos en lugar de sucumbir a la tentación de abotonárselo o de cogerla entre sus brazos. No se apartó. Philippa permaneció inmóvil, mirándolo con curiosidad.

Sir Lucius entró en la habitación.

—¿Por qué no camináis ambos hasta St. James Park y nos reunimos allí? Conociendo a mi esposa, querrá que alimentemos y cambiemos al bebé antes de irnos. Tardaremos al menos media hora en tener todo listo.

Philippa comenzó a dirigirse hacia la entrada.

—Muy bien. ¿Cerca de los cerezos?

Sir Lucius asintió y subió las escaleras, y Jack le ofreció su brazo una vez que estuvieron afuera. Su corazón latía rápidamente por la emoción. Como si hubiesen acordado guardar su conversación íntima para un lugar más privado, durante el paseo de diez minutos hasta el parque sólo hablaron de los temas más mundanos. Jack escuchó la calidez de su voz, tan diferente de la descripción de "terca" que había utilizado alguna vez para referirse a ella. Se preguntó si había cambiado gracias a él o si él se había equivocado por completo desde el principio. Sospechaba que no se había permitido verla tal como era.

Entraron en el parque y Philippa respiró hondo y le sonrió. Parecía

estar esperando que Jack dijera algo, pero él no sabía por dónde empezar. ¿Cómo proponía matrimonio un hombre que no había preparado un discurso?

Jack la condujo gentilmente hacia un sendero que llevaba en dirección a los cerezos y que era menos frecuentado que el camino ancho por el que habían estado, aunque no era una hora habitual para pasear, y no era Hyde Park. Sólo parecían haber unas cuantas parejas paseando y algunas niñeras con sus niños.

Se apartó para dejar pasar a una pareja mayor, a la que saludó con una reverencia, consciente de lo nervioso que estaba. Se aclaró la garganta.

—No tengo palabras para agradecerte tu ayuda en la cena de anoche. Fue un placer contar con tu presencia —suspiró—. La cena puede que me haya costado mi esperado puesto de Líder de la Oposición, aunque no estoy seguro de que la votación fracasara por culpa de ello. Sospecho que algunos hombres, como Thackery, Merrick y Harrowden siempre estuvieron en contra de la derogación y sólo estaban causando problemas.

Philippa negó con la cabeza.

—Lord Harrowden encuentra problemas dondequiera que va, y no puedo imaginar al señor Thackery velando por otra cosa que no sean sus propios intereses. Lamento que arruinaran tu fiesta y socavaran tus intentos de reforma.

Jack bajó la mirada y quedó brevemente hipnotizado por las botas de cabritilla rosa de Philippa que se asomaban bajo su pálido vestido de día mientras caminaba.

—No creo que ellos arruinaran la fiesta —dijo, llevando su mirada hacia arriba y exhalando—. Todo el mundo sabe que mi familia lo hizo por su cuenta.

Philippa se encogió de hombros.

—Tu familia puede caer un poco en el lado excéntrico, pero viven apasionadamente. Son honorables —se volvió y se encontró con su mirada—. Me agradan.

Jack cogió su brazo, lo colocó sobre el suyo y tiró de ella, tan cerca de un abrazo como se atrevió. *Le agradaba su familia*. Nunca había pensado conocer a una mujer que dijera algo así.

—Bueno, en cualquier caso, no quiero pensar cómo habría ido si tú, Sir Lucius y el señor Evans no hubieran estado allí.

—¿Espero que eso signifique que estará a favor de la propuesta del señor Evans? Me parece recordar que cuando nos conocimos te dije que creía que sería un partido ideal.

—Lo recuerdo. Por su fortuna, si no me equivoco —le sonrió.

—No… —hizo una pausa—. Simplemente lo dije porque pensé que sería lo único que te tentaría a considerarlo —aunque se giró

rápidamente para mirar al frente, Jack vislumbró una pequeña curva en sus labios.

—Porque me considerabas abominablemente mercenario supongo.

—No podía estar segura, pero todo apuntaba a ello —respondió primorosamente. Él pudo oír la burla en su voz.

—Philippa, desgraciada —replicó sin más, y ella soltó una risita. Caminaron en silencio durante unos pasos y él frunció el ceño—. Pero no creo que Susan esté más cerca de aceptar a tu Matthew, por muy noble caballero que sea. Anoche huyó porque el señor Merrick la rechazó. Seguramente sus sentimientos no cambiarán de la noche a la mañana.

—Bueno, cuando estuve con los dos hoy en el salón, parecían estar cerca de llegar a un entendimiento —aminoró la marcha y señaló hacia adelante—. Los cerezos. No veo la hora de que sus flores caigan cada vez que la brisa los agita. Es la vista más bonita.

Jack se propuso traerla aquí más adelante, en primavera.

—¿Estuviste en mi casa hoy? ¿Con el señor Evans?

—No llegamos juntos, pero sí. Y tomé mi té cerca de la ventana, para que él y Susan pudieran aclarar las cosas entre los dos. Realmente necesitas mejorar tu colección de biblioteca en el salón.

—¿No has terminado de hacer cambios en la casa de los Blythefield? —bromeó, deteniéndose mientras se giraba para mirarla. Su sonrisa desapareció al ver que ella le devolvió la mirada con una expresión de incertidumbre.

—Si me he excedido, Jack, debes decírmelo. No sugeriré otra mejora —había retirado la mano de su antebrazo y sus brazos colgaban a sus costados.

—No lo has hecho. Philippa, ¿no lo ves? Acudí a ti directamente desde mi derrota sin planear semejante rumbo. Por una vez en mi vida, hice algo completamente sin planearlo. Fue como si mi corazón me guiara directamente hacia ti.

Jack cogió sus manos y se las llevó al pecho, estrechándolas entre las suyas, y ella se acercó sin oponer resistencia. En su encantador rostro se dibujó una sonrisa con la que él podría despertarse todos los días de su vida, especialmente cuando venía acompañada de unos ojos tan hermosos.

Y ahora mismo, esa sonrisa estaba lo suficientemente cerca como para besarla.

—¿Quieres casarte conmigo, mi bella Philippa? ¿Y vivir conmigo? ¿Y exasperarme y deleitarme, y sugerir mejoras en mi hogar hasta que la muerte nos separe?

Philippa se rio y adoptó una expresión pícara.

—¡Una propuesta de matrimonio! Y yo que no había planeado en absoluto casarme en Londres.

—¿Adónde piensas ir después? ¿Al campo? Simplemente me mudaré allí, y entonces te preguntaré: '¿Quieres casarte conmigo? ¿Y vivir conmigo? ¿Y exasperarme y deleitarme hasta que la muerte nos separe?

—Te olvidaste de las mejorar al hogar —le recordó.

—Nada se te escapa, mi pequeña belleza. Me mudaré al campo y te pediré matrimonio e incluiré las remodelaciones de la casa en el contrato matrimonial —se llevó sus manos a los labios y las besó.

—Supongo que no te obligaré a tomarte la molestia de mudarte — su sonrisa, que iba de oreja a oreja, lo cegó. O tal vez fue su alegría la que lo hizo—. Sí, Jack. A todo.

—Bien. Porque no podría soportar que me dieras otra respuesta — sonrió, una burbuja de esperanza se expandió en su pecho hasta que pensó que podría estallar. Sus ojos se encontraron y Jack bajó la mirada, concentrado en sus labios. Su corazón latía con fuerza ante su cercanía y su embriagador aroma. Todos sus sentidos se estremecieron al darse cuenta de que iba a besar a su prometida por primera vez…

—¡Blythefield!

Jack se apartó y se giró a tiempo para ver a Sir Lucius y Lady Clavering. Cuando Sir Lucius se acercó, Jack se alejó rápidamente de Philippa.

25

—¡Lucius, no! —Philippa levantó el brazo para detener a su hermano, quien se había alejado de Selena y caminaba hacia Jack. Philippa pudo ver por su expresión que sólo tenía un propósito en mente, y no era uno amistoso—. Jack me ha pedido que me case con él, y yo he aceptado. Así que, por favor, baja el puño y deja de montar semejante escena.

Lucius se detuvo y levantó la cabeza mientras dos parejas paseaban por el recodo, coqueteando y riendo. Dejó caer su brazo.

—¿Es cierto, Blythefield?

—Sí —dio un paso hacia atrás para mirar directamente a Lucius—. Mis sentimientos por su hermana, los cuales han ido en aumento durante las últimas semanas, se volvieron muy evidentes para mí anoche. Me gustaría hacer de Philippa mi esposa, con su aprobación.

Selena se apresuró a acercarse.

—Os doy mi más sincera enhorabuena —le sonrió a Lucius—. Serán una hermosa pareja, ¿verdad?

Philippa vio cómo la indignación inicial de Lucius disminuía mientras entraba en razón.

—Entonces supongo que no queda más remedio que invitarte mañana para discutir las condiciones.

Jack sonrió, y una pizca de alivio brilló en sus ojos.

—Gracias. Será un honor. Puede que no consiga el puesto al que aspiraba tras el poco esperanzador resultado de la cena y la votación, pero soy muy capaz de mantener a una esposa, cosa que gustosamente discutiré con usted mañana, señor.

—Bueno, ya que hemos venido a dar un paseo, bien podemos darlo —dijo Lucius—. Pero esta vez, caminaremos juntos, y no habrá besos ni ninguna otra muestra de sentimientos en un entorno público.

—Lucius, no había ni un alma alrededor —protestó Philippa. Volvió a deslizar su mano en el brazo de Jack, donde encajaba tan cómodamente.

Lucius la fulminó con la mirada.

—Y ése es precisamente el problema.

Philippa puso los ojos en blanco.

—¿Y quieres decirme que Selena y tú nunca os besasteis antes de casaros? *¿Eh?* ¿Especialmente después de pasar un día entero juntos a solas en el carruaje y de casarte con ella por la noche con una licencia especial?

Jack apretó si mano.

Selena se rio.

—Lucius, no hay que ser hipócrita. Caminemos —cogió a su marido firmemente del brazo y comenzó a avanzar.

—Sí, pero es mi *hermana* —refunfuñó.

Mientras Philippa y Jack seguían a Lucius y Selena, Jack se inclinó para susurrar:

—Me gustaría mucho ese beso, y si tengo otra oportunidad, te advierto que voy a aprovecharla.

—Me considero advertida —le dolían las mejillas por el esfuerzo de intentar contener una sonrisa de pura alegría. En lugar de eso, trató de desviar la conversación hacia algo más mundano—. ¿Has tenido ocasión de averiguar por qué razón tu hermano acudió a tu cena?

—No lo he visto. Había ido a montar a caballo esta mañana antes de dirigirme al Parlamento. Pero a mi regreso me sorprendió encontrar una nota que había escrito antes de marcharse. En ella se disculpaba por su comportamiento, achacándolo a una gran pérdida en la mesa de juego. Me aseguró que no volvería a ocurrir, aunque no sé si creerle.

—Bueno, es un comienzo —dijo—. Quizá su vida dé un giro más serio, sobre todo si Matthew orienta a tu padre hacia inversiones más rentables. Tu hermano podría acabar heredando un patrimonio solvente.

—Es posible —reconoció—. Sólo espero que mi padre no eche a perder la oportunidad que el señor Evans le está brindando y que lleve el asunto hasta el final.

—Tal vez se pueda convencer a tu hermano para que ayude a tu padre. Trabajar juntos por el bien de la finca podría darle a tu hermano un propósito, y su presencia como guía evitaría que tu padre tomara una decisión imprudente.

—Es posible —le puso la mano en la cintura para guiarla alrededor de una roca que era tan pequeña como su puño. No la soltó mientras añadía—. Es muy posible que tengas razón, mi sabia querida. Hablaré con ambos sobre el asunto.

Terminaron su paseo a un ritmo tranquilo, hablando de temas tan diversos como la familia, la política y las bodas. Jack le contó a Philippa más cosas sobre su finca y le prometió que la llevaría a vivir allí si sus ambiciones políticas fracasaban. Era a la vez maravillosamente ordinario y emocionante pensar que ella se embarcaba en semejante aventura.

Cuando la dejó en casa de su hermano y le prometió que volvería al día siguiente, el tiempo que pasaron juntos le pareció demasiado corto. Deseó que hubieran tenido uno o dos minutos más para ellos.

Al día siguiente, Jack llegó como había prometido y, a la vista de Lucius y Selena, se inclinó para besar la mano de Philippa antes de ir a la biblioteca a hablar con Lucius. Selena se sentó con Philippa en el salón mientras esperaban y, por alguna razón inexplicable, Philippa estaba nerviosa. No tenía motivos para estarlo. Sabía que él era perfectamente apto como pretendiente y que su hermano ya tenía una opinión favorable de él. Sólo esperaba que su hermano fuera amable con Jack. Después de lo que parecieron horas, salieron del estudio y se reunieron con las damas en el salón principal.

—Felicidades, Philippa —dijo Lucius y se acercó a Selena—. O quizá debería felicitarme a mí mismo, porque ya no serás mi responsabilidad. Vas a casarte.

Philippa se levantó de un salto y se acercó a Jack con las manos extendidas. Sonriendo ampliamente, él las cogió entre las suyas.

—Debemos celebrar la feliz noticia —Selena frunció el ceño como si acabara de recordar algo—. Pero, Lucius, creo que antes deberíamos ver cómo está Hugh. Puede que nos esté echando de menos.

Lucius había estado a punto de sentarse, pero ante las palabras de su esposa, adoptó una expresión de resignación y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Levantó el dedo hacia Jack.

—Pero volveré. No tardaremos más de cinco minutos.

Jack asintió.

—Sí, señor.

Miró Philippa con una sonrisa que ella le devolvió. Estaban a medio metro el uno del otro, y permanecieron perfectamente quietos hasta que se oyó el sonido de la puerta cerrándose detrás de ella.

Entonces Jack avanzó, rodeó a Philippa con los brazos y la atrajo hacia sí hasta que ella pudo sentir los botones de su chaqueta contra el pecho. Clavó su mirada en ella e hizo que se le cortara la respiración. En un segundo, se inclinó y sus labios estaban sobre los de ella. Luego, la estaba besando. La besó con avidez, una y otra vez, con fervor, y Philippa sólo pudo maravillarse de que una pasión tan fuerte pudiera surgir de unos labios tan suaves. La besó hasta que sus rodillas amenazaron con doblarse.

Como si percibiera su inestabilidad, Jack finalmente disminuyo el ritmo, colocó las manos en sus mejillas y volvió a besarla, más profundamente, hasta que los latidos del corazón de Philippa reverberaron por todo su cuerpo y no le quedó ni un pensamiento en la cabeza.

Por fin, Jack la liberó de su hipnotizante sujeción. Dejó que sus manos se deslizaran desde su rostro hasta sus hombros, y luego las

deslizó por sus brazos. La miró a los ojos, intentando sonreír mientras recuperaba el aliento.

—Quizá fue una bendición que Lucius nos interrumpiera ayer. No estoy seguro de que *eso* hubiera sido del todo correcto en un parque público.

Philippa apoyó las manos en los brazos de Jack para recuperar el equilibrio. Nunca se había sentido tan mareada, ni había sentido como si una bandada de pájaros volara dentro de su estómago. Tampoco había sabido lo que era ser verdaderamente feliz hasta ese momento.

—Parece que Jack Blythefield no es un hombre frío —proclamó—. De hecho, sé de buena fuente que bajo ese rostro austero que le gusta mostrar al mundo late una naturaleza mucho más cálida.

—Tus fuentes son correctas —respondió—. Pero entonces, no puedo decir que supiera *qué* tan cálida era mi naturaleza hasta que tú la hiciste surgir, querida.

JACK CONDUJO a Philippa hasta el sofá y tomó asiento a su lado para esperar el regreso de Lucius y Selena y celebrar las próximas nupcias. Se preguntaba qué pensaría su propia familia una vez que les hubiera anunciado la noticia, aunque tenía una idea bastante clara de lo que diría Susan. En cuanto a su posición en los Comunes, sólo el tiempo diría si era elegido Líder de la Oposición o si continuaría como simple diputado, o si se trasladaría a su finca y formaría una familia con la cautivadora mujer que tenía al lado y que había dicho que sí. Sólo sabía que lo que había considerado la prioridad más pequeña de su vida era ahora la más vital y que todo lo demás, de algún modo, cambiaría, se asentaría y encontraría también su lugar.

Los sonidos de Lucius y Selena bajando las escaleras desde la guardería llegaron a sus oídos y miró a Philippa, quien le sonrió. Entrelazó sus dedos y se llevó su mano a los labios para darle un beso en los nudillos. Sus rostros estaban muy juntos y los ojos de Phillipa no se apartaban de su rostro. Él podría mirarlos eternamente.

—Piensa, mi amor, lo que lograremos juntos —dijo Jack. Ella no respondió, pero un brillo travieso en sus ojos acompañó su sonrisa. No pudo resistirse a darle un beso rápido antes de que los pasos que se acercaban invadieran su intimidad.

Al abrirse la puerta del salón, se inclinó hacia ella para murmurar:

—Habrá una señora Jack Blythefield en el mundo, y el mundo nunca volverá a ser el mismo.

—Eso suena siniestro —susurró con una suave risita.

—No es siniestro —respondió—. ¡Es maravilloso!

Agradecimientos

Intrigas del Corazón fue un libro difícil de escribir para mí porque había decidido presentar un panorama de la vida en el Parlamento británico sin saber nada de antemano sobre el tema. Dediqué más horas a la investigación para este libro que a cualquier otro elemento de la vida en la Inglaterra de la Regencia hasta la fecha. Ruego su indulgencia por la licencia creativa que me tomé para modificar los hechos históricos y adaptarlos a mi historia.

Las Leyes del Maíz, establecidas en 1773, no fueron abolidas hasta 1846, aunque se propuso su derogación en numerosas ocasiones. Había leído en alguna parte que el proyecto de ley se debatió en el Parlamento en 1819, momento en el que está ambientado mi libro; sin embargo, no pude encontrar ningún debate sobre el tema registrado en Hansard para ese año. Las otras leyes mencionadas de paso sí se debatieron en los Comunes en esa sesión, y las posturas y procesos parlamentarios fueron lo más parecidos a la época a los que pude acercarme. No habría podido escribirlo sin la ayuda del grupo de Historymakers, en particular de Nancy Mayer y Karen Pierotti. Cualquier error histórico que haya cometido es exclusamente mío.

Y como se trata de un libro *romántico* histórico, doy las gracias a los amigos que me ayudaron a revivir el elemento romántico cuando había caído en el pozo de la investigación árida y había perdido el rumbo. Quiero dar las gracias a mis maravillosas compañeras de crítica (Anneka Walker, Julie Christianson, Jess Heileman, Emma Le Noan) y también a mis editoras, Jolene Perry, Ranée Clark y Arielle Bailey. Todas habéis sido esenciales para dar vida a mi libro, y sois fabulosas.

Por último, pero no por ello menos importante, es un placer escribir junto a las autoras del grupo Sweet Regency Romance Fans: Sally Britton, Deborah Hathaway, Jess Heileman, Martha Keyes, Ashtyn Newbold, Kasey Stockton y Mindy Strunk. Venid y encontrad nuestro grupo en Facebook. ¡Nos divertimos mucho!

Otras Obras de Jennie Goutet

CRÓNICAS DE CLAVERING

Redención

Intrigas del corazón

Acerca del Autor

Jennie Goutet es la autora más vendida de doce novelas románticas de la Regencia, entre ellas las Crónicas Clavering, Propuestas Memorables y la serie Hijas de la Nobleza. Sus libros han recibido el primer lugar en romance histórico en los New England Reader's Choice Awards y han alcanzado el puesto número uno en la categoría Romance de la Regencia en Amazon. Han aparecido en BookBub y Hoopla, y están traducidos a cinco idiomas.

Jennie es una anglófila nacida en Estados Unidos que vive con su marido francés y sus tres hijos en una pequeña ciudad a las afueras de París. Su imaginación reside en la Inglaterra de la Regencia, donde sus romances están ambientados. Puede obtener más información sobre los libros de Jennie y suscribirse a su boletín informativo en su página web: jenniegoutet.com o comprar sus libros en jenniegoutetbooks.com.

Photo: Caroline Aoustin